

# CONTORNO

Julio de 1956

Nos. 7 - 8

Av. Roque Saenz Peña 651 - T.E. 30-2409 - Diez Pesos

## COMITE DE DIRECCION:

ISMAEL VIÑAS - DAVID VIÑAS - NOÉ JITRIK  
ADELAIDA GIGLI - RAMÓN ALCALDE  
LEÓN ROZITCHNER

## SUMARIO

Peronismo ¿y lo otro? .....	CONTORNO
Experiencia proletaria y experiencia burguesa .....	León Rozitchner
Examen de conciencia .....	Osiris Troiani
Miedos, complejos y malos entendidos .....	Ismael Viñas
Del fascismo al peronismo .....	T. Halperin Donghi
17 de Octubre: trampa y salida .....	Rodolfo M. Pandolfi
Peronismo y neutralidad .....	Adolfo Prieto
¡Paso a los héroes! .....	David Viñas
"Sur" o el antiperonismo colonialista .....	Oscar Masotta
Testimonio .....	J. J. Sebrelli

## De las Obras y los Hombres

La fiesta del monstruo .....	V. Sanromán
Víctor Massuh o el encubrimiento de América .....	E. Verón Thirión
Guibert: un poeta con geografía .....	Noé Jitrik
"Rosaura a las diez", premio Kraft .....	Marta C. Molinari
Ayer, Hoy y Mañana, de Mario Amadeo ....	Ramón Alcalde

"Luego nos argüirán, para condenar todo lo que contiene nuestro país de glorioso y distinguido en personajes políticos y literarios, ¿por qué habéis recorrido los dos partidos que le constituyen con el acto de reprobación en la mano y tirado indistintamente sobre ellos? ¿Qué es, pues, lo que queréis? ¿A qué partido pertenecéis vos? ¿En provecho de qué idea, de qué sistema, de qué gentes escribís?..."

"Yo contestaré: hace muchos años que persigo a las dos fracciones en que se ha dividido la generación pasada de mi país, porque no nos han hecho sino inmensos males; la colorada por sus crímenes; la celeste por su inepticia..."

"Juzgo al pasado con severidad, y llamo al porvenir a sucederlo. Digo que es tiempo de que el país cuide de no confiar la menor de sus tentativas de regeneración a hombres que no harán sino malograrlas, porque han perdido la fe y la disposición al sacrificio, y han cesado, sobre todo, de comprender los instintos y los medios de acción de nuestras masas: han pasado como su tiempo."

J. B. Alberdi, "Acontecimientos del Plata en 1839 y 1840", en "Escritos póstumos", tomo XV, Bs. As., 1900, pág. 519 y sgs.

## Peronismo... ¿y lo otro?

POCO tiempo antes de la revolución de septiembre enviamos a la imprenta los originales del número de CONTORNO dedicado a la novela argentina. Producida aquélla, sentimos que quizá era necesaria una aclaración: una de esas notas por medio de las cuales se deslindan posiciones y se le indica al lector que algo no significa lo que parece —o lo que significa en realidad. Nos sentimos tentados de establecer que durante todos los años del peronismo no nos habíamos entregado. Y por no habernos entregado entendíamos no solamente no habernos entregado al peronismo, sino tampoco al antiperonismo; que habíamos luchado —con mayor o menor eficacia, con éxito o sin éxito— para distinguir la verdad sobre lo que estaba ocurriendo en el país.

Unos momentos de reflexión nos convencieron de lo gratuito que sería explicar ninguna circunstancia particular: caímos en la cuenta de que nuestro lenguaje durante el peronismo más crudo debía seguir siendo idéntico a sí mismo y que el margen de nuestra libertad había estado minimamente fijado por exigencias exteriores. Aquello que a los intelectuales les fué vedado por la dictadura nunca tuvo un carácter fatalmente problemático. Era, por cierto, riesgoso escribir sobre política o actuar en política. Pero jamás faltó la suficiente libertad de autoengañarnos y declarar paladinamente que se nos impedía tocar la realidad más urgente y atractiva. Los intelectuales argentinos en su casi totalidad preferimos disfrazar nuestra inepticia con resignadas y lamentosas imputaciones a un sistema que no nos respetaba ni nos admitía. Seriamente, lo concreto y lo

histórico es que, salvo casos aislados muy especiales, el conjunto de la realidad nos pasaba tan inadvertido que casi todos pudimos creer que el diablo, como en un cuento de Payró, andaba por estos lugares. La ineficacia y la falta de carnalidad eran más bien impotencia que el peronismo excusaba cómodamente.

El grupo que hace CONTORNO nació a la vida activa cuando las cosas eran aparentemente fáciles: un nacionalista era, generalmente, un biznieto de inmigrantes, partidario de los gobiernos fuertes, y en abierta oposición a todos los movimientos e ideas populares. Desde esa derecha hasta la izquierda comunista se graduaban infinitas tendencias, agrupaciones y núcleos de intereses. Ese cielo clásico se repetía en todos los órdenes, como algo lógico y admitido: en literatura, desde Boedo a Marechal.

Debajo de ese esquema político se movía una realidad social mucho más compleja. Sobre ambos irrumpió el peronismo en momentos en que todavía nosotros no habíamos superado el esquema. Nosotros tomamos partido fácilmente frente a los militares y los nacionalistas hispanizantes. Pronto advertimos la calidad de algunos de los aliados que habíamos adoptado y que, si bien las masas estaban casi unánimemente de un lado, apellidos iguales o parecidos estaban instalados en ambas márgenes. Fuimos advirtiendo la invalidez del esquema a medida que el peronismo iba desarrollándose en respuesta a particulares circunstancias de nuestra realidad. En frente también ocurrían transformaciones de signos diversos, opuestos o coincidentes —nuestra realidad se revelaba tal como es: compleja y fluida.

Nosotros no pretendimos nunca un eclecticismo de cuerda floja, y obvio sería decirlo, sufrimos personalmente los largos años del proceso peronista sin tener tras de nosotros ni armas ni experiencia como para ubicarlo sin ese máximo de angustia que llevamos como saldo en nuestra obra. En cierto sentido, el grupo de CONTORNO, como la mayor parte de los hombres que tienen ahora entre veinticinco y treinta y cinco años de edad, se frustró en cuanto padeció, porque no le era dado actuar, un momento ambiguo tiroteado por fuerzas ambiguas y apetencias que sólo en la acción podían clarificarse y precisarse. La ambigüedad fué mayor para nosotros que para los que poseían una técnica del vivir, comprensiva del reposo y exigente del cumplimiento de esquemas claros o cuando menos tradicionales, porque lo que quisimos escribir tenía, y tiene, una inserción específica y dolorosa en esa realidad que no termina por adquirir una forma de fácil captación.

Nuestro primer paso fué ganar, por lo menos, una conciencia activa de esto último, lo que nos hizo desechar por mentirosas todas las expresiones que pretendían esquematizar y reducir nuestras convulsiones a perfiles de un simplismo interesado e históricamente desvirtuado a cada rato.

Quisimos entonces ver qué cosa era ese fenómeno complejo y discutible por el que atravesó el país, y lo fuimos haciendo por el examen de las manifestaciones que de algún modo lo comprendían o lo ubicaban. Y quisimos igualmente ponernos a razonar sobre lo que había pasado, pero desde adentro, como individuos que escriben mojados después de la lluvia, no como aquéllos que se pretenden secos, intactos, y señores de todo el universo.

Nos sentimos incómodos dentro de nuestra propia piel. Nos escuecen y molestan las generalidades sobre una realidad que es una de las formas de nuestra tarea, y por eso somos antipáticos y molestos con quienes se escudan en aquéllas. Tal vez no haya descubrimientos deslumbrantes en nuestra actitud. Pero algo sí hemos descubierto, seguramente para nosotros, aunque quizá también para otros, y es que no tenemos derecho a recogerlos en la sospechosa penumbra de una libertad que por ahora es solamente el argumento de los satisfechos y el contra argumento de los hambrientos.

Por esta convicción hemos matado en nosotros las grandes fórmulas que ocultaron desde siempre el transcurso de la realidad ante los ojos del proletariado. Y eso ocurrió mucho antes de que el peronismo cayera víctima de sus

propios vicios y de su ceguera. Y por eso, sin pretender la posesión de claves que las reemplacen ni de verdades necesaria e inmediatamente compartibles, nos hemos propuesto enfrentar el riesgo de decir: esto del peronismo, sí; esto del peronismo, no.

Tanto por el hecho de ser escritores como de no haber sido peronistas, no podemos dar testimonios específicos. Para testimonios están los de otros, algunos de los cuales nos parecen ejemplificadoras parábolas y otros lúcidas manifestaciones quizá removedoras de nuestra propia conciencia. Los de los antiperonistas llenan los diarios de todos los días, más o menos sinceros o hipócritas. Los de los peronistas de ayer llenaron los diarios de estos diez años. Damos entonces el de un peronista de hoy.

Al alcance de todos los que quieran verlos hay un museo de testimonios perfectamente expresivos, aquello de lo que el peronismo se hizo cargo y de que abominamos también nosotros y la detestable desvirtuación que en el mismo ámbito se concretó en sus doce años vivos y sus muchos años muertos; lo que pese al peronismo despertó y significó de surgimiento de una conciencia de los oprimidos con sus derivaciones de albedrío delincuente y matón; aquello que dió la pauta del tinte reaccionario que terminó por derribar al peronismo y que implicó al principio un compromiso moral abominable por parte de nuestras clases "morales"; lo que hubo de lenguaje nuevo y expresión inaudita en la clase obrera y lo bajamente policíaco que contenía el peronismo; aquello que en el plano meramente político significaba una rémora y que fué superada por el peronismo; la pequeña cínica filosofía conservadora en relación con el elemental lenguaje político en que se empenó el peronismo, ignorante del compromiso que significa hablar y expresarse, un compromiso mayor que juntar gente en camiones y picanear en las comisarías.

De lo que quede de nuestro número no podemos dar cuenta todavía. Estamos viviendo un momento de eufemismos que puede convertirse en una trágica coyuntura. Decir los nombres de las cosas, aunque sea con violencia y acritud, es una de las formas, pese a todo, más efectivas del diálogo que no nos resolvemos a cerrar en aras de una beatría liberaloide ni de un bizantinismo declaratorio, tan del gusto de los honrados pero deshonestos dirigentes de la "intelligenzia" argentina.

CONTORNO

## Experiencia proletaria y experiencia burguesa

PARA comprender el sentido de la experiencia proletaria en el peronismo, para delimitar la responsabilidad que incumbe a los obreros por haber adherido a ese movimiento, hace falta algo más que la imperturbable buena conciencia con la que se invisten los profesionales de la comprensión, nuestra "élite" intelectual.

Es muy explicable. Comprendemos las dificultades de quienes intentan pensar los acontecimientos políticos a partir de consideraciones simplemente personales, como una extensión hacia la generalidad de ese mundo redondo y perfecto en el cual permanecen, de aquellos que sitúan sus contradicciones, cuando las sienten, ante la trascendencia absoluta y como misterio de lo supremamente incomprensible. Hay, como primera dificultad para comprender la experiencia de los demás, ese plano de la realidad cotidiana en el cual vivimos y que nos es familiar, cómodo y acogedor. Hay también esas sólidas instituciones a las cuales creemos adherir —cuando en realidad hemos

en los rostros y en las conductas de los demás un sentido que hasta ahora ignorábamos.

La experiencia peronista de los proletarios y la experiencia burguesa han llevado al colmo nuestra credulidad. Hemos dejado una revolución y ya estamos en otra, que pretende ser la verdadera. ¿Será, en realidad, nuestra burguesía esencialmente revolucionaria? ¿Habrà hecho el proletariado figura de reacción? Como el proletariado hace tan mal uso del derecho democrático y desecha con hosca materialidad profanadora todo cuanto de noble tiene la burguesía, ¿tendrá el proletariado que pagar sus culpas por haber adherido a Perón, a quien la burguesía y nosotros rechazamos? Y esta revolución presente, ejemplo para el proletariado de revolución democrática, ¿deberá en adelante servirle de norma? ¿Será la lección revolucionaria de lo que puede una burguesía cuando actúa dentro de las normas del honor, la caballerosidad y las virtudes cristianas en acto?

Nuestras dudas nos han llevado a tratar de interpretar el fenómeno de otro modo.

### I

La revolución es, para el proletariado, el intento de quebrar el determinismo "natural", decir no a esa realidad que la evolución —juego de intereses que crean inmediatamente sus defensas— no toleraría. La evolución da tiempo a que el enemigo busque su nuevo acomodamiento. La revolución es, en cambio, la brusquedad que aniquila porque es el surgimiento de una fuerza cuyo poder el enemigo no medía ni toleraba reconocer. Es, podría decirse, la causalidad libre de la cual habla Kant cuando contrapone el reino de la moral al de los fenómenos de la naturaleza. La burguesía, pudiendo ser libre frente a lo natural, se hace natural y aniquila su libertad. El proletariado, siendo "natural", determinado, pretende hacerse libre, y libre concretamente en su primer paso. Y su concreción significa: "ser libre ante la burguesía". ¿Qué importa entonces plegarse a Perón, o a quien fuese, si mediante esa entrega se cumple la liberación? El proletariado, como primer movimiento, se realiza en el libre sometimiento a un proyecto común con el hombre en quien cree. No le pidamos una clara conciencia: sólo la burguesía intelectual pretende motivarse con razones. Su naciente conciencia se descubre en la necesidad de la propaganda como medio del engaño. Si el proletariado carece de conciencia, ¿para qué la propaganda? Si el proletariado no sabe lo que busca, ¿para qué machacarle todos los días, continuamente, las mismas apariencias de valores, el mismo reino de la simpatía calurosa y del amor, el reinado del padre terrible para los malos pero justo para los buenos? Esto es posible porque hay en el proletariado una conciencia, aunque vaga, una sensibilidad, aunque embotada, de los fines que tienden a su propia superación. Esto es lo significativo: que mientras la burguesía se da a sí misma sus propios fines, la apariencia de valor, y no los realiza sino que persevera en la dualidad, el proletariado, en cambio, está pronto a surgir para plegarse anhelosamente a los fines que se le proponen y que hace suyos. Perón, digámoslo, fué el primero que le propuso concretamente los fines inmediatos que se acomodaban con sus intereses. No le habló de libertad, porque la libertad la necesita la burguesía para seguir ejerciendo su tiranía; le habló, simplemente, de lo que inmediatamente entendían. Esa satisfacción concreta, que es el punto de partida de todo movimiento revolucionario, lo es también de la demagogia. Es la diferencia que va entre verdad y mentira: ambas trabajan una misma evidencia.

Esta evidencia es la que debe detenernos. La misma burguesía pide un dictador, es la tentación continua de su régimen: aquel que ponga grandilocuentemente de manifiesto las aberraciones en las que yacen los humillados y los ofendidos. No se quiere ver en el peronismo un fenómeno hondamente unido a la realidad y cuya fuerza nace, precisamente, del hecho de tener históricamente razón en uno de los aspectos que conforman las dos caras de la demagogia.

No le podemos pedir al proletariado que sea responsable ante nuestros valores sino en la medida en que su misma dignidad humana, la disposición o la alineación de sí mismo, lo hacía partícipe de los valores cuya cuenta le pedimos. ¿Pero si está alienado, si lo continúa estando, si su búsqueda es a tientas para descubrir lo que nadie le enseñó hasta ahora, si de nuestros valores sólo participa de su anverso, es decir, de la opresión que nuestro goce le deja? Es fácil darse una escala de valores y establecer la culpabilidad de acuerdo con la aceptación puntual de aquellos valores que marcamos con el signo más. ¿Pero si de lo positivo la situación sólo le ofrece lo negativo, el lado que nosotros no vemos, que tampoco queremos ver? Todo está entonces trastocado, nuestra aparente racionalidad en la discriminación de la culpa es sólo miopía aprovechada, y el pensamiento que quiera comprender el fenómeno del peronismo de las masas debe entonces comenzar por quebrar su situación formal, la perspectiva "humanista", y ver el mundo como ellos lo ven. Y eso no es posible, a no ser que dudemos un momento de la seriedad y de lo absoluto del nuestro.

Este es el camino que la burguesía no quiere seguir. Esta es su locura, su ceguera: su determinismo de clase. Por eso desencadena la revolución. El peronismo no es un fenómeno de miseria económica solamente: es también un fenómeno de miseria cultural, porque la burguesía es un fenómeno social total y segrega tanto lo uno como lo otro, ese abandono total sin superación en el cual las masas no pueden, solas, más que revolverse en la ignorancia y en la mentira, que una vez más emana como un fenómeno de la propia burguesía. Por eso el peronismo no es un fenómeno originario de las masas, sino que se origina en la consciente miseria a que la burguesía reduce una parte del país, hacia la que sólo siente desprecio. Resulta cómico ver cómo se ofende y exalta nuestra burguesía contra el proletariado, tildando sus anhelos de "materialistas", cuando lo único que hizo fué plegarse a la evidencia de los aspectos velados pero dominantes en las estructuras burguesas. Perón, es verdad, vió que los hombres tenían precio, y lo pagó a la luz del día. Pero no fué el proletariado quien cobró. Al fin de cuentas el proletariado, víctima de la loca pero necesaria aventura, fué el único que se conformó con ilusiones, el único que no lucró con el peronismo, el único que se satisfizo en la adoración y el afecto sin solicitar para ello el aumento paralelo en la cuenta del banco: el único que demostró su fidelidad y su idealismo, el único que fué engañado sin remisión. La prueba es que sigue siendo proletario. Fué engañado como por alguien en quien ni siquiera cabe proyectar el engaño. Fué el único que se conformó con la transformación de las relaciones humanas en su medio de vida, en el atisbo de una independencia concreta. ¿Puede nuestra clase mostrar el mismo desprendimiento?

El proletariado, habituado a la dependencia como forma diaria de su actividad, sin experiencia de la libertad burguesa, no pudo hallar otra forma de independizarse a no ser cayendo en otra dependencia, esta vez presumida como liberadora. Aprendió a ver en los poderosos al dominador, sin entrever otra causalidad, y sólo a través de otro dominador creyó poder ser liberado. ¡Y la burguesía le echa en cara sus propias enseñanzas! Admite que el proletaria-

do se someta a un hombre, el "patrón", sólo cuando éste lo explota en la vida cotidiana, en la fábrica o en el taller, pero se horroriza cuando delega en otro su libertad para realizarla. Es difícil extirpar de la conciencia proletaria estas relaciones de dependencia humanas que la burguesía ha decantado en ellos. ¿Se ve entonces lo inútil de la simple prédica ideológica de la burguesía izquierdista cuando los pretende libres, cuando apela a una libertad que sólo los burgueses conocen, y que el proletariado ignora? Para el proletariado fué una liberación la que le prometió Perón: conseguir oponerse al patrón en el taller, y que éste le temiera. Esta fué una transformación concreta, aunque frustrada, que al patrón no le costaba mucho porque era él quien seguía acumulando la riqueza. Se ve también que la clase patronal, "idealista", prefirió sufrir la merma de su prestigio "moral" en sus relaciones con los subordinados para no perder su ganancia material. El idealista, aunque engañado, fué el obrero. "Idealista", como le gusta decir a la burguesía, pero de una idealidad que se hacía concreta en la relación humana que inauguraba, en sus gritos que hollaban el recortado espacio burgués, en sus camiones que lo recorrían y en las multitudes que se congregaban. Por eso la liberación del proletariado sigue otro camino —¡y cuán distinto!— del que pregonamos los intelectuales burgueses, válido tal vez para nuestra situación concreta —abstracta respecto de la comunidad total—, pero absolutamente incomprensible para ellos. Entre el proletariado y nosotros hay un abismo, abismo tan apasionante y tan profundo como aquel del cual hablaba Pascal.

La masa proletaria que se hizo peronista tenía —y tiene— un sentido. Era la disponibilidad misma de una fuerza que en cierto modo lo señalaba, estaba allí, pronta al llamado, y nadie quería saberlo porque todos vivían de su engaño. Los unos por conveniencias interiores, los otros por fidelidades exteriores. No en vano la llegada de Perón hizo cundir el pánico: era como si alguien falseara el juego, como si se atreviera a descubrir lo que tácitamente se convenía en no mostrar; la política consistía en hacer como si esa disponibilidad no existiera con el sentido que le era propio.

Perón les dió el espejismo de su propio poder, les confeccionó un poder desde la nada, conseguido sin esfuerzo. Lo que constituye un laborioso aprendizaje en la lucha, la superación de los obstáculos, la discriminación del enemigo, el discernimiento de la realidad que no se lee en los libros y que el obrero aprende en su historia, en cada una de las coyunturas que la rebeldía enseña al organizarse, todo eso se evitó. Se quiso eludir el drama. Obtener lo que se obtiene con el esfuerzo, pero sin el esfuerzo, y creer que es lo mismo. Que lo mismo da hacer una huelga en el miedo y en el terror porque se dispone del ímpetu que vence al miedo y al terror, que recibir la orden de huelga que todo favorece, diligenciada por la policía, y salir a gritar lo que se pide. Este camino de pantomima, esta simulación de la tragedia que se vive como una comedia, esta facilidad organizada carecía de porvenir porque no era dueña de sí misma, porque su fuerza le venía de otro lado: de un poder conferido sin contraparte y sin reciprocidad. Sólo un hombre como Perón pudo hacerlo, porque siendo militar, habituado al poder, conocía los hilos que manejan esas fuerzas sobre las cuales se asentó para dominar al proletariado, fuerzas siempre prontas a la seducción, a la dádiva y a sus propios intereses.<sup>1</sup> Conocía las marionetas, el sentido que sus rostros solicitaban. Perón fué entre nosotros nada más

<sup>1</sup> "Se nos ha servido en bandeja un mundo obrero con un catolicismo..." escribía con el habitual cinismo el Padre Hernán Benítez, señalando: "Y hasta ahora, reconozcámoslo, al Presidente no le hemos pagado la 'changa' con muchas atenciones, ¡no!" (Revista de la Universidad de Buenos Aires, octubre-diciembre 1952). Pero los obreros no leían la Revista de la Universidad.

que un titiritero que manejó lo que era manejable siguiendo el sentido que las cosas le sugerían. Hasta manejó a la oposición, porque conocía su pasado y su inercia. Y cuando el desequilibrio se rompió, cuando la dinámica misma de los acontecimientos llevaban al país al drama, es decir, allí donde iba a ser necesario hacer *seriamente, trágicamente*, lo que hasta entonces había sido una apariencia que nada solicitaba porque se movía en lo imaginario, cuando fué necesario que las cosas tomaran la consistencia real de las cosas, su urgencia, el pobre hombre terminó su comedia como su pequeñez misma lo señalaba: se dió gustos personales, quemó edificios, terminó viviendo como realidad lo que él mismo había construido como apariencia, creyó que las masas traídas por orden oficial eran una verdadera fuerza, creyó que los sindicatos eran un verdadero poder que en la tragedia vivirían plenamente su audacia como en la comedia. Despreció a las masas, y creyó que con ellas, así tratadas, tanto se hace una Revolución de Octubre como un 17.

¿Cómo podría ser un triunfo revolucionario de las masas obreras el conseguido en la oscuridad de un cuarto oscuro, en las reuniones defendidas por la policía, con la dádiva y el pan dulce? ¿Alguna vez un obrero con conciencia de clase, un obrero de Francia, por ejemplo, podría dejarse sugerir por esa paga? ¿Cómo no percibieron, se preguntará, que había de qué desconfiar en una revolución proclamada con el apoyo policial y castrense? ¿Que no era posible que la Iglesia los celebrara, que los patronos los respetaran? ¿Acaso no vieron también sus propias huelgas reprimidas, sus hermanos de trabajo perseguidos? Sí, lo vieron, pero no supieron comprenderlo, porque estaban verdaderamente alienados, no formaban una comunidad consciente de sus verdaderos intereses y de sus fuerzas, desconocían la cadena que la realidad entretiene con sus necesidades, y la manera de satisfacerlas radicalmente. Esta falta de solidaridad de clase tiene muchas explicaciones. Es, por lo pronto, otro triunfo de la burguesía, de nuestros intelectuales, de nuestros políticos izquierdistas que nunca se atrevieron a decir y hacer la verdad hasta el fin de un comunismo demasiado pendiente de la defensa de la URSS.

El proletariado, entonces, no superó su situación, su pasividad no fué activada. Hablamos de la pasividad profunda, no de ese simplismo que toma por actividad el abandono del trabajo cuando se lo decretaban, que es más goce de la falta de esfuerzo que superación de la pasividad. Todo en el movimiento peronista de las masas fué en el sentido de la pasividad y el debilitamiento. No hubo obstáculos por superar: eran superados por decreto; no hubo unidad por realizar: la unidad se obtenía en la afiliación automática; no hubo sueldos que reclamar: los aumentos se decretaban desde arriba; no hubo superación cultural: fué un desborde de las mismas pasiones que se complacían en la satisfacción instantánea, sin futuro. La mala conciencia no es un recurso de intelectuales: también nuestros proletarios han de tenerla, también ellos sentirán que la impotencia actual es la contraparte de la facilidad anterior, su desaliento no es el desaliento de los que han hecho, o de los que fueron solicitados a la acción y se negaron, sino de los que fueron invitados a usufructuar de las migajas de un festín, y que se ven defraudados. Han sido una vez más jugados, pero no solicitaron tampoco de ellos más que el juego. Una vez más ha sido la clase alienada, que por sí misma no constituye la revolución.

Quienes hablan de "revolución" peronista porque contaba con el apoyo de las masas, sin importárseles cómo ni por qué, olvidan la finalidad primera de una revolución, que es la transformación de la conciencia de los hombres al mismo tiempo que la de las formas de producción: olvidan

que hay toda una dimensión cultural que debe cambiar al mismo tiempo, y que tal vez la una no sea posible sin la otra. En una palabra, no han visto que no estamos socialmente maduros para una revolución. No hay entre nosotros una elevada pasión política que conglomere a los hombres en torno a un proyecto común. Suplantemos entonces nuestras enfáticas "revoluciones" por la palabra "crisis", y obtendremos una imagen más adecuada del desequilibrio por el que atravesamos, una crisis de la cual no salimos desde hace mucho tiempo, y que por carecer de soluciones categóricas se ha tornado cíclica.

En todo el proceso peronista no han intervenido otros valores fuera de aquéllos que nuestra sociedad burguesa hace primar entre nosotros. La crisis peronista tuvo más bien un carácter psicológico que no logró transformarse en político: no dejó nada adquirido, no transformó sustancialmente nuestra realidad, no provocó un avance, esos decantamientos culturales imposibles de destruir porque no construyó nada que fuese un salto hacia un sentido entrevisto que se apodera de la conciencia de quienes pueden y harán. No quedó en ellos como una posibilidad de superación. A este padre lo suplanta un padrastro, a esta propaganda la suplantará otra, tras este espejismo la burguesía creará las condiciones del próximo, cuando las ilusiones sin nombre y sin imagen se carguen una vez más de humillación, de miseria y de miedo. Hemos permanecido diez años en lo homogéneo. Sólo el tiempo hace entre nosotros lo suyo, suplanta a los que mueren por los que nacen, y sólo de él, como van las cosas, quienes no toman el destino en sus manos esperan que todo lo solucionen. Hasta que nuevamente la muerte, en cada uno, venga a borrar, junto con la vida, las ilusiones perdidas.

## II

Por un momento se pensó que la "revolución" podía hacerse sin táctica ni estrategia revolucionarias, maniobrando a las masas, ocultándole sus verdaderos fines, estableciendo sus componendas con la burguesía. Es que todos veían un aspecto fraccionado del problema, y a través de él validaban o se resignaban a los otros: éste, porque comerciaba con la URSS; este otro, porque creaba el IAPI; aquél, porque fomentaba los sindicatos; un cuarto, porque compraba los ferrocarriles. Todos quisieron utilizarla y todos fueron utilizados, porque había un sentido general más poderoso que las instituciones particulares, había ese peso muerto de las masas cuya fuerza alienada los permitía todos, aun aquellos que iban, como fueron, contra sí misma.

Tal vez convenga analizar alguna vez la ilusión de los "revolucionarios" que creyeron que la unidad de los sindicatos se conservaría con la caída de Perón. Pero era, como se ve, un imposible: ni la unidad con Perón servía para nada, porque se movía dominada por sus intereses y los que representaba, ni la unidad sin Perón sirvió tampoco para nada, porque el poderío ficticio se desinfló al carecer del mecanismo movido en la impunidad y en la facilidad. También ellos creyeron en la propaganda. Creyeron por un momento que el dinamismo de lo colectivo construido como una apariencia puede resistir los embates de una realidad concreta. No creyeron en los hombres ni creen en ellos, se hicieron magos y se dieron al delirio de una causalidad simplificada: se perdieron en la abstracción. Otros dicen que el país está esperando una revolución que tarda en llegar; es creer nuevamente en el mesianismo, en la varita mágica, creer que hay un sentido allí en lo alto que ha de descender para distribuirlo todo, como si realmente hubiera entre nosotros una minoría dada a la tarea

de encuadrar al proletariado, como si la masa pudiera salir inmediatamente de la sugestión paternalista y el abandono femenino, de ese "fiat" mágico del que espera ser fecundado en el abandono. Entre nosotros la revolución se hace deliberadamente mito, porque se la considera posible sin poner anticipadamente en marcha los mecanismos que la hagan posible, es un simple recurso de conciencia en un país que carece de ímpetu revolucionario. ¿De dónde nos vendrá la revolución? Volvemos a introducir así otra forma del mesianismo político, y nos embarcamos nuevamente detrás de un dictador, de éste o de cualquier otro, porque pretendemos usufructuar su dominio como una libre causalidad todopoderosa que podría aplicarse, aquí y allá, deliberadamente, con independencia de las situaciones dadas. Pretendemos utilizar al Gran Utilizador.

Pero aquí entre nosotros lo único sólido, lo único organizado, lo único inmediatamente dispuesto a vivir lo suyo porque es lo único que constituye nuestro pasado solidificado como instituciones de poder —ganadería, ejército, clero; es una palabra, la burguesía que conoce sus propios fines y no pierde su sentido—, es todo esto que vemos resurgir a nuestro alrededor, es lo mismo que contentó el peronismo y que ahora quiere terminar con la comedia, que está harta de actores y quiere vivir con propia, sin interposición persona, la aventura que toleró con él. Los militares se acordaron del honor y de la gloria, los católicos se olvidaron de la Gran Cruz Piana concedida por el Papa a Perón, y comenzó nuevamente la seriedad republicana y patricia que decide no jugar más con el fuego, el juego democrático que va a jugarse sólo entre las fuerzas que aceptan jugarlo con decoro. Decoro significa aquí no exigir ni pedir más de lo que sabemos que está tolerado dar o aceptar. El juego democrático es verdaderamente uno: otra vez más soslayamos la tragedia, es decir, evitamos que aflore entre nosotros el sentido que la comunidad total solicita, ponemos fuera de la ley lo que no nos conviene, encuadramos en las leyes y en los organismos sabiamente experimentados y medidos las fuerzas que intentan desbordarnos. Una vez más la democracia crea su ínsula de perdición, sus propias colonias interiores de las cuales vive al someterlas. Martínez Estrada se altera porque en nosotros no existe el patriotismo salvo en los discursos y desfiles oficiales. Pero es que el patriotismo exige una seriedad que está más allá del aprovechamiento. Vivimos en un país considerado por sus propios habitantes como la tierra de nadie, o lo que es lo mismo, la tierra solamente explotable, lo que rinde y a lo cual no se rinde, lo que obligamos pero a lo cual no nos obligamos. Nuestros progresos no son más que el sedimento que la libre empresa deja como residuo de sus conveniencias.

Y sin embargo, se preguntará, ¿cómo fué posible que se introdujeran tales normas de corrupción, de seducción, que se llegara tan lejos en el arte del fraude y la tortura? Simplemente porque ya existían entre nosotros, porque son las formas generalizadas y aumentadas de una miseria que desde siempre, en mayor o menor grado, fué nuestra. País de diletantes, de soberbios, de enriquecidos, de figurones, de futbolistas y normalistas, no sin razón nos conviene situar el problema a la altura de lo sólo político, para atacar como único factor a quien tuvo la habilidad de regimentar y racionalizar lo que el ambiente le prestaba. Así es como el panorama que los jóvenes perciben en el país no encuentra líneas más puras ni valiosas, salvo en ciertos personajes cuyo propio aislamiento señala como extranjeros al medio. La burguesía civil, el clero, el ejército, todos olvidan de pronto que por un momento vieron en ese hombre fuerte la posibilidad de un mayor aprovechamiento: una escalera a dos puntas que jugaban tanto

los unos como los otros, conciente o inconcientemente. Los unos, porque el poder que le concedían permitía al mismo tiempo el dominio de la "plebe"; ésta, porque creía en su entrega que, al fin, las fuerzas que siempre han ido contra el proletariado, por obra y magia de la mediación y el poder de su líder, se avenían ahora a colaborar. Fué jauja; evidentemente, durante algún tiempo fué jauja. Uno tras otro, fueron casi todos los que pusieron la firma. No hablemos de quienes no teníamos necesidad de hacerlo o que tal vez tampoco lo hubiésemos hecho: es el inválido "heroísmo" individual que nunca salvó a ninguna comunidad en la medida en que la totalidad no se reconoce en ellos. Y como siempre se aprendió a respetar el poder militar o policial, y como siempre se aprendió a reverenciar exteriormente a la Iglesia, sólo se trató de ir un poco más lejos, imperceptiblemente, cada día. El camino estaba trazado de antemano, no hay duda. La burguesía no se da cuenta que todo el país se vendió, que aún la dignidad que se retiraba cabizbaja a su hogar se había emputecido a su manera, interiormente. Hubo un emputecimiento público y un emputecimiento privado, como en el derecho. Si todo fué tan fácil, si todo fué tan posible, era porque todo lo hacía posible. Frecuentábamos sus colegios, sus salones, sus familias, su "centro de la ciudad", sus hijas y sus hijos. Desde la familia hasta el maestro, todo lo estaba. Pero ahora ya lo vemos mejor, y partiendo de esta miseria que reivindicamos como heredada intentamos salir a otra cosa. Si nuestra vida no estuviese entretejida con ella, si nuestras reacciones no se acomodaran a sus acciones, tal vez cierta ingenuidad nos hubiera arrastrado.

No caeremos ahora nosotros en la reivindicación de "un" peronismo como para desdecirnos de un pasado que fué nuestro y se verificó como oposición, miedo, sufrimiento y angustia. Fué nuestra parte del proceso, porque no se nos pidió otra y porque tampoco podíamos darla. Para ello hubiese sido preciso dejar totalmente de ser, acceder a una estructura tan imposible, que sólo el proletariado la vivió sin fisura, en la credulidad. Decir ahora que aquello era bueno cuando lo vivimos como una total imposibilidad, es caer y hacer caer en la mistificación. Ni aquello era bueno ni esto otro tampoco. Nuestra condición era la de quienes veían al mismo tiempo varios aspectos de los cuales el proletario veía sólo uno. No podíamos ignorarlo, ni siquiera haciendo una suma algebraica de la totalidad, y decidimos razonablemente en consecuencia. Lo social no se vive como una resultante de fuerzas. Esa experiencia, y esta otra a la cual asistimos, se presentan como una evidencia de peso. cualitativa, que antes no poseíamos. Allá aquéllos que sí la tenían, y no se atrevieron. El peronismo era para nosotros un camino cerrado, tanto que así lo fué. Era el desprecio de un país que no cree en sí mismo, porque ha olvidado o no ha conocido. La virginidad de nuestra América tal vez sea ésta: no tener memoria para su breve historia.

Pero nosotros no podemos alegar ahora falta de conocimiento concreto de la realidad. Hemos pasado el peronismo, momento en el cual descubrimos vívidamente una realidad: fué el "test Perón" el test del proletariado. Pero estamos viviendo ahora el "test burgués", que también nos descubre vívidamente otra. Hemos cerrado el circuito de una percepción totalizadora mínima, tenemos la vivencia de dos de sus integrantes caudales, estamos frente a un mundo social que ha mostrado sus extremos, fuera de los cuales ya nada existe, a no ser la complacencia en una virtualidad de semejantes, hechos a la imagen que nos damos al multiplicar la nuestra.

La historia, para no quedar en el recuerdo como un cuento de hadas o fundirse con la mitología, requiere estas verificaciones concretas que la iluminan y le forjan un

rostro vívido. Nosotros hemos tenido la suerte de las verificaciones, hemos participado de este despliegue de fuerzas que tan pronto fué en un sentido, tan pronto en otro, y nos enseñó en su pasaje su sentido. Hemos visto el anverso y el reverso. Hemos aprendido la lección y sabemos que no existe el uno sin el otro, y que ambos se deben mutuamente la existencia.

Es claro que si nos ponemos a juzgar la historia desde el punto de vista de los valores de la burguesía: amor ascético y respeto, estabilidad de la familia, libertad así en general, sacrosantidad de la iglesia, trabajo en las fábricas a pleno rendimiento, patriotismo, buenas costumbres, etc., tendríamos que negar el movimiento proletario. Pero la burguesía no puede ser juez en el debate. Insistimos en la vieja fórmula: no puede ser juez y parte. ¿Qué justicia es esta que no comprende las motivaciones del acusado? Para adoptar la actitud del juez se visten con el ropaje y la dignidad de la suprema corte: pero ya Carlyle sabía que los ropajes son los intercambiables disfraces de un juego de intercambiables fantasmas. ¿Quién puede entonces ser juez aquí? Tal vez nadie. Todos somos parte. Pero hay una apertura de la conciencia, un descubrimiento que es el camino hacia la verdad, y que consiste en sacarse los propios ropajes con la decisión de aventurarse en una significación desconocida pero que la realidad, en su quiebra, sugiere como posible. La coyuntura indica en su explosivo desintegración una significación destellante que el retorno a la buena conciencia del juez, a la paz interior, vuelve a velar. La burguesía cayó de pronto, una vez más, en la buena conciencia. Sólo muy pocos resquicios dejan correr aún el humo de lo que fué un encendido anhelo que se va apagando: intenciones.

Por eso nuestra confianza está depositada en otra parte. Si el proletario no tiene memoria, si no ha tenido historia, si ha equivocado una vez más el sentido de las cosas, es porque permanece en sí mismo sin hallarse encuadrado por estructuras que le constituyan su memoria social, su historia, la vivida por los proletarios de todo el país, las luchas aisladas que de pronto confieren un sentido a toda la realidad. La burguesía puede estar contenta de la mala memoria proletaria que no tomó venganza ni de los asesinatos patagónicos ni de la semana trágica. Tampoco lo hubiera podido, es verdad; el proletariado no intervino directamente en las muertes, la policía del régimen fué la continuación acrecentada de ese organismo adiestrado por la burguesía, que sólo aumentó la diligencia y la intensidad. Los métodos son los mismos y el valor de crueldad o inhumanidad no ha de variar porque antes hayan sido los anarquistas y los obreros los picaneados, y ahora también hayan sido los estudiantes. Se habla entonces de "irracionalidad" de las masas. Pero cuando se cree haber dicho mucho, rotulando para siempre una realidad que por ese mismo hecho postergamos, no se ha dicho nada, porque la irracionalidad de las masas, al igual que las zonas de la irracionalidad burguesa, es una irracionalidad *con sentido*. Que las masas quieren irracionalmente algo, puesto que es verdad que algo quieren, puede, entre otras cosas, querer decir esto: o que no conocen lo que quieren, y por lo tanto, persiguen vanamente su deseo a través de sus explosiones y de sus espejismos, o que lo conocen y lo quieren a cualquier precio, y para conseguirlo pasan por encima, destruyen, pisotean lo que la burguesía les opone y que considera como sus valores sagrados y absolutos. Pero no se quiere ver que al mismo tiempo esta insatisfacción convierte lo sagrado en profano y lo absoluto en relativo; éste es el sentido que el proletariado instituye en la realidad. El proletariado es irracional tanto como puede serlo quien no tiene a su lado, bien dispuestas, las estructuras que lo lleven directamente a su objeto, que definan sus

límites y sus medios, ese racionalismo o esa sabiduría decantada en las cosas que la sociedad burguesa posee para sí, pero que es inservible para el proletariado porque no vehicula sus aspiraciones, porque están a su margen, porque no han sido preparadas para él; porque son relativas y profanas. Y esa misma irracionalidad de las masas, esa misma exhuberancia abierta hacia lo desconocido tiene su racionalidad, su salida —que la burguesía conoce y oculta. La masa es irracional y lo seguirá siendo mientras permanezca como un apéndice de la burguesía, mientras ésta se complazca en relegarla al margen de la humanidad y mientras no se dé su aparato político.

La irracionalidad del proletariado no es el aspecto psicológico que se descubre en la unión de las multitudes: es una apertura ontológica incipiente. En ese sentido su irracionalidad actual, si bien es lo que lo pierde, falto de historia, podrá ser, en definitiva, lo que lo salve, porque lo deja abierto a la novedad del mundo. En ella reside su poder actual de negación ante la sociedad burguesa. Si la irracionalidad de la clase obrera no es locura, es decir, si tiene un sentido que aspira a satisfacerse en una conducta que aportará su propia racionalidad, entonces se hará evidencia el fracaso de la racionalidad burguesa que no consigue englobarlos, entonces será la apertura hacia una racionalidad más profunda.

### III

Los intelectuales tienen las mayores oportunidades de comprenderlo todo, pero las menores para creer en lo que comprenden. Como viven intensamente las inextricables relaciones en que se mueve lo *solamente personal*, no pueden creer, por ejemplo, en esa lógica de las infraestructuras de las cuales habla Marx: no pueden tolerar ni concebir que las cosas los determinen. Y porque no aceptan esta posibilidad, que es su realidad, por eso mismo aceptan el determinismo; porque se niegan a conocerlo para superarlo. Hablan entonces de *infecciones del espíritu*. Sólo creen en la medida de sus límites, dan la prueba de su pertenencia a una ideología, su persistencia irrevocable dentro de ella.

Así pretenden permanecer incorruptibles, sólidos en nuestra comarca espiritual, sin fisuras, sin entreabrirse siquiera hacia esa rebelión que el peronismo cobijó, para encontrarle un sentido más allá de nuestra comodidad. Sin embargo, nuestro mundo, nuestro pobre mundo pierde, hace agua y miseria por todos lados, y es en vano que intentemos un postrer calafateo, cerrarnos aún más, hacernos herméticos a las otras pasiones porque no coinciden con las nuestras, porque saben mal, porque huelen, porque ofenden; este olor de lo desconocido, esta costra impenetrable, esta ofensa a la dignidad herida nos sitúa en una seriedad a la que nada, fuera de nuestra soberbia, nos autoriza. La cultura se hace en nosotros, cada vez más, naturaleza, y perdemos de vista el dinamismo que la conforma.

Esta dificultosa lectura, esta imposibilidad física que impide nuestro contacto con una parte del país, es una consecuencia de la burguesía, y debe ser quebrada. Si no partimos de la necesidad de modificar nuestro contorno, cada uno de los hombres y mujeres que giran y vemos a nuestro alrededor, si no tenemos la decisión de crear una comunidad habitable, ¿cómo podremos comprender esta realidad, cómo embarcarnos en lo abstracto fuera de esta experiencia y esta necesidad iluminadora? Tenemos que tornarlos semejantes en la convivencia, y es preciso partir tal vez de esta necesidad personal para elevarse al plano de lo político: la sola motivación de la injusticia abstracta,

económica, debe enriquecerse aquí con esta otra dimensión que la torna concreta.

Es preciso entonces conservar entre nosotros este centro del cual todo irradia y hacia el cual todo converge. Si la persona se descubre en medio de los otros, si somos los reflejos asumidos que los demás nos dan de nosotros mismos, si "la mirada del más desfavorecido" también cuenta, ¿cómo no ver que necesitamos de ellos más allá de la formulación política, que los necesitamos en toda su humanidad, no como antes de razón que aplican su fuerza en una estructura causal dada, sino como quienes se sienten movidos por esa necesidad paralela de hacer habitable nuestro mundo? Sólo el "político", sólo el dictador, sólo el literato se conforman con la reverencia, ignoran el diálogo mudo que mantienen nuestras presencias en nuestro diario entrecruzarse. Son constructores o gozadores para quienes los otros no son más que los elementos de sus triunfos o de sus gozos.

Los intelectuales, se piensa, tendrían que ser al menos los intérpretes de este diálogo de sordos que vuelve a iniciarse, y como mediadores de la burguesía, más cerca de ésta que de los proletarios, con los que quizá simpatizan teóricamente, hablarles nuevamente al oído, como en sus mejores tiempos, pero susurrándoles ahora que ya todo hiede, que ya no es posible, devolverles este relente de podredumbre que nos invade precisamente por no tener otra ocasión que la de hablarles al oído.

Los intelectuales siguen susurrándoles, en cambio, nuevamente la existencia del mundo "de lo bello, de la verdad, del amor y del bien", como si estuviese todo hecho, como si estuviese al alcance de la mano cuando nos encerramos en una pieza y nos lo gozamos en un silencio que los altoparlantes no destruyen. El mundo de lo bello que se goza en los libros y en los museos, de la verdad que se lee en los silogismos y en las definiciones, de lo bueno que nos consuela en las intenciones y en la religión. Pero ¿y todo este mundo que nos rodea, este mundo de ganapanes, de entorchados y de señores, este mundo poco amable en el que tenemos que realizar nuestras únicas posibilidades concretas de amor y de belleza y de verdad y de bien?

Porque nuestra culta "élite" es la limpia conciencia del liberalismo, limpia porque no son ellos los que se ensucian las manos. Hablan desde la espiritualidad del gabinete o desde la revista que les costea la benevolencia de los rapaces. En pocas palabras, son los usufructuarios de la aparente pureza que el liberalismo les prepara como una extensión de la propia buena conciencia. La intelectualidad que así les sirve es la exteriorización cultural de esa necesidad, el "salón" burgués de los preciosamente ridículos, poetas y escritores de naderías, aquellos que sin rubor escriben: *hemos sido hechos salvos.*<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Si hubiera que señalar este ambiente de mezquina intelectualidad, podríamos mostrar la falta de diálogo en nuestro medio, la falta de discusión, la cerrazón bajamente espiritualista y subjetiva en la que todos permanecen, vocación a la puerilidad y al estancamiento. La cultura no es lo que se hace en común, el crecimiento no es el que efectuamos al intercambiar nuestras perspectivas: sólo existe la singularidad que se complace en ser admirada por un público ignorante, "snob" y pronto a la reverencia, público para "espectáculos" que también conformó nuestra realidad política. Todo seguía el mismo camino. Estos intocables que desdénan temerosamente el diálogo (*Ya no leo artículos, me decía uno de ellos, sólo leo libros*). Es decir, la forma venerable de la literatura. Y nos prometía, compasivamente: *cuando ustedes escriban alguno, entonces sí los leeré.*) La libertad es en ellos un problema "personal" que no se evidencia en lo literario: tornar al mismo mundo cálido desde el cual seguir escribiendo las mismas cosas faltas de interés, seguir siendo, como dice Máscolo, *los poseedores privados de los medios de expresión que hace que esta propiedad sea también un robo*. La prueba es que, viviendo ya en pleno reino de la libertad, siguen escribiendo las mismas insignificancias.

Por eso es preciso preguntarnos, para no caer en los modos extremos: ¿qué nos sugiere este enfrentamiento de fuerzas que nos llevó a la marginalidad?

Hemos hecho un papel marginal porque nuestra propia situación se desenvuelve en la ambigüedad: ni totalmente burgueses, menos aún proletarios, carecemos de ubicación en el país. Pero la superación de este momento no es instantánea: nuestra decisión no podía cambiar nada a una historia que ya arrastraba su pasado, en cuyo sentido penetramos entre asombro y asombro al salir de nuestra desilusión de clase, al descubrirnos en la irremediable soledad a la que todo nos arrojaba. Sabíamos o presentíamos que nada de esto era nuestro, y sin embargo, no había lugar más que para la aceptación. Pero no comprendíamos el movimiento pendular de nuestra historia, no sabíamos de qué lado está la fuerza que puede hacerse eco de un cambio radical, pues también nosotros estábamos aislados, dispersos por la ignorancia o el recelo. Ahora vemos que hay en estos momentos sólo una gran fuerza, como totalidad, que puede ir en el sentido del cambio, que hay una clase sobre la cual podemos proyectar nuestros afanes, porque son ellos los que nos lo señalan a través de la historia y porque constituyen la negación de nuestro régimen. Son la refutación viva de ese mundo que se pretende justo, bueno y bello.

Pero no hay punto de pasaje entre nosotros y ellos, no existe la mediación; la cultura en la cual nos movemos los ha ignorado y aislado. Se trata de crear ahora los puentes más allá de la abstracta disquisición que establece la necesidad política de actuar con ellos, y mucho más allá de esa mascarada obrero-electoralista que se disputa ahora su dominio. La posibilidad del diálogo no puede ser simplemente "política", de la cual ahora, y con razón, se desconfían. Se trata de hacer nacer entre nosotros una corriente concreta que los englobe, una totalidad que no los excluya. Redescubrir nuestra situación política a partir de una formulación total significará no dejar fuera de nuestra labor, como innecesaria para lo inmediato o como un exceso prescindible, esa dimensión personal que de sentido a toda las otras, significará tal vez no vivir en la abstracción causalista de lo social que va derecho a su fin y que, por eso mismo, lo destruye y lo empobrece, porque supone que todo nos será dado. Pero como el fin no es inminente, esta misma suposición borra de la realidad la posibilidad concreta de nuestro diálogo, que también acerca el fin. Colmar al hombre tiene entonces un sentido: no es el pedazo de pan que se pide para él y que se le arroja como una dádiva, como la contraparte de sus votos. Ese pan con sentido es algo más que una satisfacción puntual porque se inscribe en un futuro que la satisfacción trae consigo. El peronismo, en cambio, les creó el espejismo de ir hasta el fin de los bienes burgueses, de poseerlos como ellos los poseen, de gozarlos como ellos lo gozan, de ser de cualquier modo los usufructuarios de ese mundo que ayudan a construir, les creó la ilusión de una apertura inmediata que tenía esos mismos bienes como fin. Esto es lo que no podremos hacer. El proletariado debe querer más allá de lo que la burguesía quiere, tiene que ser y vivir como resentido, porque esa es su realidad de paso, su evidencia actual. Tiene que negar lo que de valioso tiene la burguesía para hacerlo nacer todo en el descubrimiento de una cultura propia, como un nuevo valor que sólo la inexistencia de las relaciones sociales burguesas hace posible, cuando ésta no lo empañe con sus taras

y sus miserias. Este es nuestro punto de contacto y nuestra tarea común.

Es preciso llenar entonces ese hiato que existe entre las necesidades concretas y la satisfacción posible, ese aspecto que despierta en el hombre el sentido que lo económico descubre y que no tiene su término en sí mismo. No queremos decir entonces que lo urgente debe ser pospuesto, que la miseria puede esperar hasta que se "espiritualice", porque nosotros, burgueses, no la vivimos como miseria económica. Nada de eso: simplemente decimos que hay que formar también al hombre para poder solicitar de él algo más que la rendición, la sumisión incondicional que el peronismo solicitó y obtuvo. ¿Cómo sentirá el proletariado la verdad de la situación si quienes se lo disputan lo pretenden también sumiso y rendido? Contra el cristianismo que se descubre obrerista al término de mil novecientos cincuenta y seis años de miseria y opresión, contra todos aquellos que los adulan manteniendo las distancias del amo y del esclavo, es preciso hacer nacer en la clase proletaria, aun veladamente, aun inciertamente, la conciencia de ese objetivo que la burguesía destruye entre los hombres. Si realmente creemos que la verdad del proletariado es algo más que la espontaneidad de una conciencia sin historia y sin sentido, que pese a todo la encontraría por ser proletaria.

Tenemos la obligación entonces de mirar más allá de nuestros ojos: las cartas ya están dadas, ya han sido repartidas, y en lo inmediato sólo podemos jugarlas lo mejor que se pueda. Pero más allá de este juego que no depende ahora totalmente de nosotros está ese otro que se prepara un poco más a la larga, para cuando nuevamente el cansancio de las humillaciones y la miseria requiera lo que ahora no hemos podido darle. Tenemos la obligación de crear con el tiempo una solución que evite estos errores. Porque estos errores, que no fueron nuestros, serán al fin y al cabo también nuestros. Para no caer en la postrera impotencia de los que han quedado solos en medio de los que fueron "suyos", como Martínez Estrada, cuya "locura" es la dimensión que adquiere la impotencia cuando quiere ser escuchada, el intento de desandar con las últimas fuerzas de la vida los decenios de estupidez y de ceguera, con un llamado que para ellos se pierde en el vacío —¡otra vez!— de las buenas intenciones.

Tal vez nuestra labor consista en inseminar este mundo cultural para que de alguna manera brote, lanzar a la vida un sentido que la realidad nos descubre en un momento de privilegio como el presente, en el cual las estructuras quedan al descubierto, en que vemos el duro esqueleto de la República cuando todavía no ha tenido tiempo de cubrirse totalmente. Como algunos pueblos al término de la guerra pasada, estamos viviendo el paso de lo ideal a lo real, la prueba de los principios que se hacen concretamente la negación de esos principios, estamos leyendo la duplicidad de una ideología burguesa que se nos revela ante los ojos en su rapacidad y su materialidad suicida. Pero si por una cómoda simplificación perdemos una vez más la oportunidad de discernir la totalidad del acontecimiento y nos introducimos con complicidad en una parte de ese sentido que no es totalizador ni tiene la posibilidad de totalizarlo, si nos conformamos con la verdad parcial que a la larga o a la corta volverá a encerrarnos en nosotros mismos, caeremos entonces en el determinismo infecundo que jugará nuevamente con nosotros. Volveremos a sumirnos, una vez más, como hasta ahora, en la soledad.

LEON ROZITCHNER.

## Examen de conciencia

*"Este desastre sólo podrá ser el principio de un resurgimiento si tenemos el valor de aceptarlo como impulso hacia una regeneración total; si nos persuadimos que un pueblo arruinado por una falsa revolución sólo puede ser salvado y rescatado por una revolución verdadera."*

Giaime Pintor: "El Sanguie d'Europa" (Einaudi, 1950).

LOS que teníamos veinte años al empezar la guerra conocimos la angustia como atmósfera natural de la vida. En la angustia ha transcurrido nuestra juventud, y de angustia estará empapado ya para siempre nuestro espíritu. Pero la angustia no es sino la intuición del pecado, dice Kierkegaard. Y nosotros somos culpables, nos sabemos culpables.

A la caída de Perón hemos sentido que salíamos de un túnel. Esa sensación de alivio era pecado, porque nosotros habíamos dejado atrás el túnel, pero el país no. Sabíamos que no había eliminado ese régimen de infamia y frustración por un acto de conciencia; sólo habían actuado la fuerza militar, la crisis económica. Persistirían, acaso, los mismos males, sin el chivo emisario que habíamos hallado en ese hombre insignificante, cuyo poder sin límites no era sino la manifestación visible de nuestra impotencia como nación.

Si algo nos distinguía de nuestros mayores, y aun de los camaradas que se incorporaban sin esfuerzo a la vida literaria, era la idea de que nuestra evolución intelectual debía asimilarse íntimamente a la de nuestro país. Su destino era el nuestro. La humanidad iba a alguna parte, la historia tenía un sentido, y por lo tanto, también lo tenía mi existencia. Todo lo individual, salvo ese tributo a la circunstancia, tenía algo de escandaloso, de obscuro.

Debíamos renunciar a toda conquista que no lo fuera también de nuestro pueblo. Y no por razones sentimentales. Por convicción intelectual. Todo lo que pudiéramos hacer en el mero plano literario era mentira. La literatura era vida o era una farsa. Las bellas letras no podían ser sino un ropaje pudoroso para la mentira que nos sofocaba. Sólo la realización concreta de nuestras ideas podía demostrar su veracidad.

El peronismo, y sobre todo su caída, nos puso dramáticamente frente a nosotros mismos, frente a una parte de nosotros que procurábamos ignorar. Era difícil, sí, vivir bajo la lava de abyección y estupidez que cubrió nuestro país; pero nosotros, ¿no habíamos hecho de esa verdad evidente una razón secreta de complacencia, una coartada para la inercia y el aislamiento?

El día en que ese lamentable matamoros se refugió en la cañonera, la reflexión, al menos en mi caso, paralizaba los desvaríos de mi esperanza. No; las revoluciones que no se hacen con el pueblo no son revoluciones: tarde o temprano, aun contra la voluntad de sus promotores, develan su verdadera faz contrarrevolucionaria. Pero ese turbión de angustia que nos acompaña desde niños abría una fisura, despejaba un rincón de cielo en mi prudente escepticismo.

Hoy sé que esa esperanza era pecado, no ya porque experimentamos como victoria lo que era un derrota para el pueblo argentino, sino porque puso en descubierto la mala fe con que enfrentamos a Perón. ¿Hasta qué punto lo hemos considerado nocivo porque nos era personalmente insupportable?

Me hago esta pregunta para turbar también a mis amigos más jóvenes que yo. Dejemos a los otros instalados en sus cómodas certidumbres. Pero ellos son aún demasiado sinceros para dudar de sí mismos, de su lealtad, de su coraje.

¡Cuidado, muchachos, con las emboscadas de la sinceridad!

A la salida del túnel, los hombres de mi edad nos encontramos con que ya no éramos los más jóvenes. Ya no cerrábamos la marcha. A nuestras espaldas había gente. En la escuela, en la cancha de fútbol, en las redacciones, en las escaramuzas callejeras contra el fascismo durante la guerra civil española, mis camaradas me decían "pibe"; ahora me dicen "señor", y yo no me atrevo a pedirles que me tuteen, no voy a sospechar una condescendencia hipócrita. Y bien, es difícil sentirse cómodo ante los más jóvenes. ¿Qué han hecho ustedes, parecen decir, para evitarnos un espectáculo como este? ¿Por que nos estorban el paso si no han sido capaces de ahorrarnos tanta vergüenza?

No hablo en nombre de una generación. En todo caso, es una generación ausente. Somos los que: a) no pudimos aceptar la mistificación peronista; ni b) la restauración oligárquica, su única alternativa; y que, c) fuimos incapaces de organizar una oposición revolucionaria. Vivimos diez años suspendidos entre cielo y tierra. Hemos perdido nuestra juventud y somos un peso muerto sobre la de quienes vienen atrás.

Los que pretenden el nombre de generación del 40 hicieron media docena de poemas elegíacos. No han renovado nada, ni siquiera la técnica literaria. Hoy escriben sonetos los domingos en "La Nación" y ejercen el bombo mutuo en "Sur". Nosotros no quisimos enmerdarnos con el peronismo, no quisimos enmerdarnos con la fronda intelectual, y hemos terminado por enmerdarnos de nosotros mismos.

Los que tienen veinte, veinticinco, treinta años, sufrieron primero la ceguera del peronismo y ahora la sordera de la oligarquía. Tan desvalidos están como nosotros en la época de Justo. Yo escribía: "Sobrepajar / mi esfumada medida / ensanchar con un grito / el orden las leyes / legar / una vida más bella / que la que yo he vivido." No hemos legado nada. Ni un partido de izquierda, ni una hoja periódica audaz e inteligente, ni un libro encendido, como los que escribieron Dylan Thomas, Jean Prevost o Giaime Pintor antes de marcharse al otro mundo.

No nos queda más que volvernos hacia ellos, hacia los jóvenes, hacer nuestro examen de conciencia y pedir en sus filas un puesto de recluta. Hay que empezar de nuevo.

Nosotros nos habíamos sustraído a la marea pestilente con el recurso del desprecio. Por la simple razón de que ese hombre mentía —mentía porque denunciaba un estado de cosas que él no podía ni quería corregir, y que era, además, el secreto de su fuerza— nos negamos a escuchar razones que, en buena parte, son verdad, y conciernen a la crisis general de nuestro tiempo.

El peronismo —me refiero a su ideología, no a su acción real— implantó la política sobre nuevas bases: defensa de los intereses populares y de la comunidad nacional. Los otros no defendían sino cierta idea abstracta del hombre, abstracta y trasnochada. Esa ideología era, moral e intelectualmente, superior a la del liberalismo. (Tal, por lo menos, como la expone hoy un buen señor —ya hablaremos de su artículo más adelante— en uno de los diarios de la cadena Erro, sucesión Apold.)

Una oposición eficaz debía moverse dentro de aquellos límites: sólo así era posible "desbordar" al peronismo. Aventajarlo en vocación nacional y en empuje revolucionario. Denunciar sus yerros diplomáticos y económicos, que luego harían forzosas ciertas concesiones al imperialismo, y su tendencia a "fijar" la relación de clases en el precario equilibrio establecido en los años iniciales del régimen. Todos los sectores que hoy aclaman a la revolución restauradora han sido solidarios con esa tendencia de la segunda etapa peronista, todos han aplaudido alguna vez esos yerros económicos y diplomáticos de Perón.

Los viejos dirigentes democráticos no pecaron de imaginación; ellos también se retiraron al Aventino para rendir culto a sus ideales. Esos ideales son sagrados, intocables: son tabú. Ahora un triunfo temporal les sirve de argumento. Era el argumento de Perón.

La política de hace cincuenta años se fundaba en una serie de antinomias: nacionalismo o deserción moral, intolerancia religiosa o anticlericalismo, cesarismo o equilibrio de poderes. Todas esas antinomias son ficticias: sirven para entretener disputas baladíes y diferir la única disputa real. Los males del nacionalismo burgués no se combaten con la deserción moral, sino con un nacionalismo proletario. La intolerancia religiosa no se extingue milagrosamente el día en que se vota la separación de la Iglesia y el Estado; si creamos un Estado revolucionario, la Iglesia misma pedirá la separación. En cuanto al cesarismo, es para las clases poseedoras un arma de doble filo: debilita al Estado en vez de robustecerlo; lo pone en manos de un hombre, de una camarilla, relativamente independientes de los intereses dominantes. Esa laya de aventureros, cuando han de optar entre el interés de clase o el suyo propio (que es, simplemente, no ceder la baraja), echan por la borda el interés de clase, a diferencia de los virtuosos representantes del equilibrio de poderes.

Esto es lo que aprendimos, no del peronismo, pero sí durante el peronismo. Las vestales de la democracia prorrumpirán en anatemas: la peste totalitaria nos ha contagiado. La verdad es que nosotros tenemos la culpa de que aún se hable en presente de esa gente. ¡Nos había hecho a su imagen y semejanza! No nos arrepentimos, pero cierta inhibición moral nos impidió redimir a la política argentina de la hipoteca de un izquierdismo ramplón. Aún le da el tono la pequeña burguesía ignorante, con su mezquindad, su resentimiento, su ideología liberal, que le impide ser realmente libre. Que es su cepo.

Pero todo esto no supimos decirlo a tiempo.

En 1955 nos esforzábamos aún por imaginar un programa nacional y popular que hubiera sido bueno, quizá, para la Argentina de 1948. En política exterior, estatuto de neutralidad bajo la égida de las Naciones Unidas, junto a la India, Egipto, Yugoslavia, e irradiación de nuestra influencia sobre América Latina. En política interna, pacto entre los partidos que aceptasen un régimen de contenido revolucionario y antimperialista, rechazo de los demás fuera de la oposición constitucional, responsabilidad pluripartidaria en algunos sectores (Relaciones Exteriores, Economía). En política económica, completar las nacionalizaciones (Sofina, Standard Oil, frigoríficos), fundación de la industria pesada, proteccionismo, saneamiento financiero.

Ya era tarde. La batalla se había dado en 1950-51, cuando nosotros atravesábamos nuestra enésima crisis de conciencia. La burguesía es previsora: hizo salir a Menéndez para obligar a Perón a asumir la dictadura. Desde entonces era ilusoria toda transición pacífica, que dejara en pie las conquistas nacionales y populares de 1945. La burguesía es claravidente: empujó a Perón contra la Iglesia y el Ejército para obligarlo a salir a Lonardi, y a Lonardi lo

empleó para que cubriera lo que venía atrás. Lo que venía atrás era, sencillamente, el peronismo reaccionario de 1950, al que el pueblo estorbaba para su conversión a la derecha. A éstos ya no les estorbaba el pueblo. La burguesía se ha ganado otros diez años de tranquilidad.

Sí, ya era tarde. Después de junio, cuando se preparó la cancha para la final, me eché a la calle a pedir que se aceptase la pacificación: se me reían en la cara. Los hombres de orden no podían volver sino a bombazos. Nada debía salvarse de lo que fué nuestra vida durante diez años. Había que hacer tabla rasa, dijeron los hombres sabios, los prudentes, los socráticos. Había que ponerles la bota encima a los cabecitas negras, dijeron los civiles.

Esta versión de la historia reciente parecerá, sin duda, demasiado perversa, o por lo menos es posible presentarla así: basta empeñarse en tomarla al pie de la letra. Pero hay que elegir entre esta versión y la sádicoascuista. Veamos, por ejemplo, un artículo del señor Mario Luis Descotte, que hoy nos ilustra desde las columnas de "El Mundo".

Según parece, "el destino de los hombres, regido por circunstancias y factores que escapan muchas veces a la lógica más estricta, está signado, sin embargo, por la intrasferible raíz de cada individuo". ¿Ustedes entendieron algo? Yo tampoco. "Quien intente evadirse de ella, niega su propio yo, cae en el vacío, es decir en la ficción, y escamotea su propio destino". El destino, por supuesto, se lee en una bola de cristal. "Esa raíz —prosigue Nostradamus, en el estilo de Nostradamus— alimentada por una savia cósmica, es como una célula que se va reproduciendo y termina por crear al individuo, desde el fondo del tiempo, su propio ámbito, encauza su esperanza, sus posibilidades, su destino auténtico".

¿Ustedes no adivinan todavía a dónde apunta este oráculo preámbulo? ¡Pero sí! "Intentar evadirse de su propia raíz, no por evolución sino por vanidad, por ambición o por imposición externa, es correr el albur del fracaso y del ridículo". Es, sin duda, lo que pasó con los peronistas. Porque "este fracaso, que generalmente es fomentado por el canto de la sirena (hay intelectuales que, como la policía, atribuyen el malestar social a los agitadores), es el que crea al resentido social". ¡Finalmente!

El resentido, víctima de un complejo de inferioridad, "vuelca la amargura de su fracaso contra quienes considera usurpadores de su felicidad". Odia, destruye. "Por incultura e incompreensión no acepta que los demás hayan resuelto un problema que él tiene sin resolver aún." Ese problema, por supuesto, no tiene nada que ver con los factores materiales de la vida. Es un problema del "espíritu".

Y ahora el señor Descotte va al grano. "Durante diez años el dictador en fuga habló de una oligarquía que sólo existía en sus planes maquiuvelicos. Durante diez años se ocupó, entre otras calamidades, de dividir al pueblo, haciendo creer a una mitad que la otra mitad lo estaba estafando". Si la primera mitad lo hubiera comprendido, la otra no hablaría a estas horas por boca del señor Descotte, y el señor Descotte estaría en Panamá haciendo las veces del ingeniero Pascali, que no es, al fin y al cabo, un resentido social.

En realidad, "la única aristocracia vital que existía en el país era la del espíritu", a la que pertenecen el señor Descotte y la cofradía sádico-ascuista, y "el pueblo argentino no estaba dividido en clases sociales propiamente dichas, sino en individuos, pobres o ricos"—ello es indiferente—que "llevaban en lo profundo de sus almas la raíz del bien o del mal". No nos cuesta esfuerzo adivinar de qué lado estaba el mal.

El artículo termina con un ardiente panegírico del grupo social al que pertenecen el señor Descotte y el ingeniero Pascali, "intelectuales, profesores y jueces", que

"mantuvieron intacta su dignidad", y con el descubrimiento de una ley sociológica llamada a crear en el siglo venidero toda una escuela de pensamiento: no hay diferencia de "clases" sino de "clase". Después de esto, el señor Descotte pasa por la ventanilla y retira un sobre lleno de espíritu.

Pero esto que debía ser una digresión se ha convertido en agresión. Presento mis excusas al señor Descotte. Bien es verdad que hoy el privilegio se defiende más astutamente. Américo Barrios lo hacía mejor. Pero el señor Descotte ha llegado a estas conclusiones solo, con su propia inteligencia. Y yo no me perdonaría si le hubiese suscitado la menor inquietud sobre la pureza de sus ideas, o turbado su límpida inconciencia.

A lo que iba: estos señores han sido nuestros aliados por diez años, ésta era la libertad que defendíamos. La coincidencia entre ellos y nosotros se hacía sobre sus argumentos, no sobre los nuestros. Confesemos que aun hoy, en las mismas circunstancias, volveríamos a confundirnos con ellos en aquel mismo antiperonismo genérico e indeterminado que nos permitía sentirnos decentes en medio de la canalla desatada. Sí, confesémoslo. Lo que nos une a esta gente, cuyas ideas nos repugnan, es más fuerte que lo que nos separa. Somos tan filisteos como ellos, más que ellos.

En nuestro país se han enfrentado la barbarie y la decadencia. Los argentinos que aun no tienen conciencia —conciencia de sí mismos, por y para una clase, por y para una nación— y los que ya la han perdido. Las mayorías crédulas y las minorías cínicas. ¿Cuál era nuestro bando? Ninguno de los dos. ¿Pero dónde hallaríamos aliados? En los dos, sin duda. Y nos pusimos a buscarlos. Inútil, desesperada búsqueda. La barbarie y la decadencia se excitaban mutuamente. Eran dos lesbianas; nos rechazaban. Más aún: la barbarie y la decadencia estaban dentro de nosotros mismos, unidas en un monstruoso nudo de amor.

Pero nuestro instinto nos quiere presentes doquiera transcurran acontecimientos decisivos y las experiencias humanas más interesantes. No se trata, por cierto, de enajenarnos a lo colectivo. Para nosotros, sin embargo, no hay posibilidad de salvación personal en la neutralidad y el aislamiento. Estamos hechos así. La coquetería de los intelectuales consistía antes en parecer siempre absorbidos por preocupaciones más altas que los debates de cada día. Pero cada día es la vida. El tiempo humano es el único habitable. Puesto que no somos inmortales, imitemos a Empédocles. A descomponerse lentamente, es preferible perecer en las llamas de la actualidad.

No nos preocupemos: nuestras novelas, ensayos, poemas, llevarán su fecha de envase. Lo que sí depende de

nosotros es que seamos concientes de ello. Si no lo somos, quizás el hombre de mañana leerá nuestros libros, pero nuestros libros no ayudarán a construir el mundo de mañana. Y no nos basta. Es nuestra ingenuidad, nuestro idealismo: tenemos el mismo derecho a él que los demás. La literatura, cierta literatura no nos basta. Te aplauden, te hinchas, luego ponen el libro en un estante y nadie piensa más en ello. Cierto, podríamos vivir contentos en nuestro rincón, con una hermosa biblioteca y una vieja alfombra, entre libros dedicados, entre bibelots y recuerdos de viaje, y cuadros que no hemos tenido necesidad de comprar. Pero vendríamos a parar en estetas, en almas bellas, y éstas son gentes a las que no querríamos parecernos por nada del mundo.

Sin perjuicio de escupir cuando oigamos mentar la patria, necesitamos, para que el trabajo de escribir nos interese de veras, que nuestro pueblo acometa una tarea histórica. Una contrarrevolución no lo curará de los males de una revolución imaginaria. Necesita una revolución verdadera. Expansión, conquista, misión, son palabras que valen para él y para nuestra obra. Sólo una vida nacional en plenitud puede depararnos días de goce creador.

Creo que esta idea, tácita —es decir, indiscutible— favoreció hacia 1954 el encuentro de dos grupos de edades, uno que el peronismo había sepultado en vida, otro cuya germinación contribuyó a horadar la capa de hielo del peronismo. Uno que se había debatido sin cesar en el confuso límite entre moralismo y oportunismo, y otro que a través de las coacciones externas e inevitables humillaciones ha calcinado rudamente sus huesos. Dos grupos que el peronismo pareció separar con una pantalla de incompreensión mutua, y que contra el peronismo, sin embargo, nos hemos unido.

Hoy esa idea no basta: nos falta Perón. Es preciso coincidir en otra. Ésta: la libertad que hemos reivindicado contra Perón no la queríamos para disfrutarla, sencillamente. Una triste caterva de intelectuales se presta hoy a los más viles menesteres, al servicio de los nuevos amos. Nosotros la queríamos para volverla contra todo lo viejo, lo artificioso, lo mezquino. La queríamos para desintegrar la masa de mentira que ayer misticaba a la clase obrera. Hoy el poder segrega otro lote de mentiras, que seduce a la clase media, y que se reducen a la concepción de la libertad como epifenómeno de la libre empresa.

Queremos la libertad para usarla contra quienes la conceden; y como es justo que en ese caso nos la nieguen, estamos dispuestos a tomarla de prepotencia. Libertad es la que se arranca, no la que se concede. Al fin y al cabo, si la burguesía nos deja decir lo que nos dé la gana —y está por verse— es sólo para que no pensemos todo lo malo que pensamos de ella. No podemos caer en esa trampa. Es demasiado vieja.

OSIRIS TROIANI

## Miedos, complejos y malosentendidos

### Complejo de culpa

SOLAMENTE hay una clase de personas total y realmente satisfechas con la situación actual del país: aquéllos que vieron en el peronismo exclusivamente el avance de la chusma, la sublevación de los descamisados, es decir, el ataque contra sus intereses materiales o contra sus valores jerárquicos sociales. Solamente, pues, aquellos grupos pasivos, en receso: ciertos sectores de la alta

y de la pequeña burguesía cuyos intereses materiales y cuyos valores reverenciales están unidos a formas en desintegración de nuestra estructura. Particularmente los restos de nuestra aristocracia ganadera y los vinculados con ella, posean todavía los bienes familiares que les dan categoría social o conserven sólo los prejuicios correspondientes.

En el otro extremo están todos los elementos progresistas, particularmente las generaciones jóvenes, que se opu-

sieron al peronismo viendo en él direcciones sociales y políticas fundamentalmente antidemocráticas, la frustración de una posibilidad revolucionaria, tanto como un modo especial de dictadura contraria a la libertad del individuo. Esos grupos recibieron la revolución de setiembre como una apertura hacia nuevas posibilidades. No tenían excesivas esperanzas, pues era evidente la presencia de fuerzas reaccionarias en la revolución y el ejército tiene una tradición deplorable en toda Sudamérica, no desmentida por nuestra propia experiencia reciente. Sin embargo, las declaraciones y actitudes de ese ejército fueron alentadoras.

El tiempo pasado desde el 16 de setiembre ha desvanecido muchas esperanzas. El tono general de la revolución y la mayoría de las medidas tomadas en materia económica, obrera y educacional parece responder a los intereses más reaccionarios, y más vaciamente reaccionarios. Aquellos grupos de que hablaba primero son, cada día más, los satisfechos, y esa satisfacción no se debe, precisamente, a la mera restauración de una tímida y restringida libertad política.

Esos hechos, junto con la evidencia de que las clases populares formaron la base —la parte sincera, por lo demás— del peronismo y de que hoy son quienes más sufren realmente con el cambio político habido, hacen que todos los grupos progresistas a que me refería vivan en una cada vez más aguda neurosis: obligados a mantener su apoyo al gobierno por un sentido de responsabilidad hacia el país, y temerosos de que su falta de intervención haga caer el poder en manos determinadamente reaccionarias, y permanentemente insatisfechos con la mayoría de los actos de ese gobierno.

Así se está desarrollando en ellos un peligroso complejo de culpa que les distorsiona el pasado inmediato y los puede llevar a las actitudes más irracionales.

Como contrapartida, los grupos totalmente satisfechos con el actual estado de cosas comienzan a advertir que la libertad política que proclamaron frente al peronismo puede significar un control popular —dada la estructura actual del país— absolutamente adverso a sus intereses.

La democracia parece estar haciendo equilibrios, en estos momentos, en un campo tan estrecho como la punta de una bayoneta.

## Las izquierdas, esas solteronas

Cuando se leen las obras de los revolucionarios (las de cualquiera: Lasalle, Marx, Lenin), no importa que se esté o no de acuerdo con ellos, es difícil sustraerse al ímpetu viril de rebelión positiva que los mueve. Odio contra los poderosos, apelación a la revolución o a la revuelta, ese espíritu es el que se siente en los alzados de todas las épocas, algo vital y generoso, fecundo, así se apele a la destrucción.

Nuestras izquierdas rara vez alcanzaron ese tono: lo tuvieron los anarquistas, también algunas fracciones obreras del socialismo y nuestro primer comunismo.

Ahora —y desde hace mucho tiempo ya— ese espíritu no existe en nuestras izquierdas. Algo así como un hábito de resentimiento, de frustración, recorre todos sus actos.

Es difícil asegurar si se trata de un mal local o de un sentimiento más generalizado: las democracias populares, Rusia, China, no parecen tenerlo. Tal vez se trata realmente, como sospecho, de algo local, de un sentimiento nacido de su inoperancia, de su fracaso frente a las masas. O simplemente, de lo mal situados que están en general sus dirigentes, pequeños burgueses que se debaten bastante inútilmente por ser populares.

Nuestras izquierdas, frente a la actitud de las masas, han

ido cobrando el aire de esas solteronas que se preguntan por qué los hombres miran y preñan a otras mujeres. En sus actos y escritos rara vez se siente algún toque de pasión. Por el contrario, un aire de rencilla, de mezquindad suele recorrerlos. Ni aun el Partido Comunista se salva. Todos parecen necesitar contacto con el pueblo, con intereses elementales, amplios.

Hubo muchas lluvias, que más agriaron que mojaron. Con el peronismo llegó el diluvio: hasta las piedras pareció que iban a deshacerse en barro. No pasó tal cosa: aun durante la crecida de las aguas se advirtió que muchos no habían aprendido nada y que, por el contrario, hacían de errores virtudes, y de su esterilidad, de la castidad forzosa pureza. Esas vírgenes conservadas durante tantos años parecen haberse transformado definitivamente en vírgenes locas. Para decirlo denodadamente en términos freudianos, parecen haber alcanzado una verdadera neurosis, con sus fobias, sus represiones, sus estados de angustia, sus complejos de culpabilidad. En algunos casos, como en el de la actual dirección del Partido Socialista, la solución ha sido encontrada: se han convertido simplemente en derechistas. Es la solución patológica, claro, pero de cualquier modo es el encuentro de la tranquilidad.

## Los moralistas

Por diversas circunstancias que no es del caso analizar aquí el peronismo pareció absorber todas las posibilidades de acción política positiva: si se trataba de mejoras sociales, de limitaciones a la propiedad privada, de apoyo a la industria o de ejercicio eficaz de la violencia, sólo él aparecía como su poseedor y practicante. Evidentemente había más coraje en enfrentar a la policía que en incendiar edificios protegido por ella: sin embargo, el guapo, el peligrosamente violento era el peronismo, y esa sensación no la experimentaba sólo el peronista sino también el opositor. El peronismo no postulaba (ni expresa ni tácitamente) la transformación de las estructuras sociales y económicas, ni una participación efectiva de los trabajadores en el control de la propiedad, lo que, en cambio, postulaban otros partidos; y sin embargo, de nuevo, el peronismo aparecía ante los trabajadores como la fuerza que los representaba y protegía. Lo singular es que la pequeña burguesía se sentía atacada por el peronismo, al que achacaba las más siniestras intenciones revolucionarias contra la sagrada propiedad privada.

De tal modo, los grupos progresistas quedaron un poco en el vacío. Y la oposición fué en su inmensa mayoría drenándose de actitudes y direcciones positivas y cargándose —por una lógica mecánica— de actitudes meramente negativas o la posibilidad de exhibirla, lo que actuaba en el mismo sentido. No estaba, pues, del todo errado el peronismo en calificar de *contrera* a la oposición, aun cuando fuera parcialmente injusto.

El tono de la oposición fué dado por la burguesía. Su argumento más fuerte fué el de la inmoralidad del peronismo: la venalidad de sus funcionarios y protegidos, los negociados que practicaban. Era lo que realmente le dolía y exasperaba. Y, paradójicamente, el argumento —aunque correspondiendo a la realidad— era insincero. Insincero porque los intereses de esa burguesía están inexorablemente ligados al enriquecimiento individual, al sistema de la propiedad privada, y ésta, en última instancia, no significa sino el despojo de otros. Así, un enriquecimiento que le parece moral, lícito cuando es practicado por particulares —aunque se base a veces en un robo descarado, y las más en un despojo indirecto— de acuerdo a ciertas reglas y con la protección de una determinada estructura de poder,

se convertía en crimen cuando lo practicaban otros —en especial funcionarios públicos— protegidos por diferentes mecanismos.

Lo más irónico de todo, es que muchos de los fiscales contra la venalidad de los funcionarios peronistas —representantes máximos de la burguesía puesta en acusadora— son los mismos que durante la década 1930-1934 realizaron los negociados de la CADE y El Palomar, firmaron el pacto de las carnes con Inglaterra, se enriquecieron como abogados de firmas extranjeras y cometieron toda clase de inmoralidades —o las apañaron—<sup>1</sup>. No es necesario hacer hincapié especial en esto, sin embargo, por cuanto esos hechos no son más que consecuencias de un sistema, aunque a veces parezcan insultantes en su descaro.

En definitiva, y por la mera lógica de los argumentos más gruesos —pero obedeciendo a la más estricta lógica interna— el ataque se revertía contra el Estado, contra su acción misma. Esta actitud final es en realidad la sincera, y la otra sólo el pretexto. A lo sumo, los paniaguados peronistas eran competidores desleales, pero se movían en el mismo plano y tenían la misma actitud y los mismos intereses individuales que sus críticos. Ninguno busca otra cosa que el acrecentamiento de la riqueza personal, y el choque —como ocurre en el más honrado comercio— sólo proviene de los intereses particulares contrapuestos, ya que la propiedad individual —y el poder individual— sólo prospera en tanto disminuye el número de los competidores-participes.

El escándalo proviene inmediatamente de la ruptura de las reglas del juego. Pero el odio real va dirigido contra la intromisión del Estado, único peligro de fondo contra el propio privilegio: el derecho sagrado a enriquecerse sin el control de nadie. En lógica absoluta poseedores burgueses y funcionarios venales son tanto competidores como cómplices, y eso ocurría en verdad en la práctica. Ese juego no es por otra parte más que una pequeña distorsión de las reglas habituales del sistema capitalista.

Tal vez uno de los pecados mayores del peronismo haya sido proveer de argumentos efectivistas a quienes perjudica el mayor poder de la comunidad. El mayor damnificado ha sido el Estado, como posibilidad de poder puesto al servicio de los intereses generales. Los beneficiados han sido quienes desde adentro y desde afuera de la máquina peronista han sabido ver claro y proteger sus intereses particulares. Unos y otros han contribuido de consuno al charcal en que nos hemos metido todos, y —por esas singulares ironías de la historia— parecen seguir siendo los únicos beneficiados, a pesar de uno que otro procesado por las Comisiones Investigadoras.

## La razón de cada cual

*Vinieron los sarracenos —y nos molieron a palos—, que Dios ayudó a los malos— cuando son más que los buenos.*

Hay un hecho que no sé si se ha notado bastante: los argentinos —todos los argentinos— hemos vivido estos años cada uno convencido de que tenía razón, y asombrado, o

<sup>1</sup> El escándalo moralista reviste otras formas, todas similares y de análogas raíces: el revuelo catoniano armado alrededor de los amos de Perón y de la UES sólo cobra su verdadero sentido si se analiza la vida sexual de nuestra clase media, bien diferente por cierto de lo que proclama públicamente y de lo que podría suponerse por la indignación que manifiestan nuestros padres de familia. No es del caso entrar a analizarla, pero todos sabemos lo que se oculta en la convención de nuestros honestos hogares.

irritado, de que otros —los otros— no compartieran sus creencias.

Los peronistas hablaban de *contreras*, de *vendidos al oro foráneo*, de repartir leña, sogas y tiros.

Los antiperonistas no podíamos creer que éramos minoría. Algunos hablaban de fraude. Otros, del peso irresistible de la propaganda. Las izquierdas y los populistas se sentían defraudados por las masas. Los derechos hablaban de la ignorancia del populacho —o del pueblo, si es que era en público, porque los votos, de cualquier modo, hay que cultivarlos. Todos proponíamos métodos de reeducación: tiros, escuelas, lo que sea.

A pocos se les ocurre que las razones de los otros puedan ser tan válidas para ellos como las nuestras para nosotros.

Los intelectuales y los ideólogos burgueses están muy seguros de sí mismos. El tan mentado número 237 de *SUR* es una enciclopedia de suficiencia. Todos seguros de la Verdad, de su Verdad, de mi Verdad. Todos con buena y segura conciencia. Todos empeñados en que debemos enseñar la Verdad (mi Verdad, nuestra Verdad) a los pobres engañados. Nadie tiene una duda.

El problema aparece cuando hay que indicar el medio para tal pedagogía: los eventuales alumnos tal vez no estén tan dispuestos a dejarse enseñar. En todo el número *SUR* el único que parece haber encontrado una solución concreta es el señor Paita. Claro que la solución es negativa: no dar el derecho de voto sino a quien demuestre haber aprendido. Premio al buen alumno: la ciudadanía. Transa sin embargo por entregarla a quienes cursen la enseñanza primaria.

No es mala idea. Estaremos al menos seguro de que los incendiarios, los torturadores, los payasos y los vendidos al oro extranjero (categorías evidentes de argentinos) no serán analfabetos. En los seis primeros grados enseñaremos la Verdad (nuestra Verdad, por supuesto) y ya no tendremos más sustos los poseedores de la República.

## Malosentendidos

Nuestra historia es un conjunto de malosentendidos. Señores que pensaron en sus intereses más que en altos ideales (o, por lo menos, y como es más cierto, que conjugaron sus intereses con ideales adecuados) son héroes puros, héroes de un olimpo intachable.

Eso sucede poco más o menos en todas partes, en todas las historias.

Pero aquí ha ocurrido un hecho singular, que ha confundido y embrollado nuestras ideas, ocasionando perturbaciones que nos son peculiares.

En Francia, por ejemplo, Francisco I o Enrique IV son héroes nacionales. Pero nadie se engaña creyendo en ellos como en adalides de las ideas democráticas. En Estados Unidos, Washington, es igualmente un héroe. Pero los intelectuales —la inteligencia— han señalado que su afanes coincidieron asombrosamente bien con sus intereses financieros. Eso ni quita ni pone respecto de su participación en la creación de la Nación. Ni pone en duda tampoco que su acción haya estado en una línea favorable en general —en su momento, por supuesto— al progreso del conjunto. Ni que sus ideas y sus principios fueran un adelanto sobre el estado anterior de cosas, aun cuando de la guerra de la independencia hayan salido perjudicados los pequeños campesinos y beneficiados los grandes propietarios.

La tarea de esclarecimiento ha sido realizada por intelectuales desapasionados, o por quienes la creían necesaria para lograr dar algunos pasos adelante en el bienestar del mayor número. Es decir, por quienes alguna vez fueron

llamados *la inteligencia* y, ahora, un poco apresuradamente tal vez, las izquierdas, o si se prefiere, los intelectuales democráticos. Su labor fué, por cierto, considerada muchas veces negativa y corrosiva, y coartada de mil modos. El hecho se repite en la actualidad. Ha sido, no pocas veces, ineficaz en absoluto, o casi. Pero ha tenido méritos indudables: ha creado una conciencia —por vaga y larvada que sea—, ha permitido que los intelectuales se muevan con comodidad en el juego de ideas, y ha deslindado y aclarado las cosas: en un polo se han agrupado los conservadores, los tradicionalista a machamartillo, que defienden conjuntamente tradición e intereses; en el otro se agrupan quienes atacan a ambos de algún modo, cualquiera que sea. Aunque el panorama es más complejo y confuso que lo que la anterior metafórica pseudocientífica indica, la tensión existe, y los agrupamiento se producen en forma involuntaria.

Entre nosotros no ha ocurrido tal cosa. Tal vez las luchas entre unitarios y federales hayan contribuido a iniciar la confusión; el hecho de que existieran caudillos populares en que se encarnaba de algún modo los anhelos de los desposeídos y de que esos caudillos tengan un peso en nuestra historia, siendo al mismo tiempo enemigos de la cultura y del progreso —o de la civilización— parece haber despojado para siempre a nuestros intelectuales y a los partidos políticos que han levantado banderas progresistas. Aunque ni los cesarismos ni las demagogias son ya hechos tan oscuros, se siguen colocando frente a la historia en la posición de los primitivos liberales. Confunden aún al déspota con el hecho social que le da base; no han integrado aún su visión del fenómeno político; hablan todavía de la "ignorancia de las masas". Tal vez académicamente sepan que la República Romana era un gobierno aristocrático y que César representaba una democracia confusa, larval y desviada, pero no trasladan ese conocimiento a la realidad que les es propia. Así han llegado a producirse las paradojas de que Mármol sea presentado como un demócrata liberal y progresista, y de que el Partido Comunista haya celebrado a todo trano la figura de Mitre. Este último puede explicarse, por cierto, por razones tácticas, pero es parte de un fenómeno general que no significa más que ceguera o cobardía intelectual. Y, en definitiva, un triste pecado político.

Y esa miopía de la inteligencia y de las izquierdas ha tenido los más perniciosos efectos. Entre otros, los siguientes: quienes se han animado a contradecir la historia académica han sido, generalmente, las derechas. Y han aprovechado el error de los demás para sacar conclusiones favorables a sus tesis políticas. Aun cuando han tergiversado o confundido la verdad, la han dicho en parte, por lo menos no menor a la de los otros, y la novedad ha cargado de prestigio a esa verdad parcial. Aquella *mentira liberal* (si así puede llamarse) ha creado desconfianzas y, alguna vez, provocado verdaderas conversiones a la derecha en espíritus sinceramente democráticos.

La confusión es tanta en materia de ideas, que liberales y antiliberales han opinado lo mismo de las mismas cosas por razones diferentes. Tal el caso de Roca, o el de la educación. A veces es de dudar que en nuestro país sea posible alguna inteligencia sobre la verdad histórica utilizable en forma vital. El hecho de que nos sintamos en rebeldía como colonia de naciones que son democracias en lo político (al menos relativamente), no contribuye, por cierto, a aclarar las cosas. Ese hecho, la miopía intelectual a que antes me refería, y la insensibilidad para lo popular de la mayoría de nuestros dirigentes, parece que tienen raíces comunes, ligadas a su ubicación social real. Y conste que me refiero a su ubicación social, no a su ubicación política ni a su condición social.

## Miedo

¿Miedo? Sí. Miedo.

Tal vez uno no había hecho nada realmente arriesgado. Tal vez no merecía la atención de nadie. Imprimir alguna disidencia, alguna crítica, asistir a alguna reunión opositora. Qué sé yo.

Pero al volver a casa —las calles del barrio casi solitarias— fácilmente nos sobrecogía la sospecha. Cuando pasaba un automóvil de ronda, a media velocidad pareja, sin apuro, esos "428" que doblaban de pronto en las esquinas, un susto un poco impotente, como de sueño, nos asaltaba. Alguna vez sentí, no sé bien por qué, que parecían tiburones navegando en un mar aceitoso.

Lo peor no era la posibilidad de ir presos. Eso —y no es que no tuviera importancia, con experiencia personal o sin ella—, eso entraba dentro de la oscura lógica admitida. Ni siquiera la posibilidad del dolor, de los golpes. Lo peor era la irracionalidad de la fuerza, su apariencia irresistible y sin reglas.

No bastaba saberse "a favor", estar del mismo lado que la policía. A lo sumo, se tenía la ventaja de la inconciencia, del no saber O, por nuestra parte, la ventaja de conocer la existencia del peligro. Partidarios u opositores era lo mismo: he visto durante estos años pasados a obreros peronistas mirándome a través de los barrotes, sin comprender nada; su prisión, los golpes, el paso del tiempo, la acusación que pesaba sobre ellos, todo eso irracional, inexplicable.

Ahora, claro, no miro a los costados antes de entrar a casa. Pero de vez en cuando, sin duda por algún resto arqueológico, siento un ligero sobresalto. He cambiado de posición en esta extraña figura de fuerzas. Pero eso no quiere decir que las fuerzas mismas hayan desaparecido. Por la desgraciada evolución que han seguido nuestras cosas, los que gustamos y los que rechazamos el uso de la violencia, la utilizamos lo mismo. En la práctica, en todo momento, estamos tratando de arrebatarnos unos a otros el dominio de la fuerza, creyendo que con ella vamos a imponer nuestras ideas —sin duda las mejores, las únicas acertadas. Luego, y normalmente, creemos que sólo podremos sobrevivir con el dominio de la fuerza y su uso contra quienes se nos oponen, contra quienes no están claramente con nosotros, contra quienes no utilizan con nosotros la fuerza contra el resto. Ya no importa quién sea el amo ni cual la orientación o el sentido: instrumento mostrenco, puede utilizarse a favor de cualquiera y contra cualquiera. La policía y todo el aparato militar, cada uno a su modo, han llegado a ser —o están en vías de ser— instrumentos liberados, oscuras potencias suspendidas sobre el destino del hombre común.

## Regreso al pasado

Los grupos conservadores habían llegado a 1943 completamente desacreditados. Aun dentro del marasmo político en que estaba hundido el país, ellos, los que detentaban el poder, se distinguían: prácticamente eran los representantes del cinismo, de la absoluta falta de ideales, los que enseñaban que el gobierno se tiene porque sí, sin otro objetivo que el disfrute personal.

Estos diez años han logrado rejuvenecer al conservadurismo de un modo mágico: sin que nada haya cambiado aparentemente en él, ni los hombres ni las ideas, todo su viejo bagaje puede ser utilizado como si fuera nuevo.

Así, grupos que utilizaron abiertamente el poder en beneficio de intereses particulares (ganaderos, colonialistas)

hoy hablan del interés general de la Nación. Lo curioso es que las medidas que ahora proponen para proteger ese interés general son las mismas que antes les sirvieron para muy otra cosa. Casi todos se escudan en la palabra libertad: caída la dictadura hay que volver a la libertad. No hay duda. Por lo tanto, libertad de comercio, libertad de industria.

Anudan este razonamiento con otro: el peronismo halagó a las masas, utilizó sus anhelos elementales para dirigir las y engañarlas, tomó medidas contrarias al interés nacional cubriéndolas con frases demagógicas. Ergo, ellos que proponen medidas impopulares, que arrostran heroicamente la impopularidad, son los puros, los que no buscan engañar; y, con prescindencia de lo que esas medidas sean en concreto, infieren de su sola impopularidad su bondad. Logran así crearse una buena conciencia, al menos externa: ha prendido en ellos el convencimiento de que están en lo cierto y de que sus intereses de grupo son realmente los intereses del país, el bien del país. Hace diez años los conservadores jóvenes admitían que "el que no roba en el gobierno es un sonso". Hoy están convencidos de que volver a la economía agrícola-ganadera coincide con el interés general.

Aceptan el canto común: no volver a 1943. Pero le agregan algo: ni tampoco a 1930. ¿Postulan un futuro totalmente nuevo, entonces? Nadie, de entre ellos, parece estar muy seguro. Solamente se advierte una cierta conciencia de que ahora, puesto que ya todos —hombres e ideas— nos hemos emporcado de un modo u otro, ellos han pasado por benéficas aguas lustrales: desde el común denominador de la sociedad general ellos no parecen tan sucios, de cualquier modo. También es posible que los más jóvenes piensen más ingenuamente en el "derecho de los mejores" al gobierno, por algún modo que evite el "fraude patriótico", pero que supone que los mejores son los ricos, los bien educados, los decentes, y que sólo ellos tienen derecho al disfrute de las ventajas de la vida; obligados a lo sumo por condescendencia paternalista a dirigir a los demás, a enseñarles y educarlos, siempre, claro está, que adviertan y conserven las distancias.

Los demás —los que de un modo u otro no se sienten "conservadores"— no dejan de mirar de reojo esa confianza en la propia bondad que tan paladinamente se declara.

## Sacarse el saco

¿Lo inventó el peronismo? No, seguramente: Juan Domingo Perón tuvo a lo sumo la inspiración suficiente como para explotarlo. La cosa venía de lejos: el empaque inmemorial de los argentinos parece evidente que se estaba quebrando. Desde siempre éramos un pueblo serio —triste y serio—, abrochado, silencioso. El argentino era el hombre que temía el ridículo, el hombre que no llevaba paquetes por la calle. El hombre de traje oscuro.

## Del Fascismo al Peronismo

ENTRE fascismo y peronismo la comparación se ha hecho una vez y otra, y no es difícil hallar semejanzas exteriores entre dos movimientos que, en una era de masas, condujeron a la instalación de dictaduras. Pero apenas se intenta llevar la comparación a planos menos superficiales no se alcanzan ya resultados tan satisfactorios; es por lo tanto natural que se renuncie a seguir un camino de indagación del que no se espera nada nuevo ni importante.

Así lo habían descripto para siempre, sujeto a inequívocas causas metafísicas, desde Ortega y Keisserling a Scablbrini Ortiz y Mallea. Pero aun caladuras gnoseológicas de lado, nuestro empaque era famoso y verdadero. El yaquet, el traje negro y el cuello duro eran nuestros distintivos, como el tango. Reproducíamos la seriedad más seria de Europa, y los europeos nos encontraban no sabían bien si resentidos o caricaturescos. Algunos de entre nosotros llevaron a gala la seriedad, artibuyéndole virtudes especiales o sabor demoníaco.

Pero la seriedad estaba siendo expulsada de Europa, quizás porque las masas ascendían y porque se cobraba conciencia de la tragedia. En esto, como en tantas otras cosas, seguíamos imitando modelos desaparecidos. Con todo, algo de los nuevos aires comenzaba a contagiarnos, respaldados por la eficacia de nuestros hermanos del norte: el yaz, las corbatas de colores y las mallas de dos piezas se avienen mal con los espíritus serios. Por otra parte, los nuevos aires aumentan también aquí por la presión de las clases populares, cada día más presentes. Un nuevo estilo de vida está naciendo en la Argentina, hijo de la nueva situación y de nuevas necesidades, de los cambios en la estructura económica y social. Eso se traduce tanto en la adopción de músicas y cantos y en la situación y la actitud de la mujer, como en la pérdida del atildamiento en el vestir.

El 17 de octubre de 1945 Buenos Aires fué invadida por multitudes de hombres sin saco y de mujeres. Dos hechos casi inéditos en nuestra historia política. Inéditos en su magnitud.

El peronismo tuvo una virtud: supo captar el sentido revolucionario activo que tenía lo que de por sí era síntoma de una revolución: llevarlo a símbolo. Como el sanscultismo en la Revolución Francesa, el sinsaquismo tuvo un sentido político entre nosotros. Pero hay que advertir otra cosa: como en otras manifestaciones manejadas por Perón, ésta, al teatralizarse y transformarse de síntoma en símbolo, perdió eficacia, se convirtió en mera descarga emocional, en gesto de rebeldía, tal como los accesos de violencia más o menos dirigidos y las manifestaciones y concentraciones frenéticas, agotadoras: el hombre que ha gritado, aguantado de pie y caminado en marchas interminables, se vacía para los actos revolucionarios. El mito llevado a objetivo en sí mismo desvía de otros objetivos. Perón encauzó una eventual revolución y la transformó en una gran pieza teatral, casi farsa, casi tragedia dionisiaca. *La Prensa* ocupada, el *Jockey*, la *Casa del Pueblo*, la *Casa Radical* y los templos quemados fueron los chivos expiatorios de esa casi tragedia. Hay que ver que hasta las rebeliones campesinas de la Edad Media despojaron, o intentaron despojar, a los amos, y que aquí nada de eso se probó.

Para evitar suspicacias, y otros malosentendidos, quiero dejar aclarado que todo esto fué escrito antes del 15 de mayo.

ISMAEL VIÑAS



taba con cautelosa obstinación llevar a los hechos. No por que esa larga y sinuosa tentativa haya sido a la vez un fracaso tiene ella menos importancia: si el ejemplo del fascismo no pudo dar orientación concreta al movimiento peronista contribuyó en cambio muy eficazmente a desorientarlo, a fijarle métodos y objetivos a la vez imposibles y contrarios a la índole misma del movimiento argentino. Nace de allí una interna tensión que acompañó al peronismo en todo su curso, anticipo de la crisis final prevista por observadores sagaces, en la cual las energías revolucionarias largamente constreñidas fuera de su cauce natural arrasaban con las estructuras políticas que pretendían representarlas y de hecho las traicionaban. Ahora bien, el peronismo pudo dominar durante diez años, pudo ser derrocado sin que esa crisis se produjese, sin que pareciese siquiera cercana. ¿Es que la fuerza revolucionaria que anidaba al movimiento no era al cabo tan considerable? O, para plantear en términos más amplios el problema sin duda básico para entender la historia del peronismo: ¿se frustró en él una revolución o acaso no hubo en su origen revolución alguna que pudiera frustrarse?

Orígenes, naturaleza, ímpetu revolucionario del peronismo; todos esos problemas sin duda demasiados vastos es preciso evocar para entender la ambigua relación entre peronismo y fascismo.

Como posible solución a la crisis política argentina, el fascismo había aparecido con creciente insistencia a partir de 1930. Sin duda sólo una minoría abogaba decididamente por su implantación, sin duda las tentativas de implantarlo carecieron de seriedad y continuidad. Pero no por eso dejaba de gozar el fascismo de un prestigio muy vasto, debido tanto a sus éxitos europeos como a la peculiar situación política que atravesaba la Argentina. Los grupos dominantes luego de 1930 buscaron restaurar una república conservadora, apoyada en el falseamiento sistemático del sufragio universal. Pero, como era esperable, esta restauración creó una situación sustancialmente nueva. Nueva en el campo económico: el régimen conservador tradicional buscaba encauzar y explotar la tendencia ascendente de la economía argentina, y sus períodos de esplendor habían coincidido con las épocas de prosperidad; mérito del general Justo fué advertir que era posible montar una máquina política conservadora para épocas de depresión, aprovechando y adaptando los principios dirigistas que la crisis iba imponiendo en todas partes. Nueva también en lo político: antes el grupo gobernante conservador había pretendido actuar en nombre de una voluntad popular ausente, y su gestión estaba destinada a tornarla cada vez menos ausente; en palabras de Alberdi la apenas republicana república posible abría el camino para la república verdadera. Ahora la república verdadera quedaba atrás; a los ojos de los nuevos dirigentes la experiencia democrática había sido concluyente y no se trataba ya de preparar el nacimiento de una efectiva voluntad popular, sino de contrarrestar una voluntad juzgada radicalmente incapaz de gobernar. Así, ante el régimen conservador parecían cerrarse todas las vías de evolución: no había ya "radioso porvenir" de prosperidad económica ni progreso hacia una democracia menos irrisoria. Entre todos esos caminos cerrados, quedaba abierto el camino del fascismo. No es que los dirigentes conservadores se propusieran conducir por él a la nación: en general no aspiraban a nada mejor que dejar las cosas como estaban. Pero cuando la guerra puso fin a la coyuntura económica sobre la cual había construido su sistema político el general Justo, cuando los intentos de su sucesor mostraron que la vuelta a modos más sinceros de practicar la democracia política era un peligro menos remoto de lo que se creía, el fascismo pareció acercarse cada vez más. Y cuando, en 1943, una revolución militar desalojó del poder al último

presidente conservador, mientras el fascismo, apenas superado el punto más alto de su trayectoria, dominaba a toda Europa y se preparaba a defenderla del asalto del resto del mundo, pareció evidente, tras de los titubeos iniciales, que la Argentina iba a tomar, por fin sin reticencias, el camino del fascismo, ante el cual había vacilado durante trece años.

Se empezó a edificar, entonces, la Argentina fascista. Y a la vez se empezó a advertir que una orientación o ideología es cosa muy distinta de un modo de gobierno; que aun como ideología el fascismo era cosa menos clara y precisa de lo que había parecido cuando había pesado como promesa o amenaza en el horizonte político. En la Argentina de 1930-43 fascismo había significado a la vez justificación y una suerte de extrapolación autoritaria de los modos de gobierno vigente; los ensayos fascistas más caracterizados (como el de la provincia de Buenos Aires) participaron del aire hechizo y fantasmagórico de toda esa época: basta pensar en cómo la experiencia de Buenos Aires fué cortada sin resistencia por una decisión del poder central, basta comparar su vitalidad con, por ejemplo, la del cantonismo sanjuanino, también él ensayo de régimen autoritario crecido en el clima muy distinto de la experiencia radical. Durante trece años fascismo había sido sustancialmente complicidad con el régimen conservador; y luego de la revolución de junio fué la interpretación conservadora del fascismo la que comenzó por triunfar. Se trataba, siguiendo el ejemplo de España y de la aun prestigiosa Francia de Vichy, de volver a los valores tradicionales, negados desde hacía un siglo por los directores de la política argentina. La restauración resultó cosa mucho menos fácil de lo que creyeron los revolucionarios de junio al comenzar su tarea. Si en España el orden restaurable estaba aun cercano, vivo aun en los hechos y en las conciencias de buena parte de los españoles, si en Francia era preciso sin duda combatir una tradición republicana identificada tras de un siglo y medio con la tradición nacional, pero al menos existía medida común entre la nación francesa del antiguo régimen y la de 1939, al menos la estructura más honda del cuerpo nacional conservaba los rasgos dominantes de la Francia monárquica, en la Argentina no parecía haber ya esa medida común entre la realidad de 1943 y los ideales vigentes, o supuestamente vigentes, en el Buenos Aires de 1750 o de 1850. Toda una estructura económica y social incomprensible a la luz de esos ideales era puesta en entredicho por los restauradores. ¿La amenaza fascista era una amenaza seria? Por lo menos tomada extremadamente en serio por algunos grupos que debían su existencia misma a los cambios introducidos que habían creado una Argentina nueva luego de Caseros, que sintieron, ante los extravagantes ataques a los que esa Argentina era sometida por los nuevos gobernantes, que su *status* social estaba siendo amenazado. La más sensible a esa amenaza fué la clase media superior y profesional, porque estaba más dispuesta a dar peso a un peligro que parecía limitarse por el momento a los encendidos esfuerzos oratorios de los restauradores. A la luz apocalíptica de la experiencia totalitaria europea, esa clase pudo creer que estaba al borde de ser degradada socialmente en beneficio de los argentinos en que sobrevivía la "tradición hispanocriolla", o, en palabras más pobres, de los grupos dirigentes tradicionales, que tras de eliminarla de toda participación en el poder en 1930, renegaban de su pasado liberal para pretender crudamente una restauración del orden social anterior a 1852.

Así, el fascismo llegó a ser ante todo una tentativa de restaurar el orden tradicional. La restauración política se dobló de inmediato de restauración religiosa: no casualmente la revolución que volvía a aspectos fundamentales del estado confesional parecía cortar definitivamente los lazos con el pasado liberal. Pero la restauración religiosa se daba

a la vez subordinada a la restauración política: los dirigentes intelectuales del movimiento, vueltos a la fe gracias a una crítica previa de la política y la sociedad moderna, veían en ella, si no tan sólo un *instrumentum regni*, sí en todo caso un aspecto de una constelación cultural que se trataba de restaurar. Sobre estas bases doctrinarias, los fascistas argentinos se lanzaron a una infatigable cruzada de elocuencia: durante meses amenazaron con el hierro y el fuego a la nación culpable de apostasia. Así negados, los mitos de la Argentina liberal revelaron que no estaban del todo muertos; ellos guiaron al primer gran movimiento político del turbado año 45; la Resistencia. Hoy se tiende a identificar la resistencia con la última defensa de las clases dirigentes tradicionales ante el avance de cambios revolucionarios; la interpretación, aunque explica algunos aspectos del movimiento, es fundamentalmente falsa. Ni la índole ni los errores del movimiento corresponden a lo esperable en grupos de larga experiencia política, conscientes a la vez de su impopularidad. No, la Resistencia es ante todo la obra de grupos sociales en ascenso, por un instante amenazados. Pero lo que le dió su fuerza y su fe en el triunfo fué el súbito disiparse de esa amenaza.

En efecto, mientras la Argentina parecía madura para el fascismo, el mundo se revelaba demasiado maduro para él. En Europa el nuevo milenio comenzaba a dar señales de tocar a su fin; en la Argentina los profetas coléricos o melancólicos que invitaban a mirar en el ejemplo europeo los frutos amargos de un siglo de liberalismo hallaban que de súbito los hechos se negaban a ilustrar la moraleja que incansablemente habían venido repitiendo. A la luz de la nueva experiencia europea las que habían sido figuras temibles se transformaron en figuras grotescas. Los más agudos entre los gobernantes surgidos de la revolución advirtieron muy pronto que la tarea de adaptar la estructura política argentina al nuevo orden totalitario había perdido ya toda oportunidad. Si el año 44 comenzó bajo el signo del advenimiento totalitario, el 45 comenzó mucho más apaciblemente: debía ser el año de la "vuelta a la normalidad". Los partidos, esas sentinas de corrupción, los políticos cotidianamente injuriados, se transformaron de pronto en elementos indispensables para la reconstrucción nacional. Mientras el gobierno buscaba colmarlos de menudos favores, el ministro de guerra y secretario de trabajo ofrecía su prestigio ya considerable y un influjo sobre el gobierno, que nadie se atrevía a discutir al grupo político que le concediese a la vez su apoyo. En la Universidad, tras de una sucesión de ululantes Jeremías y Habacucs del Nuevo Orden, se vió reaparecer la figura no desconocida del doctor Arce; él y el que sería jefe del peronismo tomaron sobre sí la tarea de "devolver la normalidad" a esa institución largamente atormentada; la síntesis entre el ayer y el mañana se realizaba de esta manera sin duda imprevista para quienes venían proclamándola desde hacía un año. Acaso ni el precio que el ministro de guerra exigía por sus servicios, no inferior al que por una operación análoga había obtenido el general Justo, hubiese impedido, en una Argentina que fuese aún la de 1943, que el negocio alcanzara buen término.

Pero la Argentina de principios de 1945 no era ya la de 1943. Los grupos que habían sentido la amenaza de la restauración del nuevo y viejo orden aspiraban también, a su manera, a una nueva distribución del poder político en la Argentina; no querían que la aventura totalitaria terminase con una restauración de los viejos políticos, y menos aun con una alianza entre viejos políticos y jefes fascistas a medias arrepentidos. Esos grupos, que no se habían sentido representados ni por la política aplebeyada del radicalismo, ni por la cerrazón oligárquica de la restauración conservadora, esos grupos que en medio de tales sinsabores políticos no habían dejado de ascender socialmente (y ha-

bían seguido ascendiendo, más rápidamente que antes gracias a la prosperidad de la guerra, mientras los nuevos gobernantes cubrían de injurias la tradición con la cual se identificaban) creían que su hora había llegado. En esta seguridad influía, junto con el optimismo impaciente de todo grupo en ascenso social, el ejemplo europeo. El peso de este último se revela ya en el nombre que tomó el movimiento: la Resistencia. En efecto, la resistencia argentina quiso incluirse en la vasta saga antifascista que abarcaba todo el mundo; de ella tomó los mitos, desde Juana de Arco hasta los soldados de Valmy y los defensores de Madrid, y tomó también la táctica: una presión continua y despiadada contra un enemigo con el cual no era posible imaginar acuerdos. La lucha debía terminar en la rendición incondicional, y la Resistencia argentina, con imprudente seguridad, no ocultaba su intención de imponer duros castigos a los responsables del ensayo fascista. La resistencia europea y la guerra sirvieron para enmascarar ciertos aspectos en que el movimiento argentino mostraba sus carencias: así la falta de todo contenido específico de cambio social. La guerra hace siempre aparecer fluidas las estructuras sociales; hace que toda reforma parezca a la vez posible y secundaria; todos creen evidente que el mundo que surgirá de ella será radicalmente nuevo, hasta tal punto lo creen que es apenas preciso insistir sobre ello. En la segunda guerra mundial, la necesidad de conciliar los idearios sociales de los Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética contribuyó a agregar vaguedad a la vaguedad. De este modo la resistencia argentina no podía recibir de su modelo europeo sino un ejemplo de genérica buena voluntad en el plano social, y lo hizo suyo de buen grado. Prueba sin duda de que el movimiento no tenía el carácter de reacción oligárquica que le atribuye la que durante diez años ha sido versión canónica; pero esa imprecisa buena voluntad no bastaba para proteger a la resistencia de las tentativas reaccionarias de confiscar el movimiento en provecho propio. De hecho, esa buena voluntad impedía más eficazmente el concreto planteo de exigencias sociales que una abierta negativa a plantearlos. De este modo la Resistencia fué en un núcleo un movimiento destinado a imponer el cumplimiento estricto de la constitución de 1853. ¿Esa exigencia constitucional era insuficiente para traducir las aspiraciones de la mayoría del pueblo argentino?

Al principio pareció que era, por el contrario, del todo suficiente. La resistencia pudo juntar multitudes antes no vistas, pudo organizar un sistema capilar que cubrió el país, utilizando organizaciones estudiantiles y profesionales ya existentes, pudo crear comités de emergencia de profesiones y oficios que contaban en ellos con la casi unanimidad. Esa casi unanimidad no era del todo espontánea; era sabido que en ciertos grupos era necesaria alguna entereza para no agregarse a la falange de luchadores por la libertad; nueva prueba, a su modo, de la vitalidad preponderante del movimiento. Sin duda, estas coincidencias se limitaban a ciertos grupos sociales; en otros la actitud, sin ser en un principio hostil al movimiento, era indiferente. Pero esos grupos estaban acostumbrados a considerarse voceros de todo el pueblo, o por lo menos, para usar un término aparentemente inadecuado, de todo el Tercer Estado; y de hecho desde 1930 sus motivos de apartamiento del régimen vigente coincidían con los que animaban a capas más numerosas de pueblo. Y la misma exigencia de aplicación leal de la Constitución tenía tradicionalmente contenido popular: era ante todo exigencia de llevar a los hechos el sufragio universal, de dar así participación en el poder a grupos hasta entonces excluidos. ¿Seguía significando eso? Sin duda para la resistencia la vuelta a la constitución significaba eso, pero también algo más, ante toda la imposición de ciertos modos de acción políticos ajenos a la vez a toda

demagogia plebeya y a toda prevención ante una democracia sinceramente practicada, modos de acción que no tenían un específico contenido de clase, pero que representaban sin embargo una exigencia de clase, en cuanto buscaban imponer valores que interesaban ante todo a un determinado grupo social, que sólo los miembros de ese grupo social estaban en condiciones de imponer desde el gobierno. Pidiendo una democracia honrada, la resistencia pedía a la vez el gobierno para los grupos que la integraban. Esa ambigüedad de la exigencia constitucional era oscuramente sentida por quienes eran espectadores y no actores del conflicto entre el gobierno militar y la resistencia civil; era evidente que apenas apareciese un nuevo modo de lograr la participación de otras clases en el gobierno, menos lento y engoroso que la práctica leal de la ley Sáenz Peña, la resistencia quedaría del todo privada de su eco, ya tan sordo, en la masa del pueblo. Mientras tanto, no preveía el peligro, seguía lanzando golpe tras golpe al gobierno fascista y manifiesto tras manifiesto a un país que comenzaba a dudar del derecho que tenía de considerarse poseedor de un movimiento que con impune insolencia devolvía cotidianamente a un gobierno ahora resignado al parecer a todo, las injurias que de él había recibido un año antes.

Pero el gobierno no estaba resignado a todo; estaba dispuesto a sufrir infinitas humillaciones, no a perecer en la guillotina insistentemente prometida por la Resistencia. Atacado, contemporizaba y preparaba su defensa. Su primera ventaja fué que advirtió el primero que no habría salida revolucionaria: la crisis política se resolvería de modo menos novedoso mediante elecciones generales. Y mientras la resistencia se preparaba y fortalecía su ánimo para una guerra civil, mientras vivía de la fe en el nuevo comienzo que el año anterior había animado a sus seguidores, el gobierno buscaba pacientemente posibles votantes. En esta engorrosa y no limpia tarea se destacó el que iba a ser fundador del peronismo. El gobierno contaba sin duda con apoyos ganados en sus dos etapas anteriores: la restauración totalitaria y la "normalización". La primera dejó como saldo el apoyo episcopal, la segunda la adhesión, si no de políticos de dimensiones nacionales, de muy numerosos caudillos locales que encauzaban y dirigían la distribución de los favores estatales. Ambos elementos creaban el núcleo de una estructura partidaria de tipo tradicional en la Argentina; no bastaban de ningún modo para vencer a las organizaciones políticas tradicionales. La Resistencia estuvo por eso en lo justo al no amedrentarse ante estas tentativas de "fundar un partido político como si fuese una agencia de colocaciones".

Pero sin desdeñar esos apoyos, el secretario de trabajo buscó otros en una Argentina profundamente transformada por la prosperidad de guerra. Los encontró entre dos grupos también ellos en rápido ascenso. Ante todo en un sector industrial, que veía con alarma cómo la Resistencia recibía sin recelo la adhesión de los grupos económicos tradicionalmente dominantes, que temía que una derrota del gobierno implicase por lo tanto el desmantelamiento de la frágil industrialización de guerra. Y otra clase a quien la industrialización había hecho también más numerosa y próspera: los obreros industriales. Ante ellos podía el gobierno invocar una política esbozada desde su instalación en el poder, una política de reformas sociales que hoy tiende a identificarse desde sus comienzos con lo que luego sería el peronismo.

Ahora bien, que esa política es el antecedente principal de lo que luego sería el peronismo no ha de discutirse. Pero no es, ya, el peronismo. Cuando el que luego sería jefe del movimiento toma a su cargo la política social del gobierno

de junio comienza por aplicar también en este campo un esquema sustancialmente fascista: para poner fin a la lucha de clases, declarada estéril y contraria a la cohesión nacional, el fascismo había proporcionado a la clase obrera ciertas ventajas en campos muy limitados (asistencia, previsión), que venían a testimoniar a esa clase la concreta solidaridad de la nación con sus aspiraciones a la vez que intentaban alejarla de todo retorno a la tradición revolucionaria. Porque tenía ese efecto apaciguador, la política social fascista podía contar con el apoyo de los grupos patronales, aunque les impusiese algunos sacrificios inmediatos. Ese modo de poner fin a las tensiones sociales intentó aplicarse en la Argentina, pero faltaban aquí los supuestos que en los países fascistas le ganaron buena acogida entre los grupos patronales y una recepción notablemente fría por parte de los trabajadores. El secretario de trabajo gustaba en los comienzos de explicar largamente cómo esas reformas eran una suerte de seguro contra la revolución social; los patronos argentinos, muy sensatamente, se negaban a creer en un cercano peligro de revolución social y se resistían a pagar onerosos seguros contra una eventualidad en extremo improbable (un año después darían prueba aun más clara de su confianza en la solidez del orden social argentino, al no negar su apoyo al partido Comunista, en el que buscaban protección contra quien quería protegerlos de la amenaza revolucionaria).

De este modo, la política social podía ser, en la intención, un esfuerzo por quebrar la conciencia de clase de los trabajadores; en los hechos, si quería sobrevivir, debía ser otra cosa. En el mismo sentido que este fracaso actuaba el éxito relativo alcanzado entre los trabajadores: la hostilidad inicial contra el gobierno reaccionario no era tan fuerte que no pudiese ser vencida con algunas medidas de reforma no demasiado revolucionaria. Gracias a ellas, el gobierno pudo ganar el apoyo de algunos jefes sindicales que no por ello se proponían, por lo menos en los comienzos, renegar de su pasado. Tuvo así el gobierno, desde sus primeros pasos, un cierto apoyo obrero. No alcanzó sin embargo a adquirir un tono nuevo y definido en ese campo; las medidas de reforma se hacían con consignas en parte socialcristianas, en parte inspiradas en el paternalismo humanitario que era la posición más audaz imaginable para los funcionarios heredados del Departamento Nacional del Trabajo, (que en ese primer momento tuvieron papel decisivo en la política obrera), en parte animadas del cauteloso reformismo de los jefes sindicales adheridos, que sacrificaba sin pena a las ventajas inmediatas una ya empalidecida tradición revolucionaria. Como desenvolvimiento natural de esa situación era pensable algo comparable a la España de Primo de Rivera, cuya dictadura pudo contar con la adhesión de los clericales y la benevolencia de los socialistas, pero careció de vigor bastante para crear un movimiento obrero identificado en forma militante con el régimen. Esta pálida tentativa de reforma social paternalista se vió comprometida junto con los demás aspectos de la instauración de un estado fascista por el crecimiento de la oposición interna e internacional. Acaso, de haber desembocado el régimen en una "vuelta" a la normalidad, el ensayo hubiese sido continuado en forma análoga a la que caracterizó a los gobiernos radicales; la Resistencia impuso otro curso a los hechos.

El secretario de trabajo advirtió qué posibilidades se abrían gracias al prejuicio favorable que su anterior política había asegurado al gobierno en la masa obrera; se propuso transformar ese prejuicio favorable en adhesión militante y hacer de la clase obrera el núcleo de cristalización constitucional del gobierno de junio. Todo ello sin crear tensiones sociales que pudiesen conducir a situaciones revolucionarias: si no creía ya que su papel fuese el de

salvador del orden social amenazado, el secretario de trabajo no deseaba tampoco someterlo a amenazas serias. El plan político del secretario no era ni original ni excesivamente sutil: era en su origen el intento reaccionario de despojar bruscamente a los partidos liberales de su clientela popular. Lo que hizo notable y singular el proceso argentino fué un éxito que superaba acaso las previsiones y los deseos de quien lo desencadenó.

Ese éxito debe ser explicado por las características peculiares de la clase obrera a la que se dirigía el secretario. El sector más antiguo y mejor organizado resistió sólo débilmente a las tentaciones de la nueva aventura política; y de ello se ha echado la culpa al reformismo sin horizontes ni perspectivas a que había venido a reducirse la conciencia sindical argentina en el período inmediatamente anterior. Pero el influjo de ese sector organizado fué al cabo secundario y tan sólo negativo; se vió arrastrado por la impetuosa adhesión de otras capas de formación más reciente, que iban a dar al movimiento obrero de la era peronista su tono peculiar. Esos grupos se consideraban ya beneficiados por el tránsito de una durísima vida campesina al arrabal fabril, donde en medio de suciedad y promiscuidad que no eran para ellos nuevas conocían por lo menos, gracias a los altos salarios y la ocupación plena que trajo consigo la guerra, una despreocupación por el futuro, una holgura, una vez satisfechas las necesidades esenciales que se mantenían en un plano muy rudimentario, que eran ellas sí del todo nuevas. Era esa liberación del temor y la angustia lo que el peronismo se proponía institucionalizar y consolidar mediante sus reformas. El sentimiento de clase que está detrás del peronismo no es entonces el de un grupo que se siente víctima de la sociedad, sino el de un grupo que ve colmadas sus aspiraciones, que se ve instalado en lo que en su infinita inocencia juzga la prosperidad y quiere permanecer ya para siempre en ella. Pero si esa conciencia de clase no es socialmente revolucionaria, si en este campo es sustancialmente conservadora, puede ser en cambio revolucionaria en lo político. Esa clase obrera, llegada así a clase emancipada de la pasada servidumbre económica, quiere a la vez emanciparse del sistema de valores impuesto a la sociedad argentina por las clases antes dominantes. Esa emancipación es lo que significó en el campo político el peronismo. El secretario de trabajo advirtió muy bien hasta qué punto esa clase era ajena a las preocupaciones de decoro gubernativo y corrección constitucional que animaban a la resistencia, quiso transformar ese despegue en cerrada hostilidad, hacer madurar súbitamente una conciencia de clase que se daba como conciencia, no principalmente de un antagonismo económico y social, sino de un opuesto ideal cultural. Abandonando las mieles socialcristianas y las polvorientas arengas inspiradas en las memorias del Museo Social se lanzó a una febril oratoria que sus incautos adversarios juzgaron delirante y era en cambio efficacísima. De su mente fértil surgieron uno tras otro los más regocijados mitos polémicos: tras de los jovencitos engominados fueron las señoras que charlan de política en las confiterías, los *maquisards* de la parroquia del Socorro, los caballeros cuya máxima culpa era usar galera y bastón. En esas figuras grotescas se resumía la intemperante voluntad pedagógica de la Resistencia, y por debajo de ella toda una forma tradicional de valoración era puesta en entredicho. Un día de octubre pudo advertir la Resistencia con cuánto éxito: ahora las multitudes estaban también en el otro bando, y se entregaban con delirio al júbilo de su liberación. El modo de festejarla sobrecogió de horror a los indignados espectadores; y en su inocencia tenían en efecto los festejos una clara voluntad sacrilega: desde las danzas orgiásticas en la sala de espera de la estación Once hasta los gritos indeciblemente obscenos con

que sus partidarios recibieron en su primera aparición pública a la esposa del jefe del movimiento. Pero esa deliberada ruptura con todo un pasado, en que la respetabilidad impuesta desde arriba parecía identificarse con la miseria también impuesta desde arriba, no fué acompañada de las venganzas sangrientas esperables de un rencor largamente reprimido. Y en efecto, el peronismo conservó siempre ese "talante de romería" de que habló un florido militante del movimiento, ese tono carnavalesco que le encontraban, en sustancial coincidencia, sus adversarios. Si en efecto las atrocidades debieron cometerse en los diez años de peronismo en el secreto de las comisarias, si las escenas de cólera popular debieron ser preparadas no sólo en cuanto a las incitaciones iniciales sino en todo su curso, porque era ya cosa sabida que las incitaciones no daban fruto, si las cosas estaban así, fué, se dice a menudo, porque el pueblo argentino es bueno. Y es cierto que el pueblo peronista se mostró muy escasamente feroz; esa conducta es por otra parte la esperable en grupos sociales sustancialmente satisfechos de su situación, que creen estar coronando el predominio social y económico que imaginan haber alcanzado con un equivalente predominio político.

La anterior caracterización no quiere ser una crítica de los que así veían su presente y su futuro, y creían candorosamente que las jubilaciones y las licencias por enfermedad eran ya la revolución social. No son tampoco necesariamente una censura para quien decidió emplear y encauzar esa fuerza social que se les ofrecía, dándole a la vez el apoyo del Estado. Se trataba de una clase que había alcanzado muy escasa madurez; era inevitable que sus organizaciones, coronadas por la majestuosa CGT de seis millones de proletarios, tuviesen más forma que sustancia, o más exactamente, una sustancia del todo indiferente a su forma. Esto no era nuevo en un país cuyos dirigentes tradicionales habían creído que es preciso crear ante todo el órgano, porque de algún modo el órgano termina por crear la función; en que fué levantada toda una organización constitucional reconocidamente impracticable en la esperanza de que los decenios terminarían por envolver de carne viva a ese vacío esqueleto. La inmadurez de los grupos sociales, el influjo supletorio de la única organización fuerte, el Estado, son datos esenciales de la historia argentina que el peronismo no creó, que se limitó a dejar intactos, que será preciso, cualquiera sea el signo político que el país asuma, seguir tomando en cuenta. Cabe anotar tan sólo que una conciencia social tal como había logrado evocar en la clase trabajadora el fundador del peronismo conceda a éste un espacio de maniobra singularmente cómodo. En efecto, no se traducían en exigencias urgentes de nuevos cambios sociales. El futuro era visto como prolongación indefinida del presente de bienaventuranza; las clases explotadas no debían ser eliminadas (en este campo el peronismo puso sus columnas de Hércules en la participación en las ganancias, y es significativo que no haya existido nunca efectiva presión de parte de su masa para que diera cumplimiento efectivo a promesa tan bien sonante). Al revés, los patronos debían continuar siéndolo en el nuevo clima político y social: su expiación consistiría en contemplar y costear la felicidad de sus antiguos siervos. Pero esa falta de horizontes revolucionarios en el peronismo era algo más que la renuncia a una táctica determinada, estaba en la raíz misma de la conciencia social por él evocada no sólo en cuanto era conciencia de una clase ya satisfecha en sus exigencias, sino a la vez conciencia de una clase definible sólo en el contexto del antiguo orden como abarcando todo lo no incluido por las antiguas clases dirigentes. Esa clase aceptó para sí el término caracterizador de "los humildes", aceptó que se incluyera en ella a todos los agraviados por el antiguo régimen, aun, por ejemplo, los delincuentes co-

munes (a ellos, en cuanto grupo social, se dirigió la esposa del jefe del movimiento en una de sus primeras oraciones políticas). En suma, no sólo se ubicaba dentro del régimen social vigente, sino sólo podía verse a sí misma dentro de ese régimen social.

De este modo el jefe del movimiento podía estar seguro: lo único que exigía esa masa que abnegadamente lo apoyaba era que mantuviese su prosperidad; traducida en otros términos, su exigencia era la misma que la del grupo de industriales que se había acercado al movimiento: se trataba de mantener a cualquier costo la industrialización surgida de la guerra. En cuanto al resto, el jefe del movimiento podía escoger libremente su futura política.

Pero esa posibilidad tan amplia de escoger su camino tenía también su aspecto negativo: del cuerpo social encuadrado en el movimiento no llegaba ninguna orientación acerca del rumbo que era preciso tomar. Al principio la desorientación de esa "nueva conciencia" que se había puesto en marcha y no sabía hacia dónde, quedó enmascarada por la extrema torpeza que mostró la Resistencia en sus últimas tentativas. Octubre la había privado de la fe en sí misma que hasta entonces le había dado audacia; ahora buscó y aceptó todas las alianzas, sin pesar siquiera lo que aportaban y lo que restaban a su fuerza original. Con un ciego frenesí quiso modelarse sobre la imagen que de ella daban sus adversarios; fué no sólo la abierta y declarada expresión política de la oligarquía terrateniente, sino todavía de la embajada de los Estados Unidos y todavía de la Unión Industrial. Haber destruido tan amenazadora conjunción de fuerzas era para la masa encuadrada en el peronismo un motivo de alivio perdurable; para el jefe del movimiento significaba algo distinto pero no menos importante: había logrado, con un golpe maestro, desligarse de la ruina común que amenazaba a todas las formas sobrevivientes de fascismo. Pero el regocijo de un pasado triunfo no puede suplantar indefinidamente a una orientación política precisa. Esa orientación debía darla el jefe del peronismo; de hecho, pese a dos planes quinquenales y una doctrina superadora a la vez de capitalismo y marxismo, nunca fué capaz de dar un concreto criterio que orientara a su movimiento ante los problemas también concretos que la nación enfrentaba. En este sentido no es acaso superfluo comparar su acción con la de Mitre, el fundador de la Argentina que el peronismo quiso abolir. También Mitre había encontrado estructuras sociales inadecuadas para realizar una transformación como la que él deseaba; no contaba por otra parte con el admirable instrumento con que contó el jefe del peronismo: una máquina estatal poderosa, que debió laboriosamente crear, desde sus más modestas estructuras burocráticas hasta sus mitos inspiradores. Debó transar a cada paso con realidades hostiles; debió admitir en la clase dirigente a gobernantes locales difícilmente discernibles de los que habían sostenido el aborrecido poder de Rosas. A pesar de todo eso, pudo realizar una obra eficaz, pudo dirigir a la nación en el sentido que se había propuesto. Pero precisamente, Mitre se había propuesto dirigirla en un sentido determinado. ¿Es decir que el jefe del peronismo no se había propuesto nada parecido? Es la conclusión más fácil, y viene a formular de otra manera el reproche que le formularon más de una vez sus adversarios: habilitísimo político, el jefe del peronismo no era en absoluto, como se dice, un estadista. Pero si el fundador del peronismo ante una situación riquísima en posibilidades buscó ante todo la manera de salir del paso, sin intentar siquiera ver en el proceso que había desencadenado otra cosa que una forma de soborno sólo distinguible por su magnitud de la compra de un caudillo pueblerino, si eso era así, no era porque su ideario político se

moviese al ras de una realidad que él era incapaz de abarcar en su conjunto. Por el contrario, su ideario político permanecía totalmente ajeno a esa realidad; seguía siendo, pese a todos los desengaños, el fascismo. Capaz de advertir qué había hecho del fascismo, tal como se había practicado en la Argentina, una corriente política incompatible con la nación, creyó todavía posible introducirla subrepticamente y en forma sabiamente dosada. En este sentido logró cosas admirables (logró, tras de diez años de dictadura, ser creído por muchos cuando consideró y rechazó la posibilidad de transformarse en dictador). A estos méritos estrictamente limitados a la habilidad táctica, el fascismo no agregaba sustancialmente nada; era utilizado por el jefe del peronismo para justificar ante sí mismo las actitudes que urgentes necesidades tácticas le obligaban a asumir. Así la consigna de mantener la industrialización era por una parte necesidad de no dismantelar el feudo electoral del gran Buenos Aires, por la otra aplicación local de la política autárquica, impuesta en todas partes por la crisis de 1929, y que el fascismo, haciendo de necesidad virtud, había presentado como un aspecto prodigiosamente original de su Nuevo Orden. Lo importante era que la consideración "doctrinaria" de inspiración fascista no ofrecía solución ninguna a los problemas que la industrialización planteaba; al revés, ocultaba esos problemas, al proponer una indiscriminada protección de toda industria (que era, por otra parte, la política que convenía a los inmediatos intereses tácticos del jefe del movimiento). En este caso el influjo del fascismo era dañoso; lo más frecuente es que se caracterizase por una inoportunidad que conducía a la total ineficacia. Así, a los ojos del jefe del movimiento, su política obrera podía todavía seguir siendo un medio de unificar a la nación con vistas a esa guerra que es como el horizonte último de todo programa fascista; este misericordioso autoengaño no alcanzaba a dar sentido ninguno preciso a su acción en este campo, y le era necesario guiarse por un examen de sus inmediatas conveniencias políticas, no iluminado por ninguna otra consideración menos estrecha. Del mismo modo podía creer que su cotidiana creación de nuevas instituciones y centros de adoctrinamiento estaba organizando la nación; de hecho estaba desorganizando su movimiento: en la hora final se advirtió que, si no le faltaba vigor ni savia popular, esa savia no corría por las secas estructuras del Partido que encuadraba a millones de empleados públicos dispuestos a gozar del espectáculo de la caída de un poderoso. Así, el jefe del peronismo se redimía cotidianamente ante sí mismo evocando un ideal político cada vez más descarnado, cada vez más ajeno a la concreta política tal como se ejercía en la Argentina. Debido a ese hiato entre orientación política y práctica política, la búsqueda de expedientes se transformó en segunda naturaleza (el mismo peronismo era acaso a sus ojos un vasto expediente para salir del paso), y prosiguió aún cuando el paso estaba expedito, cuando alrededor del gobierno se había formado una red de intereses que sólo deseaba gozar sin sobresaltos de la adquirida prosperidad, cuando se imponía, como se dice, la consolidación del régimen. Aun entonces fué preciso disimular el vacío interior con nuevos y absurdos conflictos; tanto virtuosismo político, transformado de medio en fin, hecho cosa tan abstracta como el abstracto ideal con el que convivía, condujo a un derrumbe que muchos observadores habían juzgado, no sin perspicacia, en extremo improbable.

Así la historia del peronismo no necesita ser la historia de una desvanecida oportunidad revolucionaria para ser en efecto la de una oportunidad perdida. Sin duda, la Argentina de 1945, la energía optimista de una nación en ascenso podían haberse empleado en forma menos absurda que en

mantener un sistema político creado sin otra finalidad que durar mientras se pudiese. Pero si en efecto el peronismo no tuvo otra finalidad ello se debe a su culpa original: su nacimiento de una tentativa fascista. Ese origen impidió una alianza entre todos los grupos ascendentes en la sociedad argentina, a los que nada sustancial oponía y que sin embargo chocaron decisivamente en 1945; ese origen privó así al movimiento de una parte de lo que podían haber sido sus cuadros, lo obligó a buscarlos entre reaccionarios y gentes atraídas sin íntima convicción y por lo tanto interesadas tan sólo en su prosperidad personal. Pero lo privó todavía de algo más importante: de toda orientación válida y precisa. Su fundador, ante la experiencia de los hechos, elaboró lo que alberdianamente podríamos llamar el fascismo posible, estableció la máxima dosis de fascismo que la Argentina de la segunda postguerra era capaz de soportar. Esa hazaña de política práctica no debe hacer olvidar sus insuficiencias en un plano menos pedestre: si la alberdiana república posible tenía otros méritos aparte del adecuarse al credo político en boga (ante todo el de fomentar y encauzar una segunda colonización capitalista del país, que Alberdi juzga muy juiciosamente indispensable), el fascismo no tenía en cambio otro mérito que el de haber sido el sistema de referencia sobre el cual había formado su ideología política el talento oficial del ejército del período conservador, destinado a dar su nombre al período siguiente. En este sentido, y pese a sus menudas infidelidades cotidianas, el jefe del peronismo no era sino demasiado fiel a su pasado. Pero ese pasado no era tan sólo suyo, era a su modo un lazo de unión con la Argentina anterior a 1943. Las insuficiencias del peronismo son entonces trasunto en un plano distinto de las insuficiencias en la actitud política del grupo dirigente que, ante la crisis de la democracia en el país y en el mundo, creyó hallar la solución ya preparada en el fascismo. Y las no menores insuficiencias de los que, frente a la oleada fascista, supieron tan sólo apearse a cualquier pasado...

## 17 de octubre, trampa y salida

LA caída de Perón impone el análisis sereno del fenómeno peronista. En la lucha, el maniqueísmo es una necesidad para la acción: una vez decidido que era ineludible terminar con Perón, Perón ya no podía ser sino el mal definitivo. Derribado Perón, precisamos saber para qué se lo derribó y qué queremos ofrecer en su lugar. No podemos dejar de reflexionar sobre aquello que hoy queremos reemplazar, y de lo que, como siempre, estamos un poco contaminados.

Perón, ya se sabe, no estaba sólo. Y si detrás de él estaban los grupos reaccionarios del ejército que lo llevaron al poder, detrás de él, también, estaba la clase trabajadora. Esto impone algunas reflexiones. Porque nada puede hacerse sin la presencia activa de las masas que votaron a Perón. En cambio, todo puede hacerse sin la presencia de los viejos pontífices de un liberalismo definitivamente anacrónico.

Algo de común tiene cada generación, y las cosas comunes que unen a los hombres de un tiempo producen determinado lenguaje. Escribo a título personal, y he de poner el acento en lo personal. Por eso, sin pretender interpretar voces que me son cercanas, señalo la evidencia de ciertas creencias y ciertos escepticismos que son común denominador de los argentinos que hoy tenemos de veinticinco a treinta y cinco años. Alguno de nosotros había apostado por el peronismo;

No sé si es posible extraer una moraleja de esta historia melancólica. Se ha dicho que de ella puede obtenerse una enseñanza moral: que la mera habilidad no basta. La enseñanza es evidente, pero no sé si es propiamente moral. Porque el peronismo no eligió la mera habilidad, se vio acorralado en ella por insuficiencias que no eran tan sólo suyas. Su fracaso es a la vez el fracaso de la clase política argentina, surgida al derrumbarse la experiencia radical, con la que terminó el proceso iniciado en 1853, el de construcción de la república verdadera. En un momento las costumbres intelectuales de ese grupo pudieron resumirse bajo la cifra del fascismo; bajo esa forma contribuyeron con singular eficacia a frustrar la experiencia comenzada en 1945. Pero no es esa su única forma posible, y aun bajo esa forma su culpa principal no era la de proponer su orden político sin duda perverso, cuya perversidad era sin embargo anulada en la Argentina por la ineficacia. Su culpa fué la de pretender llenar un hueco que no llenaban, de dar una orientación que no daban. Y no es impensable que, en cuanto solución que nada resuelve, tenga el fascismo herederos, es probable que los tenga muy influyentes. Porque hallar una solución válida, atenta a la vez a los concretos problemas de la Argentina y a su situación dentro del mundo es hoy mucho menos fácil que hace cien años, cuando Europa daba una orientación aun unívoca y misericordiosas circunstancias quisieron que fuese a la vez acorde con lo que el país en efecto necesitaba. Mientras tanto, y si del fracaso peronista es imprescindible sacar una moraleja, acaso ésta no sea inútil en estas horas confusas: el peronismo fué sin duda fruto de muchas cosas, pero si fué un fruto tan amargo y tan estéril ello se debió acaso ante todo a cierta no siempre involuntaria falta de lucidez con que los que dirigieron la Argentina antes del peronismo y durante el peronismo se enfrentaron con su país.

TULIO HALPERIN DONGHI

otros asumen el riesgo de jugar la carta del 16 de septiembre, así como asumieron ayer el riesgo de una conspiración incierta; entre nosotros, en fin, están quienes aspiran a la buena conciencia, los eternos obsesionados por el mito de la castidad política. Pero algo constituye el signo de casi todos nosotros: la certeza de que existen cosas clausuradas para siempre, y —no nos engañemos— clausuradas desde Perón.

El peronismo está indisolublemente ligado a nuestro tiempo. La nueva generación, aquélla que quiere inaugurar ahora su propia aventura, abrió los ojos al país y al mundo bajo el peronismo. Hoy quiere y necesita partir de la asimilación del peronismo, *partir de la asimilación de la sola historia que ha vivido*. El peronismo es, así, nuestra historia y nuestro signo. Un peronista me dijo hace poco que Perón había triunfado en mí; que me había contagiado en forma tal que yo sólo atinaba a utilizar contra Perón el lenguaje que Perón creó; que hoy la lucidez en el planteo de nuestros problemas se da tan sólo en una *generación peronista* —que acepta o que niega a Perón—; que en 1956 está Frondizi en el Comité Nacional, pero en 1945 estaba Laurencena, y que esto no es una casualidad; que fuera de esta *generación peronista*, sólo quedan la imbecilidad, la

senilidad, los moldes inservibles. No sé si Perón es realmente la causa de una nueva temática: por mi parte creo que es su consecuencia. O, más exactamente, creo que Perón supo dar vida a un idioma hasta entonces escondido en la entraña de nuestra historia —un idioma hasta entonces solamente empleado por los pocos hombres lúcidos que no aceptaban la defensa de la soberanía en cuanto fuera la canción dorada de la extrema derecha, pero que sabían una libertad y una justicia social indestructiblemente solidaria de la liberación nacional—, y lo usó, precisamente, para frenar una historia que hoy o mañana hubiera podido irrumpir impetuosamente, irreversiblemente, como un volcán. De todos modos, lo cierto es que, al introducirse en nuestra historia, el “justicialismo” quebró —y quebró para siempre— determinada manera de ver la política argentina. Un brusco corte en las ideas y en los sentimientos fue materializando en la irrupción popular del 17 de octubre de 1945 —fecha clave del peronismo—, y ésta irrupción está ligada a nuestro quehacer. Podemos aplaudir o escupir a Perón: lo mismo da. Perón es nuestra sombra, nuestro pasado inmediato, nuestro tiempo. Es la dimensión del hecho argentino que no podemos rechazar, es la dimensión incorporada para siempre a nuestra exigencia nacional.

El peronismo, pues, nos está dado: es necesario desentrañarlo, es necesario desentrañar las motivaciones que informaron durante una década la conducta de gran parte de la clase trabajadora. Si queremos hoy edificar una comunidad argentina en la democracia, debemos encontrar el lenguaje que posibilite nuestra comunicación con las multitudes que creyeron en Perón, que rescataron a Perón el 17 de octubre, y que siguieron a Perón durante diez años. No hay otro camino: sin clase obrera no hay democracia.

Nuestra posibilidad no es otra que la posibilidad de reencuentro con esas masas. Este reencuentro sólo puede ser conquistado mediante la afirmación —hecha una y otra vez— de los ideales sociales y nacionales que Perón enunció, y que Perón mismo traicionó, claro está, porque estaba desde el principio destinado a ser el traidor de esta historia, porque era una máscara más de la vieja Argentina, del viejo privilegio que mantuvo intocado e intocado tras los *affiches* declamatorios de la Nueva Argentina.

Si el peronismo está ligado a nuestro quehacer, después de tantos años de dictadura vemos también que nuestro porvenir está ligado al porvenir de la libertad. Pero es necesario recordar que la sola libertad política es una estratagemas de la oligarquía, y una de las más siniestras: el liberalismo burgués. No se trata de reiterar los fáciles ataques al liberalismo de quienes sólo la emprenden contra su caricatura. Se trata de impulsar un liberalismo ensanchado con todas las urgencias concretas. No creo en una libertad verdadera que me será entregada algún día de golpe, quizá como regalo de cumpleaños: cada libertad conquistada es la única garantía de las libertades a conquistar. Pero la libertad política deja de ser una mistificación al servicio de los privilegios sólo cuando se convierte en un fecundo río polémico que nutre las tareas de un proceso de liberación integral. Liberación integral quiere decir rescatar de la inseguridad y de la miseria a vastas multitudes, primer paso para la creación de una convivencia libre. En Argentina quiere decir también cortar el lazo con que nos remolcan intereses ligados a metrópolis imperiales, porque tan sólo en la libertad nacional —en la soberanía— pueden darse las libertades sociales y políticas. Sólo a partir de entonces la libertad asume su verdadero rostro, el rostro que le otorgaron, a través de los tiempos, cuantos lucharon por la libertad revolucionaria. Esto hoy lo sabemos casi todos. Sorprende encontrarnos con que hace veinte años lo sabían muy pocos; sorprende la pervivencia y la persistencia de una generación es-

téril que ya no entiende nada, y que, para demostrar exactamente que no entiende nada, elige a los más selectos de entre ellos, y nos entrega —tal como el número de *Sur* dedicado a la *Reconstrucción Nacional*— toda su torpeza política y toda su ceguera intelectual.

Hoy se trata de encontrar la clave que permita nuestra comunicación con las masas peronistas. La dictadura había acudido a mil ardides para imposibilitar esa comunicación, y a una gran mentira: repetir que todos cuantos hablaban de libertad querían entregarle al obrero la libertad de morir de hambre. Comunicarse con esas masas implica hablar en verdad. No es posible hacerlo mediante una nueva mentira que las distanciara cada vez más de nosotros. Hablar en verdad exige clarificar la verdad en nosotros mismos, hablar en verdad exige despojarnos de todo maniqueísmo ingenuo. Exige entender, al fin, que la historia no es una lucha a muerte entre ángeles y demonios; que no somos el Bien Absoluto encargado de la destrucción de un Infierno también absoluto. El Bien Absoluto, como el Mal Absoluto, existen sólo en los cuentos para niños o en las revistas de historietas.

Ante todo, no nos engañemos: el terror y la propaganda no son los únicos datos que explican la adhesión de la indudable mayoría del proletariado al régimen peronista. Ni el terror —fusil al hombro y edictos en las paredes— del uriburismo, ni la propaganda burguesa que había intentado abortar su conciencia de clase desde la escuela que lo educó, la Iglesia que lo formó y la prensa seria que lo informó, pudieron arrastrar tras los gobiernos el entusiasmo de las multitudes obreras mientras éstas eran ahrojadas en la cárcel de un salario insuficiente, la peor de las cárceles. Nos indignamos —y con razón— del moderno tipo de prédica totalitaria que puso en vigencia el peronismo, pero la educación para la sumisión que practicó la dictadura fué, simplemente, la utilización al desnudo y de golpe de algo que nunca había faltado. Quiero decir que la burguesía había utilizado métodos lentos y velados —al instruir desde la escuela en el acatamiento a la sociedad dada: al mantener diarios serios que podían fútilmente discutir entre ellos; al propiciar partidos burgueses, entre los cuales se daba la libertad de elegir, porque, de todos modos, no importaba nada la elección que se hiciera—, sencillamente, porque a nuestra burguesía tradicional no le interesaba crear una mística que exaltara al régimen de un partido. Simplemente, le interesaba la preservación de una estructura clasista: en esto radica la mistificación de la libertad burguesa. El peronismo necesitó hacer lo mismo, pero quemando etapas, tuvo que dejar de lado la ilusión de libertad que antes existía, porque necesitaba un acatamiento urgente para sostener su aventura. Aquí, Perón procedió al modo de los revolucionarios. Pero cuando las actitudes revolucionarias son un recurso demagógico mientras se mantiene invicto el privilegio preexistente, son la expresión desesperada de ese mismo privilegio queriendo aplazar su destrucción real. Que la clase obrera no haya podido distinguir la revolución de la demagogia no se debe, por cierto, a los elementos escénicos del peronismo, que con tanto gusto recuerdan los antiperonistas de derecha. El 17 de octubre no tiene su origen en la sonrisa de Perón. Sin sonrisa, igual hubiera habido 17 de octubre. Si el proletariado vió la única salida posible en lo que sólo era trampa demagógica, es porque la demagogia, para postergar la revolución, le dió —por el clásico recurso paternalista— realmente algo, algo que no era simplemente propaganda, algo que no era simplemente piruetas de payaso. Algo que era más que propaganda y más que piruetas. Los que tienen miedo a entrar en la historia —a lo mejor, a lo mejor, ésta los declara culpables— hacen siempre de ella una sucesión de piruetas y de gestos. Así la historia

será producto del demiurgo de turno, y ellos se irán salvando siempre. Estamos aquí en la historia heroica. No por casualidad, la preferida por los teóricos del orden.

Si ahora queremos ver una Argentina reconstruida en la libertad, debemos tener presente que las masas proletarias votaron al peronismo para liberarse de las mil y una prisiones de la Argentina oligárquica. Ellas también querían ser libres. Justamente, votaron a Perón para vivir en libertad. Sólo que la libertad que quiere el proletariado no es aquella que quiere el pequeño burgués liberal. Como se ha explicado, la sociedad liberada que concibe no se funda en el mutuo reconocimiento de las libertades: la estructura básica del tipo de comunidad a que aspira consistirá en una relación libre entre el hombre y las cosas. Los obreros alzaron al apoyar a Perón la bandera de esa libertad. Los gobiernos anteriores no les permitían vislumbrar ninguna posibilidad de mejoramiento: ninguna posibilidad de establecer formas liberadoras estaba dada. Esos gobiernos y la clase a la que respondían son los verdaderos responsables de doce años de silencio. Así lo reconoció expresamente uno de los hombres más lúcidos de la revolución, el general Ossorio Arana, quien tuvo el mérito de decir en el momento oportuno palabras impolíticas, pero precisas: *! No ha de olvidarse que la dictadura fué posible porque algunos pretendieron perpetuar sus privilegios y despreciaron los clamores de los desposeídos. La revolución podrá destruir los instrumentos de opresión del régimen depuesto, pero el reencuentro argentino en el camino de la paz, de la concordia y del trabajo no será logrado en tanto no se eliminan estructuras económicas defectuosas que hacen a la riqueza de unos pocos y a la miseria de otros muchos. Lo económico hace a lo social y a lo político.*

El 16 de septiembre desconcertó a las masas peronistas, que no lo esperaban, y puso a prueba la conciencia de clase que pudieron haber adquirido durante el peronismo. A partir de esa fecha deben proceder por sí y para sí, sin tutores. En esas masas vive hoy el resentimiento de quienes sienten que algo les ha sido robado, algo muy grande —la más grande esperanza que enarbolaron— y aún no encuentran al culpable. Aquel régimen que habían impulsado en la jornada del 17 de octubre, aquel régimen que las introdujo en la moderna dinámica política, se ha desmoronado irreversiblemente. Ante el final de un período confuso de sus vidas que había llevado al límite una extraña dialéctica de señores y esclavos, la perplejidad y un vago resentimiento se apodera de ellas.

El peronismo convirtió al obrero en señor, en cuanto presentó para él una fortaleza de seguridad en la cual podía refugiarse. El mal humor de un capataz súbitamente hepático ya no era motivo suficiente para que perdiera su pan; la palabra proletario no era ya esa mala palabra que los “rojos” usaban en las calles y en las plazas, corridos por el sable policial. No es extraño entonces que los trabajadores no alcanzaran a distinguir claramente el otro término de la dialéctica en que habían sido atrapados. Algunos lo vislumbraban cuando aquéllos a quienes creían protectores silenciaban su voz en los sindicatos, aplastaban sus huelgas, o disolvían sus energías exhortándolos a la armonía de clases. Para la masa obrera eso no podía contar, puesto que ella integraba por primera vez la Nación, y escuchaba, por primera vez, unas voces que, desde el Poder Político, se ocupaban de los oprimidos en un tono distinto a aquél de los viejos doctores del desprecio.

Inútilmente se quiere hoy escandalizar al obrero peronista. Él no sentirá vergüenza de haber sido —o de seguir siendo— peronista. Está en esto la espesa culpa de un pasado verdaderamente maldito, y el obrero no quiere volver

<sup>1</sup> Silenciadas sugestivamente por todos los diarios, excepto “La Epoca”.

a ese pasado. De nada sirve decirle que el peronismo gobernó mediante la prensa uniformada y la cultura sometida, ni que recurrió a una “policía brava”. El obrero sabe muy bien que la “prensa libre” en manos de una burguesía voraz fué cómplice de sus angustias pasadas, y que una “cultura digna” fué tremendamente inocua cuando recogió sus reclamos —y muchas veces no se interesó en recogerlos—. Por otra parte, si hablamos al obrero peronista de la represión policial, conseguiremos tal vez hacerlo sentir un poco incómodo. Mientras que nuestros amables burgueses hoy gozarían si se torturara a trabajadores peronistas, éstos quisieran que no se hubiera torturado a nadie. Si se torturó, les molesta. Nos dirán que no es asunto suyo, pero nos hablarán de la delicadeza con que procedía la policía a disolver los mitines obreros en la época en que los señores elegantes dirigían el país desde el Jockey Club y sus señoras jugaban plácidamente al bridge, sin preocuparse por las libertades asesinas que aún no eran el tema de sus five o'clock tea. Un parlamento acallado, una justicia suprimida, un estudiante torturado, un médico desaparecido y una universidad destruida hasta los cimientos no podían llegar hasta la clase obrera cuando ésta se sentía, al fin, parte de la República y dueña de su destino. Hoy no va a desperonizarse al obrero restaurando los derechos democráticos o la dignidad de la justicia, sino tornando compatibles estas transformaciones con avances positivos en la condición económica de los grandes sectores sociales. Entonces se ganará el derecho a hablarle de libertad. Porque una suerte de imposibilidad física hace que el que sufre la injusticia no pueda oír la palabra dicha en libertad mientras no se concilien libertad y justicia. Del mismo modo es ingenuo pretender horrorizar a los trabajadores peronistas haciéndoles saber que estaban dirigidos por una pandilla de gangsters: ellos ya lo habían descubierto. Pero recuerdan que esos mismos gangsters posibilitaron que alzaran —por primera vez en nuestra historia— su frente ante la codicia patronal, y lanzan su desafío: “ladrón o no ladrón, estamos con Perón”. Además, cuando gobernaba Perón, robaban los secretarios de los sindicatos, pero esos sindicatos fuertes, agrupados en una central única, daban a cada trabajador una sensación de fortaleza, de poder: una organización poderosa estaba para defenderlos, y esa organización, alentada desde arriba, era su orgullo y la dimensión de la fuerza que habían adquirido. Por supuesto, esos sindicatos eran una trampa. Los trabajadores no podían hacer de ellos instrumentos de lucha, tenían vedada toda actitud autónoma del poder político que los dirigía. Y quizá para justificar su existencia, esos sindicatos terminaron convirtiéndose en sociedades de socorros mutuos, como los sindicatos soviéticos. Mas no es demostrando la rapacidad de los jefes peronistas como se impresiona a los trabajadores. Ellos no están contagiados de la moral de ocasión del comerciante pequeño burgués. Si el gobierno deroga el corporativo estatuto peronista de las asociaciones profesionales y sanciona uno que permita constituir una C.G.T. autónoma y única a la que no se le pida que deje de ser el instrumento de un partido para convertirse en apolítica —una C.G.T. condenada a ser apolítica es el bocado ambicionado por los patronos: éstos quisieran que los sindicatos sólo pudieran actuar sobre los efectos sin inmiscuirse en la totalidad de la situación (sin meterse en política), porque saben bien que su eficacia parte forzosamente de la posibilidad que tengan para influir sobre las causas— si una C.G.T. así, organizada en la libertad, se constituye en expresión viva de la clase trabajadora, y jugando sin trabas en el proceso total de la comunidad, enarbola las banderas nacionales junto a las banderas sociales, estará dado un paso definitivo para reconciliar al proletariado con las libertades

y para constituirlo en la única garantía real de una Argentina efectivamente democrática. Ahora que todos hablan de *democracia* debemos distinguir qué quiere decir esa palabra en boca de cada uno que la pronuncia. Porque, en fin, fué también en nombre de la democracia que pasó lo que pasó en Guatemala. Lo importante está en saber a cuenta de quiénes es la *democracia* de que se habla. Si los católicos dicen *la democracia exige enseñanza libre*, ya sabemos. Del mismo modo, si los sindicalistas amarillos dicen: *la libertad sindical es inseparable de la democracia*, también sabemos. Es que, como ya no resulta posible destruir las organizaciones del proletariado, se trata de dividir las o de *apolitizarlas*. Pero la democracia que necesitamos, el tipo de democracia en el que creo, tiene como componente indispensable un proletariado orgánicamente unido, dispuesto a defender sus intereses mediante la lucha incansable para derribar las actuales estructuras clasistas.

Nuestra clase obrera pasó a ser factor político decisivo desde aquel 17 de octubre en que derramó su conducta popular en las calles y asustó a los doctorcitos. No antes. El 17 de octubre de 1945 puede ser tomado como *fecha clave* para interpretar nuestro desarrollo social, porque significa la ruptura con todo el pasado político argentino. Hay un corte —el año 1945— en nuestra evolución social, corte que quizá pueda ser comprendido más plenamente pasando revista a algunos acontecimientos.

Desde el primer momento de la lucha contra el peronismo los partidos tradicionales inspiraron su acción en el "slogan" *Por la libertad, contra el nazismo*. Si este "slogan" fracasó fué, casualmente, porque el *antinazismo* no entusiasma a los obreros —el nazismo era algo abstracto para los obreros, que, en cambio, tenían bien claro el rostro de esos patrones contra los que exhortaba a luchar Perón—, y eso no podían entenderlo los políticos, que pensaban aún según el esquema de la política argentina anterior a 1945, cuando la clase media y ciertos sectores aristocráticos del proletariado (como los gráficos) constituían el único público de los partidos. Esos estudiantes, esos intelectuales que hacían izquierda sin clase obrera y que se habían movilizado contra el "demagogo" Irigoyen, esos pequeños burgueses, eran capaces de ser llevados a la acción por motivos puramente ideológicos, eran capaces de ser llevados a una batalla *Por la libertad, contra el nazismo*. Un nuevo elemento se estaba abriendo paso en el panorama nacional, y los políticos, sin preguntarse qué querían, seguían hablando incansablemente del "peligro nazi". Recuerdo un cartel proselitista: "*Mujeres argentinas, ¿permitiréis que vuestros padres, que vuestros hermanos y que vuestros novios se arrodillen ante el amo nazi?*" Si no lo querían permitir, el cartel indicaba —por supuesto— que debían apoyar a Tamborini-Mosca. El amo nazi por un lado, Tamborini por otro. O en la eficacia del "slogan" *Tamborini o Hitler*. El amo nazi... ¿De qué se trataba? El gobierno surgido del golpe de estado del 4 de junio contaba entre sus inspiradores a notorios fascistas. Todos conocen aquella proclama del G.O.U. donde, entre otras cosas, se decía: "...*La lucha de Hitler en la paz y en la guerra nos servirá de guía... Dirijamos nuestra mirada hacia Alemania... Así será en Argentina. Nuestro gobierno será una dictadura inflexible, aunque al comienzo haga las concesiones necesarias para conseguir las alianzas indispensables. Se atraerá al pueblo, pero, fatalmente, éste tendrá que trabajar, privarse y obedecer...*" El 4 de junio significó el triunfo de hombres que representaban una política autoritaria, chauvinista, clerical; que tenían un concepto jerárquico-corporativo del estado, que eran rosistas y antisemitas casi en su totalidad.<sup>2</sup> Fué un típico golpe palaciego, gestado desde el gabinete, para sostener, reemplazando a Castillo, la misma política que éste, pero sin timi-

deces ni trabas constitucionales. El golpe anuló, por un lado, el peligro de un triunfo del frente democrático que estaba gestándose; y por otro, el peligro de un triunfo de Patrón Costas, que representaba el ala *aliadófila* del conservadorismo —es decir, el ala de los grandes ganaderos, ligada a los intereses británicos—, opuesta al ala *germanófila* de Ruiz Guiñazú-Fresco, que se había apoderado del poder luego de la muerte de Ortiz, y que, de cualquier modo, sería desalojada del gobierno luego de las elecciones. "Cabildo", el diario profascista, que dirigía Fresco, había pedido de Castillo, en un editorial del 7 de enero de 1943, que implantase una dictadura que asegurara la continuidad de su gobierno desde arriba, *en cuyo caso contaría con las fuerzas armadas*, o que dejase paso a éstas. Ciertos sectores militares concidían con la política *neutralista* de Castillo, porque veían que la neutralidad asentaría el impetuoso proceso industrial al que ese presidente había dado paso. Pero, de todos modos, la influencia que ejercía el *nacionalismo* hispanista de tipo fascista, era innegable. Y ese *nacionalismo* fué el vencedor el 4 de junio. Es decir que el 4 de junio en sí significó el predominio político de los sectores totalitarios y reaccionarios nutridos en el nazismo. Estos sectores, una vez en el poder, rompen la farsa de un liberalismo circense, se mofan de los *políticos tradicionales*, reniegan de la democracia, disuelven los partidos, nombran constantemente a Cristo y hablan de *nacionalismo*. En realidad, su "*nacionalismo*" fué tan decorativo como la *democracia* que lo precedió. Hombres disfrazados de gauchos aparecían a menudo en actos oficiales llevando grandes banderas argentinas o retratos de San Martín, y poco más que eso fué todo lo nacional de ese "*nacionalismo*". En este sentido, el gobierno "*nacionalista*" siguió la ruta de los políticos "*liberales*": se limitó a importar ideologías, rehuendo encontrarse con los grandes problemas nacionales. El liberalismo importó parlamentos, el 4 de junio importó nacionalismos.

El pueblo se burlaba alegremente del régimen juniano erigido en nombre de la cruz y de la espada. Todos parecían coincidir en el absoluto desprecio por los "*salvadores*": liberales, irritados por el neutralismo germanófilo; estudiantes, por el avasallamiento a las universidades; obreros, por la disolución de sus sindicatos; judíos, por la prédica nazistoide del gobierno, etc., etc. Sólo lo apoyaban algunos sectores del ejército, que estaban sugestionados por las divagaciones románticas de Lugones, que despreciaban a los políticos —a quienes consideraban contaminados *in toto*— y que eran incurablemente mediocres e incapaces; aquellos sectores de la Iglesia entusiastas de la religión por decreto, contagiados de la fe torpe e intolerante del clero español; a ratos, nuestros divertidos cazadores de brujas de la Alianza Libertadora Nacionalista, incansables buscadores del hilo de Ariadna que los lleve a descubrir los entretelones de alguna conspiración judeo-masónica, sin la cual no pueden vivir; y algunos forjistas que creían que un gobierno fuerte y nacionalista podía romper las cadenas que nos ataban a los diversos imperialismos. Los nombres de Martínez Zuviría, Goyeneche, Federico Ibarguren, Héctor Bernardo, Olmedo, Baldrich y Jordán Bruno Genta sintetizan al régimen del 4 de junio.

Los hombres del G.O.U. no tenían para nada en su cabeza una política social. Su *nacionalismo* era estrictamente aristocratizante. Pero la absoluta falta de apoyo popular al gobierno hizo que éste fuera tolerando en su seno la acción de los grupos *populistas* del ejército, que a fines de

<sup>2</sup> La mentalidad "cuatro de junio" se encuentra hoy en la llamada Unión Federal Demócrata Cristiana, que agrupa a los sectores más moderados —más hábiles— del *neo-fascismo*. Este se muestra con toda su virulencia en el pintoresco Partido Laborista Cristiano del General Velasco.

1943 habían llevado a Perón al Departamento Nacional de Trabajo. La dictadura confiaba en arrancar la masa trabajadora a las izquierdas mediante ciertas concesiones demagógicas limitadas. Pero al llegar Perón a la Secretaría de Trabajo y Previsión, demostró inmediatamente ser el único político del equipo militar. Desechó desde el comienzo el lenguaje de tipo fascista, y buscó a la vez contactos con el socialismo. En un discurso de 1945, el entonces coronel Perón manifiesta: "*Cuando llegué a la Secretaría de Trabajo, el primer pedido que recibí de los obreros fué la derogación de un decreto del año 1943, en el que se establecía para las asociaciones gremiales un régimen de tipo totalitario. El primer decreto que firmé en esta Secretaría fué la derogación de ese reglamento... Deseo manifestar una vez más la firmeza de mi fe en una democracia perfecta. Dentro de esa fe democrática fijemos nuestra posición incorruptible e indomable frente a la oligarquía.*" Así, poco a poco, las palabras y los hechos establecen una actitud diferenciadora entre la Secretaría de Trabajo y los otros ministerios. Los obreros comienzan a ver en Perón al porta-estandarte de sus reivindicaciones, a aquél que los defendía *dentro del gobierno y a pesar del gobierno*. Éste, para mantenerse, no podía sino dejar hacer. La oposición al gobierno militar demuestra un neto carácter de clase al concentrar su fuego contra la labor del secretario de Trabajo, al que califican de nazi, y olvidarse casi de los ministerios decidida e incuestionablemente en poder de nazis. Las manifestaciones antiperonistas coreaban estribillos como el siguiente: "*Perón, Perón — grandísimo ladrón — arruina a la Nación — con su secretaria — de Trabajo y Previsión.*" Quiere decir que lo que molestaba al opositor medio no eran las medidas reaccionarias o la ideología profascista del futuro dictador. Estos eran los pretextos del dueño de peluquería que hacía trabajar a su manicura de 8 a 20, sin pagarle sueldo —solamente se le dejaba la propina— y exigiendo que ella pagara el material, y al que el novedoso secretario de trabajo obligó a hacer cumplir la jornada de ocho horas, a pagar un sueldo básico, a conceder el sábado inglés, a abonarle aguinaldo a fin de año, a darle vacaciones, etc. Entonces el dueño de la peluquería empezó a preocuparse enormemente por la clausura de cualquier diario de Chascomús, y demostrando que su amor a la libertad iba unido a una antes insospechada solidaridad con el proletariado, se encargaba de demostrar cómo esas medidas sociales *en realidad* perjudicaban a la manicura, que "con la carestía ganaría menos que antes", provocándose además la desocupación, llevándose el país a la ruina, etc., etc. Es obvio destacar que si Perón no hubiera establecido el sueldo básico, nuestro peluquero no se hubiera ocupado nunca de la falta de libertad o de la desocupación. Esto nos demuestra cómo la defensa de las libertades democráticas fué en aquel momento *objetivamente reaccionaria*, pues encubría la defensa de una oligarquía que se sentía amenazada y a la que el *antiperonismo de izquierda* hacía el juego al limitarse a la defensa de la *legalidad*.

La oposición al 4 de junio galvanizó sus fuerzas utilizando el antiperonismo de la clase media, el cual le permitió ganar la calle en 1945, sólo después de dos años del golpe de estado. Entonces se pensó en la concertación de una Unión Democrática, de la que venía hablándose desde 1942, pero que en ese momento comenzó a encontrar clima propicio. La Junta de Coordinación Democrática pasó a ser el instrumento de esa *unidad*, y expedía declaraciones a nombre de *radicales, radicales antiperonistas, comunistas, conservadores, socialistas, demócratas progresistas, de la Unión Obrera Local y de F.U.A.* Las reclamaciones debían limitarse a tres puntos básicos: *entrega del gobierno a la Corte, elecciones bajo la ley Sáenz Peña, cesación del*

*estado de sitio*. Se estableció de este modo la utilización de lemas que permitieran la convivencia entre los distintos sectores tradicionales, pero que nada decían a la clase obrera. En manos de Perón se abandonaron así, por un lado, las banderas de reivindicación social, que le permitieron obtener la base obrera popular de su política; mientras por otro lado eran abandonadas las banderas nacionales que iban a darle, con el apoyo de importantes sectores del ejército, la base militar que necesitaba. Perón tuvo la suficiente habilidad política para moverse entre estos dos círculos de intereses, a veces antagónicos, mientras sus adversarios no supieron sino seguir dirigiéndose a la clase media. Llegado el momento, Perón utilizó a los grupos "*nacionalistas*" del ejército —sin una *trenza* militar previa, el 17 de octubre no hubiera sido posible— y a las masas obreras que, a través de la C.G.T., declararon la huelga general revolucionaria para obtener su libertad. Una vez presidente, su política iba a consistir en frenar a la C.G.T. con los militares, y a los militares con la C.G.T.

Perón se había ido introduciendo hábilmente en el gobierno del 4 de junio porque sabía que, careciendo de fuerzas políticas que lo respaldaran, fuera del gobierno no sería nada. Demostrando tener un agudo sentido político, percibió de inmediato qué camino había que seguir para atraerse a las masas. Independientemente del equipo clerical-derechista —que había hecho el golpe—, se había preocupado desde el comienzo de dar un sentido social a su gestión. De aquel equipo declaró, una vez en el poder: "*Yo no estaba de acuerdo con el noventa y cinco por ciento de sus decisiones. Pero era necesario luchar desde adentro.*" Uno de los aspectos de esa *lucha desde adentro* consistió en la promulgación del *Estatuto del Peón*, por el que se obligaba a dar a los obreros del agro salario mínimo, vacaciones anuales y aumentos de sueldo que beneficiaron a 300.000 peones por un total de 80.000.000 de pesos en el primer año solamente. Entonces, los grupos oligárquicos *de adentro* y *de afuera* del gobierno decidieron acabar con Perón. Por supuesto, estaban en esto también sectores democráticos, y aún progresistas pero al actuar aliados con la oligarquía, el pueblo no pudo distinguir a unos de otros. El primer paso lo dió el general Avalos, jefe de Campo de Mayo, que el 7 de octubre de 1945 inició el movimiento exigiendo la inmediata remoción de Perón; éste dimite el día 9. Al conocerse la noticia, manifestantes recorren las calles jubilosamente con banderas argentinas y retratos de Mitre, Sáenz Peña, Lisando de la Torre y otros, mientras por otro lado aumenta la efervescencia obrera; al día siguiente Perón debe hablar desde Radio del Estado para tranquilizar a los trabajadores, y el 11 el ministro del Interior anuncia el llamado a elecciones para tranquilizar a los liberales; finalmente, el 12 de octubre renuncia todo el gabinete. Un numeroso grupo de las fuerzas armadas había fijado hora hasta las diez de la mañana para que se diera una respuesta concreta a los puntos cuyo cumplimiento consideraba indispensable para hacer desaparecer todo vestigio de peronismo. Una delegación encabezada por el contraalmirante Vernengo Lima pide la detención y procesamiento de Perón. Al enterarse que la Junta Coordinadora se hallaba en el Círculo Militar, los opositores se reúnen frente a éste, en la Plaza San Martín, reclamando que el poder pasara a la Corte. Vernengo Lima habla desde allí afirmando que las fuerzas armadas devolverán al país el libre juego de sus instituciones democráticas. Se forma nuevo gabinete, Perón es conducido a Martín García: *todo hace suponer que el peronismo había sido liquidado.*

Muchos democráticos respiraron entonces. Es extraño, porque el *aparato dictatorial* seguía en pie y Farrel seguía siendo presidente: solamente había sido desplazado Perón y el pequeño sector que le respondía... Las consecuencias

concretas —el sentido del golpe— quedaron claras desde el primer día. Los obreros comenzaron por no cobrar el jornal correspondiente al 12 de octubre, que no se trabajó. "La Nación" batía palmas en sus editoriales: *se puso fin al trastorno causado por un secretario de Trabajo, bajo cuya secretaría se dispuso "el aumento de sueldos y salarios, y se crearon cajas de jubilaciones con aportes obligatorios para las empresas con una desconsideración tan grande para los representantes de las fuerzas vivas, que juntamente con aquellas cargas pretendía prohibirse la elevación de los precios de los productos..."* "Campana marcada con el sello de la demagogia".<sup>3</sup> El 13 de octubre, al asumir el nuevo secretario de Trabajo y Previsión, Fentanes, prácticamente anuncia la plena restauración oligárquica: "El Estado no debe substituirse a las fuerzas vivas en la dirección de la economía general. Tampoco está a imponer las normas de trabajo que las propias partes interesadas no han analizado y cuya discusión entre éstas no ha sido agotada." Del 12 al 16 de octubre miles de obreros quedaron cesantes. La revancha que los patronos habían estado esperando se cumplía.

Ante el evidente proceso de liquidación de las conquistas sociales que se iniciaba, los obreros comenzaron a reclamar la vuelta de Perón. El 16 de octubre la Confederación General del Trabajo declaró la huelga general. Esto dió oportunidad a los grupos del ejército que respondían a Perón para dar el *contragolpe* dentro del gobierno, y las muchedumbres proletarias que inundan las calles el 17 no encontraron obstáculos en su marcha. Por su sola presencia, por la formidable presión de su sola presencia, los obreros hicieron que la revolución del 4 de junio cambiara de sentido.

Las masas que hicieron el 17 de octubre abrieron una nueva etapa política. La masa trabajadora pasó a ser una fuerza de la que ya no se podrá prescindir. El 17 de octubre de 1945 señala la ruptura definitiva con el pasado, no sólo porque terminó con la influencia que las viejas soluciones políticas seguían teniendo en el pueblo, sino porque terminó también con el 4 de junio, declara agotado el breve experimento clerical-falangista, del que sólo aparentemente fué su culminación, constituyendo en realidad su *contradición*. Las masas obreras en la calle destruyeron lo que algunos sociólogos llaman *jerarquía de los modelos y de los símbolos*, no porque dejaran de apelar a ellos, sino porque anularon lo que efectivamente eran al modificar sus significaciones, al inventarlos nuevamente en función de combinaciones inéditas.

El 17 de octubre marcó el fin del anodino nacionalismo castrense, y lanzó consignas antiimperialistas que fueron recogidas por primera vez por la clase obrera. Ésta intuyó el papel que juega el imperialismo cuando vió al embajador extranjero sentado en la misma mesa con los políticos que intentaban cerrar el paso a su líder. El imperialismo se tornó concreto, y la disyuntiva real, ineludible: *¡Braden o Perón!*<sup>4</sup> El 17 de octubre quedó cerrado el ciclo de las ideologías importadas, sean *liberales, izquierdistas o nacionalistas*, y desde ahí comenzaron a plantearse los grandes problemas nacionales y populares. Una nueva bandera fué enarbolada por una clase trabajadora que por un momento dió su impulso a la historia. Pero la clase obrera, que aún estaba incapacitada para una lucha de largo alcance, no atinó sino a colocar esa bandera bajo el cuidado exclusivo de un caudillo cuyo nombre es voceado fanáticamente ya el 17 de octubre. Ya sabemos qué pasó con esas banderas.

Inmediatamente después del 17 de octubre, el país entró en el período preeleccionario. Por un lado estaban todos

los partidos políticos, integrando la *Unión Democrática*; por otro, un conglomerado *populista*, de indudable atracción obrera, pero que contaba con el apoyo de algunos teóricos de la reacción y de algunos clericales: *Amadeo, Goyeneche, etc.* Los liberales no repararon que el tono de ese conglomerado no estaba marcado por la pequeña minoría "fascista", sino por hombres de sindicato, de origen socialista —como Borlenghi— o comunista —como Hernández—, a quienes les resultaba muy gracioso verse acusados de "nazi-clericales". Una de las contradicciones del peronismo consistió siempre en que quienes quisieron darle una base cultural estaban completamente alejados del hecho *peronista*; mientras aquéllos eran adoradores de las formas establecidas de una vez para siempre —corporativistas, hispanistas, antisemitas, admiradores de la edad media, etc.—, éste consistía en una dinámica iconoclasta, y encontraba su plenitud en la iconoclastia. Por eso los teóricos del peronismo no pudieron entender nunca la campaña anticlerical y se pusieron a buscar complots masonicos, tan ajenos estaban de lo que el peronismo era en realidad. La manía de agrupar a todos sus adversarios y calificarlos de nazis es una de las características actuales del liberalismo. Esto en sí es tan cómico como la manía de los católicos de derecha de acusar de comunistas a cuantos no sean católicos de derecha.<sup>5</sup> Pero esta vez, esa manía les resultó fatal a los liberales, que perdieron la oportunidad de interpretar a la clase obrera en el preciso momento en que ésta irrumpía en el panorama nacional. Así, mientras Perón hablaba de la indemnización por despido o de las vacaciones pagas, la Unión Democrática ponía todo su empeño en desarticular las teorías corporativistas de algunos peronistas, teorías completamente ajenas a la masa peronista. (Ésta gritaba: "Ni nazis, ni fascistas; pe-ro-n-is-tas.")

Yo sé, por supuesto, que el programa de la Unión Democrática era *técnicamente* progresista. Veamos: *libertades democráticas, reforma agraria, nacionalización de las empresas de servicios públicos y de las fuentes de energía, mejoramiento del nivel de vida de los obreros y campesinos, voto femenino, etc.* Pero, al mismo tiempo que elegía ese programa, la Unión Democrática elegía *determinado* público para sus campañas, y, entre otras cosas, los programas cobran sentido en relación con su público. El público es así *referencia fundamental* del programa. La Unión Democrática no hablaba a quienes podían estar interesados en su programa, sino a quienes estaban interesados en que ese programa no se cumpliera. Además, como el acento de todos los enunciados de la coalición liberal recaían siempre en el *retorno a la legalidad*, la clase obrera no necesitó más para ver en la plataforma opositora un nuevo antifaz de la oligarquía. La culpa, por supuesto, fué de la Unión Democrática y no de la clase obrera, que votó a Perón creyendo que éste realizaría un gobierno popular y progresista. El tono de izquierda de la oposición era siempre demasiado elegante para asustar. Una izquierda teórica que utilizaba ante el pueblo el lenguaje de la universidad para exponerle programas de largo alcance convierte esos programas en utopías, y al no entusiasmar al pueblo, no asusta a los patronos. Al obrero no le interesaba demasiado que los socialistas y comunistas propugnaran la colectivización de los medios de producción y cambio. Esas teorías suelen servir para entusiasmar a los sectores *cultos y avanzados* de nuestra sabihonda clase media. Al obrero le interesaban las medidas concretas y directas que enunciaba Perón, y que, bien o mal, había comenzado a impulsar como secretario de Trabajo. Por eso, dígame lo que se quiera, el lenguaje con que los socialistas —y todo el resto de

la izquierda democrática: intransigentes, demócratas progresistas, etc.— enfrentaron a Perón sonaba a conservador. El peronismo, pese a su innegable fondo y finalidad reaccionarios, fué un partido sin saco y sin corbata, que habló el lenguaje que el pueblo entendía y que si asustó a los patronos. Es significativo que durante la campaña electoral de 1945, cuando los candidatos de la Unión Democrática recorrieron en gira el interior, los estancieros reunieron gustosos a sus peonadas para que escucharan la palabra de quienes le prometían la reforma agraria, pero se escandalizaban de los reaccionarios que se limitaban a hablar del *Estatuto del Peón*. Y hasta ahora el barrio Norte sigue aplaudiendo a rabiar a ciertos *izquierdistas* y temiendo a ciertos *reaccionarios*. Es que no es un fenómeno nuevo atacar a las revoluciones concretas en nombre de una izquierda abstracta: casualmente, éste es uno de los más deliciosos y útiles juegos de la burguesía y de sus cómplices objetivos, como el Partido Comunista de Bolivia, por ejemplo. No digo aquí, por supuesto, que el peronismo haya sido una revolución concreta, sino que gran parte de la oligarquía temió que lo fuera, y que, a ese sector de la oligarquía, no le molestaba en absoluto cualquier tipo de izquierdismo que se empleara contra esa revolución. Santamarina llevó a un gran acto comunista en el Luna Park la *solidaridad democrática* del conservadorismo. Se comprende, eran *aliados en la lucha común por la libertad y la justicia*. Es que lo que el señor Santamarina temía no era el cumplimiento del programa comunista, porque ese programa no tenía ninguna posibilidad de ser llevado a la práctica, sino, precisamente, los aumentos de sueldo que prometía Perón. ¿Cómo no iban a identificar entonces los obreros a comunistas, socialistas y radicales de izquierda con los oligarcas, si todos éstos podían marchar juntos del brazo, de un brazo que no iban a dar nunca a los peronistas?

Una vez en el poder, Perón quiso pactar a toda costa con la burguesía. Le explicó a ésta: "No podíamos exigir a nuestra población un mayor sacrificio sin proporcionarles un mayor bienestar, porque nuestras masas obreras estaban alimentadas por la doctrina marxista y conducidas por dirigentes con inspiraciones netamente marxistas. Si lo hubiéramos hecho, habríamos precipitado una revolución social".<sup>6</sup> Pero la burguesía —en cuya estupidez, como dijo Lenin, se puede confiar incondicionalmente— no lo comprendió, como no lo había comprendido en 1944, cuando, hablando en la Bolsa de Comercio, le explicó que algunas mejoras sociales eran indispensables para mantener la estructura capitalista.<sup>7</sup> Perón tuvo que seguir luchando contra la oligarquía a pesar de él, pero, imposibilitado para destruirla, redujo la lucha a una lucha de palabras mientras trataba de conquistarse a sus sectores industrialistas para desarrollar la industria nacional. Sean cuales fueren las intenciones subjetivas de Perón, lo cierto es que, cercado por los intereses imperialistas, el proceso de industrialización que afirmaba querer realizar tampoco se cumplió. Hay estadísticas que demuestran cómo, a partir de 1944, la Argentina pasó a ser el país latinoamericano que más lentamente se industrializaba. Por otra parte, Perón no se preocupó de establecer racionalmente las bases para un posterior desarrollo industrialista. Para eso hubiera debido comenzarse por la creación de la base energética que iba a ser necesaria, y pocos casos podrán darse de desidia más grande en este sentido, hasta que concluyó intentando entregar prácticamente la soberanía nacional en

<sup>6</sup> Discurso pronunciado en la Universidad de La Plata el 31/7/47.

<sup>7</sup> El 25 de agosto de 1944 dijo, entre otras cosas, en la Bolsa de Comercio: "...la defensa de los intereses de los hombres de negocios, de los industriales, de los comerciantes, es la defensa misma del Estado".

<sup>5</sup> Uno de los tantos ejemplos *picantes* que pueden darse: recientemente, el periódico *Presencia*, dirigido por el padre Menvielle, acusó de ser *camarada de ruta* ¡a... Ordóñez!

<sup>3</sup> "La Nación". Editorial del 15/10/45.

<sup>4</sup> Nótese que la otra disyuntiva fué totalmente abstracta y artificial: *Tamborini o Hitler*.

manos de los consorcios imperialistas por medio del contrato petrolero. Las consignas del 17 de octubre comenzaron a liquidarse aceleradamente desde que Perón asumió el gobierno, al pasó que fueron destacándose cada vez más los aspectos negativos del régimen. Al principio quizá Perón utilizara la represión también para contener a los sectores oligárquicos; al final utilizó la más violenta represión para ahogar las voces de quienes querían que el petróleo siguiera siendo argentino. Entonces el levanta miento contra un gobierno que utilizaba la ilusión des-pertada en gran parte del pueblo para perpetuarse en el poder —mientras seguía, cada día más, el camino de la represión, la reacción y la entrega— se hizo, ciertamente, ineludible. El peronismo no podía dar ya nada de positivo, y cuando la historia encuentra cerrados todos los caminos, no le queda sino intentar abrirlos a cañonazos.

El 16 de septiembre de 1955 se cerró el ciclo histórico del peronismo, y el 13 de noviembre el liberalismo se consolidó en el poder, desplazando a los sectores reaccionarios que habían acompañado la fugaz presidencia de Lonardi. El vicepresidente Rojas pasó a convertirse en vocero e intérprete del liberalismo al rendir, ante la Junta Consultiva, homenaje a los políticos, pero, interesado en consolidar el régimen liberal, planteó, al mismo tiempo, la necesidad de armonizar las libertades políticas con las necesidades sociales como única forma de hacer cobrar sentido a la democracia. Hoy los partidos políticos, alentados desde el gobierno y en el pleno goce de sus libertades, tienen lo que puede ser su última oportunidad. Deben decidirse a abrir los ojos y ver nuestros problemas. Deben comprender que algo —que mucho— ha pasado en estos doce años. Deben abandonar su retórica cansada y su propaganda monótona. Deben cambiar sus cuadros dirigentes. Deben preocuparse por saber qué piensa el hombre de la calle, qué opinan las nuevas generaciones. Sólo así sus *mesas redondas* serán discusiones fructíferas. Pero si sólo se dedican a elegantes torneos oratorios —al gusto de nuestros abuelos—, nada podrán reprochar al obrero que sigue esperando al prófugo, y nada podrán reprocharle mañana si vuelve a tomar el camino del déspota paternal que habla un lenguaje que él entienda y que se preocupe de problemas que a él le preocupan.

Las revoluciones pueden encontrar la justificación de su acto revolucionario en el mal que las precedió. Pero, inexorablemente, esa justificación conserva su validez si los hechos de cada revolución son válidos en sí: *las revoluciones son lo que los revolucionarios hacen de ellas*. Las insurrecciones de tipo democrático tienen un primer sentido: antes de pensar en la manera de hacer ciertas cosas, es necesario abrir las posibilidades de hacerlas. Hasta aquí podemos ir del brazo con el liberalismo clásico. Pero el solo liberalismo, el solo reclamo de libertad, pierde su vigencia una vez que la insurrección ha triunfado. Desde ese momento, es cierto, comienza la tarea de defender la libertad, pero de defenderla impregnándola de sentido. La polémica abierta no es un fin en sí, conquistar el derecho a la polémica abierta es conquistar el derecho a utilizar algo cuyo valor, por más sagrado que sea para nuestros políticos románticos, no es sino instrumental.

Las jornadas de septiembre tuvieron ese sentido inicial que es común a todas las insurrecciones democráticas. Pero hoy la revolución debe ensanchar su cauce, incorporando a sí la presencia dinámica del pueblo. El camino de la reestructuración democrática que se ha emprendido necesita, para su realización, de las grandes mayorías populares, en cuyo seno tiene su ámbito natural la libertad. Esta revolución, a pesar de sus vacilaciones y contradicciones, debe ser apoyada para que sus posibilidades íntimas de re-creación democráticas no se vean agotadas: jugar hoy a la incontaminación política significaría entregar-

la íntegramente en brazos de la reacción, que comenzaría copando el gobierno provisional, para más tarde, con todas las artimañas clásicas, adueñarse *legalmente* del poder, o instaurando directamente una abierta dictadura de clase. Ya se dijo que es necesario aceptar muchas cosas si se quieren cambiar algunas. Pero el regreso a la libertad sólo puede ser un punto de partida para ser aprovechado: la libertad conquistada no puede volverse contra el proletariado ni contra los ideales de emancipación nacional. La libertad no sirve para cerrar caminos, sino para abrirlos. Tal es el sentido de la verdadera libertad revolucionaria. Abriendo caminos para las reivindicaciones populares dentro de la soberanía nacional serán superados los recelos de unos y de otros. Y así podrá conseguirse la verdadera *unión nacional* —*unión nacional* que hoy vuelve a ser el tema de los reaccionarios—, una *unión nacional* en la polémica y en la construcción, una *unión nacional* que haga sentir como dueños de un destino común a gobierno, a industriales interesados en desarrollar una industria propia, a obreros, campesinos, intelectuales, a hombres de nuestras fuerzas armadas. Veríamos entonces una *unión nacional* que no es unión de dirigentes, sino *solidaridad nacional*. Sin excluir las luchas de intereses, sólo esta solidaridad nacional puede llevar, a través del diálogo, a una Argentina poderosa y soberana. Estoy entre quienes aspiran a la abolición del *capitalismo*. Pero *hoy y aquí, en nuestro país* —y en toda Latinoamérica— —el camino de la *revolución social* pasa por la *revolución nacional*. Por eso, *hoy y aquí, quizá* antes mismo que ser *revolucionarios*, es necesario trabajar para que nuestro pueblo conquiste el derecho a ser mañana revolucionario. La obra de *liberación nacional*, nuestra *revolución* impostergable, debe partir

## Peronismo y Neutralidad

SI, ciertamente, no es lo mismo vivir un proceso que hablar a propósito de él desde una zona de neutralidad. Y el proceso del peronismo, según podemos inferir del material que nos ofrece el libro, la prensa y la simple conversación callejera, muestra ya seguras zonas neutrales desde las que resulta posible la opinión, el análisis y el dictamen. Muchos de los que ahora hablan sobre el peronismo piensan en pasado y hasta revisan documentos de la época para expedirse sobre el significado cabal de dicho proceso: lo han congelado en una supuesta objetividad histórica, y sólo a partir de este hecho previo, todos se expresan en los términos que conviene a los intereses y a los hábitos del sector que representan.

Los intelectuales de cuño liberal, en su gran mayoría, aun aquellos que antaño quitaban el sueño a los buenos burgueses, fueron los más apresurados en el dictamen. Tras de gritar libertad con lágrimas en los ojos, situaron su zona de neutralidad a siglos del proceso en cuestión; hablaron de él como de la revuelta de los campesinos en la Alemania del siglo XVI, como de un asunto definitivamente liquidado, y se dedicaron sin más a hacer uso de la ansiada libertad de expresión diciendo y escribiendo las mismas cosas que cuando ésta faltaba. Para muchos de ellos el peronismo no fué más que un mal sueño, una edición sorpresiva del nazismo en una tierra de tradiciones hondamente democráticas, una equivocación de la historia. Los políticos que corresponden al sector social representado por tales intelectuales opinan lo que éstos, pero sienten el privilegio de haber profetizado el mal sueño y de haber sufrido más estrechamente sus consecuencias. Cuando hablan o escriben no dicen, como los intelectuales, lo mismo

de la creación de ese sentimiento solidario del que quedarían excluidos solamente quienes responden a los grandes intereses, a lo que se llama el *Gran Dinero Internacional*. Entonces descubriríamos que *peronistas y antiperonistas* tienen muchas cosas que los unen, que la soberanía y la justicia social pueden realizarse en la democracia. A esto no puede llegarse sin una *asimilación* de la experiencia peronista por parte de la democracia. Porque nadie quiere hoy que sea *borrado* aquello que el peronismo hizo definitivamente. Los hombres que ahora conducen al país no pueden olvidarse de esto, porque ya mostraron que lo sabían desde la proclama inicial de Córdoba, donde hablaron de la "*consolidación de una justicia social que ya nadie puede discutir*", lo que significa reconocer que el peronismo es un *hecho irreversible*. No en vano pasaron diez años. La clase media, que constituye el respaldo de los partidos liberales, está impregnada hoy de un antiimperialismo que, antes de Perón, era casi *tema académico*. Y el 23 de septiembre en Plaza de Mayo invitó a los hombres de la revolución a recoger banderas que Perón había abandonado: *¡Y.P.F., sí; California, no!* Si éstos eligieran el camino del regreso al preperonismo, los mismos que los aplauden les darían la espalda, una vez más se vería como única solución tomar las armas para proseguir la historia, y los muertos de septiembre resultarían terriblemente inútiles. Pero si la revolución se decide firmemente por el rumbo popular —quiere decir *democrático*—, si toma en cuenta a las masas del 17 de octubre, se dirá que la revolución terminó con lo que sólo era una farsa, y para todos nosotros será, definitivamente, *nuestra revolución liberadora*.

RODOLFO MARIO PANDOLFI

que dijeron en los últimos diez años, sino que repiten lo que decían antes de 1946.

Los comunistas y los comunizantes simulan apenas su nostalgia y su pequeño agradecimiento por el pasado peronista. Puesto que el peronismo puso al descubierto la olla podrida de la burguesía, usando y tergiversando sus sagradas instituciones, mostrando su debilidad, su inoperancia y su curiosa condición de instrumentos reversibles; puesto que dió conciencia de clase al proletariado al tiempo que arruinó a vastos sectores de la clase media, polarizó la tensión social en ambos extremos y aceleró así el advenimiento de la gran revolución de oprimidos contra opresores, el peronismo resultó un eficaz instrumento de la fatalidad para el progresismo comunista.

Los católicos no esfuerzan demasiado la memoria para formular un juicio sobre el peronismo; más allá de 1954 les cuesta descubrir los elementos nocivos de un proceso que inesperadamente adquirió un ritmo y un sentido diabólicos. Constreñidos a un lapso tan breve, el juicio se limita a una violenta condena del reinado del Mal, y usan la condena de trampolín para un agresivo rechazo de las conquistas adquiridas en el tiempo sin memoria.

Estos tres sectores de opinión son los únicos que corresponden a agrupaciones coherentes, con intereses y hábitos determinados, y sus miembros y sus voceros oficiosos los únicos fuera de la natural legión de indiferentes, que asientan pie en la zona de neutralidad declarada; por su número, su posición, su prestigio y las oportunidades y medios de que gozan, representan los puntos de vista que el gran público recibe como impactos a su habitual desorientación.

Entre los que no han elegido zona alguna de neutralidad

deben contarse, en primer término, los peronistas, puesto que para ellos el proceso sigue en plena vigencia, y alguno que otro político o intelectual aislado y tal cual agrupación minoritaria. Los primeros no dictaminan sobre el peronismo, una, por evidentes razones de oportunidad, y otra por el más elemental empirismo: a quien se le desmorona la casa se le ocurre antes apuntalarla que definirla, y apuntalar una ruina ideológica o simplemente sentimental es una empresa que excluye cualquier intento de teorización. En cuanto a las voces aisladas que difieren de la de los grupos organizados, su mismo dislocamiento y carácter inusitado le restan representatividad.

Así las cosas, a medida que pase el tiempo y se acumulen los materiales escritos y el público se deje seducir más y más que uno u otro de los grupos que se arrojan ahora el deber de opinar, el peronismo se irá cubriendo de una capa ósea que lo separará de toda mirada indiscreta, de todo recuerdo renovador, de toda pregunta inquietante. Equivocación de la historia, instrumento telógico del Mal o estimulante de la próxima gran revolución de los oprimidos, el peronismo será —si ya no lo es para muchos— un reo cuya condena sin remedio resolvieron jueces ancestrales.

No es propósito nuestro cuestionar la novedad ni la legitimidad de un estado de cosas semejante: más o menos así ocurrió siempre y en todas partes en que se experimentó un proceso colectivo de importancia; lo que nos proponemos ahora es trazar un distingo que permita por lo menos reconocer dos acepciones diversas del término *peronismo* y discutir las posibilidades de neutralidad que caben frente a una y a otra.

Hasta este momento nos referíamos al peronismo como un fenómeno histórico signado por una cronología precisa; todos estamos de acuerdo en los hechos, aunque no lo estemos en la manera de contar los hechos que se sucedieron desde octubre de 1945 hasta septiembre de 1955; todos convenimos en que existieron razones políticas, sociales y económicas que volvieron posible la aparición del peronismo, por más que nos cueste convenir en el exacto peso y dimensión de cada una de estas razones; todos aceptamos como una evidencia que el peronismo significó una revuelta que tomó por común denominador a los hombres, instituciones y actividades que integraban la nación entera, sin que el aceptar esa evidencia iguale los juicios que mereció esa revuelta total; frente a esta acepción del peronismo cabe la neutralidad, o al menos cierto tipo de neutralidad, cierto distanciamiento que la clausura aparente del fenómeno histórico permite.

Pero también existe otra acepción de la palabra peronismo, una acepción que también logró el acuerdo unánime para designar un contenido especial, ajeno o no necesariamente unido a los hombres y a las gestiones gubernativas, cargada de un sentido proteico que servía para designar hechos muy diversos entre sí. Un cierto tipo de agresividad, por ejemplo, era designada y comprendida con la etiqueta de este nombre; la irresponsabilidad absoluta en el manejo de la palabra también; el deseo, expresado hasta el histerismo, de suprimir al disconforme con el régimen establecido; el peculado escandaloso; el halago por la prebenda, el regalo, la obsecuencia y la oficialización del menor esfuerzo; el gusto por los grandes actos teatrales y la seducción subsidiaria de la mera cantidad de espectadores; la ausencia de toda noción valorativa, o mejor dicho, la subversión de toda norma valorativa, por la que un hecho monstruoso podía ser observado con un encogimiento de hombros y un hecho insignificante provocar reacciones patéticas.

Llegó un momento en que todos (incluso los gestores activos, los que se declaraban y sentían peronistas) con-

vinieron en asignar a la palabra peronismo tales contenidos. Entonces muchos vieron una novedad absoluta en el neologismo; la palabra nueva no parecía más que encubrir y descubrir un hecho nuevo, un hecho con una precisa fecha de nacimiento y con los alcances pre-delimitados por la duración de su novedad. La clausura cronológica del proceso que, en apariencia, había servido de humus a la creación del vocablo, clausuraba también, en apariencia, las posibilidades de aplicación de éste.

Sin embargo, experiencias posteriores a la revolución de septiembre, recuerdos más o menos borrosos de los años anteriores a 1945, datos consignados en las simples crónicas periodísticas de tiempos lejanos, comprueban irrefutablemente que los contenidos que asignamos en un momento a la palabra peronismo exceden con largueza las limitaciones que también le asignamos.

El 14 de mayo de 1910, cuando se vivía ya la euforia del Centenario, un grupo de elegantes y de jóvenes universitarios llegó en manifestación al primitivo edificio del diario "La Vanguardia". Al grito de: "¡Viva la patria!" levantaron la cortina metálica, entraron y destruyeron estantes, retratos y escritorios, y destruyeron en el taller de máquinas las piezas de las linotipos; mientras, un escuadrón de la policía que se hallaba en la puerta era aclamado por los manifestantes. "Consumada la tarea en los talleres y oficinas, alguien dió orden de incendiar las ruinas, pero felizmente no se cumplió tan siniestro designio. Entonces, como digna despedida del campo de batalla, se entonó el himno argentino y se vivió a la policía. —¡A Méjico 2070—, fué la señal de partida. Y la columna, encabezada por lujosos automóviles, se puso en marcha hacia el Centro Socialista de la 10ª sección". ("La Vanguardia", 1º de octubre de 1910). En abril de 1953 un cordón policial y dos autobombas con sus respectivas dotaciones vigilaban la tarea de un reducido grupo de incendiarios traídos en camiones hasta la nueva sede del diario "La Vanguardia". Olvídense las ropas, los vehículos y algún pequeño detalle de ejecución; piénsese en el público que presenció esos hechos, en la reacción de un millón y de tres millones de ciudadanos, y el corolario del cotejo resaltará por sí solo.

Entre las empanadas, la taba y el vino que dieron color a las campañas preelectorales de antaño y la sidra y el pan dulce envueltos en una etiqueta decorada con la misma imagen que aparecía en la boleta electoral, el distingo es apenas de un punto más para el que estaba mejor organizado; entre los que aprovechaban la gratuidad del transporte para viajar en los días de las grandes conmemoraciones del régimen y los que se abalanzaron a conseguir plaza en los barcos que llevaban el saludo y el agradecimiento del pueblo argentino al uruguayo no existe menor confusión de fines y de medios; entre los que reclamaban la supresión violenta de la oligarquía y de los opositores políticos y los que pedían metralla para los obreros de Avellaneda que no se resignaban a la derrota, se extiende un hilo de agresividad afín; el ruidoso negociado de las órdenes de automóviles, con todos los cómplices activos y pasivos que lo hicieron posible hasta el punto de constituirlo en un tipo de transacción normal, ¿es más grave que el negociado de las tierras públicas que siguió a la llamada conquista del desierto? ¿Son más culpables sus cómplices que los cómplices autores de la vergonzosa historia de las licitaciones públicas, historia asentada en los orígenes de nuestras más ingentes y honorables fortunas? Hechos monstruosos como el fusilamiento en Santa Cruz y el hallazgo de varios cadáveres de obreros en los vaciaderos de basuras de Buenos Aires encontraron en épocas distintas eco dolorido en reducidísimos círculos de opinión. La muerte de Eva Perón, que para un sector del pueblo dió

motivo a una auténtica expresión de dolor, para otro sector fué chispa de una curiosidad teatral degradante: unos lloraban de verdad, otros hacían como que lloraban, y otros iban a ver a los que lloraban de verdad y a los que hacían como que lloraban; aguardaron su turno y ganaron lugar para estudiar de cerca el gesto del Gran Comediógrafo que presidía el escenario: se contaban a sí mismos y redondearon un número que dió pábulo a la despiadada burla del universo. ¿Puede alguien jurar por la novedad que significaron los discursos irresponsables de los gobernantes peronistas? No, ciertamente, pues por estar el pueblo acostumbrado al opio que le administraron gobernantes de todas las épocas con sus discursos dichos como verdad pero sobreentendidos como mentira, es que los discursos del peronismo no llevaron al exterminio total de la familia argentina, a la guerra civil.

Paralelismos de esta clase pueden ser espigados a docenas de la experiencia, la memoria o el conocimiento de cada uno de nosotros; todos nos comprobaban, con mayor o menor eficacia, que el caldo contenido en el molde de la palabra peronismo debe ser también perentoriamente distribuido en otros estancos; si preguntamos cuántos y cuáles responderemos que en muchos estancos de nuestra vida colectiva y de nuestro ser histórico, y si preguntamos entonces por qué hasta ahora no se había acuñado una palabra que solidificara contenidos tan viejos, contestaremos que por una simple cuestión de concentración y de intensidad.

Nos encontramos al fin con una palabra fecundada con tantas simientes, que amenaza reventar de gravedad; no es sólo lo que parecía ser: es más; no tiene la edad que le asigna su partida de nacimiento: es más antigua; no ha muerto: se ha fraguado su carta de defunción; no representa sólo la historia de un partido político ni la de un movimiento social: es un corte salvaje en el organismo del país, un corte despiadado que pone al descubierto sus vísceras.

Porque lo que ahora llamamos cómodamente peronismo no es más que el viejo elemento residual de nuestro ser colectivo; ese elemento no incorporado al torrente circulatorio del país por graves deficiencias de asimilación, y aumentando de generación en generación y de individuo en individuo. Toda verdad no vivida hasta sus últimas consecuencias se convierte en elemento residual de un pueblo, como también toda postergación del mínimo acto de justicia, y el hábito impunidad del fraude y la costumbre de la facilidad y del menor esfuerzo.

Por motivos intrincados que sólo nebulosamente pueden desmadejar la Historia y la Sociología, desde un principio se asentó en nuestro país el hábito de ocultación de la verdad y la tolerancia criminal para la injusticia. Premonitoriamente, los conquistadores impusieron y aceptaron un nombre falso para designar una nueva realidad: *Argentina*, país de la plata, a un país donde la plata no existía, y el sueño del conquistador empobrecido, nunca denunciado, se transfirió al mito de la cornucopia, mito de grandeza del que los próceres sacaron apoyatura para sus estatuas, los pícaros justificación al latrocinio, y los desposeídos oportuno consuelo. ¿Qué factores intervinieron para que el problema del indio se transformara en una iniquidad colectiva, a diferencia de lo que ocurrió en otros pueblos hermanados por la raza, la cultura y los intereses? La explotación del indio por violencia o por engaño no encontró ninguna voz que, aduciendo los principios elementales de humanidad, pronunciara su denuncia, y el silencio de todos, incluso de los mejores, parece coonestar desde entonces el imperio de la injusticia; la voz aislada de Hernández no podía detener el exterminio del gaucho, y las voces aisladas de un puñado de justos no podían impedir ni los

fusilamientos de Santa Cruz, ni la explotación ancestral de los braceros de la zafra, ni la esclavitud en los quebrachales del Chaco, ni el hambre de los maestros santiagueños, ni la miseria de las barriadas obreras, ni la obscuridad en que apagan sus vidas los hombres de bien. Martínez Estrada lo ha dicho con dureza: "...nuestra literatura, y en general, toda la obra del pensamiento social y político, carece, entre nosotros, desde los tiempos de Moreno, y dejando a un lado los *impromptus* viriles de Echeverría, Alberdi y Sarmiento, de un contenido valiente en defensa de la justicia. Acaso no haya país alguno sobre la tierra con tal carácter de moderación y de tolerancia para la iniquidad y la infamia".

Búsqese donde se quiera explicación para nuestro gusto por la facilidad con tal de que convengamos en que la facilidad es estado de naturaleza desde nuestros abuelos, y que desde ellos en adelante el *no meterse*, el *no importarle a uno*, han sido fórmulas habilitadas como estómagos para digerir las más gruesas e ignominiosas evidencias.

Desde lejos, y por diversos conductos, viene acumulándose en todos los intersticios del ser colectivo un enorme elemento residual; en los años que siguieron a la revolución del 30 provocaron una parálisis casi completa de sus órganos, y al abotagamiento de la década infame debía previsiblemente seguir su incontenible desborde. Muchos, con buena o con mala fe, declaran hoy haber sido sorprendidos por esa fuerte liberación de elementos residuales, y los comunistas pretenden confundirla con la quiebra de la burguesía argentina; la ingenuidad de unos y la parcialidad de otros no deben despistarnos de la verdadera trayectoria de ese proceso, para reducirle dimensiones ni para eludir responsabilidades, porque antes y después, y todos de alguna manera, fuimos el peronismo.

Exclúyanse los puros y los justos, y con el resto obtendremos una casi universal complicidad en la gestación de la palabra peronismo; complicidad que niega todo intento de coartada a la neutralidad. ¿Quién puede escapar a los efectos, a las resonancias, a la provocación que reviste este sentido especial de la palabra peronismo? Nos sentimos un poco autores y somos, de hecho, vehículos de un vocablo esencial de nuestro lenguaje cotidiano; no es un *areaísmo*, como algunos apresuradamente decretaron; es un vocablo viviente, sin duda, de los más vivientes que posee hoy nuestro caudal idiomático, y el más duro. Cada argentino que lo pronuncia se impugna a sí mismo en la medida en que al pronunciarlo lo empapa de adherencias personales ramificadas al contorno en el que vivió y en el que vivieron sus padres. Pero no en todos la impugnación asciende al plano de la conciencia para transmutarse en antídoto de sí misma; en muchos la impugnación se desvía por tortuosos caminos de transferencias y vuelve adornada con toga y báculo de juez. Un puñado de hombres que expusieron su vida, su hacienda, su comodidad en una lucha de veinte años contra el rosismo, se multiplicaron, después de Caseros, como el milagro de los panes y los peces, en una inmensa grey de empecinados antirrosistas; gentes que soportaron los excesos de cincuenta años de liberalismo atacaron sus símbolos cuando atacar al liberalismo había recibido sanción oficial, no antes ni después, y cuando fué dada la consigna desde las prestigiosas esferas del poder, se actuó con la suficiente superficialidad como para manosear los símbolos de la peor oligarquía sin tocar en lo más mínimo al sistema que la tornaba posible. Ni siquiera en su destino ha innovado la palabra peronismo; como sucedió en varias etapas de su laboriosa gestación, los cómplices se vuelven acusadores, sin que los acusadores hayan modificado fundamentalmente las causas, los resortes, las condiciones que los convirtieron en cómplices.

Yo puedo decir nacionalismo, o americanismo, o impe-

rialismo, sin que su enunciado solicite, necesariamente, aquí y ahora, mi adhesión o mi repulsa, pero no puedo decir peronismo sin centrar en ese enunciado, como sobre un eje, mi destino de hombre inserto en una comunidad. Otras palabras, en otras épocas y otras circunstancias, tuvieron un poder semejante, una capacidad similar de obligación, hasta que se gastaron y volvieron inocuas; antes de que esto ocurra entre nosotros es probable que la palabra peronismo haya obligado a definirse a la inmensa mayo-

## ¡Paso a los héroes!

SOS una porquería, Kramer.  
—¿Porquería?

—Sí, sí, Kramer. —Apud sintió que lo que iba a decir tenía que sonar a definición, que ese tipo que estaba ahí iluminado a medias por el farol de la calle no podía ser otra cosa. "Porquería", se dijo, para apoyarse en esa palabra, como si recordara una consigna. "Porquería". Iba a resultar algo implacable, que no le permitiera escamotearse. Igual que si hubiera sido su propio nombre: —Una porquería, Kramer —repitió Apud.

—¿No es demasiado, viejo?

—No, Kramer. ¡Qué va a ser demasiado!...

Kramer balanceaba la cabeza: él no se iba a irritar. No, eso no. Apud sabía que Kramer era diestro para esas cosas y se iba a poner blando para que su insulto se le embotara en el cuerpo. Él lo podría zamarrear como a un guante de goma y no caería nada del interior. Kramer estaba vacío, libre, no ofrecía blanco.

—¿Por qué me decís eso?

—No se te ocurre, ¿eh?

Kramer levantó los hombros flojamente.

—No —dijo—. Te aseguro que no, Apud.

—¿No sabías que había huelga?

—¿Qué huelga?

—La que decretamos ayer.

—¿Que decretamos...?

Apud advertía que todo era un juego. Algo pegajoso donde él se metería pero que iba a ganar Kramer.

—Nosotros: los de la federación —explicó.

—¿Y para eso me corriste desde San Martín? —Kramer se estremeció con una risita blanda. Era una pelota que él hacía rebotar entre los labios entreabiertos, gomosos—. ¿Estabas ahí esperando a que saliera?

—No; no te esperaba a vos.

—¿Y a quién, entonces?

—A todos los roños que entraron a clase.

—¿Había muchos?

—Más o menos.

Kramer entornó los ojos como para calcular. Una raya temblorosa le brotaba entre las cejas:

—¿Unos treinta?

—No; más. Muchos más.

—Sí, sí...

—Entonces quiere decir que *tu* huelga no andaba tan bien, viejo.

Kramer ganaba: él era un tipo hábil para discutir. Sabía ablandarse, por eso. Hasta adoptaba un aire de curiosidad, casi de sincero interés, admitió Apud.

"Es un tipo contenido", le habían dicho a Apud. "Ese sabe lo que quiere". Claro. Por eso ganaba.

—Eso es lo que dicen todos, Kramer.

—¿Qué?

—Que también entran otros.

ría de los argentinos, y que el porvenir de las próximas generaciones dependa de esta experiencia colectiva, de esta oscura experiencia que trasciende delimitaciones cronológicas, estancos partidarios o clasistas, y que se amasa, inexorablemente, con puros e impuros, con gestores y cómplices, con tolerantes y criminales, con los que se declaran neutrales y los que ofician de jueces y de observadores científicos.

ADOLFO PRIETO.

—Sí, es cierto, viejo.

—Pero eso es justificar tu mugre con la mugre de los otros.

—Y es la única forma de justificarse, Apud: por los otros.

—Pero aquí no se trata de justificarse...

—¿De qué, entonces?

—No se trata de salir abrazado a tu buena conciencia, Kramer; de conformarte pensando que el pecado entre muchos no es pecado.

—Bueno... bueno... —Kramer balanceaba su cartera con impaciencia—. ¿De qué se trata, si no?

Apud titubeó antes de contestar. Kramer lo miraba sin parpadear, súbitamente cómodo. Y eso que la luz de la calle le daba de frente, iluminándole sus labios de goma. Él los había dejado caer, flojos, como si en cualquier momento pudiera hacer rebotar su risita.

—Vos venís todos los días a clase, ¿no es cierto, Kramer?

—Sí.

—Estabas ayer, ¿no?

—Sí.

—¿Estabas cuando tiraron los volantes?

—Ahá.

—Leíste alguno, ¿no es cierto?

—Ahahá.

—¿Te acordás qué decían?

—Sí; que había desaparecido un tipo.

—¿En la policía?

—Sí, sí.

—Un tipo estudiante, ¿no, Kramer?

—Sí; un tipo estudiante.

—¿Y vos qué sos?

Kramer insinuó una sonrisa.

—Ya me lo dijiste al principio, viejo.

—Sí. Ya sé, ya sé. —Apud presintió que su aire justiciero se desbarataba; entonces hizo un movimiento desdeñoso con el brazo: —Pero además de lo que te dije.

—Aceptemos que soy también un estudiante —dijo Kramer, con tono de condescendencia—. ¿Y con eso?

—Que tenés que ser solidario —balbució Apud.

—¿También con un comunista?

—Sí; también: solidario con un comunista.

—¿Aunque te utilicen y anden diciendo por ahí que sos un tonto útil?

—Sí.

—Pero, ¿aunque después te traicionen?

—Sí, Kramer —repitió Apud con una obstinación renco-rosa—. Solidario, aunque después me traicionen.

Kramer puso la cabeza de costado como si no hubiera oído muy bien:

—Pero... ¿solidario?

De nuevo Apud advirtió que Kramer lo tenía agarrado: lo había llevado a un sitio donde sólo había un hueco, y





La vez siguiente que lo encontró, a Kramer le tocó confeccionar una voz compungida: Apud estaba en la fila de presos que iba entrando al juzgado para declarar. Eran diez o quince hombres apoyados contra la pared de ese pórtico pintado de verde. Tres o cuatro se habían sentado en el suelo, los demás permanecían de pie espantándose las moscas desganadamente. De vez en cuando se abría la puerta de esa habitación, asomaba una cabeza, gritaba un nombre y alguno se adelantaba. "Parecemos ganado", pensaba Apud. Sentía la cabeza pesada. Sus ideas eran espesas, algodonosas. "Ganado". Pero no se conformaba con eso. Detrás de la puerta había algo ambiguo. "Desconocido". Eso. No eran ganado; eran hombres cargados de cachaza, de una cosa fofa, pero que se aguantaban algo urgente, un agudo y lúcido escozor en todas las puntas del cuerpo. Ya habían pasado unos cincuenta tipos esa mañana. Todos ahí amontonados, dos policías que se paseaban o se echaban sobre una balastrada. Alguien que hablaba unas cuantas palabras, otro que preguntaba algo y que nadie le contestaba y esa puerta que se abría sacudiendo apenas esa jalea que se había derretido sobre todos los que estaban allí. Apud sentía que se iban anegando en ese tiempo espeso y tibio; chapoteaban un poco y ya les empezaba a gustar. A resultar confortable. Uno de los policías intentó poner en marcha el ventilador que giró unas vueltas, después gimió con impotencia y se detuvo inexorablemente, y todas las cosas volvieron a asentarse sobre sí mismas. "Listo", reflexionó Apud, pero no quiso sentir compasión por su propia suerte. Hubiera sido como concederse ventaja: empujarse para sentir menos o ser un poco menos responsable. Con un poquito menos se podía pasar. A lo mejor lo largaban. El viento correteaba en unas bocanadas calientes. Era algo intolerable. Y unas pelusas grises mezcladas con algunas hojas secas rechinaban sobre las baldosas. Zannetti estaba a su lado y lo contemplaba con sus ojos adormecidos. De vez en cuando preguntaba: "¿Llamaron?" —y de nuevo dejaba caer los párpados "¿Llamaron?" —uno de los policías se arrancaba escamas de piel de la cara—. "¿Llamaron?" —Se las arrancaba tironeando con mimo, las iba depositando en la otra mano y las contemplaba devotamente—. "¿Llamaron?" —Y así toda la mañana y el mediodía y la mitad de la tarde. Por fin le llegó el turno. —"¡Apud!". —"¡Sí!". "¡Pronto, pronto!". Dentro de esa habitación había sombra y la voz gangosa de Kramer parecía salmodiar una oración interminable. Cuando lo vió, no se detuvo, continuó con su interrogatorio. Era implacablemente preciso. No se salteaba nada. "Éste conoce su faena", calculó Apud. Kramer estaba allí para que cada cosa ocupara su lugar, para explicar los apellidos confusos y los cinco continentes. Era secretario del juzgado y toda su eficacia se iba depositando sobre los hombres de la fila y sobre los empleados. Era un juego de palabras cruzadas: "Apud", cinco letras, horizontal; "argentino", nueve letras, se contaba rápidamente, vertical, y ya estaba. Así una y otra vez. Sin ningún resquicio, sin ningún titubeo. "Estudiante", diez letras, horizontal, así y así. "Capital Federal", tanto; "mil novecientos cincuenta y uno", tanto y tanto; "huelga", sí; "violencia", sí, sí; "sed", "piel", "carne", "Dios", "orden", "vidrios", "olor", "gritos" y "miedo" y "mugre" y "la patria" y "sed, mucha sed" y "el mundo" y "todo y todo". Y Kramer colocaba a cada cosa en su cuadrado según sus letras, sin desconcertarse nunca. Ni cuando le tocó el turno a Apud.

—Te esperaba.

—¿Así?

—Sí —los ojos de Kramer estaban rodeados de unos círculos que lo envejecían.

—¿Te habían informado de la huelga?

—¿Cómo decís? —una sombra de desagrado le estiró la cara.

—Si te habían informado *confidencialmente* de la huelga.

—No hables así —dijo Kramer. Iba a encender un cigarrillo, pero advirtió que no le podría ofrecer a Apud y dejó el atado a su izquierda—. No tenés derecho.

—¿Por?

—Yo no soy nada más que un funcionario...

—Policial —lo interrumpió Apud con tono insultante.

Kramer negó con calma:

—No soy un funcionario policial, mi querido, y me enteraré de que estabas detenido por la huelga al leer esta mañana las listas.

—¿Entonces vas a hacer que me perdonen? —preguntó Apud como si escupiera.

Kramer volvió a negar balanceando la cabeza. Ahí adentro había tiempo para todo: un ventilador giraba con lentitud y allá arriba un Cristo abría sus brazos trágicos.

—No voy a hacer que te perdonen —Kramer se sonreía comprensivamente—. Vos sabés que eso no puede ser. Ni te voy a perdonar, viejo, ni te van a largar.

—Si vos sos el tipo que me tiene que juzgar —Apud rechazó con un ademán la silla que le ofrecía Kramer— Si vos sos el tipo eficaz que se recibió de abogado para ser sólido —continuó Apud—, además de conseguirte una culturita en historia para la hora del té... si vos sos el que no cree en la solidaridad de las buenas gentes... —la voz de Apud había salido ronca al principio, pero se desahacía en un hilo aflautado. Apud presintió que iba a resultar penoso—. Pero si sos el tipo que sabe —continuó, sin embargo—, el tipo diestro, Kramer, el tipo que gana siempre... ¿cómo no vas a poder para que me larguen o me manden a la mierda?

—No te pongas ridículo, viejo —intentó calmarlo Kramer.

—Es que yo soy ridículo.

—Pero no levantes la voz.

—Perdoname, Kramer —Apud intentaba anonadarlo con su ironía—. Es mi tono.

—Controláte, entonces.

—Es que no tengo otro tono.

—Calmate, te digo... yo te entiendo.

—Ya sé, ya sé. Me imagino.

Los dos se quedaron en silencio. Apud sentía que a sus espaldas había gente que cuchicheaba o revolvió papeles. Lo estaría mirando: él era un tipo gritón que perdía el decoro delante de ese funcionario impasible. Un pobre tipo que quería pegarle al juez y desbaratar el orden del universo. Alguien al que toleraban, que lo dejaban desfogarse por inofensivo. Y nada más.

—¿Estás tranquilo ahora? —Kramer le clavaba sus ojos de vidrio.

—Sí.

—¿Me dejás hablar?

—Como quieras.

—¿Querés sentarte?

Apud obedeció desganadamente.

—Escuchá lo que te voy a decir, viejo —Kramer se untó los labios con saliva—. Pero escuchá bien —advirtió, y Apud dijo que sí con un cabezazo—. Si yo estoy aquí, no es para perjudicar a nadie. Ni a nadie ni a vos, ¿sabés? Es para que la institución no se venga abajo. Porque si nos vamos todos, si todos hacemos como vos que se da el lujo de hacer lo que se le da la nada, de gritar contra los que mandan, todo el país se iría al demonio. Pero para siempre —dijo subrayando con un ademán tajante. Apud entendió que Kramer sabía desempeñar su papel de hombre caba, maduro. "Tajante": un tajo después de cada palabra, bien separada, bien propia. Los que nos quedamos adentro somos los que estamos peor, los que tenemos que aguantar todo: a los de arriba, que ordenan y a los que hay que

obedecer, y a ustedes —Kramer lo señaló con la barbilla estirada—. A todos los que hacen como vos, viejo, que se dan el lujo de ser libres y gritan y nos acusan de pasarla bien, de someternos al régimen. De decirnos en la jeta "roña" y "porquería". Y no, mi querido —Kramer era un águila, había remontado vuelo y contemplaba al mundo allá abajo. El lo abarcaba por entero. Apud sintió que estaba depositado en esa silla, delante de esa mesa. Kramer revoloteaba allá lejos y se cernía sobre él—. No. Los únicos que están bien son ustedes —continuó Kramer con la saliva amontonada en la comisura de los labios—. Sos vos, que andás por la calle diciendo lo que se te antoja, a mí y a todos los que hacen como yo. Vos sos eso, Apud —y su saliva también se amontonaba sobre él, presintió Apud, sobre su conciencia. Kramer se detuvo y golpeó la mesa con las manos estiradas: —Y yo soy el que se aguanta el peso de todo, el que verdaderamente sufre todo esto, Apud. Yo y no vos ni los que andan con vos. Yo, que ahora tengo que pasar por lo que no soy levantándote el sumario o haciéndote meter adentro. Y sos vos el que va a salir con buena conciencia y yo me la voy a tener que aguantar. Vos sos el que va a pasar por puro y yo seguiré siendo una mugre, cuando soy yo el que tiene que aguantarse todo.

Apud permaneció en silencio. Se hurgaba las uñas reflexivamente, ordenándose las cutículas rojas, doloridas. En ese momento no supo qué contestar. El era lento, pensó para justificarse. Sentía la camisa pegada al cuerpo, las manos húmedas y tenía ganas de acabar de una vez. Sus respuestas apenas le brotaban en algún rincón del cerebro, crecían, se tambaleaban. Era algo atractivo e intranquilizador, y tan imprescindible. Pero resultaban resbaladizas, inaccesibles. Cuando salió de ese cuarto, se le ocurrió que todo eso era un truco: Kramer le mostraba sus llagas y decía que era un Cristo por su culpa, que en el fondo se sacrificaba por él. "Por mí", se dijo Apud sintiéndose dominado por una alegre furia. Y no era cierto, porque Kramer estaba ahí porque le gustaba, antes y después de lo que Apud pudiera hacer o no hacer. El había elegido eso porque le resultaba y era un trampa nauseabunda cuando decía que estaba ahí para salvar la institución. "La institución", se repitió Apud. "Institución". Para que el país no se fuera al demonio. No. Estaba ahí porque eso era sólido y había que ganarlo apretándolo entre los dedos. Por un momento, Apud se impuso ser ecuánime. Se sonrió. "Ser hasta ecuánime". Podía ser inconciencia, concedió. Pero, no. ¿Qué iba a ser! Era una lúcida y empecinada decisión. Una empresa. "Una empresa". También ésa era una palabra. Kramer y los que andaban por ahí parecidos o iguales a él estaban lanzados en una cabalgata de envilecimiento: más rápido y más fácil todo y de una buena vez. Era de los que ganaban rápido y siempre. Y que aseguraban que sabían resignarse y padecer. De los tipos que nunca podían perder. "Se sacrifican", se dijo Apud. Era imbécil y muy divertido. Eran los que habían aprendido a ganar cantando bajo el sol, sin ningún riesgo y que tenían una respuesta para cada caso porque sabían de la infamia de los sinónimos y de los matices. Era eso, sí. Apud se sintió incluído en el malestar que sintió por el otro: lo había descubierto y era demasiado fácil para descifrarlo. Kramer lo había distraído durante un minuto y lo había hecho con una trampa burda. "Conmigo ni se toma el trabajo de usar algún truco nuevo. De inventarlo", admitió. Apenas si jugaba con las palabras largándolas rápido para confundirlo. Kramer le había encajado lo que usaba a cada rato. Lo confundía, eso era todo. Conocía lo que iba de "tramoso" a "miserable" y lo que mediaba entre "delator" y "funcionario".

La vez siguiente que se topó con Kramer, ya habían pasado dos años largos. Apud estaba en una esquina de la Catedral, parado en la escalinata. Allí delante, esa multitud se estremecía y se replegaba sobre sí misma como un animal gigantesco y pesado. Desde los altavoces chorreaba esa voz atractiva. "Es un jugo", calculó Apud. Formaba ondas sobre todos esos hombres; después, una serie sucesiva de círculos concéntricos se iba diluyendo en una ola que iba y venía sobre todas esas cabezas vacilantes. Se inflaba y descendía poco a poco. O se detenía inesperadamente, para que el dorso de ese animal enorme se volviera de lado o se erizara y comenzara a moverse hacia adelante y a crecer. La voz se destilaba por los altavoces: "... punto resulta indudablemente crítico en la reforma que el ambiente público ha comenzado a comentar..." —el cuero de ese animal se cubría con el jugo brillante y algo se erguía por dentro— "... es el referente a la modificación del artículo setenta y siete, a fin de que el Presidente pueda ser reelecto sin período intermedio..." —Ese animal gigantesco se había agazapado y oscilaba sobre sus patas tensas— "... Mi opinión —se marcó un silencio, un carraspeo metálico se repitió en todas las esquinas de la plaza. En seguida la voz siguió fluyendo—: ... Mi opinión es contraria a tal reforma, y creo que la prescripción existente es una de las más sabias y prudentes de cuantas establece nuestra..." —el final de las palabras no se oyó. Esa bestia monumental se estremeció por dentro. Era un ruido chirriante, descompuesto. Las entrañas, los huesos, todo se zangoloteaba. Ahí delante de Apud, a los pies de la escalinata, llegaban los últimos estremecimientos. Una especie de temblor. El sentía que lo rozaba y que en cualquier momento lo podía sorber. Esa piel iba restallando en miles de partículas que brillaban ahí cerca, cubriendo toda la extensión de la plaza. A los propios pies de ese animal. Y gemía y gritaba: "... rónperónperónperónperón!"

De pronto, Apud sintió que lo tomaban del brazo. Era Kramer.

—¿Vos aquí? —y se sonreía con un gesto de muñeco mecánico. El aparecía de pronto, de improviso, meneando siempre la cabeza.

Apud sacudió el brazo:

—Tomátelas, roña.

—Vamos, viejo...

—Tomátelas, te digo.

—Pero Kramer no descomponía su sonrisa. Miró hacia adelante, en dirección a la multitud, aprobando complacido:

—Así que te gusta, ¿eh? —comentó sin volverse—. ¿A vos también te fascina el monstruo, eh? —seguía aprobando; parecía ratificar algo mascadísimo entre dientes—. También vos te asomás para ver si es cierto lo que pensás. Si hay tanta mugre como aseguran tus popes, ¿eh? Y te venís aquí...

—¿Y qué tiene? —lo interrumpió Apud brutalmente.

—No es un lugar para vos.

—¿Por?...

—Sos un puro, viejo.

—No creas; siempre vengo: ya estoy corrompido.

—¿Y cómo la pasas?

—Es un espectáculo —Apud hablaba sin mirarlo.

—Es que él sabe lo que hace.

—¿Él?

—El solo, Apud.

Apud señaló con vaguedad:

—Esa gente también sabe lo que hace.

—¿Esos? —Kramer fruncía la nariz.

La voz continuaba derramándose. La plaza se oscureció un momento. Un instante que se alargaba. Allá arriba iba flotando una nube. Era una monumental chapa gris que pasaba. "... lo que sucede en los países en que tan inme-

diata reelección es constitucional. No hay recurso al que no se acuda, lícito o ilícito, es escuela de fraude o incitación a la violencia, como asimismo una tentación a la acción política por el gobierno y los funcionarios...

Kramer se había puesto en puntas de pie:

—Él es perfecto —comentó.

—Es perfecto porque los tiene a esos.

—Vamos, Apud —Kramer sacudió los hombros como si algo le molestara ahí encima—; esa buena gente no cuenta para nada.

—¿Te parece?

—Estoy seguro.

—¿Y quién lo votó?

—Él hubiera gobernado lo mismo. Hubiera llegado solo.

—Solo... —Apud se esforzó por soltar una risa cascada.

—Solo. Sí, señor.

—Pero bien que los halaga.

—Si se ríe de ellos, Apud.

—Se ríe, se ríe, pero si empiezan a gritar...

—¿Ésos van a gritar? Si no gritan nada más que aquí, en la plaza y porque los dejan.

—Pero pueden dar una sorpresa.

—¿Sorpresa? —Kramer se hundió los dedos debajo del cuello de la camisa y lo separó de la carne. Apud sintió que el otro se divertía con su aspecto juicioso—. ¿A quién, viejo?

—A vos... a mí...

—¿Y a él también?

—También a él.

—No digas pavadas, querido. El hace lo que se le da la gana con todos estos.

“...en mi concepto, tal reelección sería un enorme peligro para el futuro...” —la voz crecía sobre esa multitud. Era una gota de alquitrán, pesada y brillante.

—¿Siempre venís me dijiste? —preguntó Kramer como por casualidad.

—Sí.

—¿Hay más gente que la última vez o no?

Apud concedió mirarlo de frente:

—¿Por qué me preguntás eso?

—Es un criterio de verdad, querido —Kramer se sonreía con sus labios abultados. Apud advirtió que se esforzaba por convencerlo de algo, por moverse con naturalidad. Era eso, sí, seguro. Tenía que resultar el viejo camarada que sabe ser condescendiente con sus propios pecados—. Uno tiene que saber a qué atenerse —agregó Kramer.

Se marcó un silencio entre los dos. También sobre la plaza se formó un vacío. Algo se había detenido. Un reposo, apenas. Kramer volvió a preguntar:

—¿Hay otros que hacen lo mismo?

—¿Qué cosa?

—Venir como hacés vos.

—Muchos, Kramer. Más de los que te podés imaginar. Kramer se puso la mano de visera; estaba divertido. Apud sintió que lo había descubierto.

—¿Así que sos espía vos también?

“...la era del fraude ha terminado, y para que ello resulte efectivo...” —proseguía esa voz de pasta, derriéndose y secándose en los bordes, a los pies de Apud.

—Es estupendo cómo miente este tipo —gangoseó Kramer.

—¿Te gusta?

—¿Si me gusta? Me fascina, viejo: sobre todo la convicción con que lo hace.

La gran voz resonaba en los edificios de alrededor de la plaza. Eran miles y miles de puntos que se balanceaban como en un bolillero. Estaban ahí metidos y se oprimían unos contra otros. “Sos un puro”, le había dicho Kramer. Apud sintió que estaba al margen de todos esos. Un puro. Él veía todo y esos, no. Un puro clarividente. Para conser-

var su lucidez tenía que ser puro. No mezclarse con esos ni con ese tipo que se desgañitaba allá al fondo. En cambio, esos estaban juntos, eran muchos. También se sentían fuertes. Y él era un puro solitario: agüita trasparente que se podía beber a sorbos. Podía beberse, brindar consigo mismo; o hacer buches con la propia, cultivada pureza. Era igual. Ser astuto y enternecerse con uno mismo, se dijo Apud. Amasar la propia pureza para untarse y relucir. Brillar de pureza: era imbécil y provocaba pena. “Sos un puro, Apud”. Y bastante asco. Una copita de un fulano puro. Blanco, preferentemente blanco. Pescado blanco o ballena blanca. Esa plaza era una ballena blanca echada bajo un sol salitroso. “Sos un puro, viejo”. Y él tenía cautela con su pureza para que no se empañara. Había que abrazarse a sí mismo, a su propia pureza —a su lado, un gordo sacudió las mejillas moradas para gritar viva, viva, viva, varias veces, y se quedó con la boca abierta apuntando al cielo. Parecía absorto; pero en realidad estaba cómodo, libre y se podía arrancar la ropa a los tirones. De pronto le clavó los ojos. Apud se esforzó en mirarlo inocentemente. “De igual a igual”. Pero al otro algo se le borró en la cara. Alzó un brazo y su movimiento resultó pesado, torpe. Ya no estaba cómodo. Y Apud seguía puro. “Un puro”. Cualquiera se podía asomar a su agüita clara y verse reflejado. De eso se trataba: puro significaba no ser nada. Transparente y liso para reflejar a todos. Ese era su oficio: reflejar a los demás tal cual eran y nada más. Mostrarles a cada cual su propia jeta —“éste, ¿ves?; éste sos vos”—. Apud. Ser Apud: espantar con el roñoso brillo de su pureza, de su mimada transparencia. Y mientras tanto esas palabras se derramaban sobre la plaza y crecían hasta amontonarse y restallar de pronto: “...no es suficiente que nosotros aseguremos la legalidad de los comicios...”

—¿Y los de ustedes, Apud?

—¿Qué de nosotros?

—Los jefes de ustedes, viejo, ¿aprendieron algo?

—Algunos...

—¿Pero ya saben hacer creer que tienen algo sagrado, que le vieron la cara a Dios o siguen con lo mismo de siempre, tirándose las vestales de la castidad patriótica?

Pocas cosas más supo de Kramer en los últimos tiempos. Una mañana apareció una noticia en el diario sobre su designación. Tenía que ir de agregado a alguna parte, a Suecia o a Finlandia. En realidad, Apud no se quiso enterar muy bien. Se resistía a leer esa otra ratificación de la eficacia de Kramer. De la eficacia de Kramer y de su propia frustración. De la de todos sus camaradas. “Gana”, se dijo simplemente. En ese artículo se hablaba de Kramer como de lo mejor de la nueva generación. Era el gran tipo joven que prometía, que hacía cosas, que todo lo que hacía estaba bien, sin discusión, sin restricciones, allí no había nada que objetar. Era perfecto, redondo, se podía morir en paz. Apud sintió que Kramer era, y era cada vez más él mismo. Había logrado confeccionar su personalidad. El, en cambio, flotaba en el anonimato, en la nada. No existía mientras Kramer poseía un cuerpo potente, vigoroso, más sólido que nunca. Y ese gas en el que Apud se iba diluyendo parecía no acabar nunca. “Nada”, se confesó. Por un momento, le alarmó no sentirse desesperado. Era algo parecido a descubrirse cada día más calvo: eso avanzaba inexorablemente. Era cuestión de sentarse a esperar a que todo acabara. Y listo. Y nada más. Aunque tuviera unas ganas tremendas de darse puñetazos en la cara. Tenía la clara sensación de que todo lo que se hacía aquí prescindía deliberadamente de él. Y muchos de sus camaradas pensaban lo mismo: que estaban al margen de todo, de la vida, de las cosas, de todo. Ellos podían proyectar cualquier cosa, empezar cualquier

cosa con la ambigua certeza de que no la acabarían nunca. Todas sus ganas se deshacían en la impotencia. Las manos vacías, todo sin nada adentro. Nada, nada: eso era lo único seguro. “Resultamos unos flatos pretenciosos”, se repetía. Pero inusitadamente llegó el año 55. Los diarios empezaron a atacar con ferocidad todo lo que sonara a cosa católica. Apud sintió que era un rabioso y confuso despanzurramiento. Los cardenales aparecieron dedicándose a los más oscuros tratos. Los colegios religiosos eran antros de las cosas más inesperadas, jocosamente repugnantes. Todo un universo cultivado con morosidad se desbarataba de un modo absurdo. Todo sonaba a grotesca arbitrariedad. El absurdo trágico de años y años empezaba a sistematizarse. Hasta él mismo podía decir cualquier cosa y cualquier cosa podía significar tres o cuatro valores distintos. Y se largaron amenazas. Y se hicieron concentraciones violentas, exigentes. “Es absurdo, es absurdo”, se repetía Apud desconcertado. Calculaba que habría razones que se le escapaban, que nunca conocería. Él era un espectador: espía por un agujero cuando le estaban resolviendo la vida. “Nada más que eso”, pensaba. Era un frenesí, uno más de esos espectáculos que se habían organizado con una habilidad insultante, a cada rato, ambiguamente. Fue una breve cabalgata de expulsiones y de órdenes desconcertantes. Y vino el 16 de junio, algunos se quedaron perplejos, otros aterrados; y quemaron las iglesias. Apud fue a ver San Francisco. Quería comprobar la fuerza, la violencia. La gente se detenía desconcertada en el atrio y señalaba. Algunos se arrodillaban y gemían arrinconados. “Se agazapan”, pensó Apud. Parecían avergonzados de su desconcierto. Otros consignaban minuciosamente todo, los detalles, a medias deslumbrados, y hablaban con severidad, objetivamente, como si no se tratara de ellos. Era un inventario y ellos numeraban. En el portal, se exhibía un San Pedro con la cabeza tronchada. Apud sintió que tenía algo obsceno ese cuello de yeso. Era demasiado blanco. Entonces entró en la nave. Allí estaba Kramer. Cuando lo descubrió a Apud, se le acercó en puntas de pie y lo llevó a un rincón:

—Veo que seguís la alta política —fue lo primero que dijo.

—Más o menos —rezongó Apud con desabrimiento.

—Pero es idiota todo esto —siguió Kramer imperturbable—. No tiene sentido —hablaba velozmente, susurrando las palabras—; ningún sentido.

—¿No, Kramer?

—No, no.

—Pero si nada tuvo sentido durante estos años, Kramer.

—Pero esto es especialmente gratuito.

—Pero, ¿por qué esto y no lo anterior?

—Porque él de todo lo anterior necesitaba, y de esto, no.

—¿De todo lo anterior necesitaba? —Apud negó estirando los labios—. No veo la gratuidad.

Kramer lo miró como decepcionado por su falta de comprensión:

—¿No te das cuenta?

—No, hombre, no.

—Pero si es la falta de táctica, es la única vez que este tipo ha bajado la guardia.

—Estará liquidado, Kramer.

—¿Qué va a estar liquidado!

—Estará envejeciendo, entonces...

Esta vez era Kramer quien se resistía a entrar en el juego de Apud:

—No te abuses de tu ingenio —dijo con una sonrisa fugaz, desdeñosa—. Lo único decisivo es que ha dejado de cumplir su papel más importante.

Apud se obstinaba en su tono de burla:

—¿Y cuál es su papel más importante?

—Lo que justifica su misión histórica —respondió Kramer con aire reflexivo.

—¿Así? —desde la cúpula cortajada por esos fierros retorcidos, caía una banda de luz. En ese momento, Apud empezaba a juntar una saliva agria, malévola, a los costados de la boca. Pero ese brillo lo obligó a parpadear y a olvidarse de todo—. ¿Cuál misión histórica? —preguntó a medias desconcertado.

—La de contener a los negros, querido.

—¿Qué? ¿Me querés decir que se le fueron de la mano? —No se le fueron un pito...

—¿Entonces no es lo que yo había pronosticado?

—¿Que le podían dar una sorpresa?

—Sí.

—¿No, Apud, no! —Kramer tenía un aspecto patético, de impaciencia. Unas manchas blanquecinas le cubrían la frente. Apud lo miraba con una especie de imparcialidad: la velocidad que desplegaba Kramer era para ordenar todo eso que se derrumbaba. Aquí y allí. Pilas de cosas que oscilaban y se caían. Y Kramer tenía que correr de un lado a otro para apuntalarlas. “Está perdiendo su compostura”, comprobó Apud serenamente despreocupado. También ese templo se podía descomponer y venirse abajo; esos muros agrietados, obscenos, las columnas rajadas. Habría que correr. —Si ha sido él mismo quien los ha largado —siguió Kramer—; él mismo quien les ha puesto la libertad en las manos. Se le ha ocurrido nada menos que decirles: “Miren, negros, aquí tienen esto, hagan lo que se les de la gana. Den y den todo lo que se les antoje...”

A los pocos días, Apud volvió a encontrarlo. Se le ocurrió pensar si no sería él mismo quien lo andaba buscando: Kramer vendría a resultar el testigo de su frustración, un poco el culpable. Una garantía al revés. Kramer justificaría que en realidad fuera incapaz de hacer nada, de resolverse a nada, de tener miedo de pasar a ser responsable. Eso. Kramer le aseguraría una impunidad total: así podría ser rebelde sin llegar a actuar, con sólo el ademán; rabiosamente, noblemente fracasado. Era imprescindible contar con la eficacia de Kramer, con su poder para anular y desbaratar cualquier proyecto, para erguirse y palmearse secretamente como héroe. El héroe tenía que resultar impotente, el héroe tenía que morir o que vivir en silencio, al héroe le convenía masticar, no pronunciar los insultos. El héroe no podía ser nada más que un proyecto. El héroe tenía que vivir en potencia. En poderosa espera, demorada. Eso pensaba Apud: el héroe debía ser impaciente y frustrado. Y eso lo garantizaría Kramer. Para eso sí servía. Y era él, Apud, quien lo había buscado. Kramer lo había llamado por teléfono. “—Por favor, viejo, te quiero ver...” se oyó en el tubo. Después sus palabras se mezclaron con unos ruidos como de marea. Kramer hablaba desde el fondo de una caracola. “—¿Sí... Sí? —Apud golpeó varias veces la horquilla—. No oigo nada... nada...” Kramer se había perdido en medio de esa arena que giraba en espiral. Apenas sí había tenido tiempo de decirle la dirección. “—Allí, sí, sí... en ese lugar, sí...” Apud salió. Era de noche y la ciudad estaba a la expectativa, tensa en medio de su inercia. Allá al fondo, la avenida se agazapaba oscurecida y el cielo se había entintado. Apud sintió oscuramente que la ciudad se hundía y apenas si se alzaban algunas llamas negras en el cielo. Se liquidaba toda una época de su vida; algo concluido. “—Ahí” —bien evidente—. “En este lugar. Aquí”. Era algo físico, como señalar el final de un tablón o de un caño ardiente. Los pocos hombres que veía en la calle, cargaban un aire de merodeo y lo miraban con una inquieta agresividad. Las radios habían anunciado el sitio. Era algo estupendamente increíble. Él se había entusiasmado de a

ratos, gritando y cambiándose puñetazos joviales con sus camaradas. Pero eso no lo saciaba. Había esperado con otros en casas desconocidas repletas de muebles extraños o de cuadros de parientes antiguos, muy tristes y borrosos que lo embargaban de melancolía. En una de esas casas flotaba un pesado olor a sándalo. Algo dulzón. En una sala brillaba una especie de cafetera gigantesca. —*Es un samovar*— le explicó alguien—. *Para hacer té. Buen té*—. Apud no dejó de sentir en todo ese tiempo que hasta en los presagios de sus camaradas había algo exagerado, inseguro. Y las calles silenciosas se le ofrecían con todo ese indeciso atractivo de lo inesperado. Kramer estaba de espaldas cuando llegó:

—¿Apud? —parecía sobresaltado.

—Sí.

Kramer le tendió una mano vacilante, que le estrujó los dedos con un cauto toqueteo.

—Fue una estupidez —afirmó como si prosiguiera una conversación recién interrumpida.

—¿Qué cosa?

—Todo eso... San Francisco... Santo Domingo... algo penoso...

—¿Por qué lo decís?

—Por los archivos, Apud, por todas esas cosas...

Apud se sonrió con malignidad:

—Claro. Vos sos egresado de historia...

—No te burles; no seas tonto. Es en serio. Todo eso tenía un sentido. Es penoso —repite Kramer hacamando la cabeza. Tenía un aire contrito, de disgusto. Apud se lo notaba en la comisura de los labios flácidos. Hasta su voz era mansa—. Y ya no lo arregla nadie —concluyó Kramer—; era fundamental.

Era la cultura. El mundo de la cultura que había desaparecido entre las llamas estúpidas —recapitó Apud divertido a medias. A Kramer eso lo afligía. Tenía que dolerle. A él también lo abrazaban esas llamas. Él participaba de la cultura. Si no hubiera sido por eso. La cultura, el país, su misión continental. Era doloroso, tremendo. —*Penoso*—, iba repitiendo Kramer con su cabeza bamboleante. Y nunca más se podría restituir. La cultura carbonizada, el mundo a oscuras. Por eso vacilaba su mano de ciego. También la ciudad se había oscurecido y permanecía a tientas. Sin esos papeles, la oscuridad. La ciudad padecía por eso. La sitiaban por su barbarie, por sus cenizas. Y el país. También el mundo estaba cubierto de papeles quemados y clausurados. Iba a ser una risa malsana. Los santos papeles también eran sólidos. Y las calles entintadas y Apud mismo. Y él. Kramer y Apud. —*Los santos papeles quemados*—, pensó Apud con ganas de reírse. Apud a oscuras por falta de cultura. Sus cuerpos estaban surcados por venas atiborradas de tinta negra. Por eso temblaban. La barbarie encabalgada sobre sus espaldas mientras marchaban silenciosamente por esa calle. Los pocos tipos con los que se cruzaban los miraban de esa manera por la cultura, por los papeles quemados. En realidad eran cenizas negras lo que embadurnaban las paredes y las veredas. Sólidas cenizas. Y Kramer y Apud marchaban sobre sólidas cenizas negras de cultura quemada. Para siempre. Era insoportable.

—¿Para dónde vas?

—A casa —respondió Apud simplemente.

Kramer pareció vacilar:

—¿Estás con alguien? —preguntó por fin.

—¿Cómo?

—¿Si estás en algún grupo?

—Para esperar...

Kramer brillo de interés:

—¿Así?

—Sí. Al divino botón.

—¿No están bien organizados, eh?

—Como la mcna.

Kramer lo miró a Apud con sus ojos líquidos, bañados de ternura:

—Es que a los liberales siempre les pasa eso.

Cruzaron una serie de bocacalles iluminadas a medias. Un polvo grisáceo flotaba alrededor de los faroles. La cara de Kramer aparecía y desaparecía sosteniendo un gesto solitario, maniático.

—¿Qué creés que pasará? —hablaba con un tono neutro.

—¿Aquí?

—Sí.

—¿Qué sé yo.

Kramer murmuró algo como si dialogara con un tercero invisible:

—Pero, ¿no tenés idea?

—No, Kramer. Te aseguro que no.

—Pero, ¿cómo puede ser eso?

—Sin embargo es así.

—Pero vos siempre estuviste en contra de todo esto, Apud.

—Ya ves...

Se marcó una pausa incómoda. Kramer la volvió a romper:

—¿Y qué va a haber que hacer?

Apud se pasó varias veces la mano por debajo de la barbilla:

—No sé... no sé —y estiraba el cuello—; no tengo idea.

—Pero es que hay gente que no me quiere nada, viejo.

—No sé, no sé... —insistía Apud flojamente—. Vos sabrás.

—¿Y tus amigos?

—Sabén tanto como yo, Kramer.

Habían llegado a una plaza. Kramer lo invitó a sentarse. Apud dijo que no, que gracias, que estaba apurado. Sólo advertía que Kramer se sonreía por el brillo de sus dientes macizos.

—¿Te reís?

—No es nada —Kramer hizo un mohín—; no es nada serio.

—Pero te estás riendo...

—Es que...

—¿Qué?

—Me causás gracia, viejo.

—¿Por?

—Me parece que te pasa algo.

—Terminá de una vez...

—Sí, Apud —Kramer le apoyó la mano sobre el hombro como para calmarlo por lo que iba a decir. Él no quería irritar a nadie:— Me parece que tenés miedo —murmuró.

—Es que tengo miedo, Kramer.

—¿Vos?

—Sí, Yo, Kramer.

—¿En serio?

—Hace años que tengo miedo —la mano de Kramer oprimió con más fuerza. Apud sintió un estremecimiento: esa presión dulce y firme en el hombro le resultaba intolerable.— Y ya no aguanto más —agregó.

—¿Y qué dejás para mí, Apud?

Y pasaron esos días ambiguos, contradictorios. Apud sentía que hasta último momento se estuvo jugando el escamoteo del "sí" y del "no". Por primera vez se aferró a esas ganas de que todo terminara. Pero de cualquier manera. No bien o que se abriera algo. No. "Que termine de una vez", se decía. Algunas cosas empezaron a llamarse por su nombre. Sus camaradas empezaron a reconocer su cuerpo como propio, sus cinco dedos —uno, dos, tres, cuatro y cinco— exactos, definitivamente numerados. Y para el

de más mérito, para el de mejor nombre, para el menos tuerto se abrieron una serie de cosas. A su lado empezó la gran cabalgata de la repartija y la inquisición. El país entero tembloteaba de codicia y de honorabilidad. —*Hasta la revancha tiene su decoro*—, le comentó a alguien. Todo se podía dividir entre varios —una parte para éste y la otra para el de más allá— y los caprichosos, minuciosos escrutinios del bien y del mal lo rebalsaron. Comprendía que en ese momento había que ser más o menos equitativo y muy rápido. Todos eran puros —ahora, sí— y exhibían desesperadamente sus llagas, viejas y cultivadas llagas de demócratas, de empeñosos y secretos luchadores, de honestos. O de asqueadas víctimas. Todo lo que rodeaba a cualquiera, tenía su pecado. Seguro. Los culpables moraban alrededor, agobiados, embadurnados de pegotes de infamia. Y cualquiera podía impugnar la de éste, la del otro, la de todo el mundo. Y a la inversa. Cualquiera resultaba cómplice y rival de pureza y de angurria. A Apud lo destinaron a un colegio. Estuvo tres días. Los de allí desplegaron su mejor obsecuencia. Él, incluso, se protegió en su mejor impasibilidad. Sentía que lo espían para correr a adularlo. Lo ensalivaban: era inmundo Pretendió ser lejano e implacable. En un momento se descubrió pensando que había amontonado algo de verdad y que la podía distribuir majestuosamente. Era la oportunidad de ser el hombre probo. —*Una roñosa oportunidad*—. Echó a dos: uno no había aparecido en dos años, el otro tenía que enseñar latín y dictaba francés. Allí no había nada más que imbecilidad. Poco más o menos como en todas partes. Al cuarto día, tuvo que ir a informar de su actuación a una de las comisiones. Allí estaba Kramer. Apud no se asombró: era natural. Lo raro hubiera sido no encontrarlo. Tenía algo de curso astronómico: se calculaba, se lo veía venir, se acercaba y ocurría y listo. Kramer vestía con una rebuscada eficacia; era una ágil llamarada azul sobre el blanco del empapelado. Cuando lo vio a Apud, se adelantó con los brazos tendidos:

—¿Qué tal, qué tal? —cruzó toda la habitación con un paso elástico y silencioso—. ¿Qué tal, Apud, qué tal? —y le sacudió un rato las manos. Apud sintió que algo verde se le hinchaba sobre la lengua. No era nada más que una burbuja. Pero Kramer lo oprimía y lo anegaba en su abundancia. Y eso se fue apagando—. ¿Dónde te ha tocado ir? —Kramer lo soltó apenas.

Apud le dió el nombre del colegio.

—¿A ese lugar?

—Sí.

—Pero... —el rostro de Kramer se endureció apenas—.

¿Y nada más?

—No... no...

—Pero es poco para vos. Vos podés pedir cualquier cosa. Estás en tu derecho —entonces se volvió majestuosamente hacia unos tipos que había allí. Tenía algo gigantesco, de matrona romana:— Señores acérquense por favor —anunció; era el dueño, mandaba, podía hacer lo que se le antojara. Hablaba velozmente, más rápido que otras veces, por sí a Apud se le ocurría sospechar. Él era Kramer, sí, sí, pero había cambiado, había reflexionado. Todo lo anterior era una equivocación. Claro. Él lo admitía. Su sola presencia ahí demostraba eso. —*Estamos entre caballeros*—, se dijo

Apud con sorna. Un pacto entre caballeros. —Este señor —prosiguió Kramer—, es el profesor Apud, compañero mío de la facultad... —los otros se fueron acercando: uno inclinó su cabeza reluciente delante de Apud, otro cargaba un anillo violeta muy grande, excesivo, a otro lo había visto alguna vez, tartamudeaba al hablar. Era una ronda solemne, muy divertida. Apud pugnó por ser preciso: —*Ceremonioso*—, se dijo. Una ceremonia, un baile de correctos estúpidos. Todos le tendieron la mano, brillaban, ellos sí que eran dueños de su cuerpo y de sus opiniones. El país saldría de todo lo que había pasado, el futuro estaba abierto, no habría más chusmas ni dictadores, se amaban recíprocamente, alternadamente. Apud sintió que exhibían un bienestar visceral. Todo ésos exudaban fervor, confianza en el hombre.

—Apud me conoce hace años y sabe de mis angustiosas contradicciones —Kramer hablaba para todos—. Hemos discutido muchas veces sobre todo esto... con altura...

—Sí...

—Él puede decir quién soy yo... él puede dar una opinión definitiva sobre cada uno de nosotros.

Apud volvió a cabecear pesadamente. Presintió que podría largar una carcajada o escupirlos a todos ésos y sería lo mismo.

—Creo que éste es un momento excepcional para todo... para todos —Kramer ahora se movía con unos movimientos de anunciador profesional, grandioso, un poco mecánico. Apud advirtió que tenía la boca más grande. Podía entalarse la cara. Sus labios se entreabrían con la sonrisa de siempre: —Pocas oportunidades semejantes hemos vivido anteriormente... —continuó; se había acercado a Apud y lo estrechaba con un brazo mientras con el otro marcaba grandes ademanes... yo creo que esta aparición de Apud merece festejarse... —lo miraba muy de cerca y Apud olía su perfume a mandarina y sentía sed y asco... deberíamos brindar porque todo ha sido verdaderamente excepcional... —y movía la cabeza de arriba hacia abajo para sugerirle la respuesta—; Apud comprendió que le correspondía decir que sí, nada más que eso. Afirmar que el mundo era redondo y que desear a la mujer del prójimo era pecado. Que las fiestas de guardar, que la fornicación. Tenía que exhibir un fervor edificante, de viejo héroe contenido, seguro de sí... —¿No es cierto, señores? —concluyó Kramer.

—Sí, sí —respondieron los otros. Apud los observó: movían la boca como unos pájaros amaestrados y roncos.

—Entonces... —Kramer se levantó en punta de pie—... ¡Viva la libertad!

—¡Viva! —corearon los otros.

—¡Viva la libertad, Apud! —lo animó Kramer mirándolo de cerca con sus ojos acuosos. Kramer le sugería discretamente que debía participar de su entusiasmo, de su verdad. Que Apud no desentonara, que cumpliera el papel que le asignaba. Que se confundiera con él.— ¡Viva la democracia! —que no se resistiera a ser Kramer mismo—. ¡Viva la democracia, Apud!

—¡Viva!...

DAVID VIÑAS.

## “Sur” o el antiperonismo colonialista

AQUELLOS entre los lectores más rudos habrán buscado en vano en el número especial (237) de la revista “*Sur*” dedicado a los acontecimientos políticos de nuestro país (“Por la reconstrucción nacional”), acontecimientos que seguramente pasarán a la historia del es-

píritu... algo que no sea espíritu. Frente a la hemorragia de espiritualidad del grupo *Sur* es necesario que nosotros a nuestro turno comencemos por decir que contra el espíritu, nada tenemos. Y aun y si tuviéramos aquí lugar para adentrarnos en una crítica estrictamente estética, creo que

sería fácil demostrar el bajo nivel cultural de los artículos que componen ese número: nos limitamos entonces a declarar nuestra insatisfacción espiritual. Espiritualmente, *Sur* no convence. Si por espíritu entendiéramos la condición necesaria para realizar o para gustar arte no creo que no podamos afirmar, hoy, lo que se nos ocurre una franca decadencia artística, cultural y espiritual de la revista. Por más conmovido que fuéramos el ánimo, por más levantado que estuviese nuestro pundonor moral, nos cortaríamos las manos antes de suscribir, por ejemplo, la poesía de Silvina Ocampo. Pero esto poco importa. Lo que importa en cambio es saber —desde el momento en que *Sur* es algo así como la *vedette* encargada de exhibirse rodeada de los mejores espíritus argentinos—, ¿Qué es lo que se entiende en *Sur* por espíritu? Espíritu, arte, moral, ciencias: es necesario salvar a las élites de la irrupción de las masas en la historia. Salvar a las élites es salvar al Hombre, nos dice Guillermo de Torre en un largo artículo donde repite los lugares comunes más gruesos de los más finos ideólogos burgueses. Las masas, nos recuerda sin embargo Guillermo de Torre, no son “sólo ni principalmente las masas obreras” sino “el conjunto de personas no especialmente calificadas” (es decir, lo contrario de las minorías, “individuos o grupos de individuos especialmente calificados”<sup>1</sup>). Estos grupos “especialmente calificados”, así, no se opondrían a los intereses de la masa trabajadora. En *Sur* no son antiobreristas. Es seguro: aman demasiado a todo lo humano para no amar al obrero. Desde las primeras páginas de la revista ellos se ponen a cubierto del reproche de olvido de la miseria humana: “Mientras las sociedades modernas segreguen la miseria como un producto normal de su funcionamiento, no puede haber en ellas reposo para el cristiano”<sup>2</sup>. Pero, y desgraciadamente, y dos renglones más abajo, leemos: “Mientras los estados segreguen la no libertad de expresión como un producto normal de su funcionamiento no puede haber en ellos un lugar digno para el artista”. De este modo el lector se topa a la vez con el repudio de todo régimen dictatorial, con una toma de posición en el plano de la política internacional. Por un lado con el rechazo casi apodíctico de un mundo cuyo “normal funcionamiento” supone la “miseria”, por otro lado con la afirmación de que la dignidad humana es inseparable de la dignidad especializada, la podríamos llamar así, del artista. Indudablemente: dos verdades. Y no podríamos ir en contra de la segunda sin hacernos sospechosos de brutalidad o de grosería. Pero basta que en *Sur* sean afirmadas las dos del mismo golpe y con fuerza equivalente para que reentremos el fundamento general del anticomunismo. Porque creemos entender: esas dos verdades no pueden ser afirmadas simultáneamente más que como una rebeldía que se nos ocurre estéril. Determinarse por la “dignidad” y “la libertad” del artista significa, concretamente en el plano de la estrategia cultural internacional, hacerlo en contra de la URSS. Y la esterilidad, nos parece, forma aquí sistema con la dinámica contradictoria del pensamiento de los intelectuales pro-occidente y con un desprecio nunca confesado por la verdad. Es necesario entonces, así sea rápidamente, que nos detengamos para hacer recordar aquellas contradicciones y este desprecio.

La “verdad”, para el grupo *Sur* (“ésta es la palabra en la que me detengo, ésta es la palabra a la que quería llegar”) significa el no olvido de la publicación de “testimonios” sobre los campos de trabajo soviéticos..., pero a la vez el silencio absoluto sobre la empresa de colonización yanqui en el sudeste asiático por ejemplo o en centro y sudamérica, etc.... La “verdad” (“aquello sin lo cual nada

sólido y nada grande puede construirse”) significa ser preso de la necesidad imperativa de “enterar a la opinión” sobre la situación del intelectual de atrás de la cortina de hierro a la vez que el mudismo más cortante sobre el macarthismo cultural en los EEUU. Significa, en fin, tener fe en que las discriminaciones raciales y políticas en los EEUU desaparecerán un día seguramente por el ímpetu avasallador de la bondad humana, y, en fin, callar, a pesar de que “todas las persecuciones disimuladas bajo formas codificadas y legales —nos parecen igualmente odiosas”. Pero todo esto es historia antigua y el modo de superar las contradicciones de los grupos que en el plano internacional sostienen la posición de *Sur* ya no puede sorprendernos: nominalismo, cinismo, etc...<sup>3</sup> Lo que en cambio no deja de sorprendernos es que “*Sur*”, y siempre en honor de la “verdad”, sale a la calle en momentos en que el golpe “democrático” de Aramburu decanta la simultánea destrucción de la unidad sindical argentina, lo que no podía dejar de contradecir la “tradicción profunda de nuestro país, que es una tradición democrática”, sin una línea, ni una “entrelínea” de reproche, y en cambio con algunas de justificación: “...felizmente para la lucidez y seguridad de los argentinos, el régimen actual ha comprendido que la función de gobernar no es patética”, escribe Borges. Victoria Ocampo, por su parte, y luego de alabar a los revolucionarios (“si el impulso de algunos hombres que se jugaron la vida no hubiera intervenido de manera milagrosa...”), escribe: “No imaginemos que esos hombres puedan, por medio de nuevos milagros, resolver nuestros problemas infinitamente complejos, en un lapso de tiempo tan corto como el de la interminable semana de la revolución”<sup>4</sup>. Es cierto que aquí correríamos el peligro de dejar filtrar un equívoco. Victoria Ocampo escribe su artículo una semana después de la caída de Perón y la C.G.T. recibe el golpe de gracia a mediados de diciembre. Pero *Sur* sale a la calle, sin embargo, posteriormente a esa fecha, ¿no habría entonces tiempo de agregar algún editorial? ¿No está acaso en la tradición de la revista el agregar o quitar editoriales a última hora? Sin embargo, y con derecho, ya que Victoria Ocampo se declara por encima de las diferencias de clases (“Los intereses de clase, de partidos, de naciones, no deben jamás obstaculizar el cumplimiento de tan sagrada misión”: el decir la verdad), podríamos pensar que lo que ella llama “nuestros problemas infinitamente complejos” nada tienen que ver con los problemas del proletariado en general ni con los del proletariado argentino en particular. Con derecho, decimos, puesto que en otro lugar, y ahora en honor del sindicalismo, Victoria Ocampo publica un artículo de H. O. Ciarlo con el pomposo título de “Sindicalismo y Estado” en el cual se comienza por recordar que si bien “el hombre es por naturaleza gregario (...) es por naturaleza muchas cosas”, que si bien Aristóteles lo definía como “zoon politikon” suele olvidarse que el hombre es “también un individuo”. Entendamos: con o sin la intención determinada, ¿no se trata aquí de justificar literaria y filosóficamente la política de atomización sindical en la que se ha comprometido el actual equipo gobernante? Pero no nos apresuremos. En general, los hombres de buena voluntad, la burguesía liberal, no

<sup>3</sup> En la polémica general entre comunismo y liberalismo el segundo reprocha al primero el empleo metódico de la astucia, el engaño y la mentira. Los comunistas han contestado que el amor a la verdad ha servido para enmascarar —como ya lo señalaba M. Ponty en 1947— la represión de las huelgas en EE. UU., la intervención militar en Palestina y en Indochina, el desarrollo del imperio americano en el medio oriente, etc. Sin embargo los liberales no han dejado de conservar, digámoslo así, el monopolio de la verdad, el respeto a la ley y a las conciencias..., como la característica definitoria de su política. Simone de Beauvoir, señalaba recientemente el caso de Burnham, un maquiavelista convencido, que no deja de adscribir a la zona de la verdad...

<sup>4</sup> *Sur*, ibid., pág. 8.

es, como lo hemos dicho, antiobrerista. Al menos: no lo es para sí. Es decir, que si no se declara tal es porque no se lo ha confesado a sí misma: por eso decíamos que el artículo de Ciarlo, sus derivaciones políticas inmediatas, podía no estar de acuerdo con las intenciones de Ciarlo... El liberalismo (el radical-socialismo europeo, el radicalismo francés, el radicalismo unionista argentino, el socialismo actual, los centro-católicos, etc.) que opone la evolución social a la idea de revolución no está seguramente en desacuerdo con la idea de mejorar la vida del proletariado al que con buenos modos le piden que se mantenga estrictamente en el plano sindical, vuelto únicamente a sus intereses profesionales. Entre nosotros, la política separatista que se ha seguido con la C.G.T. —si bien esconde mal los intereses políticos de los socialistas y de los demás grupos minoritarios— es la consecuencia de esa jamás vencida mentalidad liberal. Entre nosotros, los argumentos morales han sostenido a las intervenciones: el peronismo como mal absoluto. Por otra parte, el argumento que esa mentalidad desprende y con el cual se trabaja a la opinión o con el cual ella se trabaja a sí misma, es un no-argumento tejido sobre la confusión entre la idea de libertad sindical y la política en los sindicatos o su politización. De esta confusión ha podido salir milagrosamente la idea que hoy mucha gente rumia una verdad inexpugnable de que la ingerencia de la C.G.T. en política es sinónimo de la pérdida de la libertad individual de los obreros y de la destrucción de la democracia sindical. Así, y ahora en honor de esta confusión y de aquella mentalidad, Ciarlo escribe más abajo: “No se trata, al formarse las agrupaciones sindicales, de defender solamente los intereses particulares del gremio y menos aun de creer que la finalidad es la seguridad económica, que es la idea de muchos obreros”<sup>5</sup>. Lo que nos permite discernir con facilidad los dos momentos en que aquella mentalidad seguramente se divide: a) respeto al obrero... y como ese respeto se vuelve inusitadamente inseparable, por obra de la evolución histórica, del respeto a la unidad sindical: respeto —nominal al menos— a esta última (Ciarlo se puede dar el lujo de matizar lo que dice con un ligero tono de consejo: “...no se trata de defender los intereses particulares del gremio...”); b) tal unidad, sin embargo, se establecerá sobre el plano profesional, para alcanzar, cuanto más, el nivel de lo social: mutualidades, socorros, etc.<sup>6</sup> Nuestro paradjico sindicalista kierkegardiano, sin embargo, así como la voluntariosa Victoria Ocampo, no han de poder ocultarse que el mejor modo de ir a favor de “las sociedades modernas” que “segregan miseria como un producto normal de su funcionamiento” no puede ser sino tratar de convencer al proletariado de la necesidad de abandonar la lucha por su “seguridad económica”, y tampoco podrán ocultarse la semejanza de sus conclusiones con aquéllas que están en la base de la “unión sagrada” en la que hoy, una vez más, se espera comprometer al proletariado argentino<sup>7</sup>.

<sup>5</sup> *Sur*, ibid., pág. 124.

<sup>6</sup> En cuanto a lo que Ciarlo entiende por sindicalismo nos parece útil reproducir algunos renglones de antología: “...Además el trabajo con la inclusión de la máquina se ha transformado en rutina y la rutina es destructora de la personalidad. Para combatir y arrancar al obrero del tedio que la provoca o la indolencia en que lo sume, deben crearse ateneos, bibliotecas, clubes, etc., que aporten inquietudes y distracciones que ayudarán a impulsar su pensamiento para el logro de una *convivencia feliz*. Y en esto consiste el *derecho y el deber de las asociaciones profesionales o sindicatos*” (somos nosotros que subrayamos).

<sup>7</sup> Las páginas de *Sur* están perfectamente plagadas de lo que podríamos llamar invitación al sacrificio... Massuh, por ejemplo, habla de “...comunidad, un desbordamiento fraterno...”. En otro lado dice: “Los enemigos de la democracia se reclutan entre los devotos de la democracia perfecta”. Norberto Rodríguez Bustamante habla por su parte de “...honroso sacrificio colectivo...”. Y en otro lado de “...egoísmo de cada grupo humano...”.

Pero se nos podría reprochar que estamos juzgando a Victoria Ocampo y a *Sur* desde un punto de vista que Victoria Ocampo y *Sur* han rechazado desde que se llaman Victoria Ocampo y *Sur*. Es decir que los juzgamos sujetándonos no a lo que ellos *son* sino a lo que *no son*. Y en cierto sentido, es cierto: si juzgamos a Victoria Ocampo desde un punto de vista de izquierda, o sindical o revolucionario, como quiera decirse, ella aparecerá como lo que no es: y al menos quedará consecuente consigo misma ya que ella nunca se ha dicho revolucionaria. Pero si ella no está con el proletariado ni por el proletariado ella está de seguro con y por la burguesía: en una sociedad en la que hay víctimas y verdugos, como se ha dicho, no se puede no estar con los primeros sin hacerse cómplice de los segundos. ¿Es Victoria Ocampo burguesa? Seguramente: por su posición social y por la actitud que mantiene frente a su clase de origen. Pero en cambio sería difícil que ella aceptara reconocerse como tal. Los escritores de hoy, apoyados en la tradición de la literatura, tienen de sí mismos una concepción que no encajaría en lo que ellos entienden por burguesía. Escribir —se escriba lo que se escriba— a pasado a ser hoy —para los escritores burgueses— sinónimo de no-burguesía. Debemos entonces encontrar una imagen de Victoria Ocampo, extensiva en lo posible a los colaboradores de *Sur*, en la que ellos puedan reconocerse.

“¿A quién, pues, se lincha en los Estados Unidos por haber violado a una blanca? ¿Al negro? No: a sí mismo. El Mal es proyección; yo diría aún que es a la vez el fundamento y el fin de toda actividad proyectiva. En cuanto al malvado, cada uno tiene el suyo: el malvado es un hombre cuya situación nos presenta a plena luz del día y bajo una forma objetiva las tentaciones oscuras de nuestra libertad. Para conocer a un hombre honesto no hay mejor manera de hacer averiguar cuáles son los vicios que él odia en los otros con más pasión: y se tendrán las líneas de fuerza de sus vértigos y sus terrores, se podrá respirar el olor que apesta a su alma bella.”

(Sartre: *Saint Genet*, Gallimard, pág. 34).

Victoria Ocampo define al espíritu como concordancia con la verdad. ¿Dice la verdad entonces Victoria Ocampo? Lo hemos visto: no. ¿Pero no nos enredamos con el sentido de las palabras? ¿Qué se entiende en *Sur* por “verdad”? La respuesta es simple: la palabra tiene el significado que sugiere la frase “campos de trabajo soviéticos”. La verdad, aquí, es algo que debe ser dicho. Verdad es decir la verdad. Denunciar. ¿Qué? Pues bien: lo inhumano. La verdad que es concordancia con el espíritu que a la vez debe ser lo humano por excelencia, será, lógicamente, denuncia de lo inhumano. Y nada en verdad es más inhumano que la violencia: un hombre castigando a otro hombre, un hombre torturando a otro hombre. Tortura, castigo, violencia: he ahí la zona de la humanidad de hecho —la nuestra— en que la idea de humanidad se asesina a sí misma. La violencia es a tal punto la imagen de lo inhumano para Victoria Ocampo que así se trate de un cochero castigando a su caballo ella ve, y no sin estremecimiento, en el sufrimiento del caballo, el símbolo de nuestra época. Lo que no deja de honrarla. Pero de paso, podríamos saludar aquí, y señalar, la idea de que esa repulsión casi física por la violencia, característica seguramente distintiva de lo espiritual, se da en ciertas personas del modo más accidental, así como “no hay dos personas que tengan las mismas impresiones digitales”, y ya desde la infancia misma de esas personas, “quizás incluso como una advertencia del destino”<sup>8</sup>. Así, y por un lado, la persona recibe el don preciado en la infancia sin mediación de ninguna actividad: el espíritu es un *dato*, algo inseparable del nacimiento de ciertas y determinadas personas privilegiadas así como algo de lo cual ciertas otras personas se encuentran privadas:

<sup>8</sup> *Sur*, ibid., pág. 129.

<sup>1</sup> *Sur*, No. 237, pág. 66.

<sup>2</sup> *Sur*, ibid., *La hora de la verdad*, pág. 2.

“la naturaleza de cada persona”<sup>9</sup>. Por el otro lado en cambio no se es una persona espiritual porque sí: es imprescindible una práctica —la práctica de la verdad, el decir la verdad— y se llega a serlo sobre la marcha: diciéndole verdades, militando en la verdad... Se nos dirá aquí que Victoria Ocampo es de una reconocida, perdonable y aun, encantadora ingenuidad. Pero aquí no se trata de poner en ridículo lo que ya se sabe, sino, y simplemente, de hacer más patente lo que la ingenuidad de Victoria Ocampo trae a plena luz del día. Hacer patente lo que para nosotros constituye una manera general de pensar el mundo, o lo que es lo mismo, de pensarse en el mundo. Esa ambivalencia del espíritu, esa manera a “dos puntas” de ser espiritual, nos entrega una imagen bastante certera de lo que la burguesía entiende por espíritu: cuando una de las dos puntas se hunde siempre la otra queda en la superficie. Vaivén flotante al que Marx llamaba “consolación”. La traición a la verdad, o su omisión, puede pasar así, por una inversión mágica, a convertirse en sustituto de la militancia en la verdad. Y se puede, así, tocar fondo en el espíritu, embellecerlo y profundizarlo, no casualmente diciendo la verdad sino callándola. La verdad no dicha, interiorizándose, se hace más preciosa. Y se llegará al extremo de hacer de la cobardía de callar la virtud sustitutiva de la valentía de hablar: “Últimamente, Martínez Estrada me decía que habíamos sido casi todos cobardes (se refería, creo, a nosotros los intelectuales), pues hubiéramos debido hacernos matar gritando la verdad”<sup>10</sup>. De esta manera, y del modo más grosero. Victoria Ocampo nos refriega el honorable —por cuidadosamente deshonrado— perfume de su espíritu... Y no piense el lector que nosotros reprochamos a Victoria Ocampo lo que ella se reprocha. Para que ella pueda hablar de “gritar” debió estar convencida de que el régimen era algo así como la encarnación del Mal absoluto. Y no es que creamos por optimismo que el Mal no existe pero creemos que si el peronismo ha sido ese Mal al menos es necesario explicar en qué consistía y por qué era absoluto... Mientras tanto y en la práctica, estamos seguros de ganar muy poco asignando por decreto la maldad intrínseca a un régimen, salvo, eso sí, justificar todas las maldades del régimen que lo ha seguido: posteriormente a 1930 los conservadores justificaban su gobierno recordando las deficiencias del régimen irigoveniano. Se comprende por otra parte de dónde sale la manía justificatoria del actual gobierno que chorrea de las páginas de *Sur*: junto al Mal absoluto todo Mal no puede más que adscribirse a lo relativo... En fin, lo que más predispone contra *Sur* es su buena conciencia. Por otra parte, creemos en contra del modo general de interpretar política de las derechas, que la historia tiene sentido: Perón —el aventurero, el hombre sin escrúpulos, sin moral, sin principios, el arribista, el cómico, el “monstruo”, el “personaje craso”, el “anticuado tirano”, el “hombre menos original” que los peores romanos, el falso, el hipócrita, el hombre de la voz “que conocía el registro de todas las infamias”, en fin, el payaso— no explica ni determina los diez años de peronismo que hemos vivido. Si la historia tiene sentido, si de alguna manera se puede hablar de sentido de la historia no se puede hacer de un hombre el productor absoluto de ese sentido sin caer en el absurdo. No se trata de discutir si Perón era un payaso o no. Se trata de describir las condiciones que hicieron posible que un payaso nos gobernara durante diez años, que esa “*illusion comique*” pudiera convertirse en la esperanza del proletariado argentino. Porque es necesario que la historia tenga sentido para poder imaginar la posibilidad de actuar sobre ella —y aun, para que el voto o la simple opinión política puedan levantarse

<sup>9</sup> *Sur*, ibid., pág. 129.

<sup>10</sup> *Sur*, ibid., pág. 7.

sobre el escándalo que significa ya, en las sociedades liberales, el hecho de que se vote o se opine completamente a ciegas. De que se vote trabajando por alguna propaganda o por alguna demagogia... como dicen en *Sur*. Pero se sabe, las propagandas, en las sociedades liberales y democráticas, están en la base de su pundonor por la libertad. La libertad política brota en ellas de la idea de libertad y ésta toma cuerpo en la libertad de expresarse y de hacer propaganda. Es decir: la libertad de trabajar las conciencias. Y dicho al revés: lo que está en la base de las sociedades liberales es el profundo convencimiento. —o la esperanza indomable...— de que la historia no tenga sentido. Pero entonces, y si adoptáramos el punto de vista de *Sur* —el peronismo como Mal absoluto y el azar absoluto que marca su aparición— tendríamos derecho a reprochar a Victoria Ocampo lo que ella se reprocha: su cobardía. Salvo que podríamos reprochárselo en serio para levantar el juego de la autopunición cómplice en la que ella parece complacerse... *Sur* callaba cuando era necesario gritar... ¿pero de verdad no se podía haberlo hecho? ¿Cómo saben en *Sur* que no se habría podido gritar si no lo han hecho? Se nos contestará sin duda que las consecuencias no se habrían hecho esperar: el régimen habría clausurado la revista de inmediato. ¿Pero es seguro? ¿Cómo saberlo? ¿Por otra parte: ¿si la hubieran clausurado, qué? ¿Qué diferencia hubiese habido entre el silencio —doble silencio: sobre la situación política del momento y el silencio metafísico de Murena que constituía el centro de gravedad de la revista —al que *Sur* tenía acostumbrado al lector, y el silencio real, consecuencia de una clausura? ¿Y esa clausura impuesta no habría tal vez alcanzado el corazón del lector mucho más que el silencio? ¿Ese pasaje de lo probable a lo verdadero, de lo imaginario a lo real, no habría por otra parte coincidido con esa necesidad espiritual de sentir la violencia en lo físico, en la carne... de la que nos habla Victoria Ocampo? Pero podríamos sin embargo ponernos de acuerdo en que callar es aún una manera de hablar, que el mejor modo de reprochar a aquel Mal absoluto... era callando sobre su política, que la presencia muda de *Sur* era su modo de comprometerse, que su silencio era su manera de impugnar y de despreciar, y que en todo caso el silencio era dado como condición, impuesto por las circunstancias: el silencio eran ellos y su circunstancia... como habría dicho Ortega y Gasset. ¿Pero entonces por qué llamar “cobardía” a lo que no era más que una contestación real a las posibilidades reales de un momento determinado? Entendamos: en *Sur* no sabrían asignarse a sí mismos ningún tipo de actitud mediocre. Seguramente que se trata de espíritus abisales... ¿Y no es en el borde de dos abismos opuestos donde se sitúa, para Victoria Ocampo, la comunicación humana? Es importante, nos parece, señalar aquí que Victoria Ocampo sólo conoce dos modos de comunicación: el grito y el rezo. Y seguramente: ¿qué podría quedar de la palabra, del modo simple de reciprocidad, en ese espíritu roído por tantas contradicciones? ¿De esa aparición de la cobardía en el lugar donde debería haber valentía? ¿De la toma de conciencia de esa cobardía? Es seguro: confesión, llanto, ruego humilde y altanero a la vez, desafío, orgullo, culpa, desprecio, etc.; resumiendo: hay sólo dos modos de comunicación: gritar o rogar. Gritar, notemos, que es la negación del modo simple de comunicación que es espera de la palabra del otro, simple reconocimiento del otro, para alcanzar a través de él el propio reconocimiento... En el origen del grito está el no reconocimiento del otro. La abolición de la contestación. Gritar es alcanzar al otro en lo que tenga de más esencial, alcanzarlo de un golpe y acallararlo. Más exactamente: herirlo. Herida de lanza o estocada: he ahí la imagen que más perfectamente remeda al grito en el seno de la comu-

como fe en el triunfo de la quietud y de la espera pasiva y como rechazo de toda violencia? La “resistencia pasiva” en Gandhi, para decirlo en lenguaje sartriano, estaba en situación. Representaba la respuesta concreta de un pueblo frente a los imposiciones y las negaciones de la nación colonialista. Era una lección moral ofrecida a la nación opresora —la más inteligente de las lecciones ya que se basaba en el espíritu mismo (“profundamente” cristiano, protestante: “evangélico”) en que Inglaterra se encontraba comprometida por su tradición y por su historia. Pero era a la vez una táctica política, un modo de luchar de acuerdo a una estrategia definida, a fines precisos y a objetivos determinados. La “resistencia pasiva” en boca de Victoria Ocampo se nos ocurre en cambio fantasmal. ¿Quiénes son sus aliados? ¿Quiénes, concretamente, aquéllos contra los cuales lucha? ¿Cuáles son los principios de los otros que ella reivindicaría para sí, al estilo Gandhi, para ajustar el contragolpe? ¿Lucha ella del lado de aquellos hombres que en una sociedad que los niega necesitan de una liberación concreta para ser hombres? ¿Está ella contra esa negación que les viene de una sociedad injusta que los quiere objetos, miseria o ignorancia, cualquier cosa menos hombres? “Perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores”<sup>13</sup> ¿Pero Gandhi, de quién tenía que hacerse perdonar? El “pongo” boliviano, el “roto” chileno, el campesino guatemalteco, ¿tienen acaso deudores a quienes perdonar? Ese lumpenproletariado tan magistralmente expresado por Asturias, ¿qué es lo que tiene que hacerse perdonar? ¿Sus enfermedades, su fealdad, sus robos, sus crímenes? Es estúpido: ellos nacieron en una sociedad que los preparó pacientemente para que no puedan ser otra cosa. ¿Las “hordas peronistas”, ese proletariado —engañado o no, digitado o no— que salió a las calles a quemar iglesias, ¿qué era lo que tenía que hacerse perdonar? A no dudarlo: la falta de delicadeza... ¡Ay de ustedes nuestros queridos socialistas, de ustedes que ayer sufrieron algunas cárceles no demasiado incómodas, posteriormente golpistas declarados y más posteriormente responsables de casi la totalidad de las medidas antidemocráticas de este gobierno democrático, hábiles saltadores de sindicatos, hábiles saltadores resguardados por las fuerzas de la Infantería de Marina, casi-valientes de ayer y cobardes de hoy, sostenedores y justificadores de todas las violencias llevadas a cabo en nombre de la moral y de todas las comisiones investigadoras que aun no han dejado de tener metidas las narices en el sexo de los adolescentes que tuvieron relaciones con Perón, ay de ustedes nuestros queridos socialistas hoy con la mierda hasta los codos y que otrora habían puesto todo el honor revolucionario en el anticlericalismo, de ustedes aquellas “hordas” esperaron algunas palabras de justificación. Era sencillo: a aquel proletariado que quería vencer “saliendo a la calle” había que decirle que así no se vencía. Era necesario decir muy poco: no que la destrucción de los templos, de los cálices e íconos era brutalidad o fealdad, sino que eran ineficaces. No que la dignidad de la cultura o de alguna dignidad sin nombre y emplazada por encima de la cabeza de los hombres adosara ipso facto un juicio moral a aquellas destrucciones. No que la fealdad se asimila a la maldad y el parecer al ser, como en el moralismo más craso. Era simple, había que comenzar por explicarles que tenían razón, que los templos, símbolos arquitectónicos de una moral divina eran a la vez los símbolos de la inmoralidad humana, que la historia de la Iglesia era la historia de la lujosa justificación divina de la opresión humana y que en este sentido ninguna moral podía enjuiciar la destrucción de objetos religiosos —catedral o crucifijo de madera— que tan largamente habían oficiado de “pundonor solemne” a la vio-

<sup>13</sup> *Sur*, ibid., pág. 8.

nicación. En el rezo, en cambio, se trata de hacer presa del otro, pero de distinta manera: envolviéndolo... Cuando oímos rezar, en voz baja, calladamente, las palabras cuyo significado no alcanzamos a entender van entrando en nosotros lentamente, como en contra de nuestra voluntad, nos cubren, nos van ganando como por adherencia física, como en un baño en que el agua fuera subiendo lentamente desde los tobillos hasta terminar por cubrirnos o como en el proceso de una enfermedad en que la fiebre aumenta lenta y sostenidamente hasta que al fin, apresándonos, termina por sumirnos en el desgano y en la postración. Obsérvese que rezo y grito forman una pareja en que el otro es puesto como objeto y nunca como libertad a convencer. Grito y rezo, espada y oración, el guerrero y el santo, o como bien dice Simone de Beauvoir, la bomba atómica y la cultura. Enemigo a doblegar o cuerpo calenturiento, el otro, es en ambos casos suprimido como sujeto. Sujeto de conquista o de misión se tiende a convertirlo en objeto. Conquistadores y misioneros por un lado, seres dignos solamente de ser conquistados o salvajes poseídos por alguna religión pagana por el otro: entre estas dos especies de seres de naturaleza tan desigual es imposible el diálogo. Los segundos serán cuerpos para herir o para probar los adelantos de la técnica o salvajes que desconocen simplemente la lengua de la civilización: es decir, lo opuesto a lo que los primeros entienden por hombre. Y entre un hombre y un subhombre, se sabe, no cabría diálogo alguno. Entre un francés —hombre de la civilización occidental— y un malgache la palabra es imposible: sólo queda la policía y la cruz. Refiriéndose a la posición de los intelectuales de *Temps Modernes* Silvina Bullrich lo ha dicho con el mayor descaro: “...no podrían causarnos gracia esos intelectuales ávidos de una utopía comunista, el ensueño de vivir una igualdad con el último salvaje del África...”<sup>11</sup> ¿Será entonces por casualidad que la estructura del comportamiento colonialista es tan semejante a lo que parece estar constreñida la comunicación para Victoria Ocampo? ¿Será por casualidad que *Sur* tiene en el plano internacional la posición que tiene? ¿Será por casualidad que en *Sur* hablan tanto de “misión”? Victoria Ocampo escribe: “El respeto a la verdad, que define al espíritu es cuestión de educación. Se forma con lentitud en los pueblos”. Entendamos: ¿Qué educación —educación en la verdad— pueden llevar a extender Victoria Ocampo y sus amigos, esa gente que tan desgraciadamente se encuentra expulsada del terreno de la verdad, que por más que quiere decirlo no puede hacerlo, que ¡ay!, pareciera no poder pegarla... con la verdad? Pero entendamos mejor, es fácil: si los pueblos dicen “alpargatas sí, libros no”, los intelectuales de derecha invertirán el eslogan y si los pueblos hablan de su necesidad de liberarse ellos les contestan recordándoles los beneficios de “la inteligencia...” y de la moral evangélica, pero, se sabe, cometiendo el error incorregiblemente burgués de asimilar la inteligencia a la necesidad de permanecer oprimidos...

Pero pareciera que corremos el riesgo de que Victoria Ocampo ni los colaboradores de *Sur* puedan reconocerse en esta descripción, o lo que es peor, que sea el lector quien no pueda reconocer... Del grito que hiere en los oídos a la espada que hiere en la carne y de la espada al guerrero. El guerrero y el santo, decíamos. Sin embargo, Victoria Ocampo dice: “... héroes o santos de la grandeza de un Gandhi”<sup>12</sup> El espíritu de Victoria Ocampo es una gruta con una vuelta secreta y pública a la vez: el héroe, no será el guerrero. Ni la espada ni el nervio definirán al heroísmo. Éste, por el contrario, será flaccidez, pasividad, quietud, “resistencia pasiva”. Pero aún así: ¿resistencia a quién? ¿Con quiénes se solidariza ese espíritu que se autodefine

<sup>11</sup> En “La Nación”, enero de 1956.

<sup>12</sup> *Sur*, ibid., pág. 7.

lencia humana. Había que explicarles que tenían razón. Pero a la vez, había que decirles que de la razón no surge de por sí una táctica. Había que explicarles que estaban equivocados en su manera de tener razón. Había que explicarles que en el juego político los objetivos inmediatos pueden no coincidir con los fines lejanos, o que difícilmente coinciden, y que si los últimos no deben dejar de ser apuntados pueden en cambio traicionar a aquéllos que los desean alcanzar demasiado rápidamente. Había que decirles que no tenían razón en su modo de estar equivocados. Brevemente: había que hacer recordar la experiencia española. Aquellos años de rebeldía y de anarquía incendiaria que terminaron por fortalecer a lo que se quería destruir. Había que decirles, así hubiese sido a posteriori, como lo ha hecho Troiani, que el único resultado de aquellas destrucciones no podía no haber sido el ensoberbecimiento de la Iglesia. Pero ustedes tenían hacerle el juego al peronismo... es cierto: estaban condicionados por una estrategia. Hacían política efectiva ¿Pero y la gente de *Sur*? Se nos dirá tal vez que si escribir no es hacer política efectiva es todavía una manera efectiva de servir a una política o a otra. En tal caso, y una vez caído el peronismo ¿a qué peronismo se teme servir? ¿O es que estos intelectuales, estos tibios intelectuales socialisantes, son tan cretinos o tan reaccionarios como para hacer de la paja quemada y de la fealdad de aquellos muñecos del Luna Park la viva imagen de la inmoralidad? Es lo que parece: ellos hablan tanto de "fealdad"... ¿Fealdad? Imagínense: niñez y mistificación: verdaderamente una mezcla horripilante. La tela humilde y almidonada de los guardapolvos blancos pinchada por algún escudo peronista. Según parece los intelectuales de derecha argentinos, la gente de *Sur*, puede soportar cualquier cosa menos el recuerdo de la educación peronista: era una grosería. ¿Pero de que punto de vista se puede hablar de grosería sino desde el asiento de un espíritu casuístico y profundamente burgués que confunde espíritu con buenas costumbres y con cortesía? "La Razón de mi Vida" como texto escolar. El perfil de Perón en las escuelas primarias: era el escándalo. Una puta y un aventurero en las aulas argentinas: era la ignominia. "Reconstrucción", gritaron las cohortes de señoritas indignadas. "Reconstrucción": la palabra fué retomada por ciertos círculos de intelectuales de ideas muy confusas. ¿Mayo o el 53? Mayo, sin duda: entonces las cosas eran mucho más claras, más puras. ¿Mayo o fundar alguna sociedad pro defensa del candor infantil y de la virginidad de la juventud? Ah: una cosa no excluye a la otra. Mientras tanto algunos padres concientes retiraron a sus hijos de las escuelas del estado. "Soberanía Política, Justicia Social, e Independencia Económica": era la mistificación. "¿Y los héroes, los héroes de verdad?", grita con una histeria perdonable Ernesto Sábato, ese anaquista que la sociedad gracias a Dios ha podido recuperar. "Restitución", clama Massuh, "... sólo queda una tarea perdurable: la educación de las masas para el civismo. Las resistencias que es preciso vencer tocan a la formación espiritual del pueblo argentino. Es urgente inculcar que tenemos una historia, un hogar altivo, unos cuantos nombres venerables, y un santo fervor que no se ha hecho para una minoría sino para todos los hombres y mujeres de nuestra patria". ¿Soberanía política, etc., etc.? "Ya nos hemos olvidado de aquella curiosa doctrina nacional que había soslayado todas nuestras esencias", continúa Massuh con calma sabiduría. Pero en serio: ¿y esto? Esencias, santidad, historia, fervor, héroes, patria, hogar: perfectamente las palabras de orden de toda burguesía. ¿No les parece a ustedes estar escuchando la voz de Mario Amadeo? En fin, ¿no será que los hombres de élite, progresistas o conservadores, liberales o totalitarios, socialistas o católicos, terminan todos por parecerse? "Educar a las masas, espiritualizarlas", piden

angustiosamente nuestros espíritus refinados. Ah, uno tendría ganas de recomendarles que se callen: la trampa es demasiado vieja ¿Las masas? No: nosotros no dejamos de amar los matices: sabemos que hay diferencia entre un obrero metalúrgico y un bajo empleado administrativo o entre un pequeño comerciante y un campesino. Pero aunque no dejemos de recordar las diferencias entre la conciencia que cada uno de ellos tiene de sí mismo tampoco olvidamos que todos, en una sociedad burguesas, pertenecen a la misma zona de la realidad: son explotados. En cuanto al grado de cultura o a la conciencia de sí y de la sociedad con la que cada uno de ellos regla su modo de vivir, sus aspiraciones y hasta su modo de morir, tampoco olvidamos que ella es la otra cara de su situación concreta. ¿Educar, llevar la cultura a las masas? En fin: en una sociedad burguesa, gobernada, sostenida, justificada, conservada y glorificada por la burguesía la cultura que las élites podrían facilitar al proletario no podría no ser una cultura burguesa. De hecho el proletariado ha recibido y recibe en su conciencia el impronta de la autoglorificación de la burguesía. El hombre proletario, alienado ya que no puede como hombre ser sí mismo en tanto que las clases superiores lo despojan del fruto de su trabajo, está en verdad doblemente alienado puesto que la cultura que fluye de las clases gobernantes y que se filtra hasta el último rincón de su conciencia, le enseña a avergonzarse de sí mismo, le dice de los modos de la humildad, o como la humildad es una virtud, a enorgullecerse —tal el fenómeno de los últimos tiempos— pero siempre a condición de que no vuelva los ojos a su propia verdad, que es su despojo. En las sociedades burguesas sólo hay una cultura vigente y de ella y sin alternativa el proletariado se encuentra obligado a alimentarse. En cuanto a las élites, lugar sagrado del nacimiento de esa cultura, hoy no tienen más que extender de derecho esa cultura que de hecho vive enraizada en todas las clases sociales. Dicho de otro modo: lo que hoy las élites buscan no es meter en la cabeza lo que los hombres ya tienen sino, y sencillamente, evitar que éstos lo tiren a la basura. Y dicho de otro modo: la cultura hoy parece no poder colocarse en otro lado que en la vereda opuesta a todo intento de liberación... Y en tanto las élites ponen todo su pundonor humanista en extenderla, en tanto ese pundonor les haga entender esa tarea como una misión, la más alta, la más desinteresada, la más pura, la educación, en verdad y de esa mezcla solemne de educación y misión, dado el estado actual de las sociedades, no podrá salir más que el justificativo de la opresión. Algo muy semejante al sostén espiritual de toda empresa de colonización. Así, creemos que sólo hace falta un poco de buena fe para no cerrar los ojos a lo que representa sin duda una de las más cantantes contradicciones de las sociedades liberales: la falta de una cultura que atiende de verdad los intereses del proletariado. La falta de una cultura proletaria. Es cierto que si pensáramos en el arte, la contradicción se tornaría tal vez insalvable. La pintura y la música, hoy, evolucionan a saltos: el arte moderno que obedece a su propia dinámica, es revolucionario. Pero *revolución* aquí quiere decir *especialización*. Todos podemos escuchar Bartok o Schoenberg pero para llegar a ellos verdaderamente se hace necesario que nosotros a nuestro turno, tengamos una cultura musical especializada. El proletario, así, parece estar condenado a permanecer fuera de esa zona de especialización. A la inversa, el artista, y en cada avance técnico, hace la experiencia de que la otra cara de su progresión es su alejamiento de la masa. Pero no se trata de esto, aquí. Contradicción, decíamos, en tanto que las sociedades liberales que dicen de su respeto a todas las representaciones carecen de una cultura proletaria. En el mundo de la cultura vigente el proletario carece de representación: cuanto más existen sólo pequeños núcleos de obreros que habiendo

tomado conciencia de la situación de su clase pueden iniciar, de por sí, una conquista del terreno de su propia conciencia: son los militantes de los partidos revolucionarios. En tanto que en general y en la conciencia de cada proletariado la cultura burguesa permanece fuertemente aferrada. Nadie va en contra de sus propios intereses más que el propio obrero, decía Marx. ¿Y qué quiere decir esto sino que es necesario ayudar al proletariado a liberarse de lo que tiene en la cabeza y que esa liberación no puede venir sino del cotidiano desenmascaramiento de las ideologías burguesas? ¿Y qué es ese desenmascaramiento sino un simultáneo poner en la cabeza del proletariado la negación a dar un paso más allá de sus necesidades económicas? ¿Y cuál puede ser el resultado de esa negación sino una progresiva politización del proletariado? ¿Y qué es esa politización sino la comprensión de la necesidad de reivindicar continuamente el derecho al control de los medios de producción? Pero detengámonos: por sintetizar nuestro pensamiento corremos el riesgo de caer fuera de la órbita de interés del lector. Por otra parte hablamos de "cultura", y se sabe, esa palabra eriza a las almas delicadas. Pero cuando Massuh dice que aquella "doctrina curiosa" ya ha sido olvidada, ¿quiere indicar algo distinto a la necesidad imperiosa de despolitizar? Pero el caso de Massuh podría ser perdonable: las almas escandalizadas desprecian los matices. ¿Se habrá dado cuenta Massuh de que aquella "curiosa doctrina" por ejemplo, y así sirviera a los fines de propaganda del régimen, no causaba daño alguno a los niños argentinos, y que por el contrario, los ayudaba a elevarse, por primera vez en la historia de la educación primaria argentina, a la conciencia de los problemas políticos inmediatos del país? Pero Massuh habla en representación de la historia argentina y uno se pregunta si sus fines no apuntan a señalar la necesidad de que tanto el proletariado como la clase media sean educados en el olvido de los problemas del presente. Y cuando el mismo Massuh habla de "resistencias que es preciso vencer", en un momento en que las resistencias casualmente se van venciendo... ¿no estará indicando la justificación del uso de la violencia? ¿Sabrán Victoria Ocampo, Massuh y los demás colaboradores de *Sur* del número de "personas humanas" que hoy llenan nuestras cárceles? "En la cárcel, uno tenía por lo menos la satisfacción de sentir que al fin tocaba fondo, vivía en la realidad. La cosa se había materializado. Esa fué mi primera reacción: ya estoy fuera de la zona de falsa libertad; ya estoy al menos en una verdad..."<sup>14</sup>, escribe Victoria Ocampo. ¿No será tal vez, que hoy, esté ella en la "zona de falsa libertad" y otra gente "en la realidad"? Y

<sup>14</sup> *Sur*, ibid, pág. 5.

## Aventura y revolución peronista

### Testimonio (x)

YO era todavía chico cuando el advenimiento de Perón. He pasado, por lo tanto, esos años frenéticos y desordenados en que intentamos comenzar a vivir en momentos en que mi país intentaba otro tanto. Toda una generación —que es la mía— está indisolublemente unida al peronismo para siempre. Podemos apoyarlo o combatirlo, cruzarnos de brazos creyendo que todo da lo mismo, pero no podemos prescindir de él. Es nuestro lote. Está ahí, ineludible como una esfinge, y tenemos que develar su enigma para saber lo que somos. Por eso, al hablar del peronismo, no podré prescindir totalmente de mí. Toda experiencia concreta envuelve a la vez al sujeto y al objeto.

En descripciones que los demás hacen de nuestra propia

si fuera así, ¿el número especial de *Sur* no sería exactamente un "testimonio"? Algo así como un tiro que salió por la culata... ¿En el fondo inconfesado del corazón de estos intelectuales no habrá como una oscura nostalgia, como el deseo cumplido sólo ahora de trocarse en siervos de algún gobierno? ¿Añorarán ellos la época de oro en que Corneille, con la mayor dignidad, hacía de la aparición del Rey en sus piezas la aparición misma de la dignidad, de la moralidad y de la luz? Resumiendo: si la "resistencia pasiva" no se opone a la violencia ni sirve para luchar del lado de los oprimidos, ¿para qué sirve? ¿De cuál lado se pone? Se sabe: hoy, la burguesía, ante el continuo derrumbe de sus mitos y sumida en la mala conciencia, tiene miedo. El miedo, por otra parte, no es más que una de las manifestaciones de la necesidad de preservación: la cara patológica del conservadorismo. El miedo es miedo a ser despojado: para temer perder hay que comenzar por tener qué perder. ¿La "resistencia pasiva" de que nos habla Victoria Ocampo es la "resistencia pasiva" de Gandhi? Aquella se definía no por la preservación ni por la defensa de lo que se tenía: era una lucha por aquello de que se carecía. No era un modo de recular: era una manera de ganar terreno. En *Sur* juran por el "libre pensamiento", por "occidente", por la "persona humana". Pero desgraciadamente y de hecho el proletariado se encuentra excluido de esa zona de valores celestes. De hecho y por propia decisión: la toma de conciencia de clase es a la vez que la afirmación de la propia carencia de humanidad la negación de los valores que niegan esa afirmación. O lo que es lo mismo la negación de la negación llevada a cabo al nivel de esos valores. Pero es cierto: hoy aquéllos que hablan de "persona humana" también hablan de satisfacer y de atender a los intereses del proletariado. ¿Pero cuál puede ser el interés del proletariado sino el de suprimirse a sí mismo como proletariado? Brevemente: cuando Victoria Ocampo habla de "resistencia pasiva" hay que entender la expresión estricta y limitadamente, sin pensar en Gandhi: quietud, lasitud, conservación, preservación por el ahorro de movimientos, silencio tembloroso, temor, reculones... Pero no se crea: Victoria Ocampo no es tan fiel a sus propios principios. Ella comprende que a veces, la actitud moral que supone la "resistencia pasiva", la denuncia y la condena de toda violencia, deben ser abandonadas: entonces retorna la fascinación por la espada, y el guerrero, el "héroe" armado, ocupa el puesto que le correspondía como sucedáneo del grito, y entonces, Victoria Ocampo, con el pulso tembloroso, escribe: "... si el impulso de algunos hombres que se jugaron la vida no hubiera intervenido..."

OSCAR MASOTTA

ra son parciales. Pero creo que no basta con ver la verdad —tarea que puede realizar cualquiera de esos historiadores bien informados e imparciales—, sino que es necesario verla desde el punto de vista, único e intransferible, que ocupamos en la sociedad, en el mundo. Lo contrario es colocarse fuera de lugar, es decir, caer en la utopía. Por eso creo que también mi limitado punto de vista es imprescindible en el conjunto, y por eso, prescindiendo de estadísticas y de documentos que podrían rectificar y corregir mi óptica, prefiero basarme sólo en las experiencias singulares y concretas en que he tomado contacto con el peronismo. Lamentablemente, sólo podré mostrar una cara de la realidad. Sólo Dios podría ver las múltiples facetas en que ésta se quiebra, colocando en su sitio las contradicciones. Pero con la desaparición de la teología debemos resignarnos a ver insatisfecha para siempre nuestra esperanza de verdad absoluta.

Si no queremos caer en mistificaciones, debemos aceptar de una vez por todas que la imparcialidad histórica no triunfará nunca de la pasión partidista. Al pensar, no podemos limitarnos a pensar, por eso no se busque en mi descripción del peronismo sino una historia de mis odios, de mis esperanzas, de mis mitos, de mis contradicciones, de mis injusticias, de mis errores, un trozo, en suma, de una autobiografía mental, de una confesión indirecta, del diario de una turbulenta adolescencia, a la vez personal y nacional. Es decir, el relato de cómo el peronismo se ha revelado en la conciencia de un muchacho porteño, perteneciente a la clase media, autódidacta y con una pretenciosa intención de lucidez, de sinceridad y de generosidad hacia el prójimo.

Empezaré por ahorrarle el trabajo a esos psicólogos tan en boga, que seguramente querrán explicar mi justificación del peronismo diciendo, desde un comienzo, que en efecto soy un resentido. Sí, tal vez, todos los peronistas y los que de un modo u otro los apoyan son unos resentidos, incluyendo al propio Perón.

Ya conozco todos los argumentos: que los obreros son peronistas por egoísmo, por envidia, por sed de venganza hacia un orden que los trató cruelmente; que algunos neuróticos políticos de la pequeña burguesía —como yo— se han hecho filoperonistas o camaradas de ruta del peronismo por simple afán de destrucción. Por molestar a sus madres burguesas, a sus madres católicas, a sus profesores "bien pensantes", a los excusitos autores de los libros que leían. O porque odiaban a su madre y vieron en el dictador a un verdadero padre. O porque un hermano menor los hizo sentir desplazados, o uno mayor rezagados. O porque un ultraje sufrido en la infancia los hizo masoquistas o sádicos. O porque un sentimiento de inferioridad los llevó a desear la seguridad y la nivelación de un sistema totalitario. O porque una combinación de circunstancias incontrolables los hizo homosexuales o eróticamente impotentes. O porque una excesiva pigmentación de la piel los ha hecho sentir distintos de los demás hombres, apartados como leproso, cargando el cartelito ignominioso de "cabeza negra".

Desnudos ante la mirada implacable del psicólogo, los peronistas no pueden verse sino tal como los ven: resentidos, rencorosos, envidiosos, inferiores, fracasados. Cada uno, desde el líder hasta el último de sus colaboradores, trabaja en la revolución para alimentar un vicio cualquiera o mantener oculto un fracaso. Sí, es verdad; el peronismo aglutinó a su alrededor todo ese submundo de desasimilados, de desclasados, de marginales, de tránsfugas, de "incomprendidos", de separados y separatistas, de intocables. Formaron sus filas todos aquellos que no podían agregarse a ningún grupo porque nadie los quería y estaban por eso más solos y desamparados aún que el proletariado o las minorías raciales y étnicas: exnatriados, vagabundos, burgueses en decadencia, chicos abandonados, mujeres desencantadas, viejas bordoseras, lisiados físicos y morales, intelectuales fracasados, revolucionarios profesionales disueltos a venderse, trabajadores de cosas impuras: sirvientes, espías, policías, en fin, el "lumpenproletariado", la clase de los que no encajan en ninguna clase, bohemios, ciudadanos de la tierra de nadie de la sociedad, cesantes de cualquier cosa, echados de cualquier lugar que no sabían para qué lado mirar, desesmerados arriesgando todo que no pierden nada. ¡Cómo no iban a aferrarse a su resentimiento estos nariás, si era lo único que los dignificaba en un mundo de injusticias y opresión! Cuando se vive en una cloaca, la meta es la mejor equinada para subsistir.

El peronismo hizo que se volcara en las calles, que buscara un lugar al sol todo ese mundo de resaca... El peronismo fué su gran oportunidad. Perón hacía por ellos los

gestos que ellos hubieran querido hacer, pero nunca se hubieran atrevido. No importa que el Jockey Club o las iglesias fueran quemadas por "agitadores a sueldo" bajo las órdenes directas de Perón. El odio popular era falso en los hechos, pero verdadero en lo íntimo del corazón. Era como si cada uno hubiera llevado una tea encendida en sus propias manos. Todos se sentían un poco responsables.

Eva Perón, que era como ellos, que era una de ellos, los alentaba. Era la que había llegado y vengaba a todos los que no habían podido llegar. Encarnaba verdaderamente a la esperanza, porque era la que había ascendido desde la cueva hasta la fiesta deslumbrante. Su triunfo era un poco el triunfo de todos, aunque los más sólo pudieran participar de la fiesta a través de las ventanas. Las pieles y las joyas de "la primera descamisada" no la separaban de los auténticos descamisados, por el contrario, la acercaban aún más, todos podían compartir un poco ese lujo, que antes nunca habían podido ver de cerca. La consagración de Evita, ese poder mágico, ese mana, esa impersonal y difusa influencia sagrada que le fuera conferida, no era un poder propio de su persona, sino un poder social que le llegaba gratuita y desproporcionadamente de la atención, del mimo del pueblo. No importaba el espejo: los adoradores se arrodillaban delante del reflejo de su propia potencia colectiva, y la encarnación de esos poderes podía ser cualquiera. Lo que Evita era efectivamente... no importaba nada. Lo único que importa era que había llegado y que los demás reconocían sus atributos de Cienicienta colectiva.

Para un proletariado andrajoso, sin medios de acción directa —huelgas, agitación, etc.—, la solución de sus problemas no será ya ese lento y paciente trabajo a realizarse en la historia que es la revolución, sino la absurda generosidad de la magia que cumple inmediatamente, y sin esfuerzos, los deseos más descabellados. Las féricas construcciones de la Fundación y los regalos salidos como de una bolsa mágica no podían solucionar efectivamente ningún problema. eran un gesto. Evita —"lumpenproletaria" también ella— no necesitaba obrar, le bastaba con hacer el gesto despoético y destructor de la dádiva. El gesto era su acto devenido objeto. Ella misma había terminado por convertirse en un objeto immanente que podía resumirse en un nombre: "De aquella mujer sólo se sabe que el pueblo la llamaba cariñosamente Evita".

Es posible también que Eva Perón se hiciera lo que nunca había sido antes —reformadora social, tribuno popular, oradora, dirigente gremial, viajera, escritora, polemista—, para vengarse de todas las humillaciones y ofensas sufridas en su oscura vida de actriz fracasada, como nos lo explicas los psicólogos del antiperonismo. Es posible que optara por cruzar el puente de Avellaneda porque le cerraron las puertas del barrio Norte. Es probable que también influyera su infancia miserable, su condición de hija natural, de hermana menor, de provinciana, y en última instancia, de mujer...

...Del mismo modo podemos explicar que la dudosa ascendencia de Perón hizo de él un incendiario, destructor de monumentos históricos y de documentos tradicionales que constituían la prosapia de una vieja y orgullosa oligarquía.

Pero las historias clínicas del laboratorio experimental no nos explican por qué razón Perón y Evita eligieron ese modo peculiar de sublimación y no otro cualquiera. Tampoco nos explican —al mostrarnos en Perón y en Evita a dos paranoicos, exhibicionistas e histriones— cómo esos dos seres grotescos, dignos de lástima, han podido cambiar el curso de la historia de su país y definir con su nombre toda una época. ¿Por qué extraña razón un pueblo eligió para su conducción a un aventurero y a una mundana? ¿Será tal vez que el pueblo entero se había vuelto loco? Pero como ya Marx ha visto refiriéndose a Luis Bonaparte: "No basta con decir, como hacen los franceses, que su nación fué sorprendida. Ni a la mujer ni a la nación se le perdona la hora de descuido en que cualquier aventurero ha podido abusar de ellas por la fuerza. Con estas explicaciones el problema no se resuelve; no hace más que cambiar de fórmula. Quedaría por explicar cómo tres caballeros de industria pudieron sorprender y reducir a cautiverio sin resistencia a una nación de treinta y seis millones" (*El 18 Brumario*). Tal vez tengamos que aceptar, aunque no comprendamos claramente las razones por ahora, que en determinada circunstancia resulta una conveniencia histórica ser gobernados por un aventurero y una mundana.

La psicología utilizada como arma para denigrar al adversario resulta un arma de doble filo. Aislado a Perón de las condiciones históricas que hicieron posible su encumbramiento y concibiéndolo como un aerolito miste-

riamente caído del cielo, se lo engrandece en lugar de empedreñarlo, pues se le atribuye un poder personal de iniciativa sin paralelo en la historia universal. Se cae en la mentalidad primitiva que atribuía los fenómenos de la naturaleza a entidades individuales materializados bajo la forma de fieras o de fetiches.

Vemos, pues, que el misterio inefable del acontecimiento histórico se le escapa de entre las manos al disecador antiperonista. Los muertos que ha matado gozan de buena salud. No son meras apariencias que se evaporan ante el foco potente de un análisis. Están ahí, hay que mirarlos a la cara, como se mira a los vivos. Hay que decidirse a hablar con ellos y a responderles, hay que entrar en la discusión inmanente de los problemas que nos proponen, en el enjuiciamiento objetivo, en la valoración intrínseca de su obra. La mirada oblicua del psicólogo sólo ve las motivaciones secundarias de una acción, pero todo hombre tiene derecho a ser juzgado por el significado manifiesto de su acción y no por las intenciones tal vez inconscientes. Porque todo hombre trasciende perpetuamente sus móviles, dándose libre y conscientemente los motivos de su acción.

Del mismo modo, una revolución no es un movimiento dialéctico de doble faz: la subjetividad de los móviles personales, es decir, la libre elección de un hombre solo; la aventura y la objetividad de los fines revolucionarios: es decir, la militancia conciente y responsable; es decir, la solidaridad. La psicología y la política se influyen mutuamente, pero ninguna de las dos es reducible a la otra. La biografía del político no determina al acontecimiento histórico aunque ambos se relacionan.

Admitamos que una infancia sin afectos en el seno de una familia irregular, en la soledad de un pueblo de provincia, llevara tanto a Perón como a Evita —sus orígenes fueron similares— a buscar por todos los medios el amor y el anlauso universal, para sentirse acompañados. Que hayan buscado, antes que nada, una manera individual y solitaria de justificar su propia vida, de afirmar su personalidad. Que sus acciones estuvieran iluminadas por el interés egoísta de dejar un recuerdo inolvidable de su paso por la historia, de ver sus nombres perpetuándose en la forma de un símbolo. Que no era la comunicación en la fraternidad, es decir, en el abandono en el prójimo de sí propia lo que buscaban, sino la comunicación en la gloria, donde se existe para los demás sin necesidad de renunciar a sí. Que buscaban escapar a su aislamiento por medio de la acción, va que la acción crea un lazo espontáneo entre los hombres. Que el fin de su acción no era el fin de la revolución —cambiar el mundo—, sino la acción misma, porque es la acción la que justificará la comunicación. Que actuaron para salvarse individualmente eligiendo un tanto al azar un fin para obrar, exactamente como lo hacen los miembros de cualquier movimiento puramente destructivo, social, anárquico.

Pero a diferencia de éstos, Perón y Evita vieron que, para que su sacrificio no fuera solamente un suicidio que no deja recuerdos, necesitaban justificar la acción, que a su vez los justificaría. Toda la pasión, toda la rebeldía, todo el heroísmo de estos destructores era absurdo y vano, pero se apoyaba en la esperanza totalmente sincera del proletariado y coincidía, aunque sólo fuera tangencialmente, con una lucha que tenía auténtica razón de ser. Esa esperanza y esa razón de ser de las que carecen los proyectos individuales de los aventureros...

... Ese esfuerzo que hicieron por unir su aislamiento personal con la fe en lo colectivo convirtió la rebeldía sin norvenir, el gesto gratuito del aventurero, en el acto auténtico del revolucionario...

... La historia, para nuestro psicólogo antiperonista, es un calendario, una historia al menudeo, como la de los textos escolares que explican la revolución francesa por el collar de María Antonieta, o la guerra del 14 por el asesinato del archiduque, confundiendo así los pretextos con las causas reales. Una historia psicológica, individualista e irracional, una serie vixtanuesta de acontecimientos...

... No niego los hechos: fué el auge del nazismo lo que determinó el golpe del 4 de junio, y por ende la rápida ascensión de Perón. Pero este es sólo una causa exterior, circunstancial, que no puede por sí sola engendrar ningún acontecimiento histórico de trascendencia. No puede ser tomada, por lo tanto, aislada, sino unida a las causas internas que son las esenciales. A saber: el desarrollo de una industria nacional chocó con el carácter de dependencia de los monopolios imperialistas (causa económica) y, por ende, debió oponerse a la oligarquía agropecuaria, principal sostén del imperialismo (causa política). Ese mismo desenvolvimiento industrial sustituyó al desarraigado proletariado "golondrina" de un proletariado nacional, con

más interés que la propia burguesía en llevar la revolución nacional democrático-burguesa antioligarquica y antiimperialista, hasta sus últimas consecuencias (causa social). Estas causas tenían la suficiente fuerza como para hacer un 17 de octubre, aunque no hubiese existido Perón ni la embajada alemana. Perón no inventó el peronismo; por el contrario, puede decirse que ese conjunto de condiciones políticas, económicas y sociales que es el peronismo lo inventó a Perón, encontró en él una forma de expresión y un nombre, que podría haber sido cualquier otro.

Perón venía a representar los intereses de la incipiente industria nacional y al mismo tiempo los ideales del proletariado. Era a la vez la dictadura de la burguesía y el embrión de un poder popular. Un hombre tan simple como Perón adquirió, de ese modo, una importancia tan compleja en el desarrollo del país porque no pertenecía a ningún partido —salvo el de él mismo— ni era nada del todo, ni un oligarca, ni un verdadero burgués, ni mucho menos un proletario, ni demasiado pobre, ni demasiado rico; era el único que estaba capacitado para representarlos a todos a la vez y aun a sí mismo, sobrepasando las contradicciones históricas. Balanceándose ágilmente va sobre un pie, ya sobre el otro, Perón trató durante diez años de mantener un equilibrio imposible, y en el que tendría fatalmente que resbalar algún día...

... Es, precisamente, el deseo de independencia personal de los dictadores lo que los lleva a oponerse a la legalidad constitucional —mediante la cual los opresores han justificado y santificado siempre la opresión— y encuentran por ello simpatía entre los oprimidos. El pueblo ve en ellos una especie de bandido romántico a lo Robin Hood que roba y engaña a los ricos para favorecer a los pobres. De ahí el rol democrático que, sin proponérselo, juegan a veces los dictadores desde Julio César a Perón...

... Los amateurs del pensamiento por analogía, que gustan comparar a la Revolución de Mayo con la revolución francesa, y a Moreno con Rousseau, se empeñan en comparar al peronismo con el nazismo y a Perón con Hitler o Mussolini, haciendo tabla rasa de las circunstancias particulares y del momento histórico inmediato y trasplantando mecánicamente un esquema que no corresponde a nuestra situación concreta...

... Si juzgamos a los hombres por sus similitudes puramente exteriores y sus características más pintorescas y divertidas, ¿por qué comparar a Perón precisamente con Hitler o con Mussolini? Del mismo modo hubiéramos podido compararlo con Stalin o con Napoleón o con Cromwell, o con Alejandro, o con Nerón, o con Atíla. Al fin todos los dictadores tienen rasgos parecidos. Pero también todos los hombres tienen algún rasgo parecido. La analogía es una tentación constante de la mente humana y se halla en creencias primitivas, como el ritual mágico y la superstición sobrenaturalista. La comparación no puede substituir a la prueba, cuanto más administrará un indicio, una sugestión, pero puede ser falsa, la luz que parece irradiar puede ser tal vez la de un fuego fatuo. Es necesario, por lo tanto, comprobarlo concretamente antes de poder hablar de demostración...

... Si, por el contrario, juzgamos a los hombres y a los acontecimientos, no en base a ideas fijas e inmutables, sino a su situación concreta y actualizada de acuerdo a la incesante y desconcertante transformación de la vida, comprobaremos que la historia nunca se repite y que cada acontecimiento histórico es único e intransferible. Comprobaremos entonces que no deja de ser una grosería comparar al peronismo con el fascismo...

... Las diferencias o similitudes entre dos tipos de política no están determinadas por su mayor o menor inclinación hacia las formas democráticas o totalitarias, sino por su relación con las tres clases sociales: burguesía, clase media y proletariado, y esa relación separa más aún al peronismo del fascismo. El real carácter antiobrero del fascismo, a la vez que su vana prédica antiplutocrática, le dió el apoyo de los empleados, los funcionarios, los pequeños comerciantes, los artesanos, los pseudos intelectuales, de toda clase de difícil ubicación y de ambigua posición, de esa clase sofocada, emparedada entre los demasiado ricos y los demasiado pobres...

En la Argentina, por el contrario, la clase media es la clase antiperonista por excelencia. El peronismo, en consecuencia, se apoya en los obreros y llega a utilizarlos como fuerza de choque contra los universitarios pequeños burgueses...

... El antiobrismo de la clase media llegó a su punto culminante, bajo el régimen peronista, pues mientras la inflación la hundía vertiginosamente —a causa de su individualismo, aislamiento y desorganización gremial— veía a



la clase obrera unida, organizada y desafiante, elevarse a un nivel de vida muy superior.

A la pérdida de pequeños privilegios económicos —mejor vestimenta, veraneos, posesión de heladeras eléctricas y otros artefactos de lujo— que la colocaban por encima del proletariado, se sumó la pérdida de pequeños privilegios psicológicos, tales como el superior prestigio del trabajo intelectual sobre el manual. La oligarquía había fomentado ese fácil orgullo, logrando así la desunión entre dos categorías de explotados. Dividir para reinar ha sido siempre un instrumento eficaz de la opresión, conceder privilegios a un grupo a expensas del grande. El más pobre, el más mediocre, el más afortunado de los pequeños burgueses podía sentirse superior, por lo menos, frente a un obrero, del mismo modo que el blanco pobre del sur de los Estados Unidos se siente superior frente al negro, o el más débil de los hombres frente a la mujer, o el inseguero de su virilidad frente al homosexual, o el ario desarrraigado frente al judío. El obrero era el chivo expiatorio de la clase media. Era, pues, inevitable, que ese proletariado de cuello duro, cuyo único consuelo era distinguirse del proletariado sin camisa, se convirtiera en el más encarnizado enemigo de un régimen que los mezclaba sin discriminación.

Ese odio tan irracional y difuso de la clase media — como en verdad es odio de sí misma— encuentra frecuentemente su forma de expresión en el racismo. Entre nosotros, a falta del judío se volcó sobre el “cabecita negra”, que representaba a la vez la industrialización del país —a causa del empobrecimiento de la clase media— y el surgimiento de un proletariado genuinamente nacional. La asimilación del emigrante de las provincias al proletariado hizo que se terminara por colgarle el despectivo mote de “negro” y “negrada” a todo obrero, aunque fuera rubio y con ojos celestes.

El oligarca que se mueve en un mundo de barrios apartados, de casas herméticas, de automóviles y de boîtes nocturnas, no tiene casi oportunidad de encontrarse en su camino con un “cabecita negra”, lo ignora, por lo tanto. El verdadero antiobrерista, el verdadero anticabecita negra es el empleado, que debe viajar en colectivo sintiendo los malos olores del cabecita negra, es la familia pequeño burguesa que vive al lado del conventillo, que tiene a la sirvienta —cuando la tienen— viviendo en la misma pieza.

El traslado de los “cabecita negra” del campo a la ciudad y del proletariado en general desde barrios y pueblos suburbanos hasta el centro creó una nueva ciudad hosca y anónima, llena de barullo, de aglomeraciones, de mal olor y de “estrenitos mal gusto”, como dijera Lonardi. Era la destrucción de aquella otra ciudad de las pacíficas costumbres y de los elegantes gestos, en que los porteños podían darse el lujo de sentir las exquisitas angustias de una suntuosa soledad. Ese porteño ya no podía acomodarse en la mesa de un solitario café, porque en la mesa de al lado los “cabecita negra” se emborrachaban. Ya no podía viajar solo en los trenes que lo llevaban a solitarias playas, ahora convertidas en kermesses como consecuencia de las vacaciones pagas y los aguinaldos. Ya no podía pararse a esperar en la esquina de Corrientes y Esmeralda, porque lo empujaban, ni caminar porque le obstruían el paso, ni viajar porque todo venía lleno. Como decía la abuela de una pieza teatral porteña: “Cada día hay que hacerse más chica, y tampoco así se puede”. Se había roto ese invisible cordón sanitario que impedía a los hombres en mangas de camisa —en épocas en que no había sido aún inventado el ademán provocador de sacarse el saco, porque los que debían hacerlo no lo tenían— caminar por ciertas y determinadas calles, las calles poéticas por donde paseaban su angustiada pero infinitamente querida soledad, los que sí tenían saco. Es lamentable pero inevitable: siempre el paraíso de unos es el infierno de los demás.

Finalmente, el fascismo, puede definirse, y en eso reside, para mí su rasgo más nefasto, por su espíritu de seriedad, es decir, por el sacrificio que hace de la libertad y de la subjetividad humanas en aras de valores que, santificados por el respeto se aparecen como absolutos e incondicionados: la superioridad de la raza, la bondad de la Religión, la moralidad de la familia, el carácter sagrado de la Propiedad, la necesidad del Orden y la de Jerarquía, la superioridad del Pasado sobre el Presente, etc.

Si hay algo que se encuentra en las antípodas de esa rigidez, solemnidad y tesitura monástica y colonial que representa el espíritu de seriedad católico-fascista, es precisamente el peronismo.

Quienes pretenden comparar la persecución a los católicos del peronismo con la persecución a los judíos de los nazis olvidan que el antisemita persigue en nombre de valores intransferibles que sólo él posee, de una esen-

cia eterna de que está excluido para siempre el judío. Pero entre nosotros, los altaneros poseedores exclusivos de esa esencia son, precisamente, los católicos, por lo que la destrucción de una iglesia tiene el signo totalmente contrario a la destrucción de una sinagoga.

Los pocos valores tradicionales que momentáneamente, y por razones meramente tácticas, impuso —por ejemplo, la enseñanza religiosa— terminó traicionándolos. Las cuatro leyes peronistas: voto femenino, divorcio, reconocimiento de hijos naturales, y profilaxis, constituyeron implícitamente un atentado al orden moral sustentado sobre los pilares: Dios-patria-hogar.

En *La razón de mi vida*, texto oficial de lectura para la Universidad, colegios secundarios y hasta primarios, su autora o inspiradora se burla abiertamente de las convencionales normas sociales y de toda mojigatería: “Yo he sido siempre desordenada en mi manera de hacer las cosas —dice—. Me gusta el desorden como si el desorden fuera mi medio normal de vida. Creo que nací para la revolución. He vivido siempre en libertad. Como a los pájaros, me gusta el aire libre del bosque. Ni siquiera he podido tolerar esa especie de esclavitud que es la vida en la casa paterna o en el pueblo natal... Muy temprano en mi vida dejé mi hogar y mi pueblo, y desde entonces siempre he sido libre. He querido vivir por mi cuenta, y he vivido por mi cuenta.” Esto se leía en las escuelas, en donde hasta entonces la escala de valores iba desde la ciega imitación a los arquetipos, modelos de perfección que eran el padre, la maestra y el prócer, hasta la suprema virtud de tener las uñas limpias y los zapatos lustrados, porque eso era lo que había soñado Sarmiento.

Por su parte, Perón, en sus discursos a la juventud, no hablaba de obediencia ni de respeto a los padres o a los superiores, por el contrario, los incitaba a abrirse paso por sí mismos, sin ayuda de nadie, apartándose de las sendas trilladas, para seguir la suya propia...

Reforzando la teoría, las reuniones nudistas de la U.E.S. contribuían a paganizar vertiginosamente al país. Los honestos padres de familia que mandaban a sus hijas al colegio de monjas debieron resignarse a verlas sin trecintas y sin medias negras haciendo gimnasia delante del gran sátiro. Hasta la fotografía difundida por millares de ese exhibicionista con camisa al viento y gorrita sobre los ojos sirvió para que los “tristes” porteños arrojaran sus propios ropajes negros y sus cuellos duros, apareciéndose que el decoro y la noble virilidad eran también un traje anticuado aunque respetable que en cualquier momento era posible substituir por otro más cómodo.

Masas y juventudes fueron el elemento dominante de la Nueva Argentina. Ambas con un sentido de la provocación casi surrealista, se consagraron alegremente al excitante deporte de socavar los cimientos de la Vieja Argentina, es decir, el mundo de los viejos y las aristocracias. Un destino burlón y vengativo encontró en la más oscura de las partiquinas el instrumento para humillar a la más orgullosa de las oligarquías. Las virtuosas damas debieron codearse en las cárceles con prostitutas y mecheras. Los elegantes y cultos ancianos, que se refugiaban de las vulgaridades de estos tiempos de decadencia tras los muros del Jockey se encontraron un día con un maloliente y vociferante puesto de frutas instalado en las propias escalinatas del glorioso edificio. Hasta la florida retórica parlamentaria de nuestros doctores democráticos debió callarse de vergüenza ante quien les gritaba “bosta de paloma” sin preocuparse del buen tono.

Los diez años de peronismo significaron, en suma, un desafío al imperio de las costumbres, a la majestad de los valores establecidos, de todos los clisés morales y las morbidas inhibiciones del filisteísmo, de la hipócrita ideología de la virtud y de la explotación de la Vieja Argentina. Cuando hasta los valores estampados en billetes y en títulos de propiedad caían, ¿en qué valor creer? La frenética danza de la inflación, haciéndonos girar a todos a lo largo de una espiral sin fin, trajo consigo la inevitable destrucción de la moral burguesa sustentada en el ahorro, en el orden, en la conservación, en la propiedad. A medida que nos íbamos desprendiendo de nuestros ahorros, nos íbamos desnudando —la ropa interior no tiene bolsillos—, nos íbamos liberando de la moral. Ya no era posible hacer cálculos, proyectar casarse, tener una casa propia, progresar, gozar de una vejez tranquila, jubilarse. Todo se lo llevaba el diablo. Entonces, había que divertirse, vivir plenamente en la borrachera de la fiesta, del juego, del erotismo, de la especulación, en la destrucción del lujo; afirmarse positivamente en el fuego de las pasiones, agotándose en el instante, destruyéndose. La alegría, como el papel moneda, valía poco, pero eso sí, abundaba. El país entero entraba en la danza, no ya al compás de un tango

llorón, sino de un desenfadado que gritaba: “En Buenos Aires, todo el mundo se divierte”, o “Por cuatro días locos que vamos a vivir, por cuatro días locos te tenés que divertir.”

Perón parecía, en sus últimos tiempos, haber concebido una teoría según la cual la humanidad entera y él inclusive tenían que divertirse. Los campeonatos deportivos, las reuniones estudiantiles, los festivales cinematográficos, animaban a todos los argentinos, hasta los incitaban a divertirse en toda forma, excepción hecha, claro está, en la política. El peronismo demostró que es posible combinar la libertad más desenfadada con el despotismo.

Pero la diversión es diversificación, esto es, cambio. La otra cara de la fiesta permanente es la declaración permanente de revolución. Los conservadores sólo veían las similitudes que toda revolución tiene con un excitante repertorio de circo. Salvando las distancias, la revolución francesa, con su espectáculo continuado de guillotina, debe haber parecido a la nobleza una sanguinaria mascarada que repudiaría la posteridad; en historia, la equivocación es siempre el lote de los derrotados. Los conservadores no supieron ver en la caricatura peronista el retrato de las contradicciones sociales. No vieron que ese estado de demencia colectiva que caracterizó al peronismo era únicamente la exaltación llevada al extremo de la locura cotidiana y normal de los argentinos. La lógica y la moral no pueden regir ya a la política cuando los antagonismos alcanzan un punto de excepcional aspereza.

El mismo desmantelamiento que el peronismo llevó a cabo con la moral privada se efectuó en la moral pública. La Constitución, el parlamento, la gran prensa, el poder judicial, la Universidad, todas las mistificaciones de la sociedad se vieron: desnudadas... Estos bandidos de frac se ahogaban en la atmósfera irrespirable de la Argentina peronista. Es que se había removido la basura —como decía Martínez Estrada— y eso daba mal olor, y ellos estaban acostumbrados a tapar la basura con un ramo de nenúfares. El peronismo no estaba destinado a crear ni construir, sino a disolver, quebrantar y perturbar al viejo orden, instándonos a crear uno nuevo.

La repentina aparición de Perón en el panorama político nacional produjo el mismo efecto que una piedra arrojada con fuerza sobre las aguas estancadas de un charco habitado tan sólo por ranas dormidas. El torbellino de la aventura incontrolada del peronismo, con sus emboscadas, sus acechanzas, sus peligros, sus persecuciones, sus terrores, sus sorpresas, vino a turbar la monótona vida cotidiana, sin riesgos ni temeridad, en cuya permanencia y aburrimiento habían encontrado la fórmula de la felicidad, los pacíficos, los indecisos, los cómodos, que ahora vivían añorando el “paraíso perdido” de aquellos tiempos tranquilos del gobierno conservador, cuando estaban excluidas toda novedad, toda sorpresa, cuando ni un farol se cambiaba de lugar, cuando sólo estallaban rebeliones rigurosamente previstas y controladas. Todo ese mundo de mitos domésticos, de pequeñas cosas queridas —el barrio, el hogar, la escuela, la iglesia, el club, el comité— fueron atomizados por el dinamismo revolucionario, separados en categorías sociales, divididos en factores de producción, disgregados para siempre su antigua intimidad, perdida su confianza, manchado su candor, planificada su espontaneidad, politizadas las ingenuas relaciones de los hombres entre sí. El porteño, el argentino, había dejado de ser una entidad exclusivamente individual y privada. Toda vida se había hecho pública hasta lo más secreto del corazón. Nadie podía ya escapar al mundo, ningún vano, ningún intersticio quedaba ya para los solitarios. En el país del individualismo, de la indiferencia, del “no te metás”, de la disponibilidad espiritual, el peronismo nos obligó por primera vez a afirmar nuestras propias vidas en relación con otras vidas, con nuestros semejantes, con nuestros compañeros, aun con nuestros enemigos, por medio del amor o del odio, de la ayuda o de la hostilidad, de la compli-

dad o de la delación, pero nunca de la indiferencia...

De este modo, todas las críticas, ciertas o no, al peronismo, no son sino sofismas hipócritas, subterfugios mistificadores y diversiones tácticas, que no sirven, en última instancia, sino para tranquilizar las conciencias de los privilegiados. No nos engañemos, la indignación del antiperonista frente a las torturas, a los estudiantes presos, a los diarios clausurados, a las huelgas rotas por la propia C.G.T., no es, en el fondo, sino una mal disimulada satisfacción, ya que todas esas injusticias le proporcionan una coartada y la comprometedorra prueba de un chantaje moral. El alto industrial o el terrateniente explotarán los sufrimientos que la policía peronista inflige al estudiante democrático para justificar los sufrimientos que ellos le infligen al obrero de su fábrica o al peón de su estancia. Toda crítica a la violencia revolucionaria no sirve sino para justificar la violencia de las clases poseyentes y defender, aunque indeliberadamente, el “statu quo”...

...Pero el antiperonista tratará de volver nuestras propias argumentaciones en contra nuestra. Dirá que somos nosotros quienes, en verdad, estamos haciendo una diversión táctica al magnificar las mistificaciones del antiperonismo para disimular las mistificaciones del peronismo. Dirá que tampoco nosotros podemos exigir el abandono de los formalismos democráticos en nombre de una revolución que no se hizo, de una justicia social, una independencia económica y una soberanía política que no encontraron en el peronismo más que un portador infiel sirviéndole de decorado más que de motor.

No lo negamos, pero, pese a todo, estos principios prendieron en nuestro país gracias a la propaganda peronista. Toda generación de argentinos fué educada en ese lenguaje revolucionario totalmente desconocido antes de Perón.

Se nos dirá que el auténtico revolucionario se dirige a la conciencia del proletariado para esclarecerlo, en tanto que el demagogo trata de seducirlo, de fascinarlo con el poder mágico de la palabra. Es verdad, pero, precisamente por eso, el revolucionario de principios fracasa allí donde triunfa el demagogo. Tal el caso, entre nosotros, del partido Socialista frente al peronismo. El demagogo conoce bien al pueblo del cual él mismo ha surgido, y por eso parte de lo que el pueblo es real y efectivamente, sin idealizarlo como los intelectuales pequeños burgueses de izquierda. Acepta el mal —la ignorancia, la cobardía, el oportunismo, la indiferencia, la inercia, el cansancio, el aburguesamiento de las masas— para llegar al bien, es decir, al cambio que se propone. El ideólogo, por el contrario, parte de lo que el pueblo debiera ser —conciente y responsable, disciplinado y activo—, y actúa como si ya lo fuera, es decir, pretende llegar al bien partiendo del propio bien. Pero es absolutamente imposible convencer mediante un lenguaje puramente racional a conciencias alienadas, es decir, seducidas, embrujadas por sus opresores. La medicina científica es impotente contra el mal de ojo, sólo la propia brujería puede exorcizarlo. Sólo es posible sacar al proletariado de la alineación en que vive mediante una nueva alienación, mediante una seducción de otro tipo, con un sentido más progresista, en nuestro caso, la seducción peronista... Haciendo demagogía, Perón no ha degradado la conciencia del proletariado, como pretenden los amantes de la revolución sin dolor y de los obreros sin olor, porque en una sociedad separada en clases toda conciencia está ya degradada desde que viene al mundo y nadie puede degradarla más. Es verdad, Perón mentía a los obreros haciéndoles creer que ellos eran el gobierno, cuando en verdad no lo eran. Pero la cara positiva de esa mentira estaba en que los obreros se fueron familiarizando con la idea de que ellos debían y podían ser el gobierno, de que el gobierno era asunto de ellos. Por eso el peronismo no ha sido el sucedáneo de la revolución social, sino su propedéutica...

JUAN JOSE SEBRELI.

(x) Fragmento del libro-testimonio *Aventura y Revolución Peronista*

# De las obras y los hombres

## La fiesta del monstruo

DICEN que Borges escribió este cuento hacia 1947. Que fué leído por pequeños grupos. *Marcha*, el periódico uruguayo, lo publicó el 30 de septiembre de 1955.

Pretende ser la descripción de un 17 de octubre por la boca de un grasa. El 17 de octubre —parodia y todo— que Borges vio: grones panzudos llevados en camiones por el comité, armados con bufos por el caudillo, desorientados en mil pequeñeces —el camión quemado, los apretujones en el tranvía, los empujones recibidos, la vaca armada para tomar caña — y olvidados de todo objetivo.

El monstruo —Él, el innombrable, al menos para Borges — no tiene mayor importancia. Lo importante es la fiesta, el tumulto, el judío muerto a pedradas, los bajos instintos, la grosería.

Con cuidados preceptivos podría uno entrar a describir las numerosas vetas aprovechables de *La fiesta*: la metafísica borgiana que la irriga —aun quizás a pesar del mismo Borges—, esa ausencia de finalidad y de límite; el aire de orgía surrealista del relato y del sucedido, y de orgía surrealista un poco de vuelta —del surrealismo y de su apoyo folclórico —o dada vuelta contra sí misma— no muy lejos del Marechal de *Adán Buenosayres*; lo cerca que la capacidad borgiana de estilo ha estado de superar las imposibilidades de la parodia; la transposición que hay en esto de sus experimentos del lenguaje hablado; la melancolía que todo eso puede arrojar sobre el mismo Borges renegado —además explícitamente— de su Carriego.

Pero todo eso no me interesa ahora. Me interesa lo que el mismo Borges ha querido darnos: su versión del peronismo. Esa versión de Borges parece haberse constituido en el primer momento y se ha mantenido incólume a través de diez años: Borges vio de una vez el peronismo y nunca revisó su visión. En el número de noviembre último de *Sur* la certifica y la hace explícita: el peronismo es “diez años de oprobio y de bobería”, historia criminal, cárceles, torturas, prostituciones, robos, muertes e incendios por una parte, necedades y fábulas para consumo de patanes por la otra. Nada más.

Lo lamentable no es que Borges se equivoque o que, de mala fe, como otros muchos, pretenda simular que el peronismo no es más que eso. Lo lamentable es que Borges, de buena fe, ve sólo una parte de la verdad y que no ve nada del resto: que no ve que el uso de la violencia no fué patrimonio exclusivo de Perón, ni la simulación su invento, ni el antijudaísmo su monopolio. Más lamentable todavía es que no ve ni la sinceridad del grasa, del *cabecita negra*, ni que la mayor parte de la razón —del tener la razón sin el raciocinio— estaba entre ellos, esos *humillados* y *ofendidos*, pesc a Perón y pese, seguramente, a nosotros los antiperonistas. Borges ha olvidado toda la razón que acompaña al hermano Caín, el sucio, contra su hermano Abel, el puro.

La Argentina invisible, el guapo y el orillero se han sublevado contra nosotros y no sabemos qué hacer con ellos. Los hemos usado en la literatura y hemos vivido apaciblemente a costa de su mugre y de su miseria. Nos fueron útiles. Ahora debemos, sin duda, estar preparados para imponerles nuestra limpieza, nuestra sabia literatura y nuestras buenas maneras. Tal vez sea posible entenderlos en francés con ellos, ya que los fusilamientos, las torturas y la cárcel es una lección que les dimos y que no aprendieron bien, ya que la usaron contra nosotros. Otra solución puede ser, tal vez, el destierro. El destierro de nuestra literatura, de nuestra música, del mapa. Una campaña en suma contra el folclore.

Es triste decir estas cosas, pues Borges es una buena persona. Y el mejor escritor que quizá hemos tenido. Es triste que seamos tantas las buenas personas como Borges, y de las que él no es más que un ejemplo. Cegados de presunción confundimos nuestras personas con la Razón, con la Libertad, con la Cultura. No es difícil imaginar una parodia sobre los entusiasmos de Borges, escrita por un grasa.

V. SANROMAN.

## Victor Massuh o el encubrimiento de América

VICTOR Massuh no perdió mucho tiempo en preparar su libro. Se limitó a juntar algunos artículos publicados entre 1950 y 1954 y los precedió de un prólogo en el que — como ocurre en estos casos — indica la “unidad interna” que justifica el acoplamiento. Y eligió, por fin, un título general con buena dosis de efectismo.

Esto es importante por lo siguiente. No se trata ya de artículos en cuanto tales. Lo eran cuando aparecieron en las páginas de *La Nación*, *Sur* o *Cuadernos Americanos*. Ahora se trata de un libro. Y ante él habrá que gestionar las exigencias que es lícito hacer a un libro. Tampoco atenderemos a la circunstancialidad que estos artículos puedan haber padecido. Si el autor ha reconocido la utilidad de hacer con ellos un libro, es porque reconoce al mismo tiempo que la circunstancialidad es secundaria.

Sólo quiero señalar la responsabilidad que el autor asume y de la que tiene que dar cuenta. El prólogo es en este sentido muy importante. Massuh dice rotundamente: “A través de sus páginas quise precisar los perfiles de un modo de entender al hombre como síntesis de contenidos opuestos, como totalidad armónica. La peculiar insistencia de esta actitud en múltiples momentos de nuestra cultura, configura una de las notas espirituales que nos definen”. Es decir: *Massuh va a ofrecernos la imagen de una antropología muy determinada y a demostrarnos que ella es un producto peculiar de América*. Se propone desarrollar esta tarea, como aclara en seguida, ante todo a través de figuras que actualizaron esa antropología como ideal de vida: Hostos y Martí. Pero precisará después los alcances de la tradición en nuestras tierras, porque el referido ideal humano “no tuvo floración súbita; (...) entronca con una gran tradición del pensamiento americano”.

El plan de trabajo a desarrollar es, pues, bien claro.

En el primer artículo, Massuh busca ante todo una caracterización histórica de Hostos; esto lo lleva a caracterizar al positivismo en general, para poder localizar en él los elementos heterogéneos que apuntaban al nacimiento de un ideal humano nuevo; en tercer término, intenta definir los rasgos fundamentales de esa primera forma de la antropología peculiar de América que se ha propuesto encontrar.

Massuh desarrolla estos puntos mediante reiterados dualismos, que acaban siendo casi obsesivos. Todos ellos reducen al hombre a una suma de aspectos irreductibles. El primero es el que establece entre la inferioridad del hombre y aquello que en el hombre es “tangencial al ser de la sociedad”. Ante este prematuro cartesianismo, es lógico buscar al menos una aclaración de su sentido, una fundamentación. Es inútil. En la página trece, Massuh afirma que el positivismo desvirtuó “las formas invariables de todo desarrollo espiritual”. Ya en este punto se hace imprescindible una aclaración. Massuh se da cuenta y nos ofrece un párrafo de veinte largos e intrincados renglones en los cuales busca determinar una idea del desarrollo espiritual. Esta búsqueda se limita a construir varias frases de aspecto metafísico, mediante expresiones como éstas: “irrupción de lo subterráneo”, “extraño élan interior”, “intima voluntad de ser”, “sombas del misterio”, “milagro de todo nacimiento”, etcétera, etcétera.

A partir de aquí, las afirmaciones posteriores, apoyadas sobre este dualismo del que sólo puede decirsenos palabras misteriosas, carecen absolutamente de validez. Massuh, sin pérdida de tiempo, concluye: 1º) que el problema espiritual americano era un problema abierto a la reflexión antropológica más que a la sociológica (segunda forma de lo inconciliable, que se nos entrega gratuitamente); 2º) que

la superación del positivismo consistía entonces en la liberación de esas fuerzas interiores. No podemos enjuiciar afirmaciones de este alcance, porque Massuh no aclara las ideas que maneja, o mejor, las confunde con una fraseología oscura y de compromiso.

No puede aceptarse que el positivismo haya ignorado la interioridad humana. Puede, sí, decirse que la entendió y la asumió de un modo distinto al modo en que la entendemos y asumimos nosotros. Massuh acude a esquemas que en el fondo no son muy ajenos, aunque parezca paradójico, al viejo positivismo. Por eso vuelve irreductibles, con extraña simpleza, lo interior y lo social del hombre y correlativamente, la antropología y la sociología. A partir de estas polarizaciones, su pretendida concepción del hombre como armonía y totalidad no es sino la concepción de un muñeco de partes mutuamente exteriores, cuya integración es un misterio que sólo podrá resolverse echando mano a fuerzas irracionales, a “potencias interiores” actuando sobre “zonas intransferibles”.

Massuh comienza después a describir la evolución interior de Hostos sin atender demasiado a datos históricos, prefirió hacer sencillamente una exposición literaria sin ninguna idea de lo que en general se conoce como sobriedad expositiva. Los defectos antes señalados se repiten una y otra vez. Hostos se enfrenta con su interioridad al reaccionar ante la sociedad y ante la revolución. Su ideal del “hombre completo” nace de esta reacción. El dualismo irreductible con que Massuh dió cuenta del positivismo funciona aquí también: todo aquello que en Hostos puede ser referido a la interioridad, a lo no racional, a la fantasía, debe necesariamente ponerse en la cuenta de los elementos heterogéneos, que iban a significar la superación del positivismo. Es bien clara la falacia de este argumento. Massuh ve cómo en Hostos el ideal del “Hombre completo” estaba históricamente integrado en el positivismo, cómo “ambos ideales (el hombre completo y el hombre de razón) aparecen confundidos en sus escritos”. Y sin embargo, ni siquiera sospecha que esto pueda ser algo que exija una revisión de sus esquemas. Lo toma como un hecho un poco extraño que trata de explicar. (Obsérvese el modo ingenuo y escolar con que lo hace, págs. 32-33).

Pero no quiero apartarme de lo más importante: la transposición que hace Massuh de la experiencia interior de Hostos a América. Una vez descrita esta experiencia interior como la transformación del ser, como una misteriosa alquimia transformadora, Massuh la equipara a la figura de Hamlet, tal como el mismo Hostos lo hizo. Observa que Hostos sentía que el destino de América iba a estar entrañablemente identificado con su propio destino, y que la mayor revelación de su obra era para Hostos evidenciar lo que “para el bien colectivo resulta del progreso del ser en el ser mismo”. Los pasos de la exposición de Massuh, reducidos a lo esencial, son los siguientes:

1º) “Hostos se había acercado a Hamlet y escrito sobre él porque sentía su ser en un mismo estado de transición abismal, herido por iguales dudas, sumido en idéntico pozo de reflexión torturante” (pág. 25-26).

2º) Hostos concibió la extraña idea de que el estado de “revolución moral” hamletiano era el mismo que experimentaba América en el proceso de transformación espiritual. Hostos concibe a América como un continente hamletiano (pág. 26).

3º) “Hostos se siente a sí mismo como el protagonista hamletiano de la revolución moral de América”. Es ése su ideal del hombre completo (pág. 27).

4º) El ideal del “hombre completo” es “el primer testimonio de una revolución americana que ya es, fundamentalmente, creación en el mundo interior del hombre” (pág. 34). “Este inquisitivo diálogo con el ‘huésped taciturno’ (hace referencia a una expresión de Hostos), con el desconocido habitante que en toda interioridad pareciera aprisionar en sus manos el respiro de las esencias, es el lenguaje exacto de la revolución interior que el hombre americano aprieta contra sus entrañas” (pág. 25).

Es totalmente incomprensible la aparición de este hombre americano con dolor de estómago. No importa. La transposición está hecha. La evolución interior de Hostos ha sido caracterizada con generalizaciones confusas y dudosas. Pero hay más todavía: esta evolución es, además, la evolución de América. Hostos encarna milagrosamente una cósmica alquimia americana.

Postulada la transformación de América, Massuh resuelve el problema de fijar sus rasgos con el método con que resolvió antes todos los otros problemas: un largo párrafo que conjura a los dioses de la metafísica:

“Aceptación de la barbarie porque ella es América y toda creación, por lo tanto, debe venir desde su núcleo. Transformación del hombre a oponerse allí, aceptando sus

fermentos irracionales, sus sueños míticos, tradiciones, primitivismos, resentimientos raciales, impulsos contenidos, misterios telúricos, contactos culturales hostiles y *atendiendo*, en fin, al oscuro lenguaje de todos estos caracteres inorgánicos de la historia hispanoamericana. Caracteres potenciales del hombre americano que el positivismo rechazó fascinado por ordenamientos extrínsecos, pero que, en adelante, serán aceptados como los materiales nobles de un ordenamiento personal y genuino. Porque estas mismas potencias elaborarán nuevos conceptos y categorías espirituales que no disociarán el fenómeno americano introduciendo el tajo de dualismos artificiales”.

No hay duda: sólo un extraño brujo como Massuh puede ser capaz de conseguir con todos estos ingredientes un “hombre completo”. Primero disocia al hombre en compartimientos estancos y luego postula una magia imponderable que produce una perfecta integración. En suma: América es el inmenso escenario de un prestidigitador. La mención final de los dualismos me hace pensar si Massuh relea alguna vez lo que escribe.

Al concluir el artículo, Massuh aprovecha para resolver otra pequeña cuestión: la misión de América en el mundo contemporáneo. Y nos dice que “se deposita en manos de América el viejo designio eternamente postergado del completar al hombre” (pág. 36).

El segundo ensayo es el más largo del libro. Mucho de lo dicho arriba podría repetirse. No quiero insistir. Me limitaré a señalar algunos aspectos representativos del método y la responsabilidad intelectual de Massuh.

Al principio hay un párrafo clave: “... si no es un desatino pensar que una gesta histórica está configurada —entre otros factores— por la acción personal de un hombre, que el rostro de un período llega a ser el mismo que el de su protagonista más intenso, esto es, que historia y hombre son los vasos comunicantes de una misma realidad, podemos decir que con José Martí la revolución cubana —y por ella, América toda— tuvieron un carácter y una cualidad hasta entonces difícilmente alcanzados”.

Con toda evidencia, no es desatino pensar que uno de los factores de una gesta histórica —entre otros factores— puede ser en ciertos casos la acción personal de un hombre. El primer problema es que a lo largo del libro, Massuh desconoce con serenidad desconcertante todo otro factor. En seguida viene una identificación inadmisiblemente, porque es otra cosa postular que el rostro de un período llega a ser el mismo que el de su protagonista más intenso. En abstracto es una afirmación inaceptable. (Dejo de lado la absoluta vaguedad de esa determinación del “protagonista más intenso”). Y como remate de estas premisas (que Massuh da como equivalentes), la conclusión: entonces, a través de José Martí, Cuba y América misma han poseído su carácter y su cualidad excepcionales.

En ningún momento le importó a Massuh alcanzar al Martí histórico. Dibujó sólo un símbolo mediante hinchadas fórmulas. Massuh parece haber encontrado en Martí al mago capaz de realizar sus alquímicas preferidas. Su instrumento es la *política cordial*. Antes de explicar la acción de ésta y su significado, Massuh establece un nuevo dualismo: por un lado, los planteos de los grupos cultos que querían que América asimilara “la lección europea”. Esta es la política intelectualista. Por otro lado, la política de los caudillos. La caudillesca, según Massuh, “alimentóse en las fuentes impulsivas del instinto y la bárbara identidad con la naturaleza”. Como expresión política, era “una culminación, un cumplimiento, el conducto por el cual América ordenaba en un sistema de formas primarias toda su vitalidad impulsiva. (...) La adhesión y fidelidad que mostraron las masas hacia el caudillo, tuvo los caracteres de un erotismo encubierto. El caudillaje, como expresión política, no puede ser estudiado independientemente de estos estratos psicológicos. Sus recursos de acción, sus alianzas, sus guerras, tuvieron mucho de la inmediatez subjetiva del macho frente a la hembra...” (pág. 56).

¿Vale la pena insistir, ante un método histórico de esta calidad? ¿Vale la pena preguntar qué es, concretamente, la *vitalidad impulsiva* de América? ¿No se le ocurrirá a Massuh que un fenómeno político puede tener otras cosas y que es absurdo reducirlo a una “vitalidad impulsiva”? ¿Que no se puede hablar de historia si se tiene un poco de honestidad, sin tener en cuenta los factores sociales, económicos, culturales, geográficos, políticos, de una circunstancia?

De todas maneras, el dualismo entre “política intelectualista” y “política caudillesca” no es más que un nuevo modo de contraposición simplista entre “razón” e “irracionalidad”, “inteligencia” y “pasión”. Una vez establecido, queda ya determinada, según el esquema, la misión de la “política cordial”: no será caudillesca ni intelectualista, estará referida a “realidades pertenecientes a un orden opuesto

a los del instinto y la razón". Será una ciencia del gobierno social y del desarrollo colectivo, pero sobre todo, deberá necesariamente "articlar un lenguaje de lo oscuro y primordial", "tener en sus manos categorías nuevas que le permitan manejar con lucidez los agolpamientos subterráneos, los sesgos sorpresivos del telurismo americano". Y se identificará, por supuesto, con el ideal del "hombre entero" de Martí.

Resumo. En primer lugar, la figura de Martí desaparece. Los condicionamientos históricos de su actividad en el marco de la revolución cubana no son siquiera sospechados. Sus rasgos esenciales, el sentido concreto de su espiritualidad, no son importantes para Massuh, que prefiere insistir en lugares comunes que hablan del espíritu, la caridad y el apostolado —pero sobre todo del espíritu— sin la mínima aclaración. En segundo lugar, la revolución cubana, sus antecedentes políticos, su ubicación y su alcance *históricos* tampoco importan. Cuesta mucho menos decir que tuvo los rasgos de "una liberación metafísica" (pág. 39) y recurrir una vez más al vitalismo: "la guerra emancipadora llegó a significar una descarga del irracionalismo vital e instintivo de América" (id.) Cuesta mucho menos concluir que la revolución comportó una trasmutación de Cuba llevada adelante por un iluminado. Aunque todo esto nada tenga que ver con la historia.

Llegamos a los párrafos finales. Massuh dice: (págs. 79 y 80) "este sentimiento de ascensión colectiva e identificante que suscitó Martí en la comunidad revolucionaria, comporta una realidad espiritual del más alto valor cualitativo y que acaso posea un enraizamiento sobre-histórico. Cuando un pueblo la ha vivido puede dar por cumplida su meta... aun estando en los umbrales de su autonomía política. Esta fué la experiencia de Cuba (...) Quien ha sentido que el progresismo cayó de sus manos como un sueño frágil, quien no tiene la menor seguridad de que en el futuro americano las dictaduras y el espíritu de uniformidad no sigan siendo los actores en primer plano de nuestro drama —del mismo modo que fueron ayer y lo son hoy— quizá no tenga otra alternativa que aceptar una filosofía de la historia americana cuyo momento fundamental sea ese milagro que se llamó José Martí".

El método se repite: primero, se analiza el proceso espiritual de Martí, se lo confunde mediante distinciones que pretenden nacer de una concepción metafísica, pero que no son más que expresiones amaneradas que cubren una falta notable de capacidad filosófica, y después se traspone ese proceso personal a la evolución de los pueblos americanos. Además, con terquedad sistemática, Massuh se esfuerza en ignorar que la "comunidad revolucionaria" no era el pueblo cubano, sino tan sólo el reducido grupo de intelectuales exilados encabezados por Martí. Se esfuerza en ignorar que en nuestra América nunca el "pueblo" ha protagonizado ninguna revolución, y en cambio sólo las ha sufrido. Su método consigue, es verdad, elegantes y emocionadas generalizaciones. Lo grave es que al final Massuh señala una misión que América debe cumplir. Es curioso que aquí Massuh hace referencia, por primera vez, a un problema concreto: las dictaduras. Pero desde su esquema no hay duda posible: las dictaduras americanas no pueden ser otra cosa que expresiones de lo "irracional". Los pueblos americanos no tienen ningún problema al respecto: se trata solamente de "abrirse al prodigio de la plenitud", "el generoso desborde", "la total posesión de su ser". Como se ve, es bastante sencillo.

En el caso de Massuh se me ocurre un poco estéril hacer objeciones. Él está sentado en un elevado trono metafísico, pitonizando con solemnidad los caminos de un continente angustiado.

Los restantes ensayos no ofrecen mayores novedades. En

## Guibert: un poeta con geografía

LA mayor parte de las veces somos indiferentes, o por lo menos neutros para todo aquello que no es nuestro propio y reservado interés. Nuestros ojos y nuestros sentidos vegetan embotados en lo inmediato de nuestras necesidades, y cuando somos bajamente idealistas abandonamos la cuestión para refugiarnos en el goce del pensamiento o la contemplación. No es por falencia del lenguaje que de este modo nos traicionamos, sino por miedo al aire libre o por una tímida claudicación de inválidos.

Esta fractura es grave cuando se da en los artistas, única gente en la que, por otra parte, generalmente se da

ellos, el complejo de dualismos que domina a Massuh cambia sucesivamente de nombre: "agonia" y "espíritu de síntesis"; "subjetivismo" y "objetivismo" (como actitudes en el estudio de América); "naturaleza" e "historia"; hasta "olvido" y "voluntad contra el olvido". Al final de cada ensayo se repite la misma admonición patriarcal acerca de una imprescindible integración, que suena a falsa, muy falsa, porque construida sobre endebles categorías, resulta incomprensible.

No hay nada serio, falta voluntad problemática en todo esto. Donde asoma algún problema concreto, Massuh es totalmente ciego, porque su bastardía lo anula, lo confunde, lo disfraza.

En las págs. 83-84 ("Agonía y espíritu de síntesis"), hace referencia a la evolución cultural de América. Véase con qué categorías busca explicarla: "cuadro agónico de incesantes rupturas"; "dinámica catastrófica"; "latencias del enquistamiento"; "forzado enmudamiento". Acaba siendo exasperante que Massuh no se dé cuenta de que toda esta fraseología no quiere decir absolutamente nada. Con ella desaparece la posibilidad de analizar la diversidad de lo americano que presiente Massuh y se hace imposible buscar las múltiples razones que hayan podido motivarla. Con ella, la necesidad de integración experimentada por tantos de nuestros intelectuales, a los que Massuh se refiere, no es la expresión de un estado de cosas, sino la manifestación de una palpable antropología en vías de autorrealización. Todo resulta falseado. Massuh no tiene otra salida que describir un arquetipo humano y colocarlo como meta de América.

Al enfrentar a Keyserling y Henríquez Ureña, expone el método del segundo y reconoce su superioridad, a la vez que disimula muy bien su predilección por el desequilibrado intelectual báltico. En seguida se apresura a criticar la "erudición inútil", el "fichaje insustancial" de los continuadores de Henríquez Ureña, "verdaderos sustitutos de la falta de imaginación". Esta es la verdad: Massuh entiende que los problemas americanos se resuelven con imaginación. Ella permite cubrir con "el juego riesgoso de la creación" las zonas que "no han podido ser cubiertas por las respuestas culturales". Es evidente que para Massuh no hay zona de América que pueda ser cubierta por las "respuestas culturales".

Al hablar de Henríquez Ureña hubiera podido analizar su idea de la originalidad americana y hacer frente, con ello, a otra ardua y compleja cuestión. Apunta que encubre "una determinada filosofía de la historia", que por lo tanto, "puede ser discutible". Por supuesto, Massuh ni aclara ni discute. Se exime de mayores comentarios y no hace sino retomar la idea de Henríquez Ureña y desarrollar, en cuatro puntos, algunas de sus conclusiones.

La "voluntad de olvido" es un misterio más. No se le ocurre a Massuh que puede haber causas que motiven que "en un lapso menor que el de una generación" la "marea del olvido" cubra a nuestras "figuras eminentes", que puede haber algún problema generacional. No. Se rebajaría a usar categorías históricas. Para él, esta "mala memoria" es "una disposición maligna de nuestra cultura".

Uno no sabe bien qué pensar cuando acaba el libro. Pareciera ser el resultado de alguna necesidad biológica de hablar sobre América aunque se carezca de los elementos para hacerlo.

Todo esto es más grave si se tiene en cuenta que ya es hora de asumir nuestros problemas con verdadera seriedad, de abandonar oscuras tareas para descubrir complejos escondidos. Porque hay que decir que ha pasado el tiempo de los conjuros, porque no queremos más magos de lo imponderable.

ERNESTO VERON THIRION.

con caracteres de lucha ideológica o política, de tajante división. El artista inválido hace de defecto virtud y desprecia a quienes no lo padecen; se siente elegido y superior porque es tan desdichado que ni ve las cosas, ni percibe los movimientos, ni advierte los sentimientos. Todo lo demás es para él detestablemente realista e inmediato. Se refugia, por lo tanto, en sí mismo, y se ocupa exclusivamente de sus nanas, que, arropadas convenientemente de palabras místicas, lo llevan al convencimiento de su perennidad.

He aquí el somero panorama de nuestra producción poé-

tica de los años del peronismo. La mayor parte de nuestros poetas ha sido víctima de la propaganda enemiga, cuyo "slogan" principal consiste en afirmar que la poesía no sirve para nada y que nadie entiende una palabra de lo que escriben los poetas.

No quiero decir con esto dos cosas: ni que antes del peronismo no existieran los delicuescentes ni que la utilidad de la poesía debe serlo en el sentido de la utilidad de la ropa interior. Hay toda una tendencia a un hermetismo absolutamente vacío y fielmente copiado de un hermetismo con razones suficientes para existir, así como una falsa idea de lo que sirve para algo aunque uno no engorde con ello.

Insistir en el hermetismo, recaer en la mística, sentirse todavía los supremos albatros perseguidos, son anacronismos que han cultivado con delectación la mayor parte de los poetas argentinos durante los años peronistas, y lo que es grave, los más jóvenes, a imitación de sus predecesores del 40 y de sus parciales parientes los Martinfierristas, criados a la sombra del formalismo lugoniano. El argumento que empleaban los disculpadores para justificarlos era la falta de libertad de prensa, aunque la falla verdadera era la inadvertencia de un importante cambio social producido y de una experiencia vital extraordinariamente aleccionadora. Además, la carencia de un estilo, en el sentido profundo de la palabra, es decir, de una manera legítima de dirigirse al otro por medio de la palabra.

Las revistas poéticas de estos años dejan ver lo que ha pasado, siempre que uno consiga que no se le caigan de las manos.

Superar el poder de la gravedad es siempre un mérito. pero en este caso lo es muy grande porque nada hay allí que atraiga, sobre todo a causa del anonimato en la expresión, de la falta del individuo que escribe, no porque lo que se dice pertenece a todos, sino porque no pertenece a ninguno a fuerza de ser relamidamente de otros. La revista "Oeste", "el 40", "Poesía Buenos Aires", "Ventana Buenos Aires", lo que sale en "La Nación", lo que se publica en "Sur", la influencia y la producción de Bernárdez, las habilidosas creaciones de Wilcock, Vocos Lescano, Silvina, las oscuras y triviales experiencias de Girri, las rápidamente concluidas acritudes de Murena, los ocultos títulos de las adornadas tapas de la Colección Botella al Mar, etc., etc., ilustran todas las variantes de la infeliz poesía argentina, agotada y exhausta, insignificante y aburrida como pocas existen en el mundo, salvo las excepciones dignas de considerarse: tal algunas obras de Barbieri, la rica oscuridad de Molinari, imágenes aisladas y metáforas atractivas.

Las razones que explican la situación son, por un lado, de colonialismo espiritual, por otro, de sujeción a una concepción romántica del poeta, que confunde su persona y sus sentimientos con la propia poesía. En esta concepción hay, me parece, profundo error.

Pero contra todo esto, me atrevo a afirmar, anarece Poeta al pie de Buenos Aires con su desmedida ambición de construir un poema, contrariamente a lo que parece indicar su título, antirromántico. En cuanto el poeta es sólo el protagonista de una épica puramente descriptiva y no el objeto inmaculado y restringido de la poesía.

Es simple la biografía de Guibert, porque no son necesarios para construirla sus datos biográficos. Es llanamente un hombre argentino de segunda, o de tercera, o de primera generación, uno que invoca el "jus solis" y se lo impone como razón para entender lo que sucede aquí, alguien que se hace cargo de la coordenada geográfica que le toca vivir y trata de integrarse en ella desmenuzándola y palmitando con todos sus elementos, uno que perdió el equilibre al bajar del barco y siente que debe conseguirse uno nuevo, de distinta verdad y materia.

El poeta es el hombre, y su arma de lucha es Buenos Aires, representante aquí, en esta ciudad, del caos anhelante que conforma toda vida, toda la ruidosa maquinaria que los hombres ponen en funcionamiento para convenirse de su poder.

El hombre de todos los días, el hombre común, recorre a pie y ordinariamente ese caos y sólo trata de situarse en él, de no caer bajo sus dentelladas. Para ello no hace más que vivir sencillamente en las cosas que le son dadas y en las situaciones que va comprendiendo por círculos concéntricos cada vez más reducidos. Hay alguno que es el último, pero que no se alcanza, por lo menos con el rutilante boato con que se abrazan los mayores: es el que le da sentido a casi todo y frente a cuyo misterio nos estrellamos, es el círculo de lo que Guibert llama incesantemente "cada uno, cada cual", y por medio del que, al mismo tiempo que busca al hombre, trata de vincularlo en

una relación con lo que el hombre vive y con las cosas y el mundo revuelto que le toca protagonizar.

El caos no es el elemental en el que Dios hacia lo que quería, sino un caos funcionante, funcionando con tal perfección, que puede llevar a muchos a la ilusión de que no existe. No hay más que ver cómo se corresponden sus elementos para darse cuenta de la desarticulación avasalladora que reina en la ciudad, pero una desarticulación que se manifiesta engañosamente con un ritmo tremendamente imponente, como en los teatros de titeres, cuyos movimientos no logran tranquilizarnos porque, aunque los vemos, nos sentimos decididamente excluidos de su extraña coherencia.

La ciudad se mueve y palpita con un ritmo sobrehumano porque el concierto es de potencias que el hombre ha dejado sueltas. Extrañamente, imprevisiblemente, se combinan y dan ese ritmo que pocos, entre ellos Guibert y algún film, reconocen, admiten y expresan. ¡Buenos Aires! Hay un punto de partida y un lento crecer como la vida de un hombre cualquiera, pero asimismo hay una instancia monstruosa que anarece en cada punto de su línea histórica. Guibert la sigue y la ve, no por un principio de amor, no por ese énfasis tanguístico de un Borges primera época, sino porque sólo mira, porque se aprecia en su capacidad visual, en sus ojos que organizan todo el argumento, y su mano sigue puntualmente la línea descriptiva.

Así, el poema es aparentemente descriptivo, aunque en realidad tiene un contenido fuertemente épico. Cuestión de procedimiento que es hallazgo de Guibert, sospecho que algo sugerido por Neruda. Guibert procede por cortes. A uno horizontal:

"Tomate verde, la banana roja, coliflor azul, rojos pantalones, verdes pantalones, pantalón azul, rojas emociones, verdes intenciones, la traición azul"...

le sucede uno vertical pero dinámico:

"y de los pañuelos asoma su piquito palomitas volando del bolsillo a las miradas del bolsillo y desde [el bolsillo se mezclan las monedas hirviendo en la corriente, los [remansos."]

Y así constantemente. Una descripción, pero en seguida el movimiento; una imagen fotográfica y superficial, pero en seguida un ahincamiento, un rasguño que se escucha, un trabajo de uñas que quiere hacer saltar la costra, ver lo que hay debajo y se mueve:

"Y retumbando a nafta, derrumbando, vehículos corrientes y corriendo trepidantes, tras de uno otro y otro uno tras otro, a las bocinas a la colisión y tranvías lentos rechinantes, de la 3 v 5 y 7 contra cola y trompa y cola de cúbicos elefantes obs-

[truyentes, en cada esquina suben bajan gentes, 11, 14, 15, 17, golpeándolo en la gente y a la gente, 31, 35, 37. Y en el mar amargo de los tranos que ambulan, en el mar de la amontonada soledad del temor y amor y hostilidad hacia los demás."

Pero es superficial porque se embeña en decir lo que está arriba, lo que se ve pero que habitualmente no vemos, embeñándose en no dejar nada sin mencionar, cubriendo con la enorme descripción el aire libre en el que debe accionar el poeta que no quiere quedarse en un solo descubrimiento.

Todos los objetos accionan vertiginosamente, y quizá por ello no los vemos. Pero Guibert sí, y transmite ese vértigo en forma de un ritmo extraño, originado primariamente en una sintaxis de precipitación:

"Loca roja locura, los cálculos, los números. Sumar multiplicar y dividirlos, cosas y cosas y nosotros personales, contados uno a uno de la plural y numeral ciudad en su desorden."

por repeticiones, complementos internos, gerundios, adjetivos de movimiento y color, adverbios de pasión, sustantivos terribles, figuras directas, palabras usuales pero inusitadas

"de pájaros y nubes, arrastrados pasajeros siderales en [cruceos

y mosquitas negritas invisibles, hollines invisibles en el [aire,  
e insectos incestuosos;  
sobre veletas giratorias negras  
y torres vacías, cilíndricas, cuadradas.  
De torres y veletas puntiagudas, sobre chatos techos y  
azoteas rojizas,  
muchedumbres ñatas extendidas  
y tizas y cornisas grises ensuciándose.  
De tizas y cornisas y cielo raso y techos de goteras y  
[entrepiso,  
sobre ciudad a reventar de piezas y covachas,  
locales y galpones y salones."

En la confección del vértigo, que trata de asimilar y expresar el caos, Guibert no vacila en recurrir a elementos expresivos diferentes. Hay surrealismo, expresionismo, conceptismo, otros barroquismos, verso libre, verso blanco, y todo se hunde y unifica en el ritmo obtenido y realmente obtenido al comienzo, pero tan terriblemente insistido que uno vacila y duda. ¿No es demasiada la reiteración? Sin embargo, hay un descubrimiento primero que desvirtúa las vacilaciones que suele provocar la superposición de estilos, y que consiste en hacer de todos ellos un estilo nuevo de un contenido rítmico acuciante y absorbente.

Yo siento lo que está diciendo, pero es como si lo conociera dentro de mí, como si despertara en mí una forma de andar o de hablar que fuera la más propia, la más adecuada a lo que yo soy. En esto consiste su hallazgo y la fuente de su inacabable energía que desafía todo equilibrio y termina por saturar de versos lo que en un primer momento era exclusivamente poesía. Guibert ve cómo se desarrolla Buenos Aires delante de sus ojos y aun en el pasado delante de sus oídos. Los elementos que desfilan poseen un juego que ejecutan en el interior de un sistema mayor que es Buenos Aires mismo. Pero la unidad con que se integra la extrae el poeta que los ve jugar. Y todos son buenos y apreciados porque todos forman la ciudad. La cal de las paredes, la bocina de los camiones, las mangas blancas de los vigilantes, el nombre de la calle Patagones, los carros de basura, las asfixiadas ventanas de los departamentos, la naturaleza de los barrios, las calles que uno trota desoladamente por la tarde y por la noche y todo los demás, supremamente valioso en cuanto forma parte del todo que importa, y ese todo tiene tal magnitud. La calificación, que vicia y desgasta al estéril nacionalismo, falta totalmente de Guibert, y es lo que autoriza a suponer que el poeta se ha transformado por fin en el hombre, el uno más que respeta y conoce al "cada uno, cada cual", que es "cada uno, cada cual".

Sin embargo, no es populachero, porque no es eso lo que busca, ni lo podría ser porque la carga de cultura que lleva se lo impide. No pretende una poesía popular, sino que mete elementos populares en una poesía que tiene su historia y su curso. Es una poesía democrática: busca al hombre en medio de su situación y comparte desde adentro lo que hace a aquél y los riesgos a que se expone.

Su apertura, la limpidez con que se acerca a las cosas de Buenos Aires su escasa oscuridad, son profundamente originales, cuando uno se acerca al poema un solo rato y se niega a dejarse atrapar por el mecanismo. Quienes se ocuparon en poesía de Buenos Aires paralizaban y se cejaron, y por ello ni transmitieron la ciudad, ni hablaron de los hombres que la forman y le dan sentido. Carriego, que es de los que empiezan a hablar de ella, es apenas un esbozo sentimental de personas aisladas; Borges logra dar más una idea de una escuela literaria y de una caliente idealización que transmitir un Buenos Aires vigente; los boedistas son proletarizantes. Marechal se siente la criatura elegida. Girri se encierra en un mutismo agreste pero vacío; Solero camina y padece euforias; ninguno trasciende, ninguno habla de lo que Buenos Aires es en una dimensión superior a la anecdótica y que tenga en cuenta que una ciudad es con sus hombres y por sus hombres, y sobre todo que el conjunto es un caos difícil de precisar, de abrazar o de limitar.

Y hay tantas cosas en ese caos, tan diversas y tan distintas, que uno se tonta y trata de comprenderlas, para lo cual las organiza y hace un cosmos. Los locos tranvías tendrán, pues, ahora, un recorrido, las siniestras chimeneas arrojarán el humo a alguna parte, en la Morgue los cadáveres esperarán para algo, cada uno de los elementos sueltos aduere un destino y una finalidad, que carecería de dramatismo si no fuera que el cosmos es precario y el caos asoma por todos los resquicios, instalado como está en el alma del hombre, que yace un poco anegado en el poema de Guibert, sepultado por esquirlas de ciudad que lo hieren

pero que no dejan que se lo vea decididamente hundido. Guibert lo despierta y lo señala. Dice: el hombre está en medio de todo eso, hundido y desesperado. No surge del poema totalmente: es el poeta quien lo hace surgir.

Pero del mismo modo que el rastreo y el cateo son apasionantes para el aventurero y la extracción del petróleo no lo es, así el total real del poema de Guibert desvirtúa la naturaleza de sus hallazgos. Lo mismo que lo hace atractivo (el hecho de haber hallado cierta veta) lo aniquila en cuanto hay una exclusiva explotación de la veta. Guibert no ha seguido buscando y hurgando: ha insistido con su primer hallazgo hasta convertir la insistencia en un mecanismo similar a las máquinas de picar carne, por las que cualquier cosa sale apareciendo como carne picada. Eso hace que la historia profunda de Buenos Aires (siempre que haya existido en Guibert este proyecto narrativo) que describe, pierda coherencia y que el placer que produce el poema sea fragmentario y discontinuo. No se lo puede leer todo. Nadie que empiece desde la primera página llegará a la última. En cambio, si se lo abre al azar y uno se entrega a la lectura se renueva la sorpresa. Guibert ha sido víctima de sus virtudes porque se ha enamorado de ellas y las ha cultivado con una paciencia realmente medieval.

La extensión del poema lo demuestra, del mismo modo que su puntillismo extremo y la pretensión de acabar con Buenos Aires y dejarla ahí, prisionera de un estilo que es el que Guibert encontró, pero que decididamente no es el único que existe ni la concluye. En este sentido es que habló más arriba de pretensión, porque hay que reconocer que muchas veces la manera con que vemos las cosas coincide con la que emplean los otros para verlas, pero no siempre ni necesariamente se da la coincidencia. El hallazgo poético consiste, precisamente, en esa coincidencia, que debe remozarse constantemente porque los otros son terriblemente cambiantes y porque no los podemos honestamente obliar a que adapten su marcha a la nuestra para todo tipo de caminata, habida cuenta que existen muchísimas maneras de andar.

De este modo, el fundamental valor de hallazgo subsiste en Guibert, pero en tanto lo tomamos aisladamente, como tal, no en cuanto sirve para justificar todo el poema, hostilmente largo, orgullosa y concientemente extenso.

Por ejemplo, su ritmo, que tan acendradamente me pareció auténtico y logrado. Todo es perfecto mientras nos va rodeando y lo sentimos cada vez más adentro como una magnífica buena sorpresa. Pero cuando se repite siempre, cada vez más orgulloso de sí, concluye por expresar poco, sobre todo teniendo presente que no hay varios poemas en un solo libro sino que el poema es único. Igualmente en lo que se refiere a los recursos formales.

Es tan simple todo, es tan limpio el procedimiento, significa una comodidad tan grande del poeta, que se permite pegar saltos gramaticales, repetir palabras, reemplazar adjetivos por frases, eliminar signos, que uno se pregunta cómo no se nos había ocurrido antes que podía procederse de tal modo. Pero luego resulta que no hay otra cosa, y que eso mismo es limitado e insuficiente en cuanto pretende manifestar el mundo entero.

Sin embargo, al hacer estas limitaciones, quizá yo mismo haya caído en la trampa de la vieja exigencia de unidad del contenido. Tal vez un poema, cualquiera, sea un fragmento de una obra que ni empieza ni concluye. Y dentro del fragmento tal vez nada empiece ni concluya.

No sería justo, entonces, atribuir a Guibert las pretensiones que le he adjudicado más arriba, pero tampoco estoy convencido de esto mismo. El poema empieza, y no con una arbitrariedad, y luego se desenvuelve como una madeja que va extendiendo el hilo que cubre el piso de la pieza, y su anhelo, que es como el de los motores, va situándose y encarnándose en las cosas que por eso mismo se sitúan y ubican, y eso constituye el infinito de la creación del mundo.

Así, entonces, una nota que hay una nueva contradicción, porque el poema es algo limitado y el caos y el mundo son infinitos. He aquí por qué la ambición de Guibert es desmedida. No sólo ha querido encerrar el caos en un poema, sino que ha querido trazar su historia. ¿Por qué termina, cabe preguntarle? ¿Por qué pone puntos y comas? ¿Y por qué llega a no seguir escribiendo más cuando pone:

"Es tiempo y me confieso:  
soy su amante,  
en la ciudad que es mía porque es mía,  
en la ciudad que es nuestra porque es mía."

con que termina el poema?

En el proyecto está el fracaso, aunque como se deduce de todo lo que digo arriba, el fracaso es casi estupendo, lo más cercano al triunfo que se pueda pensar. Pero fracaso al fin. La pregunta de más arriba está en relación con la largura del poema. Es largo en principio porque el tema así lo exige, pero el tema no es largo: es inacabable. ¿Caba entonces hacer poemas tan sólo largos? ¿No es que Guibert quería agotar el tema Buenos Aires? ¿No es por ello que

muchos de sus versos son prescindibles y que el poema sea materialmente grande?

Tal vez si la geografía se hubiera dado en otra instancia y hubiera habido menos soberbia, el poema fuera el de Buenos Aires, la ciudad que llevamos adentro y que buscamos infatigablemente, con el desabrimiento que está en su origen y tal vez en su destino.

NOE JITRIK

## "Rosaura a las diez", premio Kraft

MARCO Denevi dice que esta es su primera obra, y que la concibió y la escribió en *acto de amor sin preocuparse por su ulterior destino*. La novela es, por lo demás, un éxito de librería; lo que se llama un *best-seller*.

Hasta aquí nada habría que decir. Lo primero corre por cuenta de Denevi, y allí él si es o no cierto. Lo segundo corre por cuenta de los lectores, que tienen todo el derecho de elegir una obra argentina entretenida entre tanto papel impreso aburrido. A lo sumo podría extraerse del hecho alguna semirrisueña moraleja para uso de nuestros escritores serios que se lamentan del poco éxito de sus libros. Y no mucho más.

Pero es el caso que *Rosaura a las diez* ha sido premiada por un jurado del que formaba parte un crítico literario de veras y algún escritor discreto. Es también el caso que la crítica —desde la de *Criterio* hasta la de *Mundo Argentino*— ha acogido a *Rosaura* como si se tratara realmente de un hecho artístico. Y todo eso constituye una confusión que conviene aclarar, sin darle tal vez excesiva importancia, pero sin dejarla pasar por alto. Un respetable prurito profesional así lo exige. Y de paso, quizá se le haga un favor a Denevi, que no deja de ser un muchacho bien dotado.

Lo cierto es que en *Rosaura* Denevi ha demostrado tener cierta superficial facilidad de palabra y alguna habilidad técnica para el manejo de un lenguaje que oscila entre la parodia a lo Juan Mondiola y un quevedismo seudoborgiano. No existe allí ningún compromiso del escritor con su obra, ninguna responsabilidad por la creación. Se adoptan ciertos caminos por comodidad, y cuando esos caminos proponen alguna dificultad, se recurre a la medida más

fácil para soslayarla. Así, la elección de la narración por los personajes obligaría a escarbar en ellos hasta lo hondo o a aceptar totalmente su visión del mundo. Si no se acepta esa obligación, estamos ante la parodia, ante el personaje que sirve de bocina para decir cualquier cosa, liberando al autor de toda responsabilidad. Eso ha hecho Denevi. Tampoco ha aceptado los riesgos formales que implica el hacer hablar al personaje, esos riesgos que —aun fracasando— asumieron los autores de la picaresca española, Payró, Güiraldes. Ante todos los problemas, Denevi sale del paso de cualquier modo, aun del más absurdo: por hipercultismos de sintaxis a lo Quevedo o a lo Gracián, por alusiones a memorias personales increíbles, por bruscos e inexplicables cambios de personalidad, por largas y fluidas cartas escritas por semianalfabetos. Así, y llevándolo al detalle, una dueña de pensión sabe el significado de *curriculum*, quién era don Enrique el Doliente y que los reyes comían en público, y reproduce diálogos oídos —o no oídos— mucho tiempo antes. En cambio, recuerda fonéticamente nombres de pintores. No creo necesario insistir. Importa, sí, señalar las posibilidades de Denevi como escritor si se repone de la desgracia de haber tenido tal éxito con sus primeras letras. Alguien debería advertirle que no existe en su novela ninguna excelencia que esté más allá de las realizaciones de Hugo Wast o de las de cualquier discreto fabricante inglés de novelas policiales. Dada la voz por si alguien quiere transmitirla, y supuesto que eso sirva para algo, lo demás queda por cuenta de Denevi y del futuro. *Rosaura*, por decirlo con una frase feliz, ya no es mi negocio.

MARTA C. MOLINARI.

## Catecismo político para un nuevo Uriburu

Ayer, hoy, mañana de Mario Amadeo

MARIO Amadeo ha escrito un libro que es en parte una autobiografía, en parte un balance de su generación —la generación "nacionalista" que ingresa a la vida pública en 1930—, en parte programa para una acción política inminente. Los que en 1930 estábamos con pantalones cortos podemos encontrar —si sabemos leer entre líneas— muchas claves en *Ayer, hoy y mañana* para explicarnos veinticinco años de vida argentina que median entre el 6 y el 16 de septiembre. En cuanto revisión de la corriente de ideas conocida como "nacionalismo", nos interesa, además, para situarnos con el máximo posible de claridad respecto de una posición que nos parece punto de partida necesario de toda acción política en la Argentina. Pero tenemos que estar bien alerta: es un libro lleno de silencios y dirigido a un público que no somos nosotros. Los silencios los veremos más adelante; el público necesitamos dejarlo bien establecido desde ahora, porque no se entiende el pleno sentido de un diálogo si no se mira al mismo tiempo a ambos interlocutores. Y el público es, ante todo, el oficial de las fuerzas armadas en la mitad de su carrera, cuando está por ingresar o acaba de salir de las escuelas de guerra, adonde lo envían del cuartel, el buque o el avión para que adquiera los conocimientos que un oficial de estado mayor necesita. Entre estos conocimientos, fundamentalmente, una visión de la economía política y del derecho internacional. (Mario Amadeo nos cuenta que ha sido profesor en la Escuela de Guerra Naval y menciona en cada página oficiales y jefes con los que está en relación, sea de amistad familiar, sea por su actuación en Rela-

ciones Exteriores. Una lista completa de los profesores de las escuelas militares durante los últimos años y un digesto de los programas nos haría entender más de la historia del país que tomos del *Diario de Sesiones*.) Pero tanto como los jóvenes oficiales, interesan a Mario Amadeo otros lectores más alejados en el espacio: los "Latin American Experts" del Departamento de Estado (Arthur P. Whitaker, por ejemplo), a los que urge convencer de que se puede haber estado en el *Libro blanco* en contra de la Unión Democrática y de los pactos de Río de Janeiro pero que ahora, al entrar en juego la civilización occidental, uno está del lado de los valores eternos de nuestra cultura y frente a las hordas afroasiáticas.

Sin embargo, hay que reconocerlo, Mario Amadeo aspira a ensanchar considerablemente este público. Su experiencia fundamental de adherente de tres revoluciones militares y de cesante en esas tres revoluciones es que no bastan los togados actuando como mentores de los rudos soldados, sino que se necesita un partido político y un movimiento sindical que sirva de base para la acción política de las fuerzas armadas y pueda exigir algo de ellas. Perón, para Mario Amadeo, no existió en vano. Este es su gran mérito y lo que lo diferencia esencialmente de los Yadarolas, los Américos Ghioldi, los Zabala Ortiz, los Ordóñez y los Bullrichs, por no hablar de Amadeo Sabattini o don Alfredo Palacios, que viven en trance desde 1920, por lo menos. Muerto el general Lonardi y —a lo que parece— jugados en vano Videla Balaguer, Uranga, Bengoa, Dalton y Lagos, las posibilidades inmediatas del programa

Amadeo son mucho menores que cuando escribía el libro (enero-marzo de 1956), pero el esquema conserva una innegable eficacia objetiva, y puede pasar al acto en cualquier momento si los sectores normalmente, intrínsecamente fascistas (en el sentido que se definirá más adelante), de las tres armas toman plena conciencia de sí mismos (máxime frente a la posibilidad concreta del ascenso al poder por vía electoral de un partido popular), se hartan del lenguaje "democrático" que adoptaron por reacción contra el peronismo y logran superar el desagrado (fundamentalmente estético y nacido de la asociación peronismo-nazismo) que actualmente les produce la vertiente "nacionalista" que Mario Amadeo representa. Mario Amadeo lo sabe y lo espera.

La ineptia y lo antihistórico de los partidos liberales tradicionales contribuye a reforzar la posición que Mario Amadeo sustenta. Si aceptamos la premisa de que las fuerzas armadas —mientras no se produzca una profunda transformación en la mentalidad de sus cuadros, lo que en un futuro inmediato hay que descartar— son árbitros y sienten la obligación de ser árbitros sin instancia de nuestro futuro político, la salida que Mario Amadeo les propone al dilema del país es quizá la obvia y deseable para ellas. ¿Cuál es ese dilema y cuáles las salidas que las fuerzas armadas pueden tener en cuenta? Mario Amadeo las expone con perfecta lucidez y serena seguridad en lo que cree y en la visión que tiene de la realidad.

Y dice así: el peronismo no fué ni una hipnosis ni una corrupción colectiva (como quieren los conservadores), ni un nazismo trasplantado (tesis de la "izquierda liberal: unionistas, socialistas, demócratas progresistas), ni una forma rudimentaria pero válida de antiimperialismo (interpretación trotskista). Es una reacción contra el sistema de ideas, valores y estructuras políticas que regían al país desde la Organización Nacional, sistema cuya crisis era ya definitiva en 1930. Perón habló un lenguaje claro y adaptado al estado de espíritu de las masas, supo interpretar sus anhelos, les dio una situación material y una autoestima, como nunca la habían tenido. El peronismo fue una gran oportunidad nacional que se frustró por el desvarío cesáreo del hombre que la había conjurado. La creciente arbitrariedad y los excesos de los últimos tiempos (especialmente la campaña contra la Iglesia) habían desilusionado a la gran mayoría de los antiguos creyentes. La Revolución era, pues, necesaria y oportuna.

Pero los procesos históricos son irreversibles. Sólo en la línea del peronismo, superándolo, puede llevarse una acción política. El gobierno surgido de la Revolución lo había entendido así, pero el revanchismo y la miopía de la izquierda liberal hizo embarcarse a los jefes militares en una política regresiva. No queda otra cosa que esperar sino un pronto llamado a elecciones, libres y sin restricciones políticas.

¿Qué fuerzas se disputarán entonces el poder? ¿Cuál es la posibilidad de éxito de cada una y qué es lo que pueden dar al país? La izquierda liberal ha cumplido su ciclo y será barrida de la escena. El radicalismo intransigente y el nuevo partido o los nuevos partidos que se formen dentro de las condiciones de superación del peronismo que Mario Amadeo establece son las únicas fuerzas reales. A los conservadores y a la democracia cristiana les pasa en silencio. Callar sobre los conservadores —como partido actuante a la luz, por supuesto— es explícito, pero ignorar a la Democracia Cristiana es algo que se entiende menos por qué. Mario Amadeo la menciona sólo dos veces, y oblicuamente. La primera, refiriendo una entrevista conspiratoria en la que los actuales dirigentes se opusieron a la formación de un partido católico alegando que querían mantenerse como grupo de estudio. La segunda al analizar su conducta en la Junta Consultiva, para reprocharles que se dejaran seducir por la izquierda liberal en contra de sus "hermanos en la fe" (Unión Federal). Cuesta ver qué razones tiene Mario Amadeo para ignorar la vigencia de la Democracia Cristiana, aunque puede suponerse, por una parte, que no le es fácil explicar qué es lo que realmente separa a dos núcleos, católicos ambos, celosos los dos de los derechos sobrenaturales de la Iglesia, amantes a cual más de la cultura occidental, solícitos ambos de la justicia social dentro del orden. Pero, por otra parte, es muy conveniente para la tesis de Amadeo presentar el dilema político como una opción entre su programa y el de la Intransigencia Radical. Se verá por qué.

"Conocer a los enemigos es el fundamento de la política", dice Amadeo, citando a alguien, y hay que reconocerle que los conoce bien y que sabe, además, juzgar las cartas de éstos en beneficio propio. Negada la izquierda liberal e ignorada la democracia cristiana, una sola fuerza política queda, la Intransigencia, a la cual, por un sutil gambito,

homologa con el movimiento político hispanoamericano que califica de "marxismo nacionalista".

El gambito consiste en dejar caer al pasar que la Intransigencia, movimiento nacionalista, "ha asimilado alguno que otro supuesto de la izquierda marxista" (pág. 166) para extenderse poco después largamente (pág. 205) sobre el tremendo peligro de la corriente revolucionaria marxista iberoamericana que "ha captado la tremenda realidad que significa la existencia de pueblos miserables y desesperados, y moviliza sus resentimientos para hacerlos servir a su causa... Utiliza el rencor que produce en los indigentes el espectáculo de la riqueza próxima e inaccesible y promueve el odio implacable contra los Estados Unidos". De este modo, sin cargar con la responsabilidad de descalificar a la Intransigencia por marxista, la sitúa de un modo que quita a cualquiera de los lectores que a Mario Amadeo interesan cualquier tentación de ver en la Intransigencia una salida aceptable.

Y es que la Intransigencia es un enemigo contra el cual es difícil aploxar los sentimientos y los prejuicios del público amadeísta. No se la puede homologar a la izquierda liberal porque, mucho más que un ala de la venerable U.C.R., es un partido nuevo, con sus cuadros dirigentes renovados, y que de la heterogénea ideología radical se ha quedado, precisamente, con los elementos antiliberales sin perder por ello ese indefinible "pathos" que es en la Argentina ser radical; no es antimilitarista, antes asigna al ejército la función de defensor de la soberanía; no es anticatólica, ni mucho menos sectaria al estilo socialista; no se complicó en intrigas palaciegas después de la Revolución ni durante el peronismo cayó en "contrerismo"; es, por último, profundamente nacionalista y populista. Y sea cual fuere la hostilidad actual del peronista, que sigue viendo en ella el símbolo de la oposición, ni por su lenguaje ni por su programa ha roto el contacto con él. Es vital, pues, para el esquema de Amadeo, descalificarla de algún modo.

No es el momento de intentar un análisis de la Intransigencia, pero es necesario decir, para pasar al núcleo del pensamiento político de Mario Amadeo, que la Intransigencia es algo mucho más complejo de lo que éste pretende, y que los elementos marxistas que puedan descubrirse en alguno de sus teóricos son los que han pasado a ser ya patrimonio común del pensamiento político, de Mario Amadeo y de Pío XII, que nos hablan de "clases" o de "imperialismo" aceptando implícitamente la visión de la dinámica social elaborada por Marx.

La acepta y la elude. Y en este vaivén es donde queda en descubierta que el intento de revisar el nacionalismo de la década del 30 no ha pasado de la superficie y que la actitud esencial de Mario Amadeo no ha variado, no obstante el mucho lastre que ha dejado atrás.

En efecto, su experiencia y la de su generación gira —según nos la relata con evidente sinceridad— en torno a la libertad política. El movimiento nacionalista argentino prolonga —aunque no calca— el despertar antiliberal de signo católico que se produjo en Europa después de la primera guerra (Bloy, Peguy, Maritain). La crisis del sistema político liberal —que en la Argentina culmina, para Amadeo, con la segunda presidencia de Irigoyen— hace concebir a aquellos jóvenes una profunda repugnancia por los gobiernos endebles, y se dejan alucinar por los gestos y los atuendos del fascismo. Hablan de gobiernos fuertes y se burlan del criterio acumulativo de la verdad que supone el voto universal.

Viene luego la experiencia peronista, y les toca vivir en carne propia lo que significa la pérdida de los derechos individuales y la libertad política. Llegan así a una revisión de su actitud inicial, que culmina en el reconocimiento de la concepción liberal de la libertad política y del gobierno electivo junto con el rechazo de la imagen del hombre que en el liberalismo les sirvió de fundamento. Este reencuentro del nacionalismo —en la medida que Mario Amadeo lo expresa bien— es, indudablemente, sincero (falta saber, además, si puede ser duradero), y de ahí su desesperación frente al encano de la "izquierda liberal", empeñada en rechazarlo en base a actitudes preteritas (algunas de ellas claramente lúdicas y superrealistas, como la famosa proclama de *Sol y Luna* exhumada por *La Vanguardia* como preparación de la revolución palaciega del 13 de noviembre).

¿Ha descubierto realmente el nacionalismo la libertad a través de la experiencia de su privación durante el peronismo? ¿O tiene razón la "izquierda liberal" al acosarlo al grito de "fascismo"? La respuesta depende de lo que entendamos por "fascismo" y por "libertad". No se es fascista por llevar camisas de color, desfilarse a miles y enajenarse en un caudillo, torturar o encerrar en campos

de concentración. Esto lo han hecho muchos pueblos y muchos Estados a través de la historia, y nadie los llamará ascistas. El fascismo, fenómeno político social intransferible de nuestra época es, en esencia, el uso demagógico de las clases trabajadoras (proletariado industrial o campesino, baja clase media) para frenar el ascenso de esas mismas clases al poder político y la consiguiente reestructuración de las relaciones sociales en base a sus intereses. Este ascenso al poder no es necesariamente revolucionario y puede dar lugar a formas muy diversas de organización social. El fascismo no combate las libertades civiles por sí mismas sino, a través de ellas, la libertad política, es decir, la libertad para ejecutar las decisiones políticas participando activamente en la formación del poder público y en su ejercicio. El régimen dictatorial, la supresión de los derechos civiles, de la libertad de prensa y de reunión o de culto; el control ideológico de la educación, las torturas o los campos de concentración, son solamente medios para el fin último del fascismo. El peronismo fué fascismo porque atetórgo a los trabajadores y les hizo sentir imaginativamente la posesión del poder cuando, en verdad, el poder seguía en las manos de siempre, y no porque torturase o cerrase diarios. Y fascista es —en menor medida—, en este momento, la acción de los partidos de la "izquierda liberal" (especialmente la del equipo gremialista del socialismo), cuando prolongan las intervenciones en los gremios y cabildean para postergar el llamado a elecciones nacionales.

Se comienza a ser fascista, quiero decir, se asume una actitud mental que al pasar a la acción arrastra muy fácilmente al fascismo, cuando se pretende abarcar la realidad social con categorías idealistas, como pueden ser "católicos y no católicos" "criollos e inmigrantes", "tradicional y adventicio"; "oriente y occidente", "blancos y negros o amarillos", y se dejan en segundo término los condicionamientos económicos, que si bien tampoco ellos agotan la persona ni el grupo, constituyen el dinamismo social básico y la orientación de toda conducta colectiva. Un obrero católico no reacciona políticamente como un industrial católico.

Se da un paso más hacia el fascismo cuando se niega —teóricamente o de hecho— la historicidad esencial de las relaciones sociales y de las estructuras jurídicas que la expresan y se elige un momento cualquiera de la evolución o una forma cualquiera de la ordenación social como arquetipo del cual serían las demás sólo formas aberrantes (sea éste la Edad Media, la España de Carlos V, la Atenas de Pericles, la Argentina colonial, la Revolución Francesa).

Se está ya en el fascismo cuando se supone que puede haber un "orden" social o una "concordia de las clases" o una "unión nacional", manteniéndose al mismo tiempo el control político en manos de las minorías poseedoras. El burgués se pone la camisa parda cuando oye rugir la revolución. Mario Amadeo, Marcelo Sánchez Sorondo, Juan Carlos Goyeneche, Cosme Beccar Varela, Santiago de Estrada, Bonifacio Lastra, etc., forman un "grupo civil" (pág. 48) cuando Perón anuncia la creación de las "milicias obreras" (lo que nunca pensó hacer en serio, porque Perón era fascista). Fuera de las devotas de la misa de 5.30, pocos católicos "opositores" lamentaron de veras la persecución a la Iglesia. Los "opositores", católicos o no, se alegraron casi tanto de que Perón se lanzase a ella como los sindicalistas peronistas lo lamentaron. Por debajo de todos los otros motivos (desde el contrato con la California hasta la UES), lo que impulsó más decisivamente (aun cuando no siempre fueran conscientes de ello) a los oficiales de las tres armas a participar activa o pasivamente en la Revolución fué el sentimiento de que Perón cortaba amarras (muy a su pesar, y arrastrado por sus desvaríos) con sus antiguos apoyos y se veía obligado, para subsistir, a recostarse cada vez más en los trabajadores. Esto fué evidéntísimo entre el 16 de junio y el 16 de septiembre.

El vaivén del pensamiento de Mario Amadeo reside, precisamente, en encarar nuestra realidad en función de las tensiones de clase para desfigurarla de inmediato, ya sea recurriendo a categorías idealistas, ya sea dejándose arrastrar por los prejuicios de la clase a que pertenece. Cuesta creer, en efecto, que haya sido una misma persona la que escribió esta acertada y valiente caracterización de

la Revolución: "...la revolución de septiembre no fué solamente un movimiento en que un partido derrotó a su rival o en que una fracción de las fuerzas armadas venció a la contraria, sino que fué una revolución en la que una clase social impuso su criterio sobre otra" (pág. 98), y esta justificación de colonialismo: "Los portugueses defienden la posesión de Goa, y no nos concierne el aspecto político de esa defensa. Pero si Goa cayera habría sido derrotado en su tumba el más grande europeo que pisó tierras paganas, puesto que ya no sería cristiano el suelo que guarda los restos sagrados de San Francisco Javier" (pág. 201). Y lo mismo le sucede en todos los puntos esenciales de su desarrollo: que nuestro pueblo es antiliberal, es cierto, pero no por los fundamentos "materialistas" e irreligiosos del liberalismo, sino porque este era y sigue siendo la ideología de las clases dirigentes; que hubo un renacimiento de la vida católica durante la "década infame", es cierto también, pero no trascendió de la clase media; la JOC y el movimiento obrero católico en general nunca tuvieron entre nosotros carácter masivo; que los partidos de izquierda no pudieron "pasar el Riachuelo", sigue siendo verdad, pero no por "la resistencia de nuestros obreros a dejarse ganar por posiciones extremas", sino por razones muy complejas. Si el socialismo hubiera contado con los resortes del poder y la complicidad del ejército como contó Perón, la Argentina pudo ser socialista ya en 1910.

Así, pues, encontramos en *Ayer, hoy, mañana* una eximia comprensión del fenómeno peronista, una crítica irrefutable de la caducidad de los partidos liberales, una sensatez poco frecuente en el análisis de los objetivos que debería darse la Revolución y un pronóstico muy comparable acerca de nuestro futuro político, elementos todos que parecieran indicar una actitud nueva dentro del nacionalismo. Pero ¿hay una nueva actitud de fondo?

Creemos que no; Amadeo conserva todo el aristocratismo característico de los intelectuales nacionalistas, evidente a cada página y en el lenguaje y el estilo mismo: su "habitat" es el barrio Norte, Palermo Chico y San Isidro; sus paseos, por la calle Santa Fe. Habla en Zaragoza "ante el general Franco y todo su gobierno", y se deleita con el espectáculo en que "Las púrpuras cardenalcas alternaban con las togas universitarias, los negros indumentos de los diplomáticos con los brillantes uniformes militares" (pág. 34). Se dirá que es este un aristocratismo estético o cultural: el aristocratismo es siempre aristocratismo, pero el de Amadeo no es solamente cultural. Está dado por el concepto tan repetido como poco aclarado de la "autoridad natural" que lo lleva, partiendo de la premisa de que dicha autoridad natural está en crisis actualmente, a propiciar como primer presidente constitucional un general, "para que la legalidad y el poder estén en una misma mano". Es decir, para que el poder decida de la legalidad sin necesidad de intermediarios.

¿Y qué uso se hará de esa autoridad natural? Mario Amadeo se esfuerza por no verlo. Así, siguiendo a Toynbee, nos dice que cuando la sociedad está en crisis "los sectores dirigentes pierden su estilo y dejan de ser imitados. Pero como conservan algunos de los atributos externos del poder —sobre todo el dinero—, el desinterés que el pueblo experimenta hacia ellos se convierte en desvío, y del desvío pasa fácilmente al odio". En nuestra crisis, pues, se necesita una autoridad que les evite a los poseedores de los "atributos externos del poder" las consecuencias del odio y los resentimientos de los sectores naturalmente dirigidos. Porque el odio, el desorden, es lo que más preocupa a Amadeo. Para conjurarlos se necesita la acción del nuevo partido, cuyas líneas traza Amadeo: "perfectamente leal a los valores de orden, pues no resulta incompatible asumir una actitud casi conservadora en el terreno del espíritu y una línea casi revolucionaria en el campo de las relaciones sociales".

En resumen: a pesar de la aceptación del juego formal de las libertades políticas y de la necesidad de una acción social, las estructuras básicas del nacionalismo en la década del 30 siguen operativas por debajo de la nueva actitud. La superación del peronismo no llegará desde el "nacionalismo". Porque la única superación posible consiste en poner en el camino del poder real a los que lo ejercitaron sólo vicaria e imaginariamente.

R. ALCALDE.

Se han tirado 50 ejemplares aparte y numerados al precio de 50.- pesos el ejemplar

## ULTIMAS NOVEDADES

ALBERTO MORAVIA:	
La noche de don Juan	\$ 40.—
VASCO PRATOLINI:	
El barrio	" 30.—
ATTILIO DABINI:	
Dos muertos en el automóvil	" 30.—
ENRIQUE AMORIM:	
Corral abierto	" 30.—
ANTONINA VALLENTIN:	
El Greco	" 50.—
PABLO NERUDA:	
Nuevas odas elementales	" 45.—
PABLO NERUDA:	
Canto general I y II (Bca. Contemporánea núms. 86 y 87), c/u	" 15.—
E. RODRIGUEZ FABREGAT:	
Pasión y crónica del Amazonas	" 60.—
EDUARDO BLANCO-AMOR:	
Las buenas maneras	" 35.—

**EDITORIAL LOSADA S. A.**  
ALSINA 1131 BUENOS AIRES  
URUGUAY - CHILE - PERU - COLOMBIA

Arthur P. Withaker

### La Argentina y los E. Unidos

PROLOGO DE DARDO CUNEO

El autor dedicado durante de veinte años al estudio del desarrollo económico, político y social de Latinoamérica, describe el proceso histórico argentino desde el período colonial, para entrar luego en el análisis de las relaciones entre nuestro país y los Estados Unidos, antes, durante y después del régimen peronista.

1 VOLUMEN DE 290 PAGINAS \$ 45.—

### PERON EN CHILE

por

RAUL GONZALEZ ALFARO

Director de Mundo Libre de Santiago de Chile

### EDICIONES PROCESO

### AHORA SE PUEDE LEER

Libros de actualidad política

AMERICO GHIOLDI: De la tiranía a la democracia social. Cayó la dictadura, ¿ahora que? (Acaba de aparecer)	\$ 25.—
ROMAN J. LOMBILLE: Eva, la predestinada. Alucinante historia de éxitos y frustraciones	\$ 18.—
TRISTAN: 150 Caricaturas (los más originales impactos políticos del conocido dibujante)	\$ 20.—
HECTOR INIGO CARRERA: El engaño de las nacionalizaciones totalitarias. Una estafa al descubierto	\$ 22.—
JOSE LUBERTINO: La tragedia de las dictaduras latinoamericanas y cuatro problemas argentinos (Reforma Universitaria - Enseñanza media - Conciencia agrícola - La dicotomía. (Acaba de aparecer)	\$ 33.—
MAXIMO ETCHECOPAR: Esquema de la Argentina	\$ 24.—
RAUL DAMONTE TABORDA: Ayer fué San Perón. Doce años de humillación argentina	\$ 18.—
MARIO AMADEO: Ayer, hoy, mañana	\$ 25.—

DE INMINENTE APARICION

BERNARDO RABINOVITZ (Jefe de redacción de United Press): Sucedió en la Argentina (1943-1946). Lo que no se dijo

EDICIONES G U R E

VIAMONTE 249

T. E. 31-2793

Apareció

### Cuadrante del Pampero

por  
Martínez Estrada

EDITORIAL  
DEUCALION

### GALERIA BONINO

★ ARTE MODERNO  
★ ANTIGÜEDADES  
★ EDICIONES DE ARTE

MAIPU 962

T. E. 31 - 2527

JUEGOS DE AJEDREZ  
EN TODA LA LINEA

### JAQUE MATE

DE EXCELENTE  
TERMINACION

### ediciones "doble p"

el sello de los grandes escritores argentinos

novedades 1956

los amigos lejanos, novela premiada por la SADE por julio ardies gray; la extraña historia de un hombre que seguía oyendo la voz de sus amigos muertos y de dos adolescentes que encontraron el camino de la verdad cuando lo conocieron en el agreste paisaje de Tucumán. 1 tomo... \$ 30.—

el tango, mito y esencia, ensayo por tullo carella; la historia del tango, sus orígenes, su música, sus vivencias, sus letras y su verdadera relación con el alma popular, quedan definitivamente reveladas en este ensayo riguroso, metódico, imparable. 1 tomo... \$ 26.—

otros éxitos de nuestro sello:

el pentágono, novela en forma de cuento, por antonio di benedetto. 1 tomo... \$ 20.—

don segundo sombra, reminiscencia infantil de ricardo güiraldes, por aristóbulo echeburay. 1 tomo... \$ 16.—

la última montonera, cuentos bárbaros, por felix luna. 1 tomo... \$ 14.—

tierra arisca, novela por diego r. oxley. 1 tomo... \$ 24.—

santos vega el payador, leyenda trágica por a. pagés larrosa. 1 tomo... \$ 14.—

la noche y dos sombras, novela por carlos prelooker. 1 tomo... \$ 16.—

pesto seco, novela por carlos prelooker. 1 tomo... \$ 18.—

burujas en el barro, relatos por carlos prelooker. 1 tomo \$ 40.—

cayó sobre su rostro, novela por david viñas. 1 tomo \$ 24.—

belgrano r, cuentos por w. g. weylund. 1 tomo... \$ 6.—

próximas novedades

las tierras blancas, novela, por juan josé manauta.

la culpa, novela, por francisco jorge solero.

de venta en todas las buenas librerías.

ediciones "doble p"  
lavalle 1171 - T. E. 35-5244

## FONDO DE CULTURA ECONOMICA

SUCURSAL PARA ARGENTINA

INDEPENDENCIA 802 - Buenos Aires

RPRESENTACION DE EDITORIALES Y REVISTAS AMERICANAS

### NOVEDADES

NADEL: Fundamentos de la antropología social, 464 páginas	\$ 98.—
POWDERMAKER: Hollywood. El mundo del cine visto por una antropóloga	" 80.50
HELLER: Teoría del Estado (3ª edición), 344 páginas	" 59.50
GARCIA MAYNEZ: Lógica del juicio jurídico, 200 páginas	" 49.—
BUARQUE DE HOLANDA: Raíces del Brasil (Nº 58 de Tierra Firme)	" 42.—
SILVA CASTRO: Panorama de la novela chilena (Nº 59 de Tierra Firme)	" 49.—
REED: Orozco, empastado, 104 láminas	" 315.—
AZUELA: La maldición (Nº 21 de Letras Mexicanas)	" 56.—
MYRDAL: Solidaridad o desintegración, 454 páginas	" 91.—
RIVERA MARIN: El mercado de trabajo. Relaciones obrero-patronales (empast., 314 ps.)	" 98.—
ROLLIN PATCH: El otro mundo en la literatura medieval (Lengua y estudios literarios. 458 páginas)	" 112.—
PAZ OCTAVIO: El arco y la lira (Lengua y estudios literarios), 280 páginas	" 59.50
PIÑA CHAN: Las culturas preclásicas de la Cuenca de México (empastado, 120 páginas)	" 84.—
BARGALLO: La minería y la metalurgia en la América española durante la época colonial (empastado, 440 páginas)	" 157.50

## NUGAR COMERCIAL S. R. L.

INMOBILIARIA - ADMINISTRACION DE PROPIEDADES

T. E 38-6225

LIBRERIA Y CASA EDITORA

de

## EMILIO PERROT

55 años al servicio del libro

★

1846 - Azcuénaga - 1848

T. E. 83 Juncal 5591

En la Facultad de Derecho:

Avda. Figueroa Alcorta 2263

T. E. 83-2468

**IMPRIMART**

S. R. L.

**IMPRESIONES  
EN OFFSET**

PUNA 3541 T. E. 918529

Revista CENTRO N° 11

JUNIO DE 1956

Juan Ramón Giménez:  
Quemamos del todo.

Noé Jitrik:

Desencuentro con la poesía: GIRRI.

Edmundo Sustaita:

Crónica de un viaje.

Ernesto Verón Thirión:

Reflexiones universitarias.

Jean-Marie Domenach:

Los intelectuales y el comunismo.

Aldo Luis Persano:

Paseo del Río.

Dos Poemas de Hans Arp.

Dos Poemas de Gerard Manley Hopkins.

Periferia - Cine - Apuntes.

Literatura

Filosofía

Lingüística

Folklore

**LIBRERIA VERBUM**

VIAMONTE 411 T. E. 31-2255 BUENOS AIRES

¡Primera Edición agotada!

2ª edición en prensa

**PETROLEO Y  
POLITICA**

DE ARTURO FRONDIZI

Reserve desde ya su ejemplar  
en todas las librerías

Es una Edición RAIGAL

distribuida por librería y editorial LA FACULTAD S. A.

Sarmiento 726 - T. E. 34-1215/1236 - Bs. As.

Sucursal Villa María (Córdoba) José Ingenieros 42



preloctor 16

Una obra

fundamental

Editorial

Raigal

**VAN RIEL**

**GALERIA DE ARTE**

FLORIDA 659

T. E. 31-0225

BUENOS AIRES

**LIBRERIA LETRAS**

VIAMONTE 472

T. E. 31 - 2612

**LEOPOLDO LUGONES**

de J. L. BORGES y BETINA EDELBERG

- Fragmentos filosóficos de los presocráticos, de GARCIA BACCA.
- Interpretaciones críticas de literatura venezolana, de EDOARDO CREMA.

ARCHIVOS VENEZOLANOS DE FOLKLORE

**LIBROS VIEJOS, RAROS Y  
CURIOSOS AMERICANOS**

- LITERATURA ARGENTINA
- CRITICA LITERARIA
- HISTORIA Y POLITICA

visite el

**SALON CASAVALLE**

☆

SARMIENTO 541

T. E. 31 - 6887

LIBRERIA ANTICUARIA

**"EL RETIRO"**

de EZEQUIEL DE ELIA

- ★ Solicite el último catálogo de "VARIOS" - 500 títulos

CALLAO 1880

T. E. 41 - 7828